

Los pijos malos que aterrorizaron Madrid

La verdadera historia de la Panda del Moco



**Iñaki
Domínguez**

Ariel

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Cita

Introducción

El pijo malo: un arquetipo con una larga historia

La Transición: malos tiempos para los pijos

La Panda del Moco: nombre y orígenes

La leyenda de la Panda del Moco

El Francés

Los Cobra Kai españoles: la Panda del Moco y el full contact

Los ochenta y el orgullo pijo

El gran golpe

Los sucesores: otras Pandas del Moco o grupos similares

De Jácara a Áttica: del pijo malote al bakala chungo

¿Qué fue de la Panda del Moco?

Conclusión

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

- Primeros capítulos
- Fragmentos de próximas publicaciones
- Clubs de lectura con los autores
- Concursos, sorteos y promociones
- Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Fueron los amos y señores del Pachá, el Look, el Oh, Madrid, el Tartufo y otros locales pijos de la capital. Vestían camisetas Caribbean, pantalones Levi's y cazadoras vaqueras y los expulsaban de los mejores colegios privados. Era un grupo de pijos malos que aterrorizaron a muchos en el Madrid de los ochenta. Duchos en artes marciales, como el *full contact*, que veían en películas americanas, decidieron dejar de ser las víctimas de una ciudad por la que campaban rockers, quinquis, punkis y legionarios de Cristo Rey, y demostraron que los niños bien no han de amilanarse ante nadie, que también pueden delinquir con soltura en cualquier ámbito o barrio.

Iñaki Domínguez no solo se adentra en la leyenda de estos predecesores españoles de los Cobra Kai (archienemigos de Daniel LaRusso en *Karate Kid*), sino que crea un retrato fascinante de la sociedad de la transición y analiza el mundo pijo de aquellos años, además de examinar en profundidad el clásico arquetipo del pijo canalla, pícaro o delincuente.

La verdadera historia de la panda del moco es un libro a medio camino entre la crónica, el ensayo antropológico y el relato de uno de los momentos más vibrantes de la historia de nuestro país. Una obra verdaderamente adictiva.

LA VERDADERA HISTORIA DE LA PANDA DEL MOCO

Los pijos malos que aterrorizaron Madrid

Iñaki Domínguez

Ariel

La única y genuina Panda del Moco éramos tres: el Judío, el Italiano y yo. Fuimos los primeros en enfrentarnos y pelearnos de tú a tú contra las bandas más temidas de la época, que los tenían a todos acojonados... De pronto aparecimos en escena y plantamos cara a los grupos nazis, los de Fuerza Nueva de Blas Piñar, el Frente de Juventudes, rockeros, punkis... y en poco tiempo éramos el tema de conversación en la noche madrileña y se nos unieron cantidad de chavales enseguida... y echa fama y ponte a dormir, la Panda del Moco, como dicen ahora, ¡¡se hizo viral!! Si quieres saber toda la historia de la Panda del Moco, cómo, cuándo, quiénes y por qué se originó el grupo, estaré encantado de contarte la historia, al cien por cien real y verídica.

LOIC VEILLARD *el Francés*

Introducción

Desde hace ya mucho tiempo me ha fascinado la figura del pijo malo o pijo macarra. Yo diría que casi desde mi infancia. Nací en 1981, así que me topé con la moda del pijo malote en las calles de Madrid ya de niño y luego como adolescente, durante toda la década de los noventa. Dicho esto, la figura del pijo chungo viene de lejos. Aunque el canalla de alta alcurnia es un fenómeno antiquísimo —presente, por lo menos, desde la Edad Media o incluso la Antigüedad, como veremos—, el arquetipo que establece las bases de dicha identidad urbana a partir de la Transición (identidad que llega a tornarse particularmente destacable en los años ochenta y noventa) es la banda conocida como la Panda del Moco. Se trataba de un grupo de pijos gamberros, la mayoría de ellos del paseo de La Habana, en Madrid, instruidos en artes marciales, algunos de los cuales llegaron a cometer delitos serios. He de decir que el grupo reflejaba un fenómeno de trascendencia internacional. La Panda del Moco recuerda, por poner un ejemplo, a los Cobra Kai de *Karate Kid* (1984), solo que su presencia en las calles madrileñas se adelantó al menos cuatro años a la famosa película norteamericana, y una es de ficción y la otra realidad.

Gracias a sus habilidades pugilísticas, a su coraje en la lucha, sus gamberradas y delitos, la Panda del Moco se convirtió en un auténtico mito callejero cuyas hazañas se grabaron a golpes en el imaginario colectivo.

Es importante tener en cuenta el contexto en el que surge este grupo, puesto que la Panda del Moco se origina en 1980, la década dorada de los pijos en España. Los ochenta representan la explosión de la cultura de consumo: cuando la música más comercial y pop, la economía financiera, la Coca-Cola y la cocaína se apuntalaban como ejes fundamentales de la cultura en Occidente. En el caso de España, es entonces cuando surgen los «nuevos pijos», por emplear la terminología del fotógrafo Miguel Trillo. También es entonces cuando la gente de barrio obrero se disfraza de pija con la intención de «molar». En palabras del sociólogo y economista Thorstein Veblen: «La proclividad humana a la emulación se ha apoderado del consumo de cosas convirtiéndolo en medio para establecer una comparación valorativa y ha investido, en consecuencia, a los bienes de consumo de una utilidad secundaria en cuanto demostración de una relativa capacidad de pago». O para decirlo del modo más claro, la cultura en esos años obedece a dogmas como el siguiente: «Un traje barato hace a un hombre barato».

Por otra parte, en los ochenta los pijos franquistas tradicionales dieron pie a un pijo reciclado, más vinculado a la cultura capitalista y global; un tipo hedonista, que cobra especial relevancia a finales de esa década como reacción dialéctica al modernismo de la movida madrileña, tan

sobreexplotada mediáticamente. En el seno de esta ola de reafirmación capitalista, que sin la menor duda beneficia el mundo pijo, la madrileña Panda del Moco pasa a representar un hito cultural y urbano que sirve para moldear la figura del pijo pegón de años posteriores: se instaura de una vez por todas el arquetipo del pijo delincuente, camorrista, traficante y, también, consumidor de drogas. Hablamos del pijo transgresor, violento e ilegal.

Todo esto me atraía con fuerza y decidí investigar el asunto para mi libro *Macarras interseculares* (2020). Al toparme con varias historias sobre un temido pijo asiduo a la zona del Parque de Berlín (un agresivo individuo adicto a las drogas con rasgos de carácter psicopáticos al que bauticé con el pseudónimo de *Javi Lacoste*), decidí preguntar a algunos de mis informantes. Fue entonces cuando varios de ellos, todos de unos cincuenta años, afirmaron que *Lacoste* era miembro de la famosa Panda del Moco. Era la primera vez que oía ese nombre, quise que me contaran más, y uno de los presentes dijo que la Panda del Moco era «la típica banda de pijos chungos». Una luz se encendió en mi interior. Mi labor como arqueólogo urbano daba sus frutos: había hallado tesoros desconocidos al escarbar en el lugar apropiado.

Mi primer contacto con los «Mocos» aparece registrado en *Macarras interseculares*:

El sábado 9 de marzo quedé en el Parque de Berlín con el Kbra y varios amigos suyos. Me interesaba hablar con ellos sobre los barrios de Colombia y Prosperidad. Sin embargo, en mitad de nuestra conversación pregunté por un tipo que, según mis fuentes, era un pijo peligroso. El sujeto en cuestión era conocido como *Javi Lacoste* [nombre falso]. Cuando traté de indagar sobre él, un informante espetó: «Esos son del Moco, esos son de la Panda del Moco. Los del Pacha, ¡esos sí que robaban!». El Kbra, mi informante principal, los definió en ese momento como «los típicos pijos chungos». Fijé entonces mi atención en esas palabras que oía por primera vez. Desde ese momento, y en los meses sucesivos, me comprometí conmigo mismo a saber más de estos personajes, y, afortunadamente, mis investigaciones dieron sus frutos. Ese mismo día, en el Parque de Berlín, en la frontera entre los distritos de Hispanoamérica y Prosperidad, mis informantes me aportaron datos valiosos. Uno de los presentes, nativo del barrio de Colombia, me dijo: «La Panda del Moco era muy famosa. Yo, que nací en 1969, recuerdo salir del colegio y pasar por el bar [que ahora se llama] los Barriletes (calle Costa Rica 15), donde ellos siempre paraban, y decirme la gente: «Esos son la Panda del Moco». Y te hablo de finales de los setenta, principios de los ochenta. Eran los pijos del Cumbre; los balas perdidas del mundo pijo que pagaban para que les aprobasen en ciertos colegios privados. Quemaban coches para divertirse».

A partir de ahí me obsesioné con ellos y me propuse indagar con más ahínco los orígenes e historia de tan legendario grupo para plasmarlo en papel, paso fundamental si uno quiere siquiera aspirar a la permanencia del mito. Gracias a mi insistencia e interés logré dar con *Loic Veillard*, alias *el Francés*, uno de los líderes de la Panda del Moco original, junto con el Judío y el Italiano. Tras entrevistar a *Loic* en varias ocasiones nos hicimos buenos amigos y, desde entonces, hemos vivido diferentes aventuras. Hablamos de quien fuese niño rico y canalla, oveja negra, campeón de full contact, delincuente y mito callejero. Un hombre que, aún hoy, se relaciona con todo tipo de sujetos turbios: abogados del mundo del hampa, políticos corruptos, clanes mafiosos, vendedores de armas, secuestradores y traficantes de droga.

Pero él no es el único de la célebre pandilla que conoce de primera mano ciertas realidades. La historia de la Panda del Moco es fascinante, y su leyenda merece quedar registrada en una

crónica que sirva también para comprender y relatar el llamativo fenómeno urbano del pijo malo y el mundo al que pertenece.

El pijo malo: un arquetipo con una larga historia

Se dice que la palabra *pijo* proviene de «pija», que, a su vez, proviene de la onomatopeya *pish*, imitación del ruido de la micción, y del árabe hispánico *píšš[a]* «miembro viril». Se cree que en su origen se empleaba para referirse de manera despectiva a personas de clase social elevada que adoptaban actitudes ostentosas. Como explica la RAE, pijo es aquel «que en su vestuario, modales, lenguaje, etc., manifiesta afectadamente gustos propios de una clase social adinerada». Pero, como ocurre con muchas otras palabras que nacieron con un cariz despectivo, el vocablo pasó a ser normalizado y las propias personas adineradas comenzaron a usarlo para referirse a sí mismas y a los miembros de su grupo social. Existen términos equivalentes en múltiples idiomas: los pijos son *posh* en Inglaterra; *Valley girls* y *Val dudes* en Estados Unidos; en Chile el pijo es el jaibón (de *high born*, «alta cuna»); en México está el fresa, y en Perú, los pitucos. En todos esos lugares los pijos hacen uso de una jerga particular y cuentan con costumbres y actitudes relativamente similares.

Otras connotaciones no registradas en diccionarios, pero que a menudo imperaban en el mundo real, eran las del pijo como persona boba, superficial e ingenua; alguien que, básicamente, vive entre algodones, puesto que sus padres siempre podrán resolver potenciales problemas, de ahí que también se haya hablado de ellos como «niños de papá», «niños bien» o «niños pera». El verdadero pijo, en gran medida, es aquel incapaz de madurar, puesto que no se ha visto obligado a lidiar con las verdaderas dificultades que entraña la vida. Se trataría aquí del llamado *arrested development* o «desarrollo detenido» (o suspendido) en un determinado punto previo a la edad biológica del sujeto real. De algún modo, el pijo queda así atrapado en una estulticia de la que no es consciente. Al igual que el hortera cree que tiene clase y es del todo ingenuo e incapaz de advertir su propia chabacanería, su falta de criterio estético en relación al gusto establecido, el niño de papá cree acertar en sus bromas y observaciones, sin darse cuenta de que muchos se ríen de él o lo contemplan como un ser fuera de onda, un ser absurdo.¹ Este sería el sentido original del pijo, aunque hoy dicha palabra se haya democratizado por completo y, como ocurre con tantas otras, se usa de modo casi indiscriminado para designar a grupos mucho más amplios.

En los años ochenta, por su parte, uno de los rasgos definitorios del pijo era la ropa de marca, algo que hoy se extiende a casi toda la población, de manera que los pijos actuales —con la intención de diferenciarse— a menudo compran su vestuario en tiendas exclusivas y no globalizadas, que no se producen en serie o a gran escala. Como dice una amiga que trabaja en

una tienda pija del barrio de Salamanca: «[Hablamos de] Camisetas de cuatrocientos o quinientos euros».

En términos de ocio veraniego, los pijos españoles tradicionalmente veranearon en Santander, San Sebastián y demás localidades de la costa cantábrica, se dice que para imitar las costumbres de Alfonso XIII, quien veraneó en la ciudad de Santander durante dieciocho años. Ciertas localidades cántabras, donde no azota el calor y las playas no se hallan masificadas, representan enclaves ideales para dar rienda suelta al clasismo pijo. Hablamos de una costumbre —todavía activa— que se inicia en el primer cuarto del siglo xx, y que impera hasta los años setenta, cuando el rey Juan Carlos I y la familia real comienzan a celebrar oficialmente sus vacaciones en Mallorca. En estos años el bronceado deja de considerarse un rasgo propio de campesinos y muchos otros pijos pasan a veranear en La Manga, las islas Baleares o la Costa Blanca.

En cualquier caso, fuesen cuales fuesen las mutaciones a las que se veían sometidos los contextos estéticos, morales y culturales del pijerío, en el seno de dicha cultura siempre ha existido una figura que, a su vez, también se ha ido transformando con el paso del tiempo: el pijo canalla o la clásica oveja negra de familia bien. En torno a esta figura típica de las familias ricas dice Jean-Paul Sartre en su obra sobre el escritor-delincuente Jean Genet:

... todo miembro consciente de las clases aristocráticas es un Layo o Edipo. Existen muchas novelas e historias en las que hijos de familias distinguidas hacen las cosas más extravagantes o se lanzan a realizar los proyectos más temerarios en un intento de eludir la sola posibilidad que es su posibilidad, para verse retrotraídos, por los caminos más inesperados, hasta el punto de partida, es decir, hasta el Destino que les correspondía en un principio.²

Para Sartre, nuestro niño de papá se niega a consumir el destino reservado para él, un destino marcado por largas tradiciones familiares muy bien fijadas por intereses económicos, de prestigio, capital simbólico y demás. Digamos que, a pesar de las desventajas, el pobre o no adinerado cuenta con mayor libertad para construir su futuro e identidad, al nacer sin ser nada ni nadie. El niño rico, sin embargo, está sujeto a un destino mejor definido y, a causa de ello, más restrictivo y opresivo, que se presta más abiertamente al desafío por vía del pecado y la transgresión. No obstante, en Sartre, dicho desafío al hado resulta siempre inútil, pues este último acaba por imponerse muy a pesar de la voluntad consciente del niño rico, quien, cual Edipo, inevitablemente habrá de realizar su *fatum*, incluso cuando trate de escapar de él. Dicho en otras palabras, muchos pijos tratan de escapar a los planes que sus respectivas familias tienen para ellos, y esa es una de las causas originarias del pijo malo.

A pesar de ser este un fenómeno archiconocido y universal, se puede decir que la ciudad de Madrid cuenta con una anatomía cultural que favorece su promoción, pues:

... al igual que la picaresca del siglo XVI y XVII, que «alcanza todos los estratos de la sociedad», los macarras de finales del siglo XX están presentes también entre las clases pudientes. Esto es algo típico de Madrid, donde la aristocracia siempre tuvo interés en identificarse con las costumbres y ritos de las clases populares. Si Madrid cuenta con una virtud, esta es su horizontalidad con relación al trato entre personas pertenecientes a diversas clases sociales. La cercanía de la aristocracia a los estratos más bajos es lo que vino a denominarse

«majismo». No es de extrañar, pues, que el rey Juan Carlos I fuese más conocido como «el campechano». De esta manera popular del ser aristócrata provienen también las célebres *Maja desnuda* y *Maja vestida*, retratos de Francisco de Goya que se dice que representaban, nada más y nada menos, a la duquesa de Alba. Madrid era la corte donde ricos y pobres se confundían unos con otros, al menos en su apariencia y en muchas de sus costumbres.³

Y de ahí que, en cierta medida, la ciudad de Madrid se haya conocido desde tiempo atrás como «un gran pueblo», donde la campechanía y la cercanía han imperado siempre, al menos en comparación con la realidad de otros enclaves.

Ya en la Antigüedad había aristócratas «gamberros» vinculados a la transgresión y la violencia. Uno de ellos fue el divino Alcibíades, miembro de la familia de los Alcmeónidas, guerrero y discípulo de Sócrates, que traicionó a la ciudad de Atenas y apoyó a Esparta para luego integrarse en la corte persa (dos enemigos mortales de la polis ateniense); y otro fue el emperador romano Nerón. Como Alcibíades, este también resultó ser una oveja descarriada pese a contar con las enseñanzas de uno de los grandes maestros de su tiempo: Séneca. En los años de su reinado, del 54 al 68 d. C., existía una moda juvenil que —a la manera de los cabezas rapadas o skinheads del siglo pasado— consistía en dar palizas arbitrariamente y en grupo a quien se cruzase en su camino a solas por la calle durante la noche. Se sabe que el emperador Nerón se disfrazaba, ocultando su identidad, para participar en este tipo de «cacerías» por pura diversión. Calígula y otras figuras destacadas de la Antigüedad eran ya puros psicópatas.

En épocas posteriores, y en la propia España, hay otros ejemplos:

Se puede decir que uno de los primeros pijos malos en la historia de España fue Agustín de Rojas, un pícaro de «hidalgas familia», que escribió un libro sobre sus propias hazañas, publicado en 1603, llamado *Viaje entretenido*. Debemos tener en cuenta que, en aquella época, solo una minúscula parte de la población era capaz de leer y escribir; precisamente aquellos que pertenecían a capas altas de la sociedad. Otro personaje similar fue don Diego Duque de Estrada, «caballero toledano de familia prócer», que con solo once años «mató de un palo a un condiscípulo suyo» y a los «veintidós años estaba “lleno de vicios, muertes, heridas, amancebamientos, trayendo mujeres de lugar en lugar”». ⁴

Este último mató a su amada y a su mejor amigo al encontrarlos en la misma habitación, y tras el crimen se alistó en la milicia y combatió en numerosas batallas. Otro ejemplo de pijo canalla sería Jacobo de Grattis —conocido como Caballero de Gracia—. Nacido en Módena, se mudó a España como secretario del nuncio apostólico de Gregorio XIII y rompió corazones de innumerables damas, hasta tal punto que las leyendas en torno a su persona sirvieron de base al arquetipo literario de Don Juan. Se dice que, arrepentido de sus vicios, se ordenó sacerdote y fundó cofradías, iglesias y conventos.

Otro individuo relacionado con esta figura literaria fue Miguel Mañara, rico comerciante que también llevó una vida licenciosa, hasta que se arrepintió de sus pecados. Como aparece en Wikipedia, las crónicas de su vida afirman de él:

... su natural fue demasiado vivo, su entendimiento claro, su valor intrépido; que acompañadas estas partes con sus pocos años y la mucha riqueza de sus padres, no hubo mocedad que no ejecutase y travesura a que no se

atreviere. Y en tanto grado era peligroso, que los amigos se retiraban de acompañarlo, temiendo sus arrojios y los riesgos en que los ponía...

Su sobrino dijo en referencia a Mañara:

Antes de su conversión fue el más soberbio, intrépido y colérico que se puede decir; borrascosísimo, pues cada día no se oía otra cosa que pendencias y lances que había tenido. Todo el mundo le parecía poco y aun en muchos no cabía su despeitado natural, llevado de su gran valor.

Su epitafio, encargado por él mismo, exclama: «Aquí yacen los huesos y cenizas del peor hombre que ha habido en el mundo, rueguen a Dios por él». Y por si esto no fuera suficiente, en su testamento añade:

Yo, don Miguel Mañara, ceniza y polvo, pecador desdichado, pues los más de mis malogrados días ofendí a la Majestad altísima de Dios, mi Padre, cuya criatura y esclavo vil me confieso. Serví a Babilonia y al demonio, su príncipe, con mil abominaciones, soberbias, adulterios, juramentos, escándalos y latrocinios; cuyos pecados y maldades no tienen número y solo la gran sabiduría de Dios puede numerarlos, y su infinita paciencia sufrirlos, y su infinita misericordia perdonarlos.

Ya dijo en un poema Antonio Machado: «Ni un seductor Mañara, ni un Bradomín he sido / — ya conocéis mi torpe aliño indumentario—, / más recibí la flecha que me asignó Cupido, / y amé cuanto ellas puedan tener de hospitalario».

También en tierras británicas y en textos posteriores, como *La vida de Samuel Johnson* (1791), se habla de un joven caballero de buena familia que se dedicaba a «ir recorriendo la ciudad [de Londres] disparando gatos»;⁵ aunque en este caso lo más probable es que hubiese enloquecido. En Estados Unidos tenemos ejemplos como el de Pic Dawson, un camello de poca monta que figuró entre los sospechosos de la matanza de Cielo Drive, en agosto de 1969, donde murió Sharon Tate junto a otras seis personas (como luego se descubrió, a manos de Charles Manson y sus secuaces). El motivo que barajó la policía era que Dawson estaba furioso porque Roman Polanski, marido de Sharon Tate, los había expulsado de una fiesta a él y a su amigo el maleante Bill Doyle, tras un altercado. Sin duda, Dawson conocía a las víctimas (proporcionaba drogas a algunas de ellas), y el músico John Phillips llegó a decir a la policía que el famoso PIC pintado con sangre en una de las puertas de entrada a la vivienda, en realidad, venía a ser PIC; como si este hubiese dibujado su nombre en el lugar tras participar en los asesinatos. Dawson era hijo de un diplomático y la policía lo tenía vigilado por sus operaciones de tráfico de drogas, que supuestamente eran de alto nivel. Fue novio de Cass Elliot, cantante de The Mamas & The Papas, y se dice que el arresto de ella en 1967 a manos de la policía británica fue en realidad una tapadera para indagar en las actividades del referido «niño mal de familia bien». Dawson murió de una sobredosis en 1986.

Jacques Mesrine, uno de los delincuentes profesionales más implacables y peligrosos de todos los tiempos, fue otro pijo malo, pero malísimo. Aunque su familia era de origen obrero, su padre hizo fortuna, y él fue a los mejores colegios y se crio en la abundancia. De niño y adolescente era

un alumno extremadamente rebelde, por lo que fue expulsado del prestigioso colegio católico Collège de Juilly por atacar al director. Sería solo la primera de una serie de expulsiones académicas. Su familia no sabía qué hacer con él. A finales de los años cincuenta ingresó en el ejército francés y se ofreció como voluntario en la guerra de Argelia, como paracaidista y miembro de comando. Se dice que en esos años sus deberes incluían el asesinato de prisioneros. Aunque no era un militar al uso, ni tenía paciencia alguna recibiendo órdenes, era un hombre de acción y fue condecorado por Charles de Gaulle con la Cruz al Valor Militar antes de dejar el ejército y volver a Francia en 1959. Más tarde, su padre afirmaría que el tiempo en Argelia había provocado un notable deterioro en el comportamiento de su hijo. Su adaptación a la vida civil no fue precisamente perfecta, y a la vuelta de la guerra se convirtió en un delincuente profesional. En su carrera criminal, Mesrine asesinó y secuestró a varias personas, todo ello hasta su muerte en noviembre de 1979, cuando fue tiroteado por la policía con premeditación y alevosía (por puro miedo, probablemente), al igual que ocurrió a legendarios bandidos como Bonnie y Clyde o John Dillinger.⁶

Dentro de la aristocracia española, es probable que el pijo con mayor reputación de delincuente (aunque al parecer nunca ha sido condenado por las numerosas y graves fechorías de las que ha sido acusado) sea Jaime Mesía Figueroa, nieto del primer conde de Romanones. Dicha figura fue notoria por verse asociada a cantidad de actos ilegales muy graves, y al relacionarse con policías corruptos, convictos y delincuentes. Según afirmaron unos supuestos compinches, proporcionó a unos atracadores los planos de una sucursal de Banesto situada en la plaza de la Lealtad para realizar un atraco por el cual estos se hicieron con 1.200 millones de pesetas. Un artículo de *El País* del 4 de julio de 1986 expone que:

En el auto se señala que «de lo actuado se desprende que Jaime Mesía Figueroa, en diciembre de 1984, se puso en contacto con José Ramón Torres Pérez, a quien conocía desde hace varios años por haber coincidido en prisión». José Ramón Torres, de 36 años [miembro de COPEL, la Coordinadora de Presos en Lucha] fue acusado en 1978, junto a Mesía, de perpetrar en Madrid el secuestro de un joyero y el atraco de un industrial. «Mesía propone a José Ramón Torres Pérez perpetrar un atraco en la sucursal del Banco Español de Crédito de la plaza de la Lealtad», añade el auto, para precisar que en enero de 1985 se reúnen en varias ocasiones el nieto del conde de Romanones y Torres Pérez.⁷

En una de estas reuniones, Jaime Mesía entrega a Torres los planos de la sucursal del Banesto que fue atracada el 31 de enero de 1985 y «le propone a Torres la impunidad ulterior en base a tener relaciones con personas no determinadas en este sumario», añade el auto. «El juez Lerga dictó la semana pasada auto de procesamiento contra los inspectores de policía Victoriano Gutiérrez Lobo, de treinta y cinco años, y Adelardo Rafael Martínez García, de treinta y siete, por presunta implicación en el atraco al Banesto. Los inspectores Gutiérrez y Martínez se encuentran a la vez supuestamente implicados, junto a otros cinco agentes...»

Por otro lado, Mesía Figueroa se dice estuvo implicado en la desaparición del Nani, famoso atracador de joyerías: «... el magistrado Andrés Martínez Arrieta, titular del Juzgado de Instrucción número 11 de Madrid, dictó el pasado lunes auto de detención contra el inspector

Gutiérrez por su presunta implicación, junto a otros dos agentes, en la desaparición del delincuente habitual Santiago Corella, alias el Nani». La historia del Nani es bien conocida, entre otras razones, gracias a la película de 1988 *Matar al Nani*. Se creía que Mesía Figueroa era un verdadero delincuente, o al menos así lo estima el fiscal de uno de sus casos. Según un artículo del 24 de septiembre: «Mesía presidía la empresa Orcoinsa, S.A., dedicada aparentemente al cobro de morosos. Sin embargo, el fiscal de uno de los casos considera en sus calificaciones que “la verdadera finalidad [de la empresa] era la de averiguar la existencia de personas adineradas, negocios, situación de sus bienes”, para luego secuestrarlos y pedir rescates millonarios».

Mesía era conocido entre sus contactos delincuentes como el Marqués, y hay quien cree que sirvió de inspiración a la figura de Rogelio, personaje interpretado por Quique San Francisco en la película *Colegas* (1982), de Eloy de la Iglesia, también un delincuente «de buena familia».

Hay que tener en cuenta que las referencias a un supuesto historial delictivo de Mesía Figueroa se retrotraen, por lo menos, hasta finales de los setenta, puesto que su nombre aparece ya en *El País* del 20 de mayo de 1978, según el cual: «Jaime Mesía Figueroa, marqués de Mirallo y nieto del conde de Romanones, se encuentra desde el pasado día 8 en los calabozos de las Salesas, en tanto se realiza una investigación policial que aporte datos sobre su posible implicación o desvinculación de una banda, presunta autora del robo a mano armada de un industrial y del secuestro de un joyero, que fue desarticulada a principios del mes de mayo por la policía. El señor Mesía podría ser, según informaba ayer la agencia EFE, el supuesto cerebro y organizador de la banda e incluso la persona que facilitaba a los componentes de la misma las armas y los datos sobre las víctimas, a quienes conocía personalmente».

De este modo, según estas informaciones, Figueroa supuestamente empleaba su conocimiento íntimo de la *jet set* para detectar acaudalados miembros de la alta sociedad como potenciales víctimas de secuestro y extorsión. Se dice, también, que Figueroa mantenía una estrecha relación con la llamada «mafia policial» que acabó con la vida de Santiago Corella el Nani, como ya hemos visto (un grupo policial sin escrúpulos, verdaderamente corrupto, despiadado y brutal), y dijo de este en una entrevista a *Interviú*, en 1988, que estaba muerto y que él mismo lo había enterrado. La policía, de hecho, buscó el cadáver del Nani en una finca propiedad del aristócrata en la provincia de Córdoba.

No obstante, el Marqués no ha representado un caso aislado, ni mucho menos, en los anales del mundo pijo y aristocrático. Como veremos, con algunos integrantes de la Panda del Moco pasaba exactamente lo mismo. Se trata de un ilustre ejemplo de las típicas «ovejas negras», del que ya hablo en *Macarras interseculares*, donde por primera vez hablé de la Panda del Moco. En dicho libro hablo de «niños ricos que viven en entornos familiares disfuncionales. En estos casos, el dinero no sirve para compensar los problemas emocionales que existen dentro de la propia familia. Lo cierto es que el dinero no sirve para corregir la falta de salud psicológica en las dinámicas propias de la estructura familiar. Si atendemos a ciertas teorías psicológicas que tratan el asunto de las conductas autodestructivas, veremos que el sujeto autodestructivo no es una

entidad independiente o autónoma con respecto a la unidad familiar. En palabras del psicólogo Norman L. Farberow: «Más que una simple colección de personas, la familia es un sistema funcional. Sus miembros son interdependientes, y las acciones de uno (o más) de ellos afectan a los otros. Por ejemplo, una enfermedad o éxito repentino que afecte a uno de ellos repercute en el resto... Así, un comportamiento particular de un miembro [de la familia], como puede ser un síntoma [la conducta desviada de la «oveja negra», en este caso], debe ser comprendida a la luz de cómo los demás miembros de una familia están contribuyendo a ello o lo están haciendo posible, y también cómo [dicho] comportamiento [sintomático], a su vez, afecta a los demás miembros». «Desde el punto de vista de la familia, las dificultades o síntomas presentes en un miembro son parte de todo un proceso familiar en el que dicho miembro es etiquetado como el problema.» De este modo, uno de los miembros de la familia, sirve de síntoma a unas dinámicas familiares y estructurales perversas y cumple con la función de chivo expiatorio. En realidad, «el paciente identificado [debe ser contemplado] como el miembro que expresa la perturbación que existe en la familia entera». ⁸ La oveja negra, de acuerdo con este modelo, es en realidad una víctima del colectivo, que sufre por todos, algo que se expresa en una conducta desviada.

Muchos de los pijos que provienen de entornos familiares disfuncionales tienden, en muchos casos, a relacionarse con personas que provienen de entornos también disfuncionales, no solo en términos familiares, sino más amplios: entornos disfuncionales como pueden ser los barrios más pobres y violentos de la ciudad [o las propias cárceles o entornos corruptos, como ocurría con Mesía Figueroa]. Asociarse con otros sujetos que se encuentran en circunstancias similares — como me dijo uno de los pijos malos originales— es una «bomba de relojería».

La oveja negra de alguna manera hace un favor al resto de la familia, pues exime a sus otros miembros de culpa, una culpa que les pertenece dada la mala interacción entre todos ellos. Esta responsabilidad en el malestar que expresa el chivo expiatorio es algo que ellos se niegan a creer, una creencia que justifican, precisamente, gracias a las conductas desviadas del chivo expiatorio. Este podría definirse como un «expiador». El problema estriba en que cuando uno cae en este tipo de roles y dinámicas es sumamente difícil que se haga consciente de ello, paso primero para lograr liberarse de tales comportamientos destructivos. Y lo mismo ocurre con el resto de la familia, que, además, está más que interesada en culpar de todos sus males a uno solo de sus integrantes. Es necesario haber leído y reflexionado mucho para percatarse del papel que uno ha adoptado, por lo que en general estas ovejas negras o chivos expiatorios persisten de manera inconsciente en sus conductas y acaban por pagar un altísimo precio que, como veremos, puede conducir a la adicción, la cárcel o la muerte. Mientras tanto, el resto de miembros de la familia, cuya interacción es verdaderamente defectuosa e inmoral, se liberan de cualquier responsabilidad con respecto a la caída de su familiar o a sus propios comportamientos nocivos.

Existen numerosos casos de este tipo en Hollywood. Un ejemplo notorio, que se ajusta a los patrones aquí referidos, es el de Cameron Douglas, hijo de Michael Douglas. Cameron Douglas ha sido arrestado por delitos relacionados con el consumo y tráfico de drogas al menos en tres

ocasiones. En 2007 fue detenido por posesión de estupefacientes después de que unos agentes de policía encontraran una jeringuilla con cocaína líquida en un automóvil en el que se encontraba. El 28 de julio de 2009, Douglas fue arrestado por posesión de 230 gramos de metanfetamina y acusado de intento de distribución. El cargo conllevaba una pena mínima de prisión de diez años y una máxima de cadena perpetua. En 2010 fue condenado a varios años de cárcel, e ingresó en prisión, donde otro preso le rompió la pierna y una serie de pruebas médicas realizadas por las autoridades carcelarias confirmaron que había continuado consumiendo drogas entre rejas, lo que amplió otros cinco años su condena. Michael Douglas admitió haber sido un «mal padre», y consideró que la cárcel sería fundamental para salvar la vida de su hijo. Y como este, hay miles de ejemplos similares entre las celebridades hollywoodienses.

No cabe duda de que podríamos aplicar a estos casos las teorías del chivo expiatorio del filósofo René Girard para entender la posición sumamente precaria de la oveja negra en la familia o estructura disfuncional (la verdadera fuente de malestar). Ya me referí a ello en otro texto sobre el chivo:

René Girard, en su obra *El chivo expiatorio* (1982), lleva a cabo un brillante análisis del relato de Mateo sobre los exorcismos de Jesús en una comunidad extranjera. Se trata de «los demonios de Gerasa». Ahí Jesús se encuentra con un endemoniado que vive entre las tumbas y que aúlla durante la noche desde las salvajes montañas [nuestro pijo malo]. Al parecer, las gentes del pueblo tratan de neutralizar su locura atándole con cadenas, pero este siempre logra desembarazarse de ellas. Nada más desembarcar Jesús en el lugar, el perturbado surge de entre las tumbas y se dirige a él. Cuando Jesús le pregunta su nombre, el loco responde: «mi nombre es legión», pues una legión de demonios vive en su interior. Jesús logra liberarle de su condición transfiriendo la turba de demonios a un rebaño de puercos que, enloquecidos, acaban por despeñarse por un precipicio sobre el Mar de Galilea. Este exorcismo, en lugar de tranquilizar a los habitantes del lugar [nuestra familia desestructurada], crea inquietud en ellos, que piden al extranjero que abandone sus tierras. Esto parece indicar que el endemoniado ejercía un rol positivo en el grupo y que, a pesar de la incomodidad evidente que suponía para la vida social, su malestar era fundamental para mantener el equilibrio entre la población. Al atarlo con cadenas [una forma de acusación], a nivel profundo, semiinconsciente, el organismo social estaba alimentando su locura, haciendo de él un chivo expiatorio que contenía el mal moral (legión de demonios) de todos.⁹ El hecho de encadenarle servía solo para incrementar su desazón y carecía de todo valor terapéutico. La imposición de restricciones a través de la violencia solo avivaría el fuego de su desaforada demencia. De este modo, el síntoma no es aplacado sino intensificado.¹⁰

Cuanto más se presiona a la persona descarriada para que cambie de conducta —cuanto más se le ata con cadenas—, más se atiza el fuego de su locura. Aunque este fuese uno de los caballos de batalla de la famosa antipsiquiatría de los años sesenta (es decir, hablar con el paciente sin hacerle sentir un loco, por muy surrealista que fuese su discurso; negarse a aplicarle camisas de fuerza, cadenas, ni imposiciones de cualquier otro tipo), esta insistencia en no presionar al perturbado la conocían los buenos psicólogos de todas las épocas. Contamos con un ejemplo llamativo en Maquiavelo, que en una de sus cartas exhorta a su hijo a que desate de inmediato a un caballo enloquecido, le pide que le deje campar a sus anchas, y que verá cómo, poco después, recupera la cordura.¹¹ Esa presión a la oveja negra, pues, sería un mecanismo inconsciente para

intensificar su mala conducta y así asignarle un determinado rol de falso culpable que conviene al colectivo.

Pero no solo la disfuncionalidad emocional de la familia es el problema a la hora de definir al pijo malo.¹² Como me revelaron en su momento dos informantes callejeros independientes (el Kabra y Juanma el Terrible), hemos de contar con un elemento añadido para entender dicha figura: la impunidad. «Cuando una persona cuenta con protectores importantes, es decir, padres o familiares que ocupan una posición social elevada en la jerarquía social, pueden verse libres de muchos castigos y penalidades, algo que sirve para reforzar conductas agresivas o delictivas.»¹³ En palabras del Kabra, del barrio de Hispanoamérica (distrito de Chamartín), con quien hablé por primera vez sobre la Panda del Moco: «La Panda del Moco eran pijos chungos. Los pijos chungos de estos barrios, lo son, creo yo, porque sus padres tienen poder. Aquí hay mucha gente que por sus privilegios se aprovechan, porque no les van a parar. Nunca les va a pasar nada. Yo no digo que esté mal, yo digo que está mal cuando otras personas sufren por culpa de esos privilegios».¹⁴

Con el tiempo, y después de conocer mejor a Loic el Francés, pude comprobar que no me equivocaba, y que mi nuevo amigo y su situación se ajustaban como anillo al dedo al modelo recién descrito, al tiempo que algunos de sus amigos en la Panda del Moco seguían el mismo patrón. Como me comenta un informante anónimo, amigo del Francés: «Todo parte de un ambiente donde nos sentíamos absolutamente poderosos e intocables. De hecho, lo éramos. Por ejemplo, mi tío abuelo era el comisario jefe de Madrid».

¿Cuál era entonces el caldo de cultivo para el surgimiento de esta Panda del Moco? Me propuse averiguarlo, y con esa meta en el horizonte entré en contacto con algunos conocedores del mundo acomodado de los años sesenta y setenta en España, para que me hablaran de los pijos canallas de esa época, predecesores de nuestro objeto de estudio.

El primero con quien hablé fue J., uno de mis entrevistados más mayores. Nacido en 1948, J. es un tipo afable, de pelo blanco, con cierto aire chulesco. Nos reunimos en un restaurante de Chamberí en un caluroso día de septiembre, donde él se comió un plato combinado y yo me bebí un par de cervezas. Según me contó, él fue asiduo de un gimnasio de Chamartín al que ya durante los setenta acudían pijos conocidos:

«Al gimnasio Il Corpo iba mucha gente. La entrada estaba entre la calle Apolonio Morales y la calle Francisco Suárez [al norte del barrio de Chamartín, cerca de la plaza de Castilla]. Era un gimnasio pequeñito donde iba mucho tipo de gente. Entre ellos destacaban los Coloraos que eran tres hermanos argentinos. El mayor era R., el mediano era W. y el pequeño no recuerdo cómo se llamaba, pero era dinamita pura. El mayor tenía muy buenas maneras, y W. también, era un tío grandote... ¡Muy joven entonces! Porque te estoy hablando del año 75 o por ahí... Y este era un chavalín. Parecía así mantecoso [blando], pero era un tío que tenía muchísimos cojones... Los

tres... El que era una cosa explosiva era el pequeño. Estaban metidos en historias de tarjetas de crédito y tenían mucha relación con Levante.

»No sé de qué ciudad eran en concreto, porque hubo varias entradas gordas de argentinos en España. Una de ellas fue en el año 74, cuando muchos de ellos escapan de la represión.¹⁵ Entonces entran un montón. Yo conocí a muchísimos. Muchos de ellos bastante cultos, con muy buen nivel y, sobre todo, muy por encima de la media de un chaval español de los años setenta y, en particular, de Madrid. Como diría uno de ellos, eran “pioneros de la liberación sexual” [pone acento argentino]. Vamos, que se hinchaban a follar con las tías medio pazguatas de los setenta. Creo que los llamaban los Coloraos porque el hermano mayor era pecoso y colorado. No eran de pelo rojo, eran muy rubios, pero yo creo que los llamaban los Coloraos por eso. Por las pecas. Y W. chuleaba a una rubia que era fea pero alta, con buen cuerpo. No es que fuera fea, no era fea, pero no tenía una cara de la hostia. Era sobrina de un cantante famosísimo. Y el W. la tenía puesta ahí... Yo creo que en el D’Angelo [famosa barra americana en paseo de la Castellana 151].

»Luego había otro que se murió y se llamaba N., y era amigo de estos, y era un tío de metro noventa largos, muy alto, muy parecido a José Mercé, con el pelo largo, argentino también. N. era un tío muy afable... y este tenía una churri trabajando que era una niña bien de Ciudad Real, hija de un farmacéutico. Vivían por la calle Sánchez Pacheco [en Prosperidad, un barrio más humilde aldaño al de Hispanoamérica]. N. solo tenía a esa chica. Era su chica y su puta. Tener varias es muy difícil.

»Otro chulo muy interesante de mediados de los años setenta era José Luis. Era un tío con muy buenas maneras que tenía un ático entre paseo de La Habana y la Castellana, con sofás decorados con piel de tigre. Ese sí tenía dos o tres tías. Yo lo conocí una noche y me pareció un tío potente.

»Yo sé que al boxeador Dum Dum Pacheco W. lo puso derecho, a pesar de su pinta aniñada.¹⁶ Sé que hubo algún mal rollo con Dum Dum por alguna puta o algo. Donde ellos se manejaban, eran exquisitos, pero si tú interferías con alguno en temas de pasta o en temas de códigos... te la liaba.

»Los Coloraos eran unos adelantados entonces, pero llevaban ese *flow* que no era el de ahora. Es que llega un momento, en el año 2000, que había más vicio en Ponferrada que en el Bronx. En los años sesenta había un cómic sobre un tío que se llamaba Mr. Televisión, que era genial. Lo publicaba Ediciones J.O.B.A.S. Era un detective que resolvía casos, para lo cual llevaba una cámara de televisión muy pequeña, con la que lo filmaba todo y descubría todo. Era una cosa impensable entonces, pero hoy se podría hacer perfectamente. Pues Mr. Televisión andaba investigando asuntos de drogas y normalmente ponían en un saco un cartel donde ponía “droga”. No sabían ni lo que era. Yo conocía a un amigo que trabajó en una película que se llamaba *Juventud drogada* (1977). Se rodó en la casa de un amigo en calle Serrano con María de Molina. ¿En la casa de la esquina? Ahí rodaron *Juventud drogada*. Él hacía de policía que pillaba a unos

traficantes y para las escenas había que hacer unas papelinas. Y Pepe Truchado, el director, su ayudante y tal, no sabían cómo se hacían. Ni sabían las cantidades, ni la pinta que tenían, cómo se hacían los lonchones, ¡nada de nada! Yo, personalmente, empecé a ver coca por la noche en los ochenta. Hubo una época que la gracia era irte dos parejas o tres con 25 gramos de coca, y meterte en un piso viernes, sábado y domingo.

»En esos años había una calañita de niños pijos, en plan principitos de la noche, alguno de los cuales acabó yonqui. Uno de estos era el dueño del gimnasio Il Corpo, que hoy vive en Ibiza retirado. Este era amigo de un tío muy famoso, Manolo el Guapo, que era de Jerez, que en los años setenta y ochenta manejaba mucho conocimiento. Iba a discotecas como Carrousel, Cerebro, porque era burlanga, jugador de cartas profesional de póquer. Echaba partidas en una serie de pisos que había por Madrid. Tenía guardaespaldas, porque ahí había mucho dinero, y había gente muy peligrosa. Su casa era como un piso franco donde cualquiera podía ir a dormir o llevarse a una tía. Manolo el Guapo jugaba al póquer ahí todas las noches, era una casa abierta. En el piso durante el día, mientras él dormía, le cocinaban un pollo al chilindrín [sic], o algo así. Yo me pasaba la vida ahí. Y había chicas, lo mejorcito de Madrid. Por ahí también pasaban los Coloraos.

»Un amigo de estos era un tío muy famoso que se llamaba Gustavo, que acabó teniendo un bar en Argentina, y que marcó una época. Era un tío muy guaperas, muy bragao, muy valiente. Este, una noche en Joy Eslava, se acercó a una tía muy guapa que iba con los Miami. Y ahí se lio. Tuvo lugar una de las manos de hostias más brutales que ha habido en Joy Eslava. O sea, Gustavo acabó destrozado. Este quería venganza, pero luego se enteró de quiénes eran los Miami. Eso sería entre el 86 y el 89. Había un karateca muy famoso, que era puerta de muchos sitios y este era el J. L., que era el segundo después del Kakato [otro famoso karateka madrileño]. Y al final hicieron una reunión, en casa de Manolo el Guapo: el Gustavo vs los Miami, con el J. L. de mediador. Vinieron dos de los Miami con unos perros de la hostia. Gustavo vivía en un piso cerca del Café Gijón por donde pasaba medio Madrid. Por ahí pasaba el W., de los Coloraos... porque había muchas tías. Había mucho tráfico. Y al Café Gijón iba todo el mundo en los años sesenta y setenta, porque no había otra cosa. En 1975 abre Emilio Sola La Vaquería, que era de los primeros locales que se abren de los ochocientos mil que habrá ahora en España. Estaba en la calle Libertad. Ahí se presentaban muchos libros de la Editorial La Banda de Moebius, de Emilio Sola».

Pregunto a J. sobre la figura del paradigmático pijo canalla: «El primero que yo conozco es J. N., cuyo hermano Javier era muy amigo mío. Y J. N. era un canalla, que ahora tendrá ochenta años. Este era burlanga, le gustaba mucho el juego y tal, y si perdía le gustaba no pagar. Y a todas las vedettes de los años setenta, que había muchas —las tías que trabajaban en teatros— no las ponía de putas, pero vivía de ellas. Era un chulo distinto. Que vivía de las mujeres, sin que estas fuesen putas. Para los chavales de ahora es algo ininteligible, no se les debe ni pasar por la cabeza. Este salta a la fama por una relación con Nadiuska, a la que dejó tirada. Estuvo con una a

la que rapó el pelo al cero, y le dio una mano de hostias... Se dice que en una ocasión la envolvió en un saco y la tiró por las escaleras.

»Hay un punto de transición total en la historia de España, a finales de los setenta, que es que todos estos eran como señoritos y sus delitos se tapaban. El primer salto de calidad que hay de todo esto se produce en un puticlub de la carretera de Toledo —que había muchos— en el que van dos tíos, no les deja entrar un portero y entonces vuelven con una recortada y lo revientan. Ese salto, que se produce en el 77, 78, es un cambio de la delincuencia en España. Pasa de ser una cosa muy conocida y localizada a convertirse en un rollo inconcebible. Y llega la droga, aunque la sociedad no sabe muy bien de qué va la cosa. A partir de ahí empiezan a llegar todas las bandas como la del Jaro, que lo matan cerca de la casa de la vedette Susana Estrada.

»Lo que rompe y revienta todo es la entrada brutal de droga a finales de los setenta y durante todos los ochenta. La coca se ha movido de formas muy diferentes. En los ochenta una persona que compraba un kilo y le echaba un poco de cojones se forraba, podía sacarle ocho millones de pesetas de aquella época, lo repartía por ahí, se quedaba con cien gramos para vender y consumir él, y eso eran tíos que trabajaban en una agencia de publicidad, en las teles. ¿Qué ocurre? Que cuando ya todo se desfasa y hay que vender más para cubrir el verano en Ibiza, eso ya no vale.

»Nosotros montamos la discoteca Amnesia, en Ibiza. Una vez mi hija me preguntó si yo había sido camarero en Amnesia, y yo no era camarero, yo hice Amnesia, con Tono Escohotado. Pero es que la hice de abajo arriba. Escohotado, Manolo Sáenz de Heredia y también Rafa Aracil, que había sido guitarrista de Los Estudiantes, querían hacer un sitio donde tocar la guitarra. Era la época de los Eagles, y ellos querían ser como los Eagles. Amnesia abrió un martes 13 de julio del 76. Había una casa donde vivía un tío que se dedicó a robar motos y coches en la isla. La Guardia Civil lo cogió. Y esa casa, que era una finca muy bonita, se quedó un poco patas arriba. Y era propiedad de la nieta del general Martínez Campos. Era una finca de 10.000 metros cuadrados con almendros y eso se convirtió en Amnesia, la vieja Amnesia. Tono y Manolo se gastaron un millón de pelas, que era todo lo que tenían, para levantar Amnesia. Un inglés les estafó. Lo habían mandado a Londres a comprarles unas guitarras y amplificadores y yo tuve que recuperar el dinero».

Con los años, Amnesia se convirtió en una discoteca paradigmática en la escena electrónica ibicenca, desde los años ochenta hasta la actualidad.

Después de hablar con J. me puse en contacto con Kiko Matamoros, personalidad televisiva nacida en 1956 y vecino durante su infancia y juventud del distrito de Chamartín —feudo de la futura Panda del Moco—, para seguir buceando en esos años previos a la irrupción de nuestros protagonistas. Para empezar, le pido que me hable un poco de su infancia en esos escenarios:

«Mi familia era una familia de clase media venida a menos porque, en realidad, mi abuelo materno era un hombre de negocios que tenía el rango de coronel y le detuvieron cuando empezó

la Guerra Civil, por lo que pasó tres años en la cárcel. Él, de alguna manera, estaba muy bien relacionado, tenía amigos muy influyentes. Y mi familia llevó el mantenimiento del Metro de Madrid hasta el año 82, entre otras cosas. Había dinero en la familia de mi madre, aunque eran muchos hermanos. Mi padre era ingeniero industrial y nosotros vivimos en la plaza del Perú, en el barrio de Chamartín, cuando eso era lo que era. Casi todo eran descampados, una zona en desarrollo, jugábamos al fútbol en la calle. “¡Que viene el autobús!”, decía uno, y dejábamos que pasase. En realidad, era el trolebús entonces.

»Mi hermano gemelo, Coto, y yo teníamos un espíritu de rebeldía contra mi padre, porque mi padre era muy estricto. A mí me tiraba la calle y a mi hermano también. Éramos muy de calle, a pesar de las hostias que nos pegaban en casa. Yo recuerdo fumar mi primer cigarro a los siete años. Estábamos todo el puto día pegándonos. Yo recuerdo mucha fascinación por la música pop.

»En esa época, la Derby preparada era un arma de distinción para el verdadero macarra. Por entonces daba sus primeros pasos Ángel Nieto y ahí con quince, dieciséis años, empecé a moverme en la noche, empecé a tener contactos con el mundo de la droga... íbamos a la discoteca Cerebro, a Tartufo. Había dos Cerebro, una de las cuales estaba en unas galerías que había por Quevedo, que tenías que bajar unas escaleras... Luego estaba Carrousel y Boccaccio, que estaban muy orientadas a gente del teatro. Y ahí se movía de todo. Se ha dicho siempre que la heroína era una droga de pobres y de marginados, y no es verdad. En aquella época la heroína se llevó muchas vidas de niños de papá.¹⁷ Yo tengo dos amigas que murieron de sobredosis y, además, iban con la pandilla de los Escobedo, el famoso Rafi Escobedo, que eran muchos hermanos.¹⁸ Y estos iban a Cerebro y ahí se movía de todo. Sería en el 76, 77.

»Y luego abrió en Madrid un local que fue impresionante, que fue el Golden, el Golden Village. Estaba por la estación de Chamartín; antes de llegar a la estación a la izquierda. Ahí había un ambiente de cojones, pero de cojones. De gente muy guapa. En calle Agustín de Foxá. Empezabas a ver a gente con otro color, con otra historia. Ahí podías encontrarte con Frank Zappa. La relaciones públicas era Mercedes Domènech, que es madre de uno de los hijos de Serrat. Había muchos modelos, muchos modelos, gente extranjera. Había mucha alegría y mucha promiscuidad. No había aparecido el sida y, bueno, la gente estaba absolutamente liberada y daba gusto vivir esa situación, porque veníamos de mucha cadena. Pero no era la mayoría de la sociedad quienes disfrutaban de aquello, sino una minoría de privilegiados. Era un rollo como para iniciados. Había fiestas en casas particulares y muchísimas ganas de pasárselo bien. Había muy poca conciencia política en ese sentido, pero sí que había cierto coqueteo con las ideas de izquierdas, que era lo moderno.

»Luego ya empecé a trabajar de modelo, porque un amigo era modelo y me animó, al ser yo fuertote. Hasta esa época se había llevado el tío con cara rosa y, bueno, muy delgado. Entonces, yo daba la imagen que querían. Me metí y la verdad es que me fue de puta madre. Y tuve acceso a un mundo más entretenido y más divertido.

»Yo iba al gimnasio y los gimnasios de Madrid daban pena. Los ves ahora... Tengo cierta nostalgia de esos gimnasios que estaban en sótanos, y entrabas y había sudor en las escaleras. Antes de meterte en la ducha te lo tenías que pensar porque los suelos eran la hostia y tal. Empecé en el gimnasio del Madrid, que estaba en el Bernabéu. Éramos cuatro los que íbamos al gimnasio y recuerdo que en la playa llamaba muchísimo la atención. Fue a partir del año ochenta y pico que empezó el furor de los gimnasios.

»Luego, con los Guerrilleros de Cristo Rey y gente así tuve una relación tangencial, en la universidad y porque algunos habían sido compañeros de colegio. Es más, yo recuerdo que tenía el pelo encrespado y me ponía fijador. Y recuerdo en un examen de Filosofía del Derecho que me echaron porque entraron los Guerrilleros de Cristo Rey en el hall y el ayudante de Ruiz-Giménez me gritó: «¡Usted!». Me dijo que estaba suspendido y expulsado, porque los Guerrilleros habían tirado una bomba de humo y el tipo debió creer que yo era uno de ellos por mi peinado.

»En mi infancia y primera juventud había mucho rollo de pandillas. A lo mejor ponían los coches de choque en nuestro barrio y bajaban los de Manoteras y nos inflábamos a hostias, un día sí y otro también. Con los americanos de la base de Torrejón también. Porque estaba el Cine Americano ahí en Príncipe de Vergara —calle llamada entonces General Mola—, que luego se llamó el Juan de Austria. Entonces era el Cine Americano, que era solo para los yanquis. Y venían ellos con los Cadillac y aparcaban encima de la acera, la hostia. Se comportaban con una prepotencia de cojones... Claro, se debían de creer que esto era Corea. Y venían aquí a cagar, ¿sabes? Entonces, pues les pinchábamos las ruedas de los coches, se los rayábamos... Nos daban una envidia de cojones. Era un rollo que nos miraban por encima del hombro. Y eso de tener un cine solo para ellos, el consumo que tenían de artículos dentro del cine, unas bolsas de palomitas así de grandes que nosotros no podíamos ni soñarlas, las nubes esas de azúcar, los Levi's, la hostia y tal. Y la verdad es que les teníamos un gato de cojones. Nosotros no podíamos ni pasar por delante del cine. Ellos vivían en el Soto de la Moraleja, en El Encinar de los Reyes. Ahora son viviendas que se han rehabilitado y son chalecitos. La posibilidad de ir vestido a la moda consistía en ir a comprar a la tienda del Rata, que estaba en Torrejón de Ardoz, y a la cual los americanos le vendían productos de dentro de la base: chaquetas militares, camisas Arrow, los Levi's, las botas, la hostia y tal».

«Con Dum Dum Pacheco, el famoso boxeador, coincidí cuando él estuvo de seguridad en un casino ilegal, pero ya hace tiempo que no le veo. Casino ilegal había uno en La Florida, en un chalet. Ahí iba gente famosa. Esos casinos han existido en los ochenta, en los noventa... Siempre ha habido. También timbas para profesionales. Primero porque no estaban permitidos los casinos y, luego, cuando se abrió la mano, porque no se paga impuestos. En el casino legal, cuando has entrado ya has perdido la mitad. Hay una carga impositiva de tres pares de cojones y estás jugando un poco contigo mismo.» Le pregunto cómo funcionan esos casinos ilegales, si están compinchados con la policía: «Pues mira, no tengo ni puta idea [risas]. Supongo. Yo creo que es

un poco de todo, yo creo que a la policía le vienen muy bien esas historias durante un tiempo, porque se puede sacar mucha información. Quién viene, quién va, qué gasta, de dónde lo saca, de dónde no lo saca. Igualmente, es importante ver en las discotecas ahora mismo cómo funciona una mesa. Quién gasta y quién no gasta. Desde que se jodió el tema de las zonas VIP... Vamos a decirlo con palabras más finas... Desde que se democratizaron las zonas VIP, al final ahí lo único que hay son narcos, aluniceros y futbolistas, que son los únicos que tienen los cojones de coger, de repente, ocho botellas de Moët e invitar a ciertas chicas. Y, al rato, otras cuatro. Y compitiendo una mesa con otra a ver quién gasta más... Antes las zonas VIP eran para élites de verdad, élites sociales, de tal familia... Los famosos han sido siempre un poco el adorno. Pero era otra concepción y no tenía nada que ver con lo que es ahora la noche. Yo recuerdo el KU de Ibiza, haber compartido mesa con Polanski, o con Gloria Gaynor, a finales de los setenta.

»Antes todo era mucho más cerrado. Yo creo que hoy la droga lo ha abierto todo. Sí, la cocaína. Al final, la gente empezó a admitir en su círculo al tío que iba con la bolsa. Y si había un tío dispuesto a poner la bolsa para que le dieran acceso a determinados ambientes, pues encantados todos, ¿no? Y, al final, ¿qué es lo que ha pasado? Que han sido los traficantes los que se han hecho con esa parte de la noche. Son los que tienen acceso a las mejores mesas. Tienen esa capacidad económica. Si tú sabes que va a llegar un jeque árabe o un magnate ruso o un narco que se va a gastar veinte mil euros en una noche, no vas a sentar en la mejor mesa a tus amigos. Y luego, en caso de quedar una mesa libre, “te la dejo para ti, pero cuando venga un hijo de puta de estos si me haces el favor te levantas y otro día te invito”.

»Yo he estado en la boda de uno de los Miami. Los Miami de ahora no sé por qué les llaman los Miami, porque no tienen nada que ver. No, yo sí conocí muy bien a Juan Carlos, a L... L. era el niño. Lo llamábamos el Niño. Yo he tenido muy buena relación con ellos, la verdad. Eran gente normal, de clase media, clase media-baja, pero bueno, gente que se metió en esa historia y durante años... Yo he estado en sus bodas, en sus cumpleaños, en los cumpleaños de sus hijos. Hay uno, que no voy a decir el nombre, que se casó en las Salesas... Y fue maravilloso, porque el suegro era capitán de no sé qué pollas y fue a la boda con el uniforme, la medalla, su puta madre... que llevó a la niña del brazo al altar y tal... Tenemos un reportaje fotográfico maravilloso, que tiene la policía... que estaba todo dios. Y había una limusina en la puerta de la iglesia, y toda la peña entrando en la limusina, saliendo, mientras estaba la misa dentro y tal. A mí me sacaron en *Interviú*, en un sumario de estos... Me sacaron a mí, sacaron a futbolistas... Tenían muy buena relación con mucha gente».

Me dice que la Panda del Moco eran «pedorros muy típicos de la época. Ese tipo de gente eran una panda de anormales. Contacto con ellos no tenía, pero conocimiento de su existencia sí, claro. Eran como el brazo armado ideológico de Fraga, yo qué cojones sé. Se creían que iban a ir a la Guerra Civil otra vez. Se habían preparado para combatir al comunista, “que nadie vaya a quitarnos lo nuestro”».

Tras despedirme de Kiko, quedaba un último nombre en mi selecta lista. Alguien con quien estaba deseando hablar para acabar de perfilar la identidad arquetípica del «niño mal de familia bien» y comprender su construcción simbólica en el tiempo. Me refiero a José Ángel Mañas, autor de *Historias del Kronen* (1994), obra de culto en la que configura —a partir de experiencias vividas— la figura del pijo canalla que dominará el imaginario colectivo ya en los años noventa: su personaje Carlos (en realidad, un alter ego suyo).

A la hora de entender al pijo chungo es importante tener en cuenta otro factor: la cercanía geográfica entre barrios pertenecientes a diferentes estratos socioeconómicos, algo típico de Madrid. De eso comienza hablándome Mañas:

«Yo soy del 71. Vivía en la calle Mesena, 106, en el clásico edificio de los setenta, de ladrillo visto, toldo verde... Eso es El Bosque, entre Arturo Soria y Manoteras. Estaba Arturo Soria, que eran chalets; los míos, que eran pisos; y luego estaba Manoteras. Ahí en los ochenta había mucho descampado y mucho gitano. Yo cruzaba el puente de la M-30 y había descampados y había chabolas. Entonces, los depredadores naturales nuestros eran los yonquis y los gitanos. Yo cuando era joven jugaba muy bien al fútbol. Jugábamos al fútbol callejero en un descampado y siempre socializaba a partir del fútbol. ¿Qué pasa? Que mi equipo de fútbol era muy macarra. Estaba el Quique, que era hijo de un portero; otro amigo que era cuatro años mayor... Tenía mi doble vida: el colegio privado y mi vida de barrio. Eran dos mundos. Yo era callado y caía bien a la gente porque no me iba de la boca. En la zona estaba la banda del Buri y la banda del Vaca Gorda, que eran bandas pequeñas de los años ochenta. Era un rollo de: “¡Que viene el Vaca Gorda!”. Y salíamos todos corriendo.

»Del fútbol estaba el Fer, un chuleta que venía de Manoteras y jugaba con gafas de sol, ¿vale? Luego estaba Juanma el Gitano, que murió; estaba Luis, que era mi colega, que era de los pisos, por decirlo así. Un día traje a uno del colegio que vino a jugar con nosotros. Tuvo un encontronazo con el Fer, al que se le cayeron las gafas de sol, por lo que le calzó un bofetón al otro. Mi amigo no volvió. Ahí me di cuenta de que eran mundos aparte. Ya en los años noventa mi primo se cruzó con Juanma volviendo a casa y Juanma le sacó una navaja. Mi primo le dijo: “Coño, que tú jugabas al fútbol con mi primo Jose”. Y el otro le dejó ir.

»Otro de los clásicos pasatiempos infantiles (entre diez y doce años) era tirar bombas de agua (globos rellenos de agua) desde la terraza de un quinto piso sobre los coches que pasaban.

»Mi lenguaje proviene de ese barrio. Mis registros verbales, mi acento vendría de allí. Porque tengo un hermano mayor y uno menor que no hablan como yo. Había una mezcla de clases sociales en el barrio y nos juntábamos para jugar al fútbol y en las salas de maquinitas, que estábamos todos enganchados a las maquinitas, a los marcianitos, etcétera. Había mucha paranoia con los yonquis: “¡Que ponen agujas boca arriba en la tierra!”. Leyendas de esas...

»Las dos bandas que te he dicho, la banda del Buri y la banda del Vaca Gorda, ojo, eran bandas infantiles, cosas de críos de entre diez y trece años. Yo luego con el Buri me hice amigo y

no era tan terrible. Jugó conmigo en el segundo equipo que tuve en el barrio, con camiseta naranja (nos llamaban “los butanitos”). Es la misma camiseta que luego utilicé para el equipo de veteranos que monté en Sevilla la Nueva. Soy muy nostálgico de esa época, ya lo ves».

«Los pisos les decíamos “los pisos rojos” (los que eran como el mío) y “los pisos amarillos” o también “pisos chinos”, porque el color del ladrillo visto era amarillo, pero eran casi idénticos por dentro. Si acaso, creo que los nuestros llegaban al quinto piso y los amarillos al séptimo o al octavo. Todavía existen, o sea que puedes verlos. La altura implicaba clase: los primeros pisos, que tenían menos luz, eran los menos cotizados.

»El descampado de arena en el que jugábamos estaba delante de una panadería justo al pie de los pisos amarillos, y el panadero, Víctor, era quien financiaba la liguilla y daba una copa y tal al que ganaba. Las porterías las marcábamos con dos piedras, como digo, con los follones consiguientes para saber qué tiro había entrado y cuál no. Era el motivo de muchos de los conflictos. Podía llegar a ocurrir que alguno de los partidos acabase a pedradas. Lo de las “pedreas”, en aquella época (principios de los ochenta), todavía se daba. No es un mito.»

«A nivel de música, recuerdo que (debía de ser en torno al 83 o así) la película *Grease* pegó mucho. Alguno de los chavales o chavalas con los que nos juntábamos abajo en el parque bajaba un pequeño tocadiscos y poníamos el single (no el elepé completo) y bailábamos. Tuvo un efecto parecido al de *West Side Story* en la época de Dum Dum Pacheco.

»El ambiente, entre los tíos, era muy misógino. Las chicas iban por un lado y nosotros por el otro. Solo hacia los catorce años empezábamos a juntarnos. Recuerdo que formamos la OANG (Organización Antiniñas Gilipollas) y nos dedicábamos a perseguirlas con tapacubos (le pegabas un globo a un rollo de papel higiénico o a un cuello de botella de plástico cortado) y con eso lanzabas garbanzos y les dejabas unos moretones muy guapos. Con esos tapacubos se destrozaban también fácilmente las farolas (era otro de los deportes cuando andabas aburrido en grupo y no tenías nada que hacer, en torno a los doce años). Algunos llevaban tirachinas más potentes, y de ahí se pasaba a las navajas. (Yo nunca llevé, pero Juanma, el del equipo de fútbol, la tenía desde muy chaval.) Nunca vi peleas a navajazos, eso sí. Las usaban los gitanos y los yonkis para intimidar (como generalmente eran mayores que tú, la verdad es que no hacía ni falta, y a los que éramos canis, que tampoco teníamos pasta, lo más que hacían era quitarnos los Bony y los Panteras Rosa).»

«Luego estaba mi padre, que era un vicioso de los libros. Yo tenía tres códigos: el colegio, la calle y el fútbol, y la cultura que tenía en casa. Mi padre escribió una biografía de Eduardo Saavedra, que es un ingeniero de caminos que descubrió Numancia. Eso tiene una trascendencia y es que el MOPU, el Ministerio de Obras Públicas, gracias al libro —al darle un caché cultural—, le coloca como director de empresa. Con lo cual, subimos de nivel económico. Si para mi abuelo la idea del éxito era llegar del sur de Madrid al centro, la idea de mi padre era ir al norte. Pasamos originariamente de Moratalaz a El Bosque, y luego de ahí al Soto de la Moraleja.

»La sociología de la Moraleja queda expresada por segmentos: la Moraleja-Madrid, donde

están los casoplones, y la Moraleja-Soto, donde están los chalets adosados. Yo tenía quince años y eso era otro universo. Ahí me encontré con el clasismo y el mundo de las marcas. En un momento dado me encuentro con mis antiguos colegas. No había WhatsApp y no mantenías el contacto. Y estaba el Fer con sus gafas de sol, con una moto buena, enfrente del Bernabéu, y con unos cuantos bandarras; en plan bandarra. Y yo recuerdo que le dije: “¡Soy yo!”. Y recuerdo que me miró con una frialdad absoluta, como diciendo “tú no eres de los míos”... Me dejó helado. Fue incómodo, fue incómodo.

»Luego, mis padres me llevan a un sitio del Opus, por la calle Lagasca, a hacer el C.O.U., y ahí cambio de grupo de gente. Nosotros nos íbamos a fumar petas al Retiro, que estaba al lado y era muy tentador. Yo ahí descubro el rock con mi amigo Andrés, que estudió conmigo. Ahí sí que oigo, en ese circuito, ese runrún del Moco, el Francés, y tal. Pero era un runrún, igual que después era el runrún de los Miami, que te va llegando. Había ese runrún... Ahora, yo nunca me he encontrado con ellos. Eso era el 88-89.

»Yo conocí a varios mods, que eran de Arturo Soria y de Príncipe de Vergara. Estos iban a un garito que era el Jam, que era mi garito. El Jam estaba en la calle Barbieri y tú llegabas y en la puerta habían Lambrettas con espejos, los mods con sus parcas, y aquello parecía *Quadrophenia*, que está inspirada en 1964, ¿no? Pero con veinte años de retraso. Entonces el Rock-Ola ya había cerrado y había ese ambiente... Descubrimos toda la zona de Chueca, que en aquella época no era el barrio que es ahora. Luego estaba el Ramonas y el Clash, que eran un poco en la misma línea, como el Nueva Visión. Todo era el mismo circuito. Chueca era donde ibas a pillar, estaban todos los yonquis. Madrid era un ambiente cochambroso, con la gente y su litrona en la calle. Luego estaba el Potoso, que estaba en Manuela Malasaña, y fue ahí la primera vez que vi a un tío pincharse. Lo llamábamos Potoso porque nos poníamos ciegos y luego vomitábamos y tal... Una vez me metí en el baño y un tío estaba pinchándose, y me echó una bronca...

»Las drogas eran las clásicas, costo, algún ácido y tiros de vez en cuando, cuando podías. Recuerdo que me enrollé con una que ha fotografiado Alix, que era una de estas de la época, que estaba más en el rollo Lou Reed. Y esta siempre contaba que había estado en Nueva York y que había tenido esclavos y te soltaba: “Tú no sabes lo que es entrar en un bar y tener que follarte a uno para dormir caliente”. Creo que su madre era bailarina, y vivía cerca de Moncloa. La madre no la soportaba, ella tenía un hijo, y recuerdo que un día subimos a su casa y estaba con sus colegas, que debían ser gente muy ochentera, todos fumando chinos.

»Ya en la universidad, estudiando Historia en la UAM, me hago amigo de la hija de Camus, de mi amigo Merino, cambio otra vez de rollo. Eran pijo-progres, pero gente culta. Cogíamos un coche y nos íbamos a Oviedo a ver el palacete de Santa María del Naranco. Ya en el 90-91 me fui de Erasmus a Sussex. Ahí descubrí lo que era el nivel de drogadicción profesional. El primer día conocí a un brasileño que me sacó una piedra de 50 gramos... Y los ingleses tienen una manera de beber y de drogarse propia... Cerraban el pub a las once de la noche, y entre siete y once bebían ocho pintas de cerveza. Para mi cumpleaños robamos un barril de cerveza, lo

taladramos... Compramos un coche por 150 libras y con ese coche me volví a Madrid en las navidades del 90. Hice una gilipollez porque crucé con una pedazo de piedra y me traje unos cuantos ajos. Ese coche luego se murió, no volvió a arrancar, pero ya enfrente del Bernabéu.

»Tenía una cierta facilidad para el estudio, hice cuarto y quinto juntos, y en el curso 92-93 terminé. Me propongo escribir y a mediados de ese año quedo finalista del premio Nadal. La novela *Historias del Kronen* la escribo en el 92. *Historias del Kronen* es un semidiario. Mientras están pasando las cosas, las voy tecleando. Y luego ya le haces las modificaciones típicas, ¿no? Además, durante los estudios universitarios lees mucho, y estás intelectualmente activo y lo compaginas con la noche, que hoy sería imposible... Mezclé mis referencias con lo que estaba viviendo. El libro es muy preciso. Si tú coges el arranque, que es el 27 de junio de 1992, arranca cuando Schuster y Futre le meten 2-0 al Madrid. Hay un concierto de Nirvana, en la tele se está viendo la Expo de Sevilla, la Olimpiada de Barcelona, la guerra de Yugoslavia, y hay una precisión histórica. El *Kronen* tiene una sensibilidad hacia el contexto histórico que hace que, al final, los puntos se conecten. La diferencia entre la novela y la película es que la novela es exacta históricamente. Todos los detalles son exactos y precisos. Los lugares, etcétera. Y en *Kronen* se juntan muchas cosas. Carlos, el protagonista, es un pijo macarra. La novela tiene un lenguaje muy macarra y un contexto... Esto viene de que yo siempre he tenido un punto desubicado, lo que te he contado... Mi hermano, que viene siete años después y ha crecido en otro barrio, tiene otro acento, no hablamos igual, no somos de la misma clase social, por decirlo así.

»El bar Kronen estaba en avenida de América: General Oráa con Francisco Silvela. ¿Vale? Era una cervecería normal. Yo llegaba por la M-30 y entraba por la avenida de América. Llegabas, tomabas unas cañas y a las doce te ibas al centro. Cuando salió la novela, el dueño del bar estaba encantado y colgó en la pared un anuncio del libro o semejante, y luego cuando vio de lo que iba la historia ya lo quitó. Le mosqueó, porque en el libro había un camarero que pasaba papelines. Eso le molestó. Yo siempre lo digo que esa novela está escrita con mucha ingenuidad, y sale gente con sus nombres y apellidos. Bueno, y Corcuera hubo una época que quería darme de hostias, o no sé qué, porque alguien dice en un diálogo: “¡Habría que colgarle!”. O algo así. Quiero decir que tuvo un impacto que yo no me esperaba.»

Le pregunto de dónde viene el título del libro:

«Yo creo que viene de *Conversación en La Catedral* (1969), de Vargas Llosa. La Catedral es un bar... Lo de Kronen era porque en el bar había un cartel de cerveza Kronenbourg y lo llamaban Kronen por eso». Para crear a Carlos, el protagonista de la novela: «Le meto cosas mías, mi físico y otras cosas. Y lo relleno, pero le doy mis experiencias, básicamente. Lo de *Henry, retrato de un asesino* (1986) y las *snuff movies* era lo que menos me interesaba. Eso estaba en el aire por aquella época. Ahí hice una especie de mix, pero esa es la parte que menos me gusta.

»Otra realidad del *Kronen* es que cuando estalla el libro yo ya tengo dinero. Yo ya, más o menos, puedo comprarme una casa y con veintitrés, veinticuatro años me puedo independizar...

Y por entonces me encuentro con Marcos, uno del Liceo Francés. Cada vez que me encuentro con un tío del Liceo Francés, son los tíos más brillantes que he conocido, prácticamente todos... Para mí es la mejor formación intelectual, ahora, son una panda de hijos de puta... Este era un bala perdida, era hijo de un ministro socialista, que había dejado de estudiar y estaba de camarero en el Autores, un bar enfrente del Impacto en calle Campoamor 6. Entonces, montamos un bar a medias, en la calle Argensola, que es por Alonso Martínez. Se llamaba Son Como Niños.

»En esa época, para salir después del trabajo, se iba al Ya'sta, al Space. Al que íbamos mucho era al Friends, en Puerta de Toledo. Ahí es donde yo me doy cuenta de una cosa: mientras que en el mundo rockero tienes que descifrar las estéticas y es una experiencia cultural, la electrónica era bailar y drogarte. En el Friends estaba la peña puesta de pastillas hasta la bola. En el Friends había bastante gay, y era la época de cortarte el agua en el baño, no sé qué.¹⁹ Para mí fue un choque cultural. Luego estaba el Ghetto, en Chueca, que fue muy importante. Fue el primer sitio donde en el año 93 el ambiente había cambiado. Pasar de los Ramones a Faith No More, Jane's Addiction, Red Hot Chilli Peppers, y demás. Y ya empieza el pastilleo».

Historias del Kronen es todo un clásico de la literatura española, entre otras razones, por el hecho de que en él se realiza un trabajo que podríamos llamar microscópico, de atención al detalle y la vida concreta y real de las calles de Madrid. Mañas recoge la vida más específica de la juventud de la época de la mano de un pijo canalla esencial, sin duda, representante del mismo arquetipo que fue consolidado por los Mocos en los años ochenta. Se trata de una figura, la de Carlos, heredera de una larga tradición que precedió a la propia panda y sus miembros, como hemos visto. Tanto Carlos como los Mocos encarnan dos hitos fundamentales en la construcción simbólica de la dicha identidad en su devenir histórico. Ahora, sin embargo, retrotraigámonos en el tiempo y atendamos al caldo de cultivo que dio a luz a la Panda del Moco como fundamento contemporáneo del «niño mal de familia bien».

La Transición: malos tiempos para los pijos

Se ha dicho que la Guerra Civil fue una guerra de clases, y no cabe duda de que las clases más privilegiadas eran predominantemente partidarias del régimen franquista y que, en gran medida, se vieron beneficiadas por él. Por ese motivo la llegada de la Transición y la democracia representaba para muchas familias adineradas una verdadera amenaza —al menos en su imaginario—; temían lo que creyeron que acontecería una vez consumado el proceso de cambio. En el caso de los jóvenes pertenecientes a dichas familias, se suponía que se les despojaría de la impunidad y privilegios de los que disfrutaban como «niños bien» antes de la llegada de la democracia.

Tanto pijos como fascistas creyeron que, con la llegada de la Transición, perderían sus prerrogativas. En la sociedad franquista, los contactos, las redes afectivas, familiares y filiales eran fundamentales para preservar el estatus de las élites económicas. Las redes de poder se sustentaban, como en cualquier sociedad tradicionalista, en relaciones parentales y de amistad (algo que, por otra parte, sigue ocurriendo hoy en España). Una de las críticas a la Transición realizadas hoy desde posiciones izquierdistas es que las estructuras de poder permanecieron tras realizar el tránsito de un modelo de sociedad al otro. Esto no es de extrañar, puesto que para invertir las relaciones de poder económico habría hecho falta una revolución, no una transición. Por otro lado, lo más probable es que una revolución simplemente hubiese sustituido unas élites por otras. Sin embargo, a finales de los años setenta los miembros de las clases dominantes desconocían las implicaciones reales que tendría la Transición y, a causa de ello, muchos «niños bien» se prepararon para el combate en las calles.¹ Uno de los efectos reales de la Transición fue una relevante disminución de la arbitrariedad del poder de las élites. Es decir, durante el franquismo dichas clases disponían de más poder y podían hacer y deshacer con más facilidad, al margen de la ley, siempre y cuando contasen con los contactos adecuados. Los macarras, pertenecientes a clases menos pudientes, tenían menos derechos y las autoridades vinculadas a las élites mencionadas los castigaban de forma más brutal y arbitraria. Digamos que con la Transición se impuso un mayor imperio de la ley, de lo impersonal frente al nepotismo, el amiguismo y el caciquismo franquista. A partir de entonces, los macarras y delincuentes recibieron una mayor protección del Estado. Reinó un sistema más democrático y humanitario. De ahí que muchos pijos se sintiesen amenazados por las clases más bajas.

Como ahora veremos, esta lucha de clases en las calles se expresa de distintas maneras: con la creación de grupos o pandillas callejeras de pijos cuya función era apalizar a macarras de barrios

menos pudientes, o con la señalización explícita del signo político de cada barrio por medio de pegatinas, por poner dos ejemplos. Los barrios ricos quedaban identificados como «barrios nacionales», frente a los «barrios bajos o macarras».² Cada una de estas zonas rechazaba la intrusión de miembros del grupo social y económico contrario. Se trata de un pandillerismo de signo explícitamente político y socioeconómico.

Para ilustrar este curioso fenómeno de la Transición hablo primero con el Francés y luego con A., un amigo y compañero suyo del Liceo Francés, un conocido colegio pijo de Madrid.

El Francés: «Íbamos por toda la zona de paseo de La Habana, la plaza de la República Dominicana, toda esta zona era mía [en referencia a la calle Enrique Larreta, donde estábamos comiendo en ese momento]. Yo iba con mi amigo Pablo Full [de full contact] corriendo por esta zona con los cascos. Íbamos con los auriculares, con un cable y cada uno un casco. Más de una vez nos llevamos por delante a una vieja. Pablo venía al colegio Santa Cristina cuando estábamos en clase y se asomaba a la ventana y nos hacía un calvo.

»Por esa época a mí me atracaron mil veces. Yo vivía en la calle Santiago Bernabéu número 12, y había un túnel peatonal que cruzaba la Castellana por debajo a la altura de AZCA. Y ahí me atracaron varias veces. Una vez me apuñalaron en Chamartín. Me quisieron robar un jersey y yo tendría quince años. Me tiraron del jersey, yo sujeté el jersey, y me metieron un tajo para que lo soltara. Fue ahí cuando surgió el SULM, que lo fundé yo también con el Castillejo o el Castillo, ya no me acuerdo del nombre... Lo montamos para pegar a los macarras. El Castillo ese era un tío bravo, ¿eh? También estaba A.».

A. trabaja hoy en un ámbito relacionado con el sector audiovisual y es un testigo externo del surgimiento, desarrollo y fama posterior de la legendaria Panda del Moco. Comienza su relato: «El Liceo Francés estaba al lado del Poblado de Canillas, en el Parque Conde Orgaz.³ Lindando con Canillas y Esperanza. Resulta que todos los chavales que salíamos del cole íbamos con pasta y los chavales de Canillas a algunos de los pequeños les robaban el dinero. Y nos hartamos y nos juntamos cincuenta, setenta, o los que fuera. Salimos a Canillas a buscarlos y nos liamos con todos. Pero con todos. Pim pam, pim pam. Con todo el que veíamos nos liábamos. Y entonces, esa movida se acabó ya. Y luego Álvaro, uno de nuestros amigos, dijo: “Oye, macho, ¿por qué no montamos un grupo para estas cosas?”. Algunos estaban en Fuerza Nueva, otros en Fuerza Joven. Entonces decidimos ponerle un nombre que fuese un poco de coña para que la policía no estuviese muy al loro, y tal. Lo llamamos Servicio Urbano de Limpieza de Macarras: SULM. A partir de ahí nos juntamos varios. Teníamos una ficha de afiliación. Es que en esa época estaban constantemente dándonos el palo, robándonos los plumas, las Nike, las camisetas de la marca Caribbean, que eran como hawaianas. Decidimos ir siempre en grupo a los sitios. Entonces estaba de moda el Pacha, pero también el Look y todos los sitios de la calle Orense. Quedábamos una hora antes de ir a la discoteca y limpiábamos la zona. Era así de crudo, te hablo de cuando teníamos quince o dieciséis años. Eran finales de los setenta o principios de los ochenta. Íbamos por AZCA, que también había mucho macarrilla e íbamos a unos billares en General Perón

donde estaban siempre los de la Joven Guardia Roja.⁴ Nos íbamos para allá con los bates, las porras, y luego ya empezamos con las pintaditas: SULM, SULM, SULM. El metro que iba desde Ventas hasta el centro [línea 2] estaba todo lleno de pintadas de SULM. Se creó así un subgrupo mítico, vinculado a la política pero a ningún partido, y surgió una leyenda. Hubo tiros y hubo... Yo recuerdo un domingo en AZCA, que uno que era hijo de un general pilló a un chaval (cuando ya estábamos aburridos y no pasaba nadie) con pintas medio raras y sonó ¡paam! Y vimos un charco de sangre. Le había metido un tiro a un chaval. Salimos corriendo y luego ese mismo día el padre sacó a mi amigo de España y lo mandó a Sudamérica. No mató al otro chaval, le dispararía en una pierna.

»Nosotros, cuando íbamos, por ejemplo, por Goya decíamos: “¡Vamos a hacer un salto!”. Y cogíamos un autobús, cruzábamos el autobús en la calle, poníamos dos contenedores en plan *kale borroka*, ¿sabes? Cortábamos el tráfico, íbamos siempre con nuestras porras, etcétera. Todos éramos gentes del Liceo, de familias bien, todos con contactos».

Loic me habla de su relación con Fuerza Nueva: «Yo con el Judío [uno de los líderes de la Panda del Moco] atracábamos, hace cuarenta años, a los de Fuerza Nueva, que en muchas iglesias ponían una especie de mesita y vendían banderitas... Y yo los atracaba. Iba con el Judío, los zurrábamos y nos quedábamos con la pasta, con todo, y alguna que otra vez montamos nuestro propio tenderete, con una camisa azul y con todo lo que habíamos robado. Nos poníamos en iglesias en las que no se ponían ellos de costumbre. Y una vez estaba yo ahí con el Judío y era 20 de noviembre, aniversario de la muerte de Franco. Yo vendía, pero me quedaba la pasta. Y justamente aparecen dos autobuses llenos de gente de Fuerza Nueva, y decimos: “Vamos a pillar” [en referencia a que les iban a pegar los integrantes ultras; que iban a “pillar” hostias]. Bajan y nos dicen: “¡Que hay reunión!”, tal y tal. “¡Venga, recoged esto y subiros al bus!” Como había varias ramas de Fuerza Joven, debieron pensar que éramos de otra rama. Y, claro, no quedaba más remedio. “¡Venga pal autobús!” Y el Judío fue listo y se piró, pero yo me subí solo. Y yo en el bus: “¡Ostras, a ver cómo salgo de esta!”. Llegan y paran en la calle Mejía Lequerica, que era donde tenía la sede Blas Piñar. Era un edificio gigantesco y aparca el autobús en el sótano. Yo no conocía ni a dios y, además, venía gente de toda España. Eso fue lo que me salvó. Porque estaban preparando el desfile y había un mitin, y tal. Y dicen: “¡Voluntarios para la mesa presidencial!”, tal y tal... Y uno me dijo: “¡Tú, el guaperas!”. Me dan una bandera y me ponen detrás de Blas Piñar. ¡Y dicen mientras estaba yo detrás!: “¡Vamos a crear dos patrullas de apoyo y vamos a cazar a estos hijos de puta! [en referencia al propio Loic y el Judío, que les habían estado robando de manera reiterada] ¡Esta va a ser la última vez que lo hagan porque los vamos a encontrar!” “Sí, sí, bueno...” “No os preocupéis”, y tal. ¡Y era yo el que les había robado! Y luego estuve dos o tres meses con ellos para no dar tanto el cante. No me reconoció ni dios».⁵

A., habla de nuevo: «Otro día estábamos en una discoteca que había en unos bajos al lado de la cafetería California 47 [donde hubo un atentado bomba, no se sabe si por parte del GRAPO o grupos de extrema derecha] y un amigo estaba bailando haciendo el saludo nazi a una canción

que era “WMCA” y nosotros decíamos: “¡Viva el fascio!”. Y, de repente, llega un tío que era uno de los que llamaban siniestros. Se trataba de unos tipos que trabajaban para el Frente de la Juventud, y eran contratados a sueldo por los grupos políticos más peligrosos. Ellos iban con su pelo engominado, su bigotito de la época de Franco, y eran siniestros, gente muy peligrosa. Iban siempre armados y la policía los tapaba, porque en aquella época todavía tenían muchos contactos con la policía franquista. Nuestro amigo estaba con el brazo en alto y el siniestro lo amenazó y fuimos todos a full ahí a defenderlo. Y mi amigo el cabrón se retiró, me dejó ahí. El siniestro sacó una pistola y me la puso en la mandíbula. El tío estaba borracho. Olía a gin-tonic, no lo olvidaré en la vida. Me dijo: “¡Solo di «Arriba España» cuando vayas a matar a un rojo!”. Yo cagao de miedo, y llamaron a la policía. Era una discoteca (luego conocida como Goya 43 o Pick Up) que estaba al lado de Paco el Metralleta, que vendía sus pegatinas. Le llamaban el Metralleta porque era tartamudo. Era un tipo fascista que tenía un puesto frente a la discoteca y estaba vinculado a esta gente. Conocía a los camareros y sacaron al siniestro por una puerta trasera. La policía no lo pilló.

»En los bajos de Goya 43, que estaba enfrente de Paco el Metralleta, se organizaban cosas porque era un sitio muy oculto, ahí fue donde mataron a Juan Ignacio, el líder del Frente de la Juventud, porque esos estaban ya metidos en movidas superchungas,⁶ de matar a gente... Ya eran más como sicarios. Ahí estaban los siniestros, que contrataban para matar a gente.

»Tienes que comprender el momento, el tiempo, la Transición. De repente teníamos libertad para hacer un montón de cosas. Y era importante el sentir que pertenecías... porque en aquel momento ir al Liceo era lo más, es que no había... era lo máximo que podía haber. Yo en mi clase estaba con el hijo del rey de Bulgaria, con hijos de presidentes, de ministros. Eso te hacía hacerte sentir poderoso, como intocable, como que pertenecías a una élite⁷ (que no te correspondía porque no nos lo habíamos currado, se lo debíamos a nuestros padres). Además, estábamos muy bien relacionados, porque igual que el padre de Loic pudo sacarle años después de la cárcel y todas esas historias, pues yo tenía mis contactos, el otro conocía a militares, etcétera. El que no, conocía a policías; el que no, conocía a políticos. A determinada gente del Liceo no la podían ni echar, porque su padre pagaba el campo de rugby, ¿sabes? O pagaba un edificio nuevo al colegio para que no echaran a sus hijos. Además, estábamos muy protegidos todos. Entonces, el contexto era importante. Venías de donde te sientes protegido. Porque luego ya en los noventa eso se acabó, ya la policía te inflaba a porrazos igual, por muy pijo que fueses, y se te quitaban las ganas de hacer el gilipollas. Pero como pijo, en años anteriores tenías la sensación de que podías hacer lo que te saliese de las pelotas porque siempre tu papá iba a sacarte de la movida. Esa era la historia».

La impunidad de la que habla mi informante tenía lugar en muchos y diferentes ámbitos. La policía hacía la vista gorda con elementos franquistas. Hoy esto sigue existiendo de modo legal, por ejemplo, con los indultos a figuras políticas que han llevado a cabo actividades corruptas.

Naturalmente, quien goza de impunidad en sus actividades delictivas estará mucho más dispuesto a cometer transgresiones que el simple ciudadano expuesto a castigos severos.

A: «Yo era del barrio de Salamanca, pero íbamos al paseo de La Habana porque era zona nacional, también. Las zonas nacionales eran, digamos, las zonas de gente de derechas. Además, había pegatinas que ponían “Zona Nacional”. Y estaba un poco vetada la zona para la gente de barrio. La gente más chungu y tal tenía que tener muchos cojones para meterse en esa zona porque además sabían que íbamos en grupos y hasta el más tonto tenía un puño americano o tenía una porra, tenía un bate o tenía lo que fuera.

»El mundo pijo no es que estuviese politizado, pero sí estaba relacionado con la política. Porque de política no teníamos ni guarra ninguno, pero cuando te digo ninguno, es ninguno. Cuando la gente empezaba a meterse en Fuerza Joven, era porque las niñas más pijas y más monas, que iban con esas camisitas azules, iban a esos sitios. Tú te metías porque estaban las niñas. Daba un discurso Blas Piñar, tú lo oías, no te enterabas de qué cojones estaba contando, pero estaba lleno de tías buenas. Entonces, claro, lo que te movía era eso.

»Luego había un sector chungu, que era el del Frente de la Juventud y la Nueva Guardia, que también eran fascistas. Estaban también los JNR, MRN, estaba Fuerza, estaba Primera Línea de Falange, Bases Autónomas. Los de Falange no eran tan tan pijos, eran más tirando un poco a socialistas. Pero en la calle Arenal, en su sede, había siempre un coche que abrías el capó y dentro estaba todo lleno de bates, de hachas, había todo tipo de armas. Pero nadie se atrevía a abrirlo. Y cuando había una movida e iban a asaltar una sede o algo, bajaban, se cogían todas las armas y se liaba la mundial ahí.

»Nosotros tuvimos muchas peleas con la Joven Guardia Roja. Ellos paraban en unos billares de la calle General Perón. Alguien los vio y nos dijo: “Oye, que aquí hay gente chungu”. Y resulta que eran comunistas.⁸ Aunque tampoco sabíamos lo que era un comunista. Sabíamos que era gente chungu, que era zona nacional y que ahí no tenían que estar. Era por limpiar un poco la zona. Para que las señoras pudieran pasear tranquilas: tu abuela, tu madre, etcétera. Ellos eran gente de barrio. Llevaban pantalones Lois, yo qué sé. Nosotros íbamos todos con los Levi's 501, que era como un uniforme. O, si no, íbamos con nuestros pantaloncitos de pinzas y los castellanos, camisetas de Caribbean, los Lacoste, etcétera.⁹ Y esos cuando pillaban a cuatro chavalines que iban con sus plumas, que costaban un pastón, y sus zapatitos castellanos, les robaban. Los plumas siempre eran Pedro Gómez o Roc Neige. A finales de los setenta y principios de los ochenta ya se llevaban los Pedro Gómez. Luego, los bakalas lo que hacían era robárnoslos a los pijos. Pedías el regalo a tu padre, te ibas a la tienda El Igloo, te lo hacían a medida, con los colores que tú querías, con la pluma que tú querías, con la cantidad de pluma que tú querías... Tenían varios colores, a veces era solo el hombro, a veces era solo la manga. Los había que se les podía quitar las mangas y se quedaba chalequito. Pasó de ser un símbolo de pijo a ser un símbolo de quiero y no puedo.¹⁰ Aunque la mona se vista de seda, mona se queda».

Como me comentó en su momento el fotógrafo Miguel Trillo, a mediados y finales de los ochenta ser pijo estaba de moda (en los años en que la movida había pasado a mejor vida y se dio una reacción contraria a la misma y su modernismo). También el rapero MC Randy, de Vallecas, me habló de cómo la gente de su barrio se disfrazaba de pija porque se avergonzaba de ser de barrio, algo impensable hoy. De hecho, su tema «Hey pijo», de 1989, todavía expresa esas tensiones de clase de las que venimos hablando y que hunden sus raíces en la misma Guerra Civil española. La distinción de clase era fundamental para los pijos de la época, cuya herramienta para la distinción no era, como lo es hoy, «ser guay», sino pertenecer a una familia bien o «buena familia», como ellos denominan a las familias adineradas.

«Cualquier tío de barrio se podía poner la misma ropa que nosotros, pero tú ya sabías que ese tío no era de los tuyos. Por cualquier detalle, por cualquier cosa, por una cadanita que llevara, por un anillito. Y las chicas igual, los veían y se reían de ellos. En esos años, ser pijo era lo más. ¿Dónde estaban las tías más buenas? ¿Dónde iban? A donde íbamos nosotros. ¿Dónde querían estar los jóvenes? Pues donde estaban las tías buenas. Era todo muy clasista, muchísimo.»

Este testimonio de A. resulta sumamente importante para entender el germen de lo que luego fue el bakala malo, es decir, alguien de barrio que aspiraba a parecer acomodado. De ahí que muchos de los elementos identitarios del bakala *destroy* de los noventa tuviesen su origen en el mundo pijo. Entre estos destacaban, como luego veremos, las zapatillas New Balance, los plumas Pedro Gómez, el Golf GTI, las camisetas Bones de Powell Peralta y demás. Lo que en su origen —durante los años ochenta— era un intento por parte de las clases populares de emular a los pijos se convirtió en una identidad por derecho propio, que resultó ser del todo inconsciente de su ascendencia. El bakala creó sus propios espacios de socialización y sus códigos particulares, sin relación alguna con el referente pijo original.

A. continúa hablando sobre su mundo y su época: «Nuestra zona era todo el barrio de Salamanca, el Bernabéu, Castellana, AZCA, y ya más limitado, Moraleja, La Florida. Había gente de El Viso... Pero las zonas nacionales, donde podías ir tranquilo, donde se reunía la gente, eran básicamente esos dos sitios (Salamanca y Chamartín). Los locales eran muchos y cambiaban de año en año. Estaba el Look, en los bajos de Orense, también estaba Zumolandia, donde te tomabas un zumo con los amigos los domingos, que era también muy pijo... Si estabas en el Pacha y querías pillar algo te acercabas a Malasaña. También había un pub justo enfrente del Pacha. Nosotros también íbamos a Rock-Ola y a garitos de la movida, pero siempre en grupo. Ahí veíamos a las demás tribus urbanas, los mods, los rockers, que se pegaban. Loic no, él y la Panda del Moco iban a zonas más localizadas. Pacha era la base fundamental. También lo fue Jácara, durante mucho tiempo».

Un macarra, un quinquí, no podía entrar sin más en «territorios pijos». Valga como ejemplo la muerte del Jaro, famoso delincuente juvenil de familia pobre que murió en zona nacional por disparo de arma de fuego a manos de un vecino cazador. Digamos que su muerte se precipitó al

estar haciendo lo que no debía, donde no debía. Falleció al estar cometiendo un delito tras haber atravesado una frontera invisible pero real, levantada a base de peleas, amenazas y pegatinas.

Como ya dije en otra parte, «el cine quinquí de los setenta y ochenta es un subgénero de gran realismo, que a menudo basaba sus historias en hechos reales; llegando a emplear, a veces, a delincuentes reales como actores. Y, como ocurre en el caso del director José Antonio de la Loma, en ocasiones sus realizadores escribían sus historias a partir de sucesos y personajes verdaderos. Así ocurrió con *Navajeros* (1980), de Eloy de la Iglesia, película basada en la vida de José Joaquín Sánchez Frutos, alias el Jaro. Se trataba de un menor criado en el seno de una familia disfuncional llegada a la gran ciudad desde Villatobas, Toledo. El Jaro nació en dicha población el 3 de noviembre de 1962, uno de cinco hermanos, entre los que había niños y niñas». ¹¹

En la película de De la Iglesia, la madre del Jaro era prostituta, pero en la realidad era tan solo una mujer alcohólica con severos problemas mentales. Esta encerraba en una habitación a sus hijos y se marchaba a beber. Según declaraciones de la hermana del Jaro, María del Pilar, cuatro años mayor que él: «... nuestra niñez siempre fue mala. Lo único que recuerdo es que nuestro padre trabajaba en el campo y todos vivíamos en casa de la abuela. A mi madre le gustaba beber y se iba, dejándonos a Donato, mi otro hermano mayor, al Jaro y a mí encerrados en una habitación con una barra de pan y tres onzas de chocolate para que comiéramos todo el día».

Cuando todavía vivían en su pueblo natal, antes de mudarse a Madrid, el Jaro y sus hermanos cometieron sus primeros pequeños delitos: «Con nuestros cinco y seis años, y como teníamos tanta hambre, saltábamos la cerradura con una cuchara, escapábamos y pedíamos que nos diesen de comer en la escuela. Si no había nada, rompíamos una ventana de la despensa y nos bebíamos toda la leche que encontrábamos».

María del Pilar prosigue: «[Nuestros padres] nos trataban a banquetazos, e incluso una vez que acunaba a una muñeca, mi madre me empujó contra el fuego y me quemé en el muslo».

Una vez en Madrid, la familia ocupó una casa en la calle de Ofelia Nieto, cerca de Francos Rodríguez, puesto que no tenían dinero para pagar un alquiler. Y, algún tiempo después, se mudaron a otra vivienda en la carretera de Barajas. El Jaro, por entonces, ya era todo un delincuente. Se sabe que se escapó unas quince veces del Colegio-Hogar del Sagrado Corazón de Jesús, en Carabanchel Bajo —también conocido como el reformatorio masculino de Madrid. Según el padre Camilo Aristu, director del centro, el Jaro «es un chico de pocas palabras... podría ser descrito como un psicópata amoral, ya que no siente lo que hace». El Jaro era un representante arquetípico del lumpemproletariado, como esos obreros llegados a Londres a principios del siglo XIX desde el campo que aspiraban a una vida mejor; gentes que vivían hacinadas y en unas condiciones deplorables. La diferencia radicaba en el hecho de que en España la plena industrialización tuvo lugar más de un siglo después. Al verse inmerso Jaro en

un ecosistema de completa miseria comenzó a delinquir, llegando a liderar una banda de hasta treinta y tres miembros, algunos mayores de edad. Todo ello a pesar de su escasa edad y tamaño. Era un líder nato.

En esos años la realidad influyó en el cine, pero, a su vez, el cine influyó en la realidad. En palabras de Manuel, miembro de los Mini-Brujos, una banda callejera de Vicálvaro: «Yo fui a ver *Perros callejeros* en los Cines Goya, cuando tenía dieciséis años. Digamos que los veías como héroes, en contra de la policía, en contra del sistema, en contra de la gente que era mayor y tenía dinero... Con esa sensación salí yo de ver esa película: odio a muerte a la policía y a todo el mundo que tenga algo se le puede robar». ¹² De hecho, esa misma película de José Antonio de la Loma influyó en el propio Jaro. De nuevo, según el padre Camilo Aristu: «Esta película le enseñó unas técnicas que hasta entonces solo practicaban los delincuentes avezados. Todos quisieron emular las hazañas de los protagonistas, que, al fin y al cabo, eran muchachos de su mismo medio social».

La banda del Jaro robaba coches, atracaba gasolineras, allanaba viviendas, daba tirones, robaba bancos. Empleaban navajas, destornilladores, pistolas y escopetas recortadas. Uno de los conductores expertos de la banda era el Gasolina, una figura muy importante en la época por la relevancia que cobraba el escapar de la policía del modo más eficiente posible. Uno de los amigos del Vaquilla era el Fitipaldi, llamado así por lo bien y rápido que conducía, como el famoso piloto de Fórmula 1 Emerson Fittipaldi. En el mundo de la delincuencia el Jaro se topaba con muchos otros delincuentes, entre ellos curiosamente con el Francés, antes de que este formase parte de la Panda del Moco. Según este: «Yo conocí al Jaro robando coches en un garaje del Parque de Berlín. Estábamos robando y nos encontramos ahí con el Jaro. La madre de uno de nuestros amigos llevaba un garaje y le robábamos todas las llaves». A pesar de la incredulidad de algunos, este relato no desentona en absoluto con testimonios independientes, como los del jefe de la Primera Brigada Regional de Investigación: «Asaltaban varios garajes por la noche para despistarnos, para sustraer el dinero y los objetos de valor del interior de los vehículos y un poco para divertirse». Según este mismo testigo, los miembros de la banda del Jaro no dudaban «en atravesar la mano de un transeúnte con un destornillador o arrastrar a una embarazada, que al final abortó, para robarle el bolso».

En la noche del sábado 24 de febrero de 1979, con tan solo dieciséis años, el Jaro fue abatido por un vecino de la calle Toribio Pollán (hoy Veracruz) con una escopeta, cuando trataba de atracar a un residente de la zona. Su cuerpo fue trasladado, ya cadáver, al Hospital de La Paz. Murió en el distrito de Chamartín, uno de sus barrios predilectos a la hora de robar. Se sabe que su área de influencia era el norte de Madrid, desde el Parque de Berlín (donde se topó con el Francés en una noche de fechorías) hasta Peña Grande; también el barrio del Pilar y Fuencarral fueron su feudo. Chamartín era por esos años lo que los pijos llamaban «zona nacional». No cabe duda de que por entonces existían tensiones de clase (en parte ecos y supervivencias del régimen franquista) y que muchos residentes de estos barrios adinerados tenían ganas a los macarras de

barrio, en algún caso, como vemos, esperando cualquier provocación para disparar sus armas de fuego.¹³ Y, a pesar de su muerte violenta, ni siquiera hubo juicio para dirimir si el vecino había actuado en legítima defensa. La versión oficial fue que el Jaro se tiró a por el vecino con su navaja, un acto que, de ser cierto, sería estúpido y suicida. Por otro lado, empuñando una escopeta frente a un adolescente de dieciséis años particularmente diminuto, en caso de probable agresión, habría sido más juicioso disparar al aire, a una pierna o a un pie, cosa que no ocurrió.

Según el testimonio de un vecino del barrio: «Yo era un niño de trece años. Vivía al lado de donde lo mataron. A la mañana siguiente fuimos todos los críos. Recuerdo un reguero de sangre por la calle y a unos veinte o treinta metros un charco con un paquete de Habanos, que alguien había tirado ahí como por desprecio». Como me comentó el Francés: «En esos años matabas a un chaval de esos y no pasaba nada. La Guardia Civil ha matado a montones de chavales de estos».¹⁴

La calle, en cierto aspecto, era una jungla. Cuando la ley común mira para otro lado, la que impera es la ley del más fuerte. Y ahí entra la formación en combate, que acabará como un rasgo identitario más de nuestros protagonistas.

La Panda del Moco: nombre y orígenes

El seno del que surge la Panda del Moco está poblado por toda una serie de personajes curiosos e inverosímiles, siempre asociados de algún modo al mundo pijo de la capital. Y algunos de esos personajes están ligados a las artes marciales, que a estas alturas —finales de los setenta e inicios de los ochenta— calan en la sociedad española, penetrando, a su vez, en el mundo pijo.

Un entrevistado anónimo me habla de un tal Kakato, célebre experto en artes marciales, del que se dice que estuvo relacionado con los Miami originales. J. ya lo había mencionado, aunque solo de pasada y, como cabía esperar por la sonoridad de su nombre, era alguien vinculado al mundo del karate. De hecho, Kakato Geri es el término genérico de cualquier patada de karate realizada con la parte inferior del talón y a baja altura.

«El otro día me estaba acordando del Kakato —me dice mi entrevistado—. A este le he visto yo montar una... Una vez en el Flix. Se metió a neutralizar una pelea y le pegó a uno, le pegó a otro, le pegó a otro, se dio la vuelta y, como estaba oscuro y no veía un carajo, le pegó al espejo y se rompió la mano. El tío estaba en modo combate, estaba a enchufar a todo lo que se moviera a su alrededor. Le acabó dando al espejo.»

Le pregunto cómo lo conoció, y me habla de un gimnasio en Chamartín:

«Fue el primer sitio donde hice full, y no tenía ni puta... Me metí con un amigo, con diecisiete años o dieciséis. Yo venía del taekwondo, que es muy bonito, levantas la pierna, pero no sirve para nada, no tienes pegada. Nos metimos en un sitio que se llamaba Il Corpo, que era de un cachas así guaperas, un gimnasio de pijos. Era de un tío así cachas que había sido Mister España, o algo así, que luego hizo de malo en una película del actor Álvaro de Luna, que lo metían en la cárcel.

»El Kakato era profesor de artes marciales. Incluso daba clases particulares a niños pijos, pero pijos pijos. El Kakato era el portero del Flix. Había unas escaleras y bajabas, y había un local que era la cervecería y otro que era el Flix. También había una peluquería de señoras que a las horas que íbamos estaba cerrada. Ese garito era cojonudo. Primero se llamó el Taste, que era donde iban el Francés y los Mocos primigenios. Luego le cambiaron el nombre y siempre estaba lleno de gente. Había buena música. Ahí pinchaba uno que era el Germán, que luego creo que pinchó en el Pacha de Ibiza. Luego había otro garito que era el Callejón, que estaba en la parte trasera del VIPS de la calle Ortega y Gasset. En el Flix me acuerdo que teníamos unas amigas que eran camareras y lo teníamos tomado. Nos subíamos para allá, a lo mejor, treinta personas, ¿sabes?».

De uno de estos primeros karatekas madrileños me cuentan varias historias: «Hay uno que

tiene un huevo de anécdotas, qué tío más sonado... De este se dice que se fue a Málaga de matón por el 88, 89. Anteriormente fue seguridad de una famosa discoteca, además de profesor de full contact. Yo le he visto acojonar a todos los matones del Oh Madrid. Los amenazó en la puerta y no se atrevían a salir. Porque le dieron una paliza al hermano de un amigo, y el chaval se mató al salir del Oh Madrid. Entonces subieron a la semana siguiente con el karateka este. Se liaron a hostias y los otros cerraron la puerta acojonados. Una película... Y el karateka en plan: “¡Salid, hijos de puta, que os voy a matar a todos!”. La cola de gente para entrar flipando. Qué risas... Este karateka, cuando era el seguridad del garito que te dije, tenía acojonado a todo el mundo. Era muy gracioso, pero qué miedo de tío...

»A mí me dejó KO haciendo guantes porque le volé una lentilla. Menudo profesor... cuando yo todavía no tenía ni puta idea. El tío ese me dijo nada más llegar al gimnasio: “A ver tú que haces taekwondo. ¡Pégame, pégame!”. Le pegué y le volé una lentilla. Pilla, y el hijoputa amagó arriba y yo tiré las manos para arriba y me metió una patada en el hígado... que me tuvieron que reanimar. Y me dijo: “Eso por lo de la lentilla”. Yo le dije: “Yo vengo aquí a aprender, no a hacer de tu saco”.

»Me acuerdo que una vez tuvimos un lío cerca del Night y cuando lo comentamos en clase, el tío dijo: “¡Clase práctica!”. Y tiramos todos para allá. Luego no pasó nada, pero estaba loquísimo... En el garito donde estaba de seguridad, cuando trabajaba allí, se ponía vídeos de combates. Andaba por el garito mirando mal a las gradas donde estaba la gente, diciendo: “¡Malditos drogadictos! ¡Habría que matarlos a todos! ¡A ver si alguien viene a decirme que cambie el vídeo!”. Tenía acojonado al personal y a la clientela».

Aparte del Kakato, había otra figura mítica en el Madrid de aquellos años; un tal Nervios, del que me habla mi informador del mundo pijo Rafa Silva:

«Ese pavo fue de los primeros que hicieron full contact en Madrid y lo que le gustaba era darse de bofetadas. De hecho, cogía con otro tío cuyo nombre no recuerdo y se iban a barrios chungos a buscar pelea: “Nos vamos a Vallecas, vamos a pelearnos con los macarras”. Era un venao, le llamaban el Nervios porque era un chalao. Luego, muchos de estos del Moco en tiempos posteriores a aquellos años de Pacha, que estaban todo el día ahí metidos, empezaron a moverse por puertas de garitos».

El propio Loic el Francés me habla del Nervios: «Era muy bueno en [full contact], era mejor que yo. Era de una familia adinerada, de paseo de la Habana o por ahí». Máscara de Hierro, otro pijo malo más joven, también se refiere a él: «El Nervios era uno muy chungo de la época que luego se hizo mercenario y se fue a guerras y todo». J., el pijo de Il Corpo nacido en 1948, también lo recuerda: «El Nervios era un tío de al lado del gimnasio, por Alberto Alcocer. Era un tío pequeñito que daba unas hostias a tíos de metro noventa que los desmontaba. El Nervios pegó en una ocasión a un histórico, que era un portero que había siempre en Pacha, con bigote, que había sido guardia civil y tenía mucho poder, y el Nervios le metió una hostia que le partió la cara. Eso fue en los ochenta». Digamos que Kakato y el Nervios, entre otros, fueron algunos de

los predecesores inmediatos de los Mocos. Pero, ¿a qué venía un nombre así, tratándose de una panda de «tipos duros»?

«He preguntado a varios de los miembros originales de los Crips sobre el origen del nombre y he recibido muy diferentes respuestas al respecto», dice un policía de Los Ángeles, especialista en pandillas, sobre la mayor banda callejera del mundo. Y algo similar ocurre con la Panda del Moco. Yo se lo pregunto directamente al Francés, uno de sus tres miembros originales...

«[Hubo] una pelea grande [contra gente de Primera Línea de Falange]. La cosa quedó más o menos en tablas, pero los tíos cobraron. Y nos fuimos al VIPS de nuevo. Al día siguiente estábamos en el VIPS desayunando y vino una gente: “Oye, que habéis hecho frente a los más malos de Madrid, les habéis dado una tunda, se han cagado... ¿Quiénes sois?”. “Somos amigos”, dijimos. “Pero ¿cómo os llamáis?”, preguntaron. Y estaba Severiano, que no era de la panda, sacándose un moco. Así fue. Eso es real... “¡Para ya!”, le dijimos. Es que estaba todo el día pegando mocos, el tío. Asqueroso. Entonces, uno de nosotros dijo: “¡La Panda del Moco! ¡Dejadnos en paz!”. Y de ahí salió la Panda del Moco, así de fácil.»

A juicio del Italiano, otra figura destacada del grupo que estuvo relacionado con algunos de los Mocos desde finales de los setenta —un tipo muy respetado y carismático—, la historia es distinta: varios amigos estaban en ese mismo VIPS de paseo de la Habana, cuando vieron que el establecimiento había sacado un nuevo buzón de sugerencias. Los gamberros del grupo, por entonces sin nombre, decidieron escribir un montón de cartas que dejarían en el buzón con sugerencias absurdas de todo tipo. Uno de ellos preguntó cómo iban a firmarlas, a lo que otro respondió: «Las firmaremos como la Panda del Moco».

Ambas hipótesis no son mutuamente excluyentes. Lo único cierto es que los propios implicados tenían la sensación de pertenecer a un grupo y, por entonces, era muy común un dicho popular: «La Panda del Moco, únete que somos pocos».

Otro de los presentes en las principales peleas de la famosa banda me comentó una tercera versión: «Lo del nombre viene de una pelea contra unos rockers en la que, tras pegarles, uno del grupo se subió a la tarima del Look, en Orense, y empezó a ondear sobre su cabeza uno de los cinturones de los rockers, como hacen los vaqueros con sus lazos de cuerda, y gritando al mismo tiempo: “¡Somos la Panda del Moco! ¡Somos la Panda del Moco!”».

Volviendo a las artes marciales, uno de los rasgos identitarios de los Mocos fue su determinación y habilidad a la hora de pelear. Se dieron a conocer por sus peleas, y algunas de esas reyertas los hicieron famosos. La primera de ellas tuvo lugar en torno al año 1980, entre ellos y los matones de Primera Línea de Falange, algo así como la vanguardia revolucionaria o el «músculo» de Falange: los miembros de la organización más dispuestos a la lucha física, aquellos que llevaban la seguridad en los eventos falangistas y reventaban las manifestaciones de izquierdas que abundaban en los años de la Transición.

Según el Francés: «Hugo y Charlie, dos negritos muy guapos que iban conmigo al colegio Santa Cristina, vinieron al VIPS: “Oye, ¿nos echáis una mano? Que hemos tenido movida con unos tíos de Primera Línea”. Y nosotros dijimos: “Vamos a echar una mano a los negritos”. El Judío siempre llevaba una pistola encima y tenía una Vespa roja. Entonces fuimos a la discoteca Gaslight que estaba en la calle General Mola [ahora Príncipe de Vergara], a hablar con esos pollos. Al parecer les habían dado un par de tortas a los negros.

»Éramos siete nosotros y ellos eran veinte o treinta fascistas, con botas militares... Entró el Hugo (Hugo es el negrito). “¿Qué haces aquí?”, le dijeron. Hugo contestó al que le había pegado: “Vente fuera”. El tío salió de la discoteca, y salió con veinte detrás. Les confrontamos: “Maricones, por qué pegáis así a un chaval. Si sois veinte”. Y uno de ellos nos enseñó una pistolita, que era de mentira... Pero el Judío tenía una de verdad y sacó su pistola. Pegó un tiro al aire y dijo: “¿Quieres con pistola o quieres a hostia limpia?”. El tío se cagó y de ahí se fueron la mitad. La guardamos y tuvimos una pelea, a la que incluso tuvo que venir la policía». ¹

Según Pablo Full, otro de los Mocos:

«Hubo una movida muy gorda con los de Primera Línea de Falange en una discoteca que estaba en Príncipe de Vergara, abajo, casi donde el scalextric de López de Hoyos con Príncipe de Vergara. Pegaron a Hugo o a Charlie... Uno de los negros, que no eran de nuestra panda, pero nos avisaron y fuimos ahí... Y, bueno, una paliza... había sangre por la calle. Estaba el Mazinger, el Búfalo, los que eran famosos de Primera Línea, el Anaconda, todos estos. Y al día siguiente quedamos para ir a pegarnos con ellos y nosotros íbamos con cartones debajo de las camisetas por los posibles navajazos. Y ellos venían con cócteles molotov. ¡Acojonante! Entonces, vino el jefe de Primera Línea de entonces, Juanjo Molina, y dijo: “Mirad, tíos, si queréis, vamos a Vallecas y nos pegamos con los gitanos, con los macarras, pero pegarnos entre nosotros es una gilipollez”. Y nos hicimos amigos. Y no pasó nada». ²

El Francés me pasa el contacto de alguien de su época: Luis Tejedor. Debo entrevistarle por teléfono, ya que vive en el sur. A pesar de ello, he podido ver sus fotos en Facebook y es un tipo simpático y con pinta moderna, algo juvenil. Tejedor también se movía en ese mundo pijo —«Yo venía del colegio Santa María de las Nieves. Estaba ahí Eugenia Martínez de Irujo, estaba Pocholo, estaba Emma Suárez, estaban los Rosón (hijos de un ministro de UCD), estaba Garrigues Walker... Bueno, era un colegio muy, muy pijo»— y recuerda haber sido testigo de esa pelea: «Uno de los nuestros, el F., le metió una hostia a uno muy famoso de Primera Línea, que dio vueltas como un tiiovivo. Yo me acuerdo de Primera Línea, en la que estaba el Anaconda, el Mazinger, el Canario. Teníamos unos amigos que eran mulatos, estos de Primera Línea se metieron con ellos y fuimos a dar la cara. Y cuando fuimos a dar la cara, el Judío nos dijo: “Cuidado, que son unos tíos peligrosos”. Uno de los nuestros, con la borrachera le dijo: “¡¿Quiénes son esos fachas?! ¡Les voy a romper la cabeza!”. Y se armó la de San Quintín».

No obstante, y como es natural, la percepción que de aquella época tienen miembros de Primera Línea es muy diferente. Según Búfalo, mítico integrante de dicho grupo y famoso

portero de discoteca: «Nosotros íbamos a un garito en el que paraban los de la Panda del Moco, el Taste, a pegarles. En plan: “¿Qué hacemos? Nos aburrirnos... ¿Vamos a pegar a los Mocos?”. Cogía uno en la puerta del garito y gritaba: “La Panda del Moco son tal y tal”. Salían cuatro o cinco de ellos y a pegarnos. Les dábamos y nos íbamos».

Los Mocos tuvieron infinitas peleas, como dice el Italiano, «porque éramos unos chavales jóvenes y descerebrados», pero algunas tuvieron más impacto que otras, y se grabaron a fuego en la memoria de los combatientes. «Fuimos los primeros en darle la vuelta a las tornas. Los del Caravelle [local vecino a Pacha, que en años posteriores vino a ser la sala BUT] siempre atracaban a los pijos. Y nosotros dimos la vuelta a eso. Yo me iba a barrios chungos a pegar a macarras.»³

La costumbre de ir a barrios obreros a pegar a macarras era más común de lo que cabría suponer. En palabras del Francés: «Por la mañana me iba a jugar al golf al RACE y por la noche me iba a pegar a Entrevías». Sobre este asunto, cabe referir las palabras del escritor Gómez Escribano, de Canillejas. Pregunto a Escribano si él y sus amigos tenían alguna relación con gente pija y me da a entender que la sociedad urbana en la España de entonces estaba más estratificada en términos de clase, a la vez que territorialmente segmentada: «Ninguna, porque es que no había. Es que pijos en San Blas, en Vallecas... no había. Entonces no era como ahora que hay gente de VOX, una cosa alucinante. Claro, yo ahora me voy por ahí a pasear y eso, y no hago más que ver gente con la cabeza rapada, con la mascarilla con la bandera de España, con el collar del perro de la bandera de España. Es un puto flipe porque dices: “¡Joder, esto que siempre ha sido un barrio obrero!”. Yo no sé por qué estos, que son los nietos o los hijos de aquellos pioneros, ahora son fachas, cuando sus abuelos eran de izquierdas, ¿no?».

Sigue el Francés, recordando una segunda pelea que fue mítica: «Ese día contra Primera Línea no dio tanto miedo como el día del Caravelle. Los fachas no eran macarrillas de pegarte una puñalada, ¿sabes? Antes estaba todo más definido, luchaban pijos contra macarras. No es como ahora. Yo ahora voy a cualquier barrio obrero y no sobresalgo, porque a día de hoy ahí hay de todo, pero entonces sí. En los ochenta yo iba y en seguida me estaban atracando. De hecho, me atracaron un montón de veces, cuando era un niño».

»Para mí, el día del Caravelle fue el más importante. Todo empezó... Yo iba al Pacha de fiesta y, antes de ir al Pacha, íbamos a un bar de cañas que estaba al lado que se llamaba el Loigo. Y estaban en el Loigo algunos de la panda. Y el N. vaciló a un macarra, porque medía un metro noventa y cuando bebía se ponía muy agresivo. Pero el chavalín cogió y resulta que era el hermano de un malote grande, un jincho de Entrevías. Se fue al Caravelle, que hasta hace poco ha sido el BUT, y salieron diez tíos a por el N. N. los vio venir desde el cristal y se encerró en el baño. Pero justo en ese momento llegó el Judío. Este se encontró que venían y el Judío les hizo frente. Los pibes le sacaron navajas, pero el Judío no se asustaba, era un tío muy valiente. Y vio que los tíos tiraban a dar. Iban varios tíos detrás del Judío con navajas, y él iba andando calle arriba hacia Pacha marcha atrás, con el jersey en el brazo y los tíos lanzándole puñaladas. El N.

estaba en el baño y no salió, el G. estaba metido en un coche y tampoco salió hasta más adelante. A mí me avisaron y me asomé a la puerta del Pacha y vi al Judío pasar justo delante de mí. Vi que eran serios. Cruzaron todos la calle y, cuando vi que pasaron, me lo pensé... Si el Judío estaba así de jodido... El Judío para mí era un referente... Salí, me fui detrás de ellos y a uno le di una patada en la cabeza por detrás y a otro una patada en las piernas, y ya los tíos se quedaron sorprendidos. Se giraron y, cuando le dieron la espalda al Judío, él también zurró a otro por detrás. Entonces, tres cayeron ya al suelo. Se sorprendieron porque los macarras no estaban acostumbrados a que les hiciéramos frente.

»En ese momento el Judío y yo nos hicimos los dueños de la pelea. Y, de pronto, apareció el G. con un gato que había cogido del coche, y le metió a uno un gatazo en la cabeza, que yo lo vi delante de mí, ¿vale? Que cayó redondo. Desde ese momento fuimos inseparables, el Judío y yo. Me contaba todo...».

Le pido al Francés que me hable un poco más de la fauna del Caravelle, el local que marcó uno de los hitos fundacionales de la Panda del Moco:

«En el Caravelle paraba gente del tipo del Vaquilla, el Jaro, ese tipo de gente. Gente de Entrevías, Usera, San Blas, gente complicada. Iban con sus puñales. Eran malos malos. El grupito que fue detrás del Judío era del cabecilla de la zona. Eran navajeros, como los de las películas, vestidos igual: con chaquetas y pantalones vaqueros apretados. El actor protagonista de la película *Navajeros* (1980), José Luis Manzano, iba al Caravelle. A ese chaval le he visto yo ahí más de una vez. De hecho, hablé con él. Me lo encontré en la puerta del Caravelle y, como había visto una de sus películas, fui a saludarle. Y era majo, la verdad. ¡El Pirri iba al Caravelle! Los de Caravelle cuando no tenían dinero venían a la puerta de Pacha y robaban a los pijos a punta de navaja y se volvían al Caravelle a tomarse una copa. Y en esa época no se denunciaba.

»Ese día [el de la pelea a la salida del Caravelle] hizo un clic mi cerebro, y a partir de ahí fue cuando yo empecé a irme a barrios duros a que me atracaran, y ese tipo de cosas. Nos llamaban: “Oye, hay una pelea”. Y elegíamos: “A esta voy, a esta no voy”. Luego ya iba con los Mocos, pues, cuando me salía de la punta de la polla; en cosas que me apetecían. Ahí el Judío también empezó a separarse de la pandilla, mientras el Italiano y otros seguían con el asunto.

»Cuando surgió la Panda del Moco, el clic que me produjo la pelea de Caravelle repercutió en muchos: “¡Joder, los de la Panda del Moco han reventado a unos macarras!”. La gente lo vio. No solo cambié yo, cambió mucha gente que me conocía y empezaron a darse cuenta de que se podía plantar cara. El tema cambió radicalmente, pero no cambió solo en Pacha, sino en todo Madrid. Se generó una tendencia entre los pijos, que ya no se consideraban las presas, sino los depredadores. Fue a principios de los ochenta».

Luis Tejedor, el contacto que me pasa el Francés y que vivió la época, habla sobre esos inicios:

«La Panda del Moco se empezó a hacer famosa porque llevaban los sótanos de AZCA. Era la gente que controlaba los sótanos de AZCA, controlaban Pacha, controlaban paseo de La Habana,

controlaban todo eso. Yo creo que llegó a ser tan famosa que se fue acoplando gente, pero realmente la Panda del Moco eran cinco o seis. Eso se agrandó y llegamos a ser muchos, que se decía que éramos del grupo.

»La Panda del Moco, en principio, eran el Judío, el Francés, Pablo Full, N. B., el G., el Italiano. Eran cinco o seis. Eso originariamente fue la Panda del Moco. Ni siquiera estaba yo en la Panda del Moco, yo llegué a posteriori. Yo llegué como muchos de nosotros, al cabo del tiempo. Yo nunca me he considerado de la Panda del Moco. Sí eran todos amigos míos y me enseñaron mucho. Me enseñaron que cualquier niño pijo no ha de tener miedo a un gitano, ¿sabes lo que te quiero decir? Que podemos hacer lo mismo que ellos; que no había que ser un macarra barriobajero sino que se podía ser un pijo para poder defenderse. Eran tíos muy muy preparados».

Pablo Full: «Nosotros no éramos ni de beber copas, estábamos siempre alerta. Queríamos siempre estar preparados para lo que fuese. Hay un momento en que la violencia... Nosotros éramos de la época del Rock-Ola, cuando había tribus en Madrid, había mods, rockers, los punkis con las crestas. Y a todos esos les pegábamos, más que nada porque nos caían mal, ¡porque pertenecían a otra tribu! Cuando los veíamos ya nos encendíamos. Pero nosotros no hemos sido nunca de drogarnos... Luego ya, posteriormente, alguno ha hecho alguna tontería. Pero en ese momento, cuando éramos muy jóvenes, tomábamos Coca-Cola, zumos. Ni porros fumábamos».

Aunque casi todos los entrevistados coinciden con Pablo en su afirmación, algún que otro disiente, como Luis Tejedor: «Había una discoteca en los bajos de AZCA que se llamaba Nubes y abrió en torno a 1983. ¡Y nos cogíamos unos colocones los jueves! Para nosotros entonces las drogas eran todas lo mismo: tripis, ketamina, Popper... La ketamina la conseguíamos porque teníamos un amigo que tenía un hipódromo y, como sabes, la ketamina es un anestésico de caballos». Aun así, y a pesar de las palabras de Tejedor, parece que la gente de la Panda del Moco era bastante inocente en sus consumos, al menos en los primeros años ochenta.

Tras la famosa bronca de Gaslight contra los fachas, fue cuando empezaron a conocer al Italiano, que también estuvo en la pelea. Había llegado a España de niño y estaba relacionado con un núcleo de amigos de la zona norte del Pinar de Chamartín, al final de Arturo Soria y muy cerca del barrio obrero de Manoteras donde vivían todos: Hugo, Charlie, Pablo Full. Según él, la Panda del Moco era un amplio conjunto de amigos formado, principalmente, a partir de dos grupos nutridos de pijos gamberros, aunque no todos los implicados perteneciesen a familias adineradas. Al tiempo que el Judío ya contaba con su grupo de amigos, al conocer al Italiano este trajo consigo a su pandilla, de donde surgió una banda mucho más grande, de unas treinta o cuarenta personas, por lo menos.

Como ya hemos visto, varios de los lugares predilectos de los Mocos eran locales nocturnos

como el Look —en los bajos de Orense— y el Pacha —en la plaza de Tribunal—, y también el VIPS de paseo de La Habana, zona en la que vivían muchos de ellos. Que el VIPS fuese su base de operaciones es significativo y está relacionado con el hecho de que el VIPS —en su origen llamado VIP— era por entonces una cadena innovadora y moderna, centrada en la cocina americana, por entonces considerada particularmente a la moda. Las tortitas y las hamburguesas eran parte esencial de su atractivo, en una época en que ese tipo de platos todavía no se comían masivamente en España. Por otro lado, el modelo de restaurante del VIPS era el típico *diner* estadounidense, algo nuevo por completo.⁴ Los Mocos eran representantes de lo que sería el nuevo pijo: un gran consumidor de novedades, más global, menos local y reaccionario. Y esto a pesar de que muchos de los productos que consumían todavía se produjeran y vendieran solo en Madrid, como es el caso de las camisetas Caribbean, los plumas Pedro Gómez o los zapatos Castellanos (hábito más propio de los pijos de décadas anteriores). VIPS representaba cierta transición en el consumo, siendo como era una cadena de alcance internacional, surgida en México. Los años ochenta representaban una nueva etapa en el consumo global, como hemos visto.

En palabras de un informante anónimo, al respecto de la Panda del Moco y ese VIPS de paseo de La Habana: «El Italiano siempre pedía tortitas. El tío era un líder natural, además de un tío guapo, con un flequillo lacio. Siempre andaba con escayolas o en el hospital, porque se peleaba sistemáticamente. Los miembros de la Panda tenían a los camareros del VIPS acojonados. Eran casi como mafiosos. Tenían algo, una gran seguridad en sí mismos. Siempre iban con chicas guapas y estaban muy atentos a cualquiera que se les acercase. El Italiano tendría unos dieciocho años y era un tío muy agradable.»⁵

»Para la Panda del Moco, la noche siempre empezaba en el VIPS y luego se iban de garitos. Como ya he dicho, estaban siempre en el Look, que eran unos bajos, no recuerdo si en paseo de La Habana o en los bajos de Orense. Recuerdo a un miembro de su grupo, que era muy grande, coger a un tío del cuello y darle cabezazos contra una especie de barandilla de madera. Yo pensaba que lo iba a matar.

»Generalmente, los miembros de la Panda del Moco se dedicaban a provocar, a buscar pelea. Acusaban a alguien de mirar a su chica o se chocaban con él y le invitaban a salir fuera. En ese momento todo el mundo salía al exterior para ver el espectáculo. El Italiano siempre luchaba uno a uno, sin armas. Siempre daba dos o tres patadas de karate a su contrincante en la cara, y lo dejaba tirado en el suelo. Y no te creas que se iba por si venía la policía u otra gente. Yo nunca vi a nadie salir corriendo. Nada más tumbar al tipo se metía de nuevo en el Look. Esas noches era como si hubiese ráfagas de violencia, y luego se hacía el silencio. Usaban patadas, quizá, para no hacerse daño en las manos al golpear».

Del Italiano me dice otro observador más joven: «El Italiano, de los Mocos, era un caballero. Un tipo cojonudo. Era el típico tío que a todo el mundo le habría gustado ser. Un tipo chulo, pero

en el fondo era bueno. Si tenía que repartir, repartía. Un tipo agradable, ¿sabes? Yo he visto en acción a los Mocos mucho antes de conocerlos. En el Look».

Logré dar con el Italiano a través del amigo de un amigo. Es un tipo con encanto que se dedica al mundo de la noche y que ha invertido en el ámbito de las discotecas. Hoy es bastante inaccesible y no tiene interés en aparecer en libros ni en medios. Cuando quedamos, en el VIPS de Serrano, ni siquiera me permitió grabar la conversación, aunque retuve parte de lo que me dijo de memoria. Cuando le pregunté si era verdad que él y sus amigos tenían intimidados a los camareros y trabajadores del VIPS, me contestó que sí. Se peleaban a menudo en la misma puerta del local, para entrar luego con los puños ensangrentados o tenían peleas dentro del VIPS. Según el Italiano, los propios vigilantes de seguridad lo pasaban mal con ellos. Hablamos de una época en la que no había móviles y no existía la actual cultura de llamar a la policía a la primera de cambio, por no decir que, si los trabajadores del VIPS de hecho llamaban a la policía, se las tendrían que ver luego con los Mocos, que iban casi todos los días de la semana a merendar o desayunar.

Y es en esta charla con el Italiano cuando sale a relucir la tercera pelea «fundacional» de la Panda del Moco: una reyerta que protagonizaron contra un grupo de rockers. Unos dicen que tuvo lugar en los bajos de Orense y otros que en Pacha —según Pablo Full: «Nos pegamos con veinte rockers y les dimos una paliza»—. Me remitiré a la versión que me ofreció el Italiano. Según él, el Judío estaba un día en un local de la calle Orense en el que había varios rockers guaperas, con unas «tías buenísimas». El Judío se puso a hablar con ellas, algo que sentó mal a los rockers que las acompañaban. Surgió entonces una disputa y salieron todos para fuera, en lo que vino a ser una lucha desigual: el Judío contra seis o siete rockers. Este —según todos los testimonios, un tío que no se arredraba ante nada— se pegó con todos ellos. Aunque, según el Italiano, no perdió la pelea, tampoco pudo «hacerse con ellos», como es natural. El Judío, iracundo ante la injusta reyerta, fue a buscar a varios de sus amigos pijos para vengarse, pero cuando llegaron, los rockers ya no estaban. Ocurrió entonces que otro día él y los Mocos, más de una decena de ellos, se toparon con dos de los rockers en el Pacha, acompañados de unas chicas y varios amigos. En ese momento el Judío le comentó al Italiano que entrase con él para invitarlos a salir. El Italiano solo se ofrecía a ello si era dos contra dos, es decir, el Judío contra uno de los rockers y él mismo contra otro. Cuando el Judío asintió, entraron y hablaron con ellos: «O salís vosotros dos a pegaros contra nosotros dos, uno contra uno, u os vamos a esperar fuera con todos nuestros amigos». Las chicas que iban con ellos lloraban e imploraban que no les hicieran nada, pero viendo su tesitura, los rockers decidieron salir a pelear. «Estaban acojonados, por supuesto» y apenas presentaron pelea. Para humillarlos, el Judío decidió cortarles el tupé, su más preciado tesoro, haciendo oídos sordos ante sus ruegos y lamentos. Un castigo apropiado a la mala costumbre de agredir a un solo contrincante entre varios.

Pablo Full explica lo ocurrido así: «El Judío le cortó el tupé a uno y el tío llorando: “¡No, no, que llevo cinco años para dejarme crecer este tupé!”. Y el Judío se lo cortó [de todas formas]».

Fue entonces cuando se dijo que los rockers se vengarían de ellos. Se hablaba de Juanma el Terrible, que, o tenía un programa de radio, o tenía acceso a uno, y realizaría una convocatoria multitudinaria para reclamar la venganza rocker —algo similar a lo que ocurre en la película de *Los Warriors* (1979), cuando una DJ afroamericana que escuchan todos los pandilleros de Nueva York pide la cabeza de los Warriors, supuestos asesinos de Cyrus. Sin embargo, según el Italiano, no hubo represalias y los Mocos siguieron acosando a los rockers con los que se iban topando. Les robaban los cinturones, las chapas y otros complementos identitarios a modo de trofeos de guerra.

Como es bien sabido, en la guerra lo más humillante es que a uno le roben la bandera, lo mismo que en términos de pandillas y clubes motorizados lo más humillante es dejarse arrebatar el parche que simboliza la identidad grupal. De ahí que las banderas cuanto más deterioradas están mejor, algo que podemos ver en las ventanas de las casas, en especial hoy, en tiempos de nacionalismos exacerbados. El hecho de que la bandera esté raída y descolorida implica que es antigua y que ningún enemigo ha sido capaz de apoderarse de ella. A su vez, en este sentido tribal y antropológico, el propio hecho de cortarle el tupé a uno de ellos era como cortarle simbólicamente la cabellera, un acto de lo más humillante.

Más allá de esas peleas míticas, la gente de la Panda del Moco hacía todo tipo de locuras, entre las que se cuenta, robar coches para incendiarlos o tirarlos por barrancos. El Francés: «Robábamos casi todos los Renault Fuego y Opel Manta que había en Madrid. Porque eran muy fáciles de robar y eran bonitos. Robábamos coches y nos íbamos a Walpurgis, que era un hospital de leprosos que estaba cerrado, ahí en Navacerrada. Nos íbamos con los coches robados, tres o cuatro coches robados, con un chaval que era miembro de una familia muy adinerada. Íbamos a Walpurgis a conducir los coches; los tirábamos por el barranco, hacíamos locuras, cosas de esas... Una vez, fuimos con cuatro o cinco coches, cuatro o cinco tíos, cada uno con un coche y los tiramos por el barranco los cinco. No nos dimos cuenta... Y nos quedamos en el puto hospital [risas]. “Y ahora, ¿cómo volvemos?” Tuvimos que robar un coche en Navacerrada... Ahora pienso eso y digo: “Hace eso mi hijo, y lo mato”. [...] Para que se hable de nosotros treinta años después [en realidad cuarenta] es que hemos hecho muchas tonterías. Si lo tuviese que volver a hacer, habría sido todo mucho más organizado. Pero con quince, dieciséis años... Además, control en mi casa, ninguno. Porque mis padres estaban separados. Yo a las siete de la mañana me subía a quien me diese la gana. La mía era una familia desestructurada».⁶

En este sentido, la falta de control y orden familiar representaba un elemento fundamental y fuente de ciertas conductas que repercutían en el entorno social de algunos de los jóvenes Mocos. La vida familiar tenía, como es natural, un impacto importante en la vida social de algunos de estos chicos. De este modo, estaríamos hablando de la clásica interpretación de la unidad familiar

como base y primer peldaño de la más amplia estructura social y política de la comunidad. Así, los desarreglos familiares generan desarreglos sociales.

El Italiano habla también de apuestas locas, como dar dos o tres vueltas a una plaza desnudos. O coger todos y montarse en cueros en sus respectivas vespas y scooters para ir a tal o cual sitio. Debía ser todo un espectáculo encontrarse un grupo de chavales como Dios los trajo al mundo sobre sus motos en mitad de la noche madrileña. Las gamberradas de todo tipo eran un signo distintivo de la Panda del Moco, casi como en una película americana de la época como *Desmadre a la americana* (1978) o *Porky's* (1981).

La palabra *gamberro* tiene un origen poco conocido, hay quien dice que «proviene de la expresión valenciana gran verro, que se refiere a un cerdo castrado y a alguien sucio, tanto de apariencia como por su comportamiento tosco y poco civilizado. Y, por otro lado, se dice que proviene de *ganvernia*, que a su vez viene del gallego y que era usada para describir a una persona juerguista, fiestera y bromista».⁷ No cabe duda de que la gente del Moco eran verdaderos gamberros, otro signo distintivo de su identidad en el imaginario callejero.

Según Luis Tejedor: «La banda no era simplemente eso, las peleas y tal, sino las peripecias y experiencias divertidas que vivimos. Había uno que te invitaba a una copa en Pacha y, mientras se estaba poniendo una copa, se sacaba la pinga y se ponía a mear en la barra. Era diversión, era cachondeo, era... ¿sabes? Aparte de las peleas, éramos muy divertidos.

»En una ocasión recuerdo que Pablo Full había ligado con una chica y me pidió que le dejase las llaves de casa de mis padres [cuando ellos no estaban] para entrar ahí a las ocho de la mañana. Le dije que entrase por la puerta de la terraza. Cogió la mesa de mármol para moverla y poder entrar bien, y no se dio cuenta de que no estaba atada a las patas y cuando la soltó la mesa se destrozó. Y, luego, cuando subió la persiana, la subió con tal fuerza que, vamos... mi padre quiso meter una denuncia, pero eso era imposible porque iban muchos amigos míos ahí y nadie sabría quién había sido. Las croquetas de mi madre eran muy famosas».

Fernando Paz, escritor e historiador que vivió la noche en aquellos años, me habla del ambiente nocturno de entonces: «Madrid no era en los dos mil lo que es ahora, o lo que ha sido los últimos años antes de la pandemia. Pero tampoco era Madrid lo que había sido en los años ochenta. La vida era completamente diferente. No lo sé, había como una especie de ganas de vivir enormes y mucha gente joven. Porque éramos los del *baby boom*, los nacidos en los sesenta y a principios de los setenta. Éramos la generación más numerosa de la historia de España. Yo recuerdo salir un lunes, un martes, y los garitos estaban totalmente petados y, a partir del miércoles, ya la vida nocturna era escandalosa. Yo recuerdo que Ayuso, la presidenta de la Comunidad de Madrid, dijo una vez algo de los atascos en las noches de Madrid y le tomaron el pelo, pero tenía toda la razón, en este caso. Porque yo he vivido atascos en Madrid de noche un miércoles o jueves. Tres de la mañana y un atasco en la calle Carranza, o en algunos de los cruces con Castellana, toda la zona de Alonso Martínez, de Bilbao. En fin, era todo muy pujante, era todo muy alegre, en realidad. Había muchas zonas de fiesta en toda la ciudad. No había tantas

prohibiciones. Ahora parece que estamos instalados en la era de la prohibición, está todo prohibido. No sé, no puedes beber fuera del local, no puedes fumar dentro... Una cosa horrible, bochornosa. Entonces era justo al revés, entonces lo que se llevaba era todo lo contrario, era cuanto más libertad mejor, ¿no? Muchas de las cosas que nos están imponiendo ahora, a nosotros no nos las habrían impuesto... Era otro mundo, era otra gente, era otro Madrid y era una cosa completamente distinta. Yo lo lamento por la gente que no ha conocido eso. Parece una historia de abuelo cebolleta, pero no, claro que hay cosas mejores ahora que entonces, pero concretamente en eso y el ambiente de libertad que se vivía no tenía nada que ver con lo de hoy».

Según me cuenta Luis Tejedor: «De la Panda del Moco tengo muchas anécdotas, de cómo llegamos a ser unos pijos macarras, entre comillas. Pero más que las peleas, que sí, que fueron muchas y muy grandes, porque había gente muy peligrosa, como el Francés, que tú lo has visto, sabes que es un mamotreto de tío, o como el Judío; que fueron los originarios. Muchos de los que dicen que eran de la Panda del Moco llegaron en la segunda o tercera fase: José S., el Gallego, F., Mauricio, Javier C., etcétera. Estos se fueron acoplando a algo que ya estaba hecho. Los originales eran cinco o seis. Yo conocí al hermano mayor del Judío porque una amiga suya salía con Pablo Full y fue así como entré en contacto con el Judío. Fue alucinante porque en Pacha hubo una pelea y Pablo demostró lo que sabía y le dio al otro una verdadera paliza. Otro día me invitaron a comer al VIPS de paseo de La Habana y ahí aluciné al ver a todos». «¿Por qué alucinaste?», le pregunto. «Porque eran gente con mucha fama, ¿sabes? He tenido muchas peripecias con ellos. Hemos robado coches, nos hemos ido de juerga, hemos ligado con un montón de mujeres, nos hemos ido de viaje juntos, hemos estado en Ibiza... Yo sigo teniendo relación con muchos de ellos. La Panda del Moco eran los amos y señores de los bajos de AZCA, de Pacha, y demás.

»Hicimos verdaderas barbaridades. Yo a uno de ellos, a cambio de mi primer gramo de cocaína, le di una pistola de gas lacrimógeno. Y no había movimiento en AZCA, ni en Pacha, ni siquiera en paseo de La Habana, en el cual no hubiese alguno de ellos metido. Eran los reyes. Luego llegó el primo del Judío, y el grupo empezó a aumentar.»

Es fundamental prestar atención a la fascinación que provoca la violencia y cómo cuenta casi con un valor estético. El que sabe ser violento crea en otros cierta reverencia, como el que posee un especial carisma o talento en cualquier ámbito. Un ejemplo de la estética de la violencia (real) sería el vídeo de House of Pain, «Jump Around» (1992), en el que salen imágenes de violencia explícita a puñetazos entre miembros de la comunidad irlandesa de Nueva York. La música y la violencia aparecen perfectamente sintetizadas. Si alguien aspira a comprender la fascinación que provocaban los Mocos, bien podría echar un vistazo a ese vídeo y el modo en que música y violencia quedan perfectamente integradas. Ejercer la violencia es una forma de ser respetado, temido y admirado. Esto ocurre, por ejemplo, entre los miembros de pandillas carcelarias de Estados Unidos (Hermandad Aria, Black Guerrilla Family, Nuestra Familia, Mexican Mafia,

etcétera), cuyos miembros caminan con cierta chulería, dignidad o *swag*, como suele decirse en inglés. Algo muy similar ocurría con la Panda del Moco, solo que en un entorno callejero.

Pablo Full, hoy dedicado al boxeo como entrenador y dueño de un gimnasio, me habla de los grupos de ultraderecha de la época. Pablo está hoy todavía en plena forma, es todo un atleta. Quedamos en el barrio de Hispanoamérica, en un bar situado al lado de lo que en su día fue un Noche y Día, algo así como un Seven Eleven español: «Algunos de los fachas ya iban en esos años con la bomber y el pelo engominado. Nosotros la moda era ir con los Levi's, las New Balance, las camisetas de Caribbean (que llevaban un bolsillito y un dibujo surfero) y las gafas de sol Vuarnet. Poco después puso Tom Cruise de moda, en *Risky Business* (1983), las Ray-Ban Wayfarer, entonces todo el mundo se puso las Ray-Ban Wayfarer.⁸ Pero antes eran las Vuarnet». ⁹ «De discotecas estaba el Look de calle Orense; estaba Ramón Gallego (entrenador de full contact de algunos de los integrantes de la Panda del Moco) de seguridad por la noche. Pacha la inauguramos nosotros en 1980, éramos muy pequeñitos. Nosotros íbamos a la sesión de tarde y luego íbamos a la sesión de noche. También íbamos, años después, al Callejón, que estaba al lado de Juan Bravo, íbamos al Graf, que estaba en María de Molina, íbamos a Aguacates alguna vez. En Aguacates había un relaciones que iba de niño guapo y me sacó del local una vez porque me puse a hablar con una tía, y como él era el chulito de ahí y no sabía quiénes éramos nosotros, me acuerdo que me dijo: “¡Tú, salte fuera!”. De chulito delante de las tías. Y salimos fuera como para pegarnos. Se puso en posición y le pegué una patada en la cabeza y ¡pum! Al suelo.»

Pablo Full echa la vista atrás y me habla sobre algunos de sus compañeros de la mítica panda: «El Italiano era, como todos, muy chuleta. Era un tío muy frío, muy tranquilo, no perdía la compostura nunca y era de los que más pegaba. Luego estaba el Gallego. Recuerdo que una vez le pegó uno, uno gordo. Se pegó él solo con el gordo y el gordo le tiró al suelo, y se metió el Italiano y machacó al gordo. El Italiano sabía pegar. Los más pegones éramos quizá el Judío, el Italiano y yo. Los demás que había se pegaban, pero digamos que no sabían pegarse tanto... Bueno, el Francés sí sabía. Luego estaba T., que conducía muy bien y era como el piloto del grupo y tenía un Mini Cooper de aquella época, pero que era la hostia.

»Nosotros buscábamos el camino de estar preparados para la pelea. Luego siempre estábamos de cachondeo en paseo de La Habana, una patadita, una tontería en el parque. Era un poco el comienzo en Madrid de esos deportes de contacto. Tú piensa que desde que se murió el tío Paco [Franco], habían querido abolir el boxeo, no había campeones, ya no había estrellas. Cuando Javier Castillejo, el mejor boxeador español de la historia, quedó campeón del mundo en 1999, llevábamos veintitrés años sin tener un campeón del mundo en España». En este sentido, la gente de la Panda del Moco fueron algunos de los iniciadores de los deportes de contacto en las calles de Madrid.

La leyenda de la Panda del Moco

No cabe duda que la Panda del Moco adquirió un estatus mítico, de leyenda urbana, y guardo al respecto numerosos testimonios. Mucha gente no conocía ni había visto a los verdaderos protagonistas, al referente, digamos. Pero sí habían oído multitud de historias sobre ellos. Algunas de ellas eran ciertas, otras inventadas, y todas ellas distorsionadas en algún grado al ser mediadas por uno o varios interlocutores. La Panda del Moco había cautivado y fecundado la imaginación colectiva de parte de la juventud madrileña. Una vez los Mocos hicieron su aparición, se convirtieron en toda una leyenda, a la gente le gustaba hablar de ellos. En palabras de uno de mis entrevistados: «Yo les vi en el Look. Era como un estado de ánimo...» o, como dice un mod de aquella época en un foro de internet: «La Banda del Moco, pijos vestidos de Caribbean, y los rockers como los Franceses tenían en común que eran muy muy muy chungos».¹

Ese estatus mítico de la Panda del Moco lo recuerda bien el escritor Fernando Paz, quien tan solo oyó hablar de ellos, y jamás los llegó a conocer: «La Panda del Moco me sonaba porque nos sonaba a todos. Era una cosa que se conocía y tal, pero bueno, más allá de saber genéricamente de qué iban, pues tampoco. Yo creo que eran pijos de estos que daban palizas por ahí y cosas así, pero vamos, no estaban en nuestro ámbito, en nuestro radar, digamos. Sí eran famosos y tenían un aura de leyenda urbana. Había gente que sí, que se decía que era muy mala, no sé qué, pero luego también, como es natural, la gente tendía a engordar el fenómeno. Había varias bandas de estas, de niños de papá, de pijos que se aburrían. Y ya por entonces empezaba fuerte la cocaína y demás, y yo creo que eran gente así. Pero no eran solo una pandilla. Hubo varias (tres o cuatro por lo menos) de una cierta notoriedad. Había varias bandas de pijos. Había gente chunga que eran niños de papá. Tenían un aspecto un poco legendario. Pero tampoco en el sentido de: “¡Ten cuidado, y no te los encuentres porque te van a hacer...!”. No, se hablaba de ellos entre el mito y la admiración. En plan: “¡Oh, mira este hace esto!”. Pero no sé hasta qué punto lo que se contaba era verdad o no era verdad.

»Alguno de los miembros de este tipo de bandas de pijos incluso anduvo por el entorno de la ultraderecha. Pero no porque creyeran en nada, sino porque a base de satanizar los grupos fascistas, la prensa conseguía que todos los que quisieran ser malotes se acercasen a ese tipo de grupos, ¿no? Termina siendo inevitable y es un poco lo que pasa con las bandas de fútbol. Si quieres ser malo de verdad, pues nada, hazte skinhead y que la gente te tema, ¿no? En el fondo, es una actitud un poco estúpida, pero por otro lado también exige un cierto arrojo, o no sé si

inconsciencia, porque uno va diciendo con su aspecto: “Yo soy esto y aquí me tenéis absolutamente localizado”. En fin. Voy calvo, con patillas, llevo una determinada ropa. Digamos que recoge un poco la mitología de este tipo de creencias, en parte. Pensemos, por ejemplo, que los carlistas llevaban la boina roja, y siguen llevando la boina roja, por un solo motivo: para que el enemigo apuntase mejor. En la batalla, pues, que se te vea bien. Es una reivindicación de la propia valentía, de la disposición a dar la vida por una causa.² En el caso del carlismo, una causa que, se juzgue como se quiera, es más noble que la de los skinheads. Pero vamos, eso era la reivindicación de ser malos».

Pregunto al escritor Javier Menéndez Flores, a quien conocí durante los premios Pop Eye 2022, con los que ambos fuimos galardonados, sobre la figura del pijo malo y, más concretamente, sobre la Panda del Moco. ¿De dónde surge? Javier vivió esos años en primera persona y conoce de primera mano a muchos personajes callejeros de la época, tanto pijos como macarras de barrio. De hecho, fue relaciones públicas y camarero en varias discotecas pijas de Madrid a finales de los ochenta y principios de los noventa. Su visión me parece particularmente interesante, por otro lado, dado su recorrido literario y periodístico. Menéndez Flores ha escrito en las páginas de muchas publicaciones relevantes (*Interviú*, *Rolling Stone*, *Man*, *El Mundo*, *La Razón*, etcétera), además de haber escrito numerosas novelas y biografías: «No tengo una respuesta clara para eso, no soy antropólogo ni sociólogo. Pero supongo que del mismo modo que en aquellos años hubo adolescentes y jóvenes que se *afiliaron* a las distintas tribus urbanas (rockers, mods, heavies, punks) porque se sintieron atraídos por una estética y una música determinadas, los pijos malos sintieron fascinación por un imaginario que reunía distintos elementos. A saber: un modo de vestir en el que las marcas tenían mucha importancia; una atracción por las artes marciales, que les llegó a través del cine, con las películas de Bruce Lee a la cabeza, y el gusto por las motos. Algunos pijos malos provenían de buenas familias, aunque desestructuradas: padres separados con un nulo control sobre sus hijos. Pero la mayoría de ellos residían en barrios periféricos y se dedicaban a matar el tiempo en la calle y en el gimnasio: no estudiaban, o repetían curso sistemáticamente, y se reunían en bares o en las ya extintas salas recreativas. Las discotecas y salas que frecuentaron, con un orden más o menos cronológico, fueron, entre otras, Pacha, Tartufo, Look, El Callejón, Keeper, Oh! Madrid, Jácara, Green..., y algunas terrazas del paseo de la Castellana. En cualquier caso, el germen “malote” tenía que ver con su inadaptación y su frustración, con su falta de acomodo en el sistema. Fueron también hijos de la ira, qué duda cabe, como los delincuentes comunes, pero por otro costado y, en su mayoría, sin cruzar ciertas líneas. Aunque muchos de ellos daban pequeños *palos* (robos).

»La Panda del Moco fue una banda bastante popular en los primeros ochenta, fundamentalmente en los ambientes de pijos adolescentes. El Judío fue uno de sus integrantes más conocidos y temibles. Todos sus miembros practicaban artes marciales y les gustaba ejercitarlas fuera de los gimnasios, es decir, que repartían estopa en la calle. Sus víctimas solían ser chavales que aparecían en locales pijos sin serlo, chachos y horteras. Si llevaban calcetines

blancos (“escayolas”), estaban sentenciados. O bien punkis y heavies que tenían la mala fortuna de cruzarse con ellos».

El mito de la Panda del Moco convivía con otro que campaba desde los años setenta y ochenta: la Mano Negra. Se trataba de una fuerza maligna corporeizada en una mano que atacaba al incauto, al distraído o al dormido. Una especie de Verónica o Candyman. Se decía, también, que solo atacaba a gente malvada, y lo hacía a horas intempestivas. Era una fuerza paranormal y demoníaca que podía ser invocada a voluntad, una especie de coco empleado para aterrorizar a las mentes juveniles. En palabras de un entrevistado: «Creía que lo del Moco era como la Mano Negra de finales de los setenta, principios de los ochenta. Bulos populares». Al preguntar a otro amigo en esa misma franja de edad, me responde: «Sí, me suena... no sé si como realidad o mito urbano». Otra informante de Vallecas de esa misma época me dice que la Panda del Moco era «como el coco. Como la Mano Negra; una especie de entidad malvada de la que se hablaba en todos los barrios. «“Si no te andas con cuidado, la Panda del Moco vendrá por ti”» Según el rocker Juanma el Terrible, por otra parte: «Hubo dos Pandas del Moco. Una en los años setenta... y otra en los años 82-84 que se decía eran hijos de peces gordos porque cantaba la impunidad de ciertos de sus actos». ³ Esta última pandilla es la del Francés, el Italiano y el Judío, claro está. En ocasiones ocurre que un nombre es el que se nutre de una multitud de referentes o figuras reales, y sobrevive en el tiempo.

A., un amigo de Loic, dice al respecto: «La Panda del Moco se convirtió en una leyenda. ¿Como la Mano Negra? Que se supone que siempre había en el baño: “¡La Mano Negra, la Mano Negra!” Y todo el mundo acojonado con la Mano Negra. Era una leyenda casi de ese tipo, rayando en lo mítico y en lo siniestro». Sobre esa aura de maldad que envolvía a la Panda del Moco, otro informador me dice: «Son gente muy chinada, muy chinada...». ⁴ Sobre Javi Lacoste, de un tipo de la segunda o tercera Panda del Moco (quienes para Loic «son de tercera división», es decir, mucho más suaves o flojos) me dice el Kabra: «Uno de esos era un tío que llevaba a mogollón de chavales a su casa. Esos chavales acabaron siendo bakalas. Los iba a buscar a los billares del Parque de Berlín, les enseñaba un bolsón de coca, se iban todos a su casa, les invitaba, se empezaban a poner tiros, tiros, tiros, y cuando se acababa el bolsón, decía: “Este bolsón ha costado doscientas mil pelas”. Se abría la camisa, cogía un cuchillo y se rajaba desde el pecho hasta el ombligo y decía: “¿Veis lo que me hago? Imaginad lo que os voy a hacer a vosotros si no me pagáis. El que no me pague ahora mismo le rajo el pecho”». ⁵ De ese me dijo otro informante de Prosperidad que secuestraba a los drogatas del barrio durante semanas, retenidos en su casa, y los obligaba a hacer recados para él, a modo de «mulas», llevando drogas de un sitio a otro.

A. prosigue: «Era algo que acojonaba. La fama, que se tendría que haber reducido a un ámbito muy concreto y a unos locales muy determinados, se fue extendiendo, como la Mano Negra. Es que cuando he pensado en algo siniestro que acojonaba, de la época y que todo el mundo conocía y que todo el mundo respetaba... pues era eso, ¿no? La Mano Negra. Tú, simplemente con

insinuar a mediados de los ochenta que eras de la Panda del Moco era como: “¡Coño!”. O que eras amigo de Loic: “¡Coño!”. Es que te acababan invitando a una copa, ¿sabes? Por eso, lo que tendría que haberse reducido a un ámbito muy concreto empezó a extenderse por todos los colegios, por todos los sitios, por todos lados: “La Panda del Moco, la Panda del Moco, la Panda del Moco”.⁶ Eso era por todos lados. Había mucha gente que decía ser de ese grupo, de un grupo en el que había que tener muchos cojones para entrar. La gente sabía que, si se metía con ese grupo, esa misma tarde, a él, a su padre, a su hermano o a quien fuera lo iban a reventar. Pero cuando digo reventar, es reventar. Porque yo en mi grupo si te metías cuatro leches, te metías cuatro leches, pero estos no... Yo recuerdo uno rubito con un casco de una moto destrozarse la cara a otro de tal manera que no distinguías la nariz de la boca de los dientes. O sea, era una masa informe de carne, ¿sabes? Y coger una cabeza de los pelos y contra el saliente de la acera empezar a pegarle con la frente y abrirle la cabeza como un coco, ¿sabes?⁷ Sí, sí, sí. Es que no había límite. Algunos eran auténticos animales. Pero, brutal, brutal, brutal. Les daba igual si lo habían dejado tonto o parapléjico. Por eso daban tanto miedo».

Hablo de nuevo con Pablo Full, uno de los Mocos originales:⁸ «Yo fui al colegio San Estanislao de Kostka en Ciudadcampo y, como era un poco trasto, me llevaron a un internado que está entre Málaga y Sevilla, que se llamaba San José de Campillos, que era casi como un correccional. Aunque mi familia ha vivido siempre en la zona del Bernabéu.

»El nexos común entre el Francés y yo fue el Judío. Yo lo conocía de antes que al Francés. Tenía un amigo que era judío y en la época de los quince años hacíamos guateques. Entonces, a través de la comunidad judía... Al SEK, mi colegio, iba una chica que me llevó a una de esas fiestas. Ahí conocí al Judío a través de su hermano mayor. Y, al paso de los años, por medio del Judío conocí al Francés. Luego, nuestro punto de encuentro era el VIPS de paseo de La Habana (ahí quedábamos todos) y ahí nos presentaron y tal.

»Al Judío lo conozco desde que él tenía doce años. Era un tío que tenía mucho carisma. La gente se juntaba con él, no porque fuese malo (era malo también, como todos éramos malos en aquella época que nos soplaban el hombro y estábamos soltando una hostia), sino porque era un tío que, socialmente, tenía carisma. La gente se le acercaba. Luego, si se cruzaba era un cabrón... No un cabrón, sino que era... El Judío era un tío con unos principios... Yo recuerdo una vez, que estábamos en el VIPS de paseo de La Habana y los asientos eran espalda con espalda. Estábamos el Judío, yo y no sé si estaba el Italiano. Y en el asiento de atrás, espalda con espalda, había otros tres o cuatro chavales. Y estaban hablando del Francés, y yo recuerdo que le estaban poniendo verde: “El Francés este es gilipollas”, no sé qué... Entonces se dio la vuelta el Judío y dijo: “Oye, subnormal, estás hablando de un amigo mío”. Entonces el otro dice: “Pues tu amigo es un gilipollas». “El gilipollas eres tú”, dijo el Judío. Él tenía sus principios, no dejaba que nadie hablase mal de los suyos. Entonces, se levantó el otro y se levantó el Judío, que le metió un cabezazo. Le partió la nariz y el tío sangrando. Dijeron: “¡Salimos fuera!”, tal cual... “¡Venga, vamos fuera!”. Salimos fuera y... Me acuerdo el detalle... que había un pobre ancianito que

estaba siempre pidiendo en la puerta del VIPS y el otro, sangrando, le dio un billete. Querría quedar bien, o tal. Se pusieron entonces uno enfrente del otro... y al final el otro no se arrancó, se quedó con el cabezazo y no pasó nada, no tuvo cojones a meterse.

»El Judío era callejero, no practicaba el boxeo. Era clase económica baja, vivía en una casa muy pequeñita con varios hermanos. No era como Nacho, otro amigo, que vivía en una manzana entera de paseo de La Habana».⁹

Rafa Silva, otra de mis fuentes, me habla de cómo se movía la Panda del Moco: «Yo soy de Chamberí y nací en el 65. Nosotros éramos diez hermanos varones. Yo era el tercero más pequeño y todos hemos salido mucho, muchísimo. Ha sido una tradición familiar. Éramos cuarenta y seis primos hermanos. Vivíamos todos juntos en el mismo edificio, veraneábamos y seguimos veraneando juntos en Galicia. Es una familia en la que siempre ha habido mucho cachondeo, por decirlo de alguna forma —me cuenta para situarme—. Nosotros nos movíamos por Tartufo, en la Gran Vía, por Pacha, Green. Tartufo era un sitio mítico en la calle Víctor Hugo 5, donde se movía lo mejor de lo mejor. Yo creo que abrió a principios de los setenta o incluso un poquito antes. Yo empecé a ir en el 79-80. El ambiente era superpijo. Luego, cuando abrieron Pacha, nos movimos mucho por Pacha. Había un bar mítico que era el Taste.

»Los Mocos eran unos peleones que siempre andaban con el full contact, el karate. Decían: “Yo soy del Moco”. Pero no era nada organizado y tal. Yo conocí a muchos, y había desde menos pijos a muy pijos, porque el Judío era un poquito macarra, el Comun también. Luego estaba el Nacho, que era de una de las mejores familias de Madrid. Era un tío enorme físicamente.

»En una ocasión, en un garito de la calle General Arrando, mi hermano Gabriel fue a salir y lo típico, le dice el portero: “Oye, no puedes salir con la copa”. Y mi hermano se agachó para dejarla en la puerta y, según se agachaba, le metió una patada en la cara el puerta que luego le tuvieron que reconstruir la mandíbula. Como nosotros salíamos, a lo mejor, quince primos hermanos, un primo mío muy burro (que, además, luego tuvo que irse de España por una pelea) llevó en volandas al portero hasta el fondo del garito y le metió una tunda tremenda. —Según me dice, su primo tuvo que irse de España porque le intentaron atracar en plaza de Castilla y dejó en coma a dos tíos—. Pero luego empezaron a aparecer porteros. Los llamarían, aunque en aquella época no había móviles... No sé ni cómo los llamaron. Aun así, como nosotros siempre nos movíamos, quieras que no, con alguno que era del Moco o que era muy conocido del Moco, la cosa no pasó a más. Pero, en ese momento, en la calle había quince tíos que nos venían a buscar.

»Fue a la discoteca Four Roses, en la carretera de la Coruña, donde se fueron desplazando los pijos malotes del Pacha. Eran siempre las mismas caras. Lo de la cazadora de borrego Levi's era como un uniforme. A mí, íntimos amigos del colegio me decían: “Joder, Rafa, la tunda que nos metieron el otro día en el Taste los del Moco”. Yo los conocía porque me tomaba copas con ellos. Luego, la verdad es que los tíos estaban siempre ahí para echar una mano si tenías un problema. Eran muy famosos y temidos».

Sobre la ropa de moda entre los pijos me habla Javier Menéndez Flores de nuevo: «Yo tuve unos Levi's rosas y eran repijos. En los ochenta, los vaqueros Levi's etiqueta roja eran lo más, al igual que los plumas Pedro Gómez, las chupas de cuero de piloto (la película *Top Gun* tuvo mucha culpa de eso), las cazadoras vaqueras Levi's con borrego, las Nike Wimbledon, los zapatos y los cinturones de Gucci, las sudaderas y camisetas de Caribbean y Amarras, los polos Lacoste, las Vans... Esa era la indumentaria básica del pijo».

Pregunto a Luis Tejedor por el Judío: «El Judío era un tipo muy serio. Ten en cuenta que yo cuando empecé a ir casa del Judío, él estaba con Eva, que era una modelo guapísima que trabajaba en Pacha de relaciones públicas. Falleció, pero era una mujer guapísima. Él desde muy joven se supo buscar la vida. Tuvo un bar al lado del Pacha, que estaba tres locales más allá del Pacha, siendo muy joven. Ha sido un tío que, como buen judío, ha sabido hacer las cosas bien.

»Había gente que quería emular al Judío, pero el Judío era un tipo muy especial. Yo creo que era el primero de la Panda del Moco, ¿sabes lo que te quiero decir? Junto con el Francés, fueron los primeros.

»El Judío fue el primer judío que conocimos, aunque el Francés también es medio judío, y luego se fue juntando la gente de la sinagoga, los hermanos pequeños...

»Nos metimos en las artes marciales porque nos dimos cuenta de que eran eficaces. Ramón Gallego fue el que nos enseñó a todos.

»Luego estaba el G. Yo le vi dar una hostia a una nevera en casa de la madre que la dejó agujereada. Dejó un boquete en la nevera. Ahora está muy tranquilo. Ten en cuenta que tenemos una edad y eso ocurrió hace cuarenta años.

»Muchos amigos iban al colegio Estanislao de Kostka. Yo recuerdo una ocasión en que estábamos todos en un semáforo y, cuando nos dimos cuenta, un amigo se estaba pegando con un taxista, salieron todos los taxistas y se armó la marimorena. Uno de nosotros se fue al hospital con la pierna rota, otro no sé si acabó también en el hospital».

Resulta llamativo que algunos miembros de la Panda del Moco fuesen judíos, y, como me comenta un pijo de la Panda del Huevo —un grupo posterior de pijos que sería confundida con la del Moco en años posteriores—: «Los judíos de esa época eran chungos. Ricos o no... Joder, el Francés, el Judío, y varios otros...». Es curioso que se haya prestado tan poca atención a la población judía de España, que, entre otras cosas, al no ser étnicamente distinguible o diferenciada y no exponer muy públicamente sus ritos y costumbres, han constituido una especie de comunidad invisible. Si atendemos al caso de Estados Unidos, las pandillas y las mafias han tenido siempre rasgos étnicos: estas se identificaban con ciertas minorías. No es que las minorías fuesen más malvadas y corruptas que la población convencional, sino que el poder social e institucional era sustentado por la mayoría étnica, por lo que muchas minorías creaban sus propios microcosmos de poder. El estatus de una minoría como tal sirve para crear lazos y

vínculos muy estrechos (algo que en el caso del pueblo judío se ha visto acentuado, y muy particularmente en España, por el hecho de que la población judía es reducidísima),¹⁰ de lo cual se sigue una gran solidaridad entre sus miembros. Dicha solidaridad, junto con la sensación de no pertenencia, de no formar parte del statu quo, hace que a menudo surjan grupos mafiosos o pandillas conformadas por minorías étnicas. Estas minorías, por otra parte, en muchos casos son beligerantes, pues se sienten maltratadas y marginadas por la sociedad general; aún, incluso, en el caso de los judíos, considerados físicamente indistinguibles de la población general. Las mafias creadas por minorías han constituido algo así como microestados (siendo el Estado la más grande mafia de todas), con sus propias normas, leyes, valores, costumbres, profesiones, impuestos, etcétera. En Estados Unidos han destacado las mafias italiana, irlandesa y, también, judía; por no mencionar grupos o pandillas latinas, de portorriqueños, cubanos, mexicanos y demás. En los dos primeros casos, tales grupos pertenecían a culturas católicas, y en el último, a la judía. En todos los ejemplos, el protestantismo, como religión imperante en la sociedad, no se adoptaba ni formaba parte de su universo cultural.

En relación con la población judía, en España los estatutos de limpieza de sangre no desaparecieron por completo hasta que se estableció una ley de 15 de mayo de 1865, aunque ya la Constitución de 1837 afirmaba que todo español podía ser elegido para ocupar cargos públicos. En 1869, el artículo 21 de la nueva Constitución establecía formalmente la libertad de culto. Al terminar la guerra de África una comunidad de judíos llegados desde Tetuán se estableció en Melilla, y sería fundamental en la vida económica del lugar a principios del siglo xx. En 1904 el senador Ángel Pulido Fernández insistió en traer de vuelta a descendientes de los judíos expulsados de España en 1492 por los Reyes Católicos. Pero no fue hasta el 16 de diciembre de 1968 que se revocó el decreto de expulsión de 1492.

Hablo con José Antonio Lisbona, especialista en historia judía: «A España habrán venido entre el 56 y el 67 unos siete mil judíos, sobre todo desde Marruecos. Eran, sobre todo, judíos sefardíes, de origen español. Se llamaban así pues provenían de la península ibérica, conocida por ellos como Sepharad. Tenían relación con Ceuta, Melilla y el protectorado español. Los judíos que había en Tánger sabían español y francés, aparte de hebreo. El retorno de los judíos se da a partir de 1869, cuando la constitución de 1869 permite la libertad religiosa. Volvieron muy pocos de 1869 hasta la Primera Guerra Mundial. A partir de entonces sí llegaron más judíos».

Los judíos marroquíes, de donde venían los judíos de España, eran muy tradicionales, muy religiosos. Eran religiosos, tradicionales y conservadores. Políticamente conservadores y fieles a las tradiciones al pie de la letra. Los sefardíes aplicaban a rajatabla algunas de las antiguas tradiciones judías. Por poner un ejemplo, sus miembros no pueden ser enterrados en ataúdes. Tienen que tocar la tierra. Tras su muerte, son amortajados con una sábana blanca y enterrados en la tierra. Como me comenta Lisbona: «Esas costumbres los judíos del norte de Marruecos las siguen al pie de la letra». Los judíos en España, como en otros lugares eran muy solidarios entre sí, porque, además, tenían que casarse entre ellos. La comunidad judía española es pequeña, por

lo cual, muchos de ellos deben buscar pareja en Israel, donde es más factible encontrar novios y novias. Naturalmente, aunque los judíos que vivían en España eran conservadores, no eran fascistas, puesto que el fascio de Hitler y Mussolini era antisemita y «los judíos no estuvieron muy bien vistos por el régimen franquista hasta los años 56 o 57». «Eran conservadores, contrarios a la izquierda, y a partir del 56 o el 57 se mostraron cercanos al mundo franquista, desarrollando muchos negocios de la mano del régimen. Digamos que, en los años treinta, cuarenta y cincuenta vieron a los militares franquistas como protectores.»

Como se ha dicho, una figura muy relevante en la Panda del Moco fue el Judío, siendo considerado, básicamente, su líder, aunque otras figuras destacadas fuesen el Italiano, el Francés (también judío por parte de madre), Pablo Full, el Comun, el G., y muchos otros. Del Judío me dice un pijo algo más joven: «Era muy frío... A mí siempre me dio mucho miedo. Me producía mucho miedo incluso antes de conocerle. Es de esa gente que produce miedo por su vibración...¹¹ También date cuenta que esa gente se crio con los malos de Cuatro Caminos». El Judío no era pijo como otros Mocos y se había criado en la frontera entre Ríos Rosas y Cuatro Caminos. Sin duda alguna, era considerado un tipo muy corajudo. Como me dice el Francés en *Macarras*: «[El Judío no hacía artes marciales, pero] tenía unos cojones... espectaculares. No he visto un tío con más cojones... Recuerdo que estábamos en San Blas, el Judío y yo, que fuimos a no sé qué. No sé qué pasó con una pandilla que discutimos y uno le puso una navaja en la tripa, y el Judío se levantó la camiseta y empezó a andar hacia él: “Clávamela”. Y el tío se quedó supercortado. Y el Judío: “Que me la claves, gilipollas”. Y dándole tortazos: “Maricón, clávamela”. Yo me quedé blanco, “joder, qué huevos tiene este tío”. No sabía si iba a apuñalarle o no. Eran unos jinchos... Más tarde, como quince años más tarde, le robaron la moto. Nos llamó a todos. “Francés, ayúdame a recuperarla.” Pusimos un anuncio en el periódico: “Nos han robado la moto, pagamos por información”. Y, al final, conseguimos encontrarles. El primer día trataron de engañarnos. Quedamos en San Blas. Al Judío le dijeron: “Ven tú solo”. Ahí le acompañé yo. Pero, al llegar, el tío se creyó que él era yo. El Judío se sienta en un sitio [en un bar] y yo en otro. Llegan tres tíos, y me dice uno: “¿Que te has traído al matón ese?”. Le digo: “No, el matón soy yo, gilipollas”. Les dimos una buena. No eran ellos. No tenían la moto. Eran tres yonquis... sinvergüenzas... Entonces, alguien respondió al anuncio y nos dijo que era un grupo, creo que era de Coslada. De por ahí. Y fuimos a buscarles, y les encontramos. Les encontramos e hicimos una barbaridad. Entramos en una discoteca en Coslada pegando tiros, y alguna puñalada se llevó alguno... Y recuperamos, no solo esa moto, sino seis motos más. Unos días después vino la policía a la casa del Judío: “Que sabemos que habéis robado las motos. Mira, no te vamos a acusar de nada, siempre y cuando vamos a decir que nosotros hemos sido los que hemos recuperado las motos... Las motos nos las dais”. Luego apareció en los periódicos: “La Guardia Civil ha desarticulado una red de robo de motos”. «El Judío y yo hicimos cosas de cobros. Pero él y yo solos. No nos pegábamos, les asustábamos... A los traficantes había veces que alguien les

chuleaba y no tenían estructura de cobro. En cualquier caso, nosotros teníamos una reputación. Y con la reputación es muy fácil.»¹²

El Francés y el Judío siempre iban juntos. Según un amigo del hermano menor del Judío: «Del Francés se decía que era un poco como el de seguridad del Judío, que iba siempre con él y tal. Aunque el Judío, evidentemente, no necesitaba guardaespaldas. Imagino que cuando necesitara gente, le llamaría. Aunque con su forma de ser, creo que eran los demás los que necesitaban guardaespaldas [risas]». «El Francés, el Judío y estos, antes de entrar al Pacha iban a un pub que se llamaba Kashmir, que estaba en la calle Barceló. Ahí estaban el G. y esta gente. Del G. se decía que era más burro que un arado. Luego estaba el Fonca, que iba con ellos, ese era un guaperas, pero iba a su rollo. Estaba el Comun, que tenía unos caballos, y era de los amigos del Judío. Había otro por ahí que era el Ojos, ese se parecía a Marty Feldman, de *El jovencito Frankenstein* (1974).»

El Francés: «Yo conocí al Judío porque me robó la bicicleta. Sería 1976 o 77. Cuando tenía trece o catorce años. Luego me enteré dónde vivía y fui a buscar la bicicleta a su casa». «El Judío robó [mi] bici, la de mi hermana pequeña y la de una amiga de mi hermana. Le seguí hasta su casa, y se quedó flipado porque supe dónde vivía. Él venía todos los días al parque de paseo de La Habana. El parque en el que hay una estatua de un tío comunista [el monumento a José Martí en paseo de La Habana 7]. Que no sé qué hace esa estatua ahí.»¹³

Rafa Silva también recuerda algunas anécdotas del Judío: «[con él] estuve yo metido en dos movidillas. Una fue que a un íntimo amigo nuestro, pues bueno... habíamos tenido movida con dos tíos muy pijos de Madrid y entonces quedaron para darse de bofetadas ahí al lado del Bernabéu, en un bar mítico que era la Flor de Valdepeñas. Estos se fueron a una esquina a darse de bofetadas y llegaron otros dos corriendo bajándose de un coche con unos sticks de jockey y a nuestro amigo le zurraron. Entonces, este amigo nuestro, que conocía a todos los del Moco, los llamó para ir a la caza de estos tres pijitos. Y fuimos a Tartufo a buscarlos. Y yo me acuerdo que apareció el Judío con el Comun (un tío muy salado), otro que llamaban el G., bua, y se lió una tremenda.

»En otra ocasión, en un bar de copas que había en la plaza de Vázquez de Mella, en Chueca, me acuerdo del Judío que era más chulo... vestido con la cazadora vaquera de borrego. Estábamos discutiendo con unos pavos y sin sacar las manos de los bolsillos, así, como mirándole muy fijo, le dice al otro: “Ten cuidado, que igual te resbalas y te rompes la cara”. A mí lo que me flipaba era el tono chulito ese, ¿sabes? Los tíos se quedaron así como mirando, y repitió: “Que como sigas así, igual te resbalas y te rompes la cara”. El Judío era un máquina dando bofetadas.

»El uniforme era la cazadorita Levi's de borrego, las zapatillas New Balance, y el Judío era el típico que luego aparecía con pantalón de chándal; en aquella época, que era muy raro. Igual que el otro, el Nervios. De repente decías: “Joder, este tío va en chándal aquí, macho”. Llamaba la atención porque nadie llevaba chándal.

»A mí me contaron que el Judío estuvo durante un tiempo de instructor, no sé si de la Guardia Civil o de la Policía, de artes marciales, o de autodefensa en un contexto callejero. El Judío siempre andaba con unas motacas de narices».

El Francés: «Una vez, estábamos en casa del Judío y él se fue a comprar o algo, y alguien se metió en su habitación para robarle cosas que tenía ahí. Y cuando volvió vio que alguien había entrado en su habitación y había cogido algo, se montó un pollo de cojones: “¡A la puta calle todos!”. Y, cuando yo me iba con los demás, él me dijo: “Tú no. Yo sé que tú no has sido”. Yo era el único de quien se fiaba. Nuestra amistad se incrementó con lo de Caravelle... La pelea frente a Pacha. Ese día, incluso para mí, el verme yo con tantos cojones, pues, me cambió, me cambió la vida. Y ahí empezamos con los robos y toda esa locura».

Luis Tejedor: «Luego estaban B. y L., que dicen que son primos del Judío, aunque no lo son. Se llamaban así por su amistad y su relación a través de la sinagoga. Como sabes, los judíos tienen doble nacionalidad y el B. se marchó a Israel a hacer la mili. Y en el 82 fue la guerra contra el Líbano. Y al gilipollas se le ocurrió meterse a luchar en la guerra contra el Líbano. Yo hablé con él y me dijo: “Joder, macho, aquí matan a la gente”. En Israel».

Algunos de los Mocos y personas relacionadas con el grupo se hicieron pilotos de avión, haciendo uso de dicha especialización profesional para traficar con drogas (al menos en algunos casos). Como me dice un informante en relación con vuelos para el transporte de drogas por parte de alguno de los Mocos: «Eso fue más tarde, eso es verdad. Sé de uno que metía la mercancía en lo que era la cabina de piloto, en la carcasa». Y, no ya en relación con vuelos comerciales, pero sí en lo referente a transporte de drogas por vía aérea, se sabe que uno de los Mocos ha estado relacionado con la captura por parte de la policía de 388 kilos de cocaína en la isla de Fuerteventura, aunque logró escapar dejando la carga y ha estado en busca y captura durante varios años. De ello hablaremos más adelante.

En este sentido, hay que entender que, tanto en España, como en otros países, las azafatas y pilotos de avión representaron, a menudo, elementos esenciales a la hora de transportar sustancias ilegales, en especial en los años setenta y ochenta. Por entonces, y muy en particular, antes del 11-S, era mucho más fácil portar armas, drogas u objetos ilegítimos en vuelos comerciales, por no hablar de vuelos no comerciales. En Estados Unidos, de 1968 a 1973, se daban secuestros de aviones casi semanalmente, empleando pistolas, bombas y recipientes con ácido. Había quien realizaba tales actos por temas políticos, para abandonar el país o a cambio de grandes cantidades de dinero. Fue a mediados de los años setenta, tras un verdadero aluvión de secuestros de aviones, que las medidas de seguridad fueron haciéndose más restrictivas. Dicho lo cual, pilotos y azafatas eran considerados, en gran medida, invulnerables a investigaciones policiales cuando se dedicaban al contrabando. Así era en España, que careció de especialización policial en asuntos de narcóticos hasta principios de los años ochenta. Las medidas de vigilancia

fueron haciéndose más restrictivas de manera gradual, y a lo largo de los años noventa hasta la actualidad.

Hablo con Jose, informante nacido en 1945, que vio de primera mano cuáles eran las actividades ilícitas de algunos pilotos de Iberia: «Mi hermana era una salvaje y, en un momento determinado, se metió de azafata en Iberia. Y liga con un comandante que le sacaba treinta años. Estaba casado, tenía sus hijos, pero se liga a mi hermana. Y, según ella, se casó con ella en Estados Unidos. Y el tío estaba casado aquí con su mujer, lo que es una bigamia como la copa de un pino. En aquella época todos los pilotos de Iberia eran militares de origen. Y este ganaba mucho dinero. Trabajaba cinco meses y ganaba un dineral, para lo que era aquella época. Estamos hablando de 1974 aproximadamente. Y ¿qué pasaba? Que esos comandantes eran como si fuesen Dios. Entonces entraban por Barajas como Pedro por su casa. No pasaban una aduana, hacían lo que les daba la gana. Podían traer drogas y lo que quisieran. Para mí era un escándalo. El primer televisor en color que yo vi en mi vida, se lo vi a mi hermana. Se trajo un televisor en color desde Hong Kong, pero venía de Los Ángeles. Vivían en parque de las Avenidas, un barrio pijo de pilotos de Iberia, y tenían unas mesas de caoba... de palo santo... de una madera de esta preciosa. ¡Se trajo una tonelada! ¿Tú te crees? ¿Una tonelada de palo santo? Pues la tenían en casa y no pagaban impuestos por ello. Palo santo es una madera preciosa de Brasil y no sé qué historias.

»Bueno, pues una de las cosas que descubrieron estos yendo a Brasil era que... Bueno, hay un Estado en Brasil que se llama Minas Gerais, y se llama así porque está lleno de oro y de no sé qué... Brasil cuenta con una industria de piedras semipreciosas que decoran un montón... Y, entonces, se trajeron cinco toneladas de piedras de estas. Cogieron, no un piso, sino dos, uno enfrente del otro, en parque de las Avenidas. En uno vivían y el otro lo tenían de almacén. O sea, tú entrabas al piso y era piedras a espuestas. ¿Cómo puedes traerte cinco toneladas de piedras preciosas en un avión y que no se entere nadie? ¡Aquello era un cachondeo!

»Ellos tenían dos proyectos. Por un lado, vender esas piedras en la joyería no sé qué, y, si habían comprado el material por cien, venderlo por dos mil, o más. Unas ganancias de esas brutales. Luego, dieron el paso siguiente... que era montar una tienda y vender las piedras directamente».

Es decir, que aspiraban a vender «el material» tanto al por mayor como al por menor.

«Mi hermana acabó separándose y duró unos años ese tráfico de piedras. Aun así, yo recuerdo ir a Madrid por algún tipo de rollo de las oposiciones. Al principio me alojaba en casa de mi hermana. Después me dijo que sobraba y que me largase. Mi hermana era muy bruta. Yo estaba con el agua al cuello y esta me echó de su casa... Yo vivía en Barcelona y cuando tenía que hacer los exámenes de las oposiciones, me pasaba dos, tres días en Madrid. Al principio iba ahí. Pues en uno de esos viajes me dijo que tenía una cita. Siempre hablaba de los Martínez, de los Loainz, por decir dos apellidos... Su caso era replicado... Todos los pilotos estaban enrollados con azafatas. Mi hermana me hablaba siempre de gente con título nobiliario... Cristina de no sé qué...

Serafina de no sé cuántos. Yo no tenía ni puta idea de quiénes eran... Un día les invitaron a tomar el aperitivo a casa de una de ellas. “¿Te quieres venir?”, me dijeron. Yo no tenía nada que hacer y dije: “Pues bueno”. Y aquello fue como un teatro. Fuimos a un chalet extraordinario, en El Viso. Y la azafata y el piloto, que vivían ahí, estaban casados. Y eran de los traficantes. Eran miembros del grupo de traficantes, que eran todos pareja: piloto y azafata. Serían cuatro parejas y yo, que estaba de mirón. Y, entonces, se pasaron la mañana sacando piedras entre ellos y hablando de piedras y de cosas de lujo; de whiskey, de relojes... Las tres horas que nos pasamos ahí yo es que alucinaba en colores. Y, al final, acabé harto porque era una cosa de lo más insulso y lo más aburrido que te puedas imaginar. Pero el espectáculo era alucinante. Cuatro parejas hablando de pelas sin parar. Pasta, pasta, pasta. Y todos compitiendo: “¡Pues yo he traído ojo de tigre de Sudáfrica, una tonelada y media!”. “¡Pues yo me he traído caoba de Colombia!” Y era todo un mercado persa... “Yo me he traído, yo me he traído, yo me he traído...” Echando fuego por los ojos de la ambición... Se les caía la baba, no te puedes ni imaginar. Era un espectáculo. Yo me preguntaba: “¿Estos son los ricos, macho?”. No te puedes imaginar qué gente más absolutamente insulsa, que no tenían dentro... Esos no leían ni el ABC. Luego, era todo muy endogámico, porque eran todos hermano de piloto, hijo de piloto...»

El Francés: «Uno de la Panda del Moco traficaba con coca, y a todas las compras de coca iba yo, porque yo era el que probaba la coca. Aunque en un principio no consumía, luego ya llegué a entender mucho. La probaba, también con la lengua, y decía: “Esta sí, esta no”. Había un tipo al que llamaban Eugenio, porque se parecía al humorista... y este era el que le vendía la coca. De hecho, en esos años movía toda la coca de Madrid. Era un tipo que pertenecía al mundo pijo. Junto con este había otro que hacía negocios con uno de la Panda del Moco y con los Miami, en sus años mozos».

Para terminar, mencionaré una anécdota que servirá al lector para conocer mejor al Judío. Cuando descubrí la existencia de la Panda del Moco lo primero que pensé fue lo fascinante que sería realizar una película sobre la pandilla. Como suele ocurrirme cuando me siento fascinado por algo, mi imaginación se disparó sin yo poder controlarlo. En relación con esto, en la película *El precio del poder* (1983) hay una escena que me hace mucha gracia. Aparece en ella el protagonista, Tony Montana, en la mansión del mafioso Sosa, y este le deja claro a su nuevo amigo y potencial socio quién es el que manda, diciéndole: «Tú y yo podemos trabajar juntos y hacer negocios durante mucho tiempo. Pero no olvides esto, solo te lo diré una vez... A mí no me jodas, Tony. No intentes nunca joderme...». Curiosamente, esta escena suena mucho mejor y tiene mucha más gracia en su doblaje al castellano que en versión original. El caso es que, tras descubrir a la Panda del Moco, me imaginé la escena de una potencial película en la que un amigo mayor del Judío, fruto de mi imaginación —aunque basado en un sujeto real—, algo así como un mentor suyo, veía *El precio del poder* en VHS y disfrutaba sonriente de la escena mencionada. Como a menudo la realidad imita la ficción, poco después el mismo individuo se decidía a replicar el discurso de Sosa, solo que dirigido a su discípulo, el Judío. Me parecía una

escena curiosa de estilo metacinematográfico que podría funcionar. Sin embargo, estaba una noche con el Francés y unas amigas, cuando después de unas cuantas cervezas y vinos, se me ocurrió contarle la escena imaginada. Loic me corrigió. Me dijo: «Oh, para nada. Si al Judío le llega a decir alguien algo así, le parte la cara. El Judío jamás dejaría que nadie le hablase así. Si acaso, habría sido el Judío quien habría dicho eso de “a mí no me jodas” al otro». Introducida la corrección, en la escena definitiva, mucho más realista, el mentor del Judío se confunde, y le dice eso de «a mí no me jodas». Es en ese momento cuando el Judío reacciona violentamente, le mete tres bofetadas, le agarra de la corbata, y, mientras su mentor sangra por la boca, le dice: «¡No se te ocurra volver a decirme eso en tu puta vida!».

El Francés

Uno de los pijos chungos más llamativos de la Panda del Moco es, sin duda alguna, Loic Veillard, alias *el Francés*, al que conozco desde hace ya varios años. Puedo afirmar sin miedo a equivocarme que es un tipo duro, además de un personaje excéntrico, alguien que contribuyó a crear y engrandecer el mito de los Mocos, sobre todo en sus orígenes. Toda pandilla famosa representa una aglutinación de personajes pegones, un grupo de luchadores callejeros especialmente atrevidos que se reconocen unos a otros en su condición y, a causa de ello, crean estrechos lazos entre sí. Si una sola persona de este tipo ya es llamativa y anómala, la pandilla o agrupación de varias de ellas sirve de base al mito, en este caso de la Panda del Moco. Las individualidades más destacadas, agresivas y «combativas» del grupo —al menos en esos años de juventud— eran el Judío, el Italiano, Pablo Full, el G., y, por supuesto, el Francés.

Para comenzar, diré que Loic Veillard tiene pistola —yo mismo la he disparado— y no parece temer nada ni a nadie (y cuando digo a nadie, me refiero a gente muy complicada del mundo de la delincuencia profesional que tienen aterrados a otros delincuentes). De hecho, tiene bronca con un famosísimo mafioso que aparece a menudo en televisión; algo corroborado por muchos ojos, los míos incluidos. Nunca olvidaré cuando Loic sacó a relucir el vídeo de un proceso judicial (con las clásicas imágenes tomadas desde el techo del juzgado) en el que el referido mafioso, que había denunciado a nuestro protagonista, hablaba ante el juez y demás miembros de la sala de Loic como un loco siempre dispuesto a sacar su pistola. Cuando enseñó el vídeo a M. —el rey nacional del «vuelco», el Omar Little español, un famosísimo secuestrador de traficantes de droga—, este abrió los ojos como platos, sin dar crédito a lo que veía. Era inaudito que una figura tan respetada en el mundo del hampa estuviese denunciando públicamente al Francés. El mafioso se presentaba ante el tribunal como víctima de Loic y no a la inversa. Transcribo a continuación parte del testimonio del mafioso ante el juez, que tuvo lugar aproximadamente en 2021 o 2022: «¡Me provoca! Salgo del coche y [Loic] dice: “¡Hola!”. Y yo paso y me voy. Este es, este señor... Todo el rato disparando en su casa: ¡bum, bum, bum! [con la pistola] Salgo yo de mi casa y él pasa con su coche, despacio, mirándome y sonriendo. En todo momento provocándome... ¡Yo estaba en el súper y se me acerca y se me encara, así! Y yo, como sé que está chalao, me pongo las manos así [detrás de la espalda]. ¡Que está loco! Porque [siempre] se habla de mí, pero este señor ha estado en prisión por atraco, por robo, ¿eh?».

Yo he presentado al Francés a delincuentes muy temidos, a secuestradores y torturadores, con los que ha hecho buenas migas de inmediato. De alguna manera, Loic es un niño gamberro en el

cuerpo de un hombre maduro. En palabras de uno de sus amigos de la infancia: «Loic ha crecido, pero madurar, no creo [risas]»; o, en palabras de un antiguo Moco: «Loic vive en una realidad paralela».

Como digo en *Macarras*:

[Es evidente que] al Francés le sigue yendo la marcha. Es testigo protegido en un caso de estafa. Por ello, no dudó en pedir un permiso de armas para su propia protección ante potenciales amenazas. El Francés hizo de cebo en varios casos de estafa, tanto en Madrid como en Barcelona, frente a una banda compuesta por un macedonio y un yugoslavo (junto con sus respectivas esposas) que estafaban «sumas millonarias a empresarios». El timo, que aparece en portada de la edición de *El Mundo* de Cataluña del 17 de diciembre de 2004, consistía en «generar un clima de confianza suficiente como para que la víctima, que suele ser el vendedor de un bien inmueble, acepte una suma cuantiosa de dinero en moneda extranjera en metálico como pago y señal. En la misma operación, los estafadores solicitan al vendedor que haga el favor de cambiarles una determinada suma de dinero, simulando que necesitan disponer de euros en efectivo para realizar una serie de operaciones. Esa cifra suele rondar los 100.000 o 150.000 euros».

Se trata de algo así como un nuevo timo de la estampita. Pero este no es el único caso de este estilo en el que ha participado el Francés. De hecho, protagonizó un suceso similar en el paseo de La Habana de Madrid, en este caso ayudando a detener a varios delincuentes kosovares.

Digamos que el Francés es, todavía, un hombre de acción.¹ Como empresario, en cuanto recibe una oferta económica que le suena a timo, no duda en llamar a la policía y ofrecerse como gancho que permita la detención de los timadores. Como afirma él mismo en un artículo de *El País*: «Es mi deber como ciudadano y estos mafiosos pretendían robarme».²

Visto lo visto (y cuando digo «visto», me refiero a lo visto por mí de primera mano), no me extrañaría que Loic medrase si le tocase vivir en cualquier cárcel del mundo; sin duda pasaría a integrarse en las filas de los presos de élite, los más duros y respetados. Cualquier pandilla callejera o carcelaria quisiera contar con un tipo como él en sus filas. Suele decirse que los delincuentes (o quienes tienen madera de tales) son gente recia y leal, al menos en su mundo. Y, sin duda, Loic es una de esas personas. Aparte de no tener miedo a nada, es leal y siempre está dispuesto a meterse en cualquier embolado que surja en su camino, más aún si se trata de ayudar a amigos en situaciones difíciles. Pondremos un caso como ejemplo, en palabras del propio Loic:

«Carlos [nombre falso] hacía trabajos para el Piños [nombre falso] y, muchas veces, como el padre de Carlos cuenta con una posición en el ámbito institucional, y su madre también, Carlos guardaba la coca en casa del padre. Y a veces tenía hasta seis, siete kilos de coca en casa. Y cuando el Piños le pedía una cantidad, el Carlos la sacaba. Eso era porque el Piños se metía mucho. Y un día, el Piños llegó y, en vez de siete kilos, había seis y medio, y acusó a Carlos. Carlos se defendió diciendo que cuando sacaba algo para el Piños tampoco lo apuntaba. Y Carlos le tenía mucho miedo al Piños. Y, cuando alguien te coge miedo, ya te lo comes. Entonces, el Piños le recibió en su casa un día. Entró Carlos, lo encañonó y le dijo: “Ven, Carlos, que tenemos que hablar”. Ese día el Piños estaba con un futbolista profesional. Lo encañonó y lo llevó a una especie de aseo donde había anclada una silla al suelo, había puesto todo el baño, las paredes y el suelo, lleno de plástico. Lo sentaron ahí para interrogarlo. El tío se creía que iba a morir. Pero,

vamos, si vas a matar a alguien lo haces solo, no llamas a un futbolista. Era una estratagema para asustarlo. Y Carlos me dijo: “Échame una mano”. Y yo digo: “Mira, si un tío te hace eso y no te mata, es que es un gilipollas”. El Piños me conocía, quedé con él y le dije: “Deja a este chaval, que es amigo mío. Si quieres quedamos los tres y hablamos. En todo caso, si vas contra él, yo me pondré de su parte”. Y el Piños me dijo: “Vale, pero me debes un favor”. Y le respondo: “Yo no te debo nada, una polla”. Y lo dejó en paz. Como yo me había enfrentado previamente con un mafioso que para ellos era dios, se achantaron conmigo. Muchos de los que dan miedo luego son nadie». ³

No cabe duda de que el Francés es un fundador más que digno de un grupo tan mítico como la primera Panda del Moco. Pero ¿de dónde vienen sus raíces? Como él mismo cuenta: «Mi abuelo por parte de padre era el Jefe Inspector de Hacienda y jefe de los estibadores de Marsella. Era el abogado del sindicato de estibadores de Marsella. Era un tío muy complicado. Era un mafioso, coño. Marsella era el puerto número uno de Europa. Lo que entraba ahí lo controlaba mi abuelo todo. Era jefe de los masones, también. De los masones de Marsella. Se llamaba Pierre Veillard. Mi abuela era muy estirada. Cuando estuve en el ejército francés, a veces iba a su casa a tomar algo y me vigilaba, porque pensaba que le iba a robar. Mi abuelo tenía mucho dinero.

»Por parte de madre, los padres de mi madre vivían en Casablanca. Mi abuelo, Alberto Bibas, era judío. ⁴ Mi abuela por parte de padre también era judía, pero se escondió cuando el tema de los nazis. Mis padres se conocieron en Casablanca. Mi abuelo tenía una fábrica de papel y empacamiento. De hecho, la número uno en España la montó él. En La Carolina, Jaén. Estuvo asociado con Ramón Palacios, el alcalde de La Carolina...

»Los padres de mi madre no querían que se casara con mi padre. Porque decían que era un bandido, que estaba todo el día con tías, un viva la vida. Éramos tres hermanos. Mi hermano mayor, que ha muerto, me sacaba tres años, y mi hermana, que tiene tres años menos que yo. Al principio estuvimos en Costa de Marfil. Mi padre hacía trabajos para la OAS. ⁵ Los padres de mi padre vivían primero en Argelia. Y, cuando Argelia proclamó su independencia, los franceses que vivían en Argelia se mudaron a Marruecos. Y dijeron: “Nos vamos de aquí, pero todo lo que hemos construido, las carreteras, hospitales, lo reventamos”. Esa fue la OAS. Eran considerados terroristas. De hecho, estuvieron financiados por Francia hasta que De Gaulle los declaró terroristas. Y es entonces cuando intentaron contratar a Chacal [famoso terrorista de ideología marxista]. Mi padre trabajaba en Air Maroc, la aerolínea marroquí. Y Chacal tenía vínculos con la OAS. Era un asesino a sueldo y lo contrataron para matar a De Gaulle. De Gaulle prohibió la OAS y mis abuelos se fueron a Casablanca. En Marruecos se hablaba francés, había sinagogas. Y luego se fueron a España, porque en España vivía mucha gente de la OAS. ⁶ El dueño de Rock-Ola era muy amigo de mi padre y era uno de los directivos de la OAS francesa. Después de Marruecos fuimos a Costa de Marfil, porque empezó a haber revoluciones en Marruecos. Yo ahí tenía un *boy*, un negro que me hacía de *nanny*. Y de Costa de Marfil nos fuimos a Madrid. Mi

padre luego trabajó como alto ejecutivo de la farmacéutica Roussel Uclaf. Mi padre era deportista; era esquiador, y putero.

»Yo vine a Madrid con diez u once años. De Madrid lo primero que recuerdo eran los colegios, los odiaba. También me impactó que no había negros. Iba al Liceo Francés, me echaron porque estaba todo el día peleándome. Me gustaba pegarme, aunque no al nivel que me pegaba con la Panda del Moco. Era muy broncas. No admitía la autoridad. Los profesores me repateaban. No iba a clase. Primero estuve en otros colegios franceses de Madrid, había un montón: el Saint-Exupéry, el Fontaine, etcétera. Me echaron de varios. Y cuando me echaron del Liceo Francés, me fui al Santa Cristina, en la calle Comandante Franco. La mitad de la Panda del Moco era del Santa Cristina.

»Yo salía con Sonsoles Suárez, la hija de Suárez; con Cristina Frade, la hija de Frade; con la hija del ministro Boyer; iba con Enrique Sahagún, el hijo de Rodríguez Sahagún. El Enrique era majísimo, un cabra loca de cojones. Yo robaba en el colegio. Si hacían una fiesta, nos llevábamos la caja del Cáritas. Siempre nos mandaban a recolectar a nosotros, pero al final ya no nos mandaban, claro. Robábamos mi caja y la de todos mis colegas.

»Cuando llegué al Santa Cristina, el primer día me pillaron saltando la valla. Salté la valla y estaba el director, don Jesús, que yo me hice muy amigo suyo. Era un tío bravo, don Jesús. Salto la valla y el tipo me ayuda a levantarme: “¡Ah sí, gracias!”. “Venga, entra para dentro.” Y le digo: “¿Quién es usted?”. “Yo soy el director del colegio.” [risas] Hice mucha amistad con él, me cubría muchísimo».

Fue en el Santa Cristina donde Loic entabló relación con algunos de los pijos canallas y ovejas negras que integrarían la Panda del Moco.⁷ Tras haber formado parte de SULM para combatir la «amenaza macarra», ahora la cosa se iba a poner más seria. A., amigo de Loic y miembro de SULM, me habla de los nuevos movimientos de Loic: «La Panda del Moco empezó al mismo tiempo que esto [de SULM], más o menos. O un poquito después, porque fue cuando Loic ya iba al Pacha y empezó a controlar la movida y se empezó a separar un poco de los que éramos más amigos del cole, y se empezó a juntar con gente más chungu.

»Lo nuestro, a pesar de los porrazos, no iba más allá. Nosotros no íbamos a atracar a alguien o... Loic empezó a ir con otra gente y nos veíamos, por ejemplo, en Pacha, nos saludábamos, nos tomábamos una copa.

»Él empezó a desvincularse de las amistades que podíamos haberle aportado otra visión. Para nosotros todo era un juego, que tenía unos límites que llegaban hasta donde llegaban. Que llegabas a casa con un ojo morado porque te habían metido un puñetazo, ¿sabes? O, cuando íbamos a los billares de General Perón, resulta que nos estaban esperando cincuenta o sesenta y nos metían por todos lados y nos rompían un dedo o saltaban un diente o una movida de estas... Pero no era tan turbio.⁸ Ellos superaron un poco los límites preestablecidos que teníamos en cuanto a salir y las cosas que se podían o no se podían hacer. Porque, en el fondo, siempre tenías a tus padres. Pero a Loic eso le faltaba porque tenía los padres separados. Te inculcaban cosas y,

en el fondo, te acojonabas. Como cuando varios del Liceo fueron detenidos y salió publicado en el *ABC* con nombres y apellidos, las reprimendas que teníamos a posteriori, las expulsiones de colegios, etcétera, esos eran los límites establecidos dentro de macarrear y de tener la testosterona por las nubes, y estar viviendo la juventud a tope.

»Los padres de Loic estaban divorciados. Y eso en aquella época era algo como anatema. Entonces no se separaba nadie, los suyos lo estaban. Él iba a su bola total, al igual que su hermano y hermana, aunque ellos estaban más centraditos. El hecho de que sus padres estuvieran separados nos molaba, pero los otros padres lo veían mal. Era otro rollo. Esa era otra época. No te voy a decir que eran apestados, pero sí era como un raro, ¿no? Él entraría en el Liceo con trece o catorce años. Era un tío muy guapete, muy fuerte, capitán del equipo de rugby, tenía a las chicas detrás y él lo sabía. Hacíamos pellas y podíamos ir a su casa porque no estaba el padre, la madre tampoco. Eso le marcó. Y nadie entonces iba al psicólogo porque eras como un bicho raro. Él no iba tampoco.

»Además, había mucho *bullying* en aquella época, muchísimo. Y en nuestro colegio especialmente. Recuerdo un príncipe serbio que tenía la nariz un poco grande y es que todos los días le estaban metiendo puñetazos hasta que tuvo que sacarle la madre del colegio. Eso era terrible. Como no fueras del grupo y tal... puff. Era muy turbio».

«Como en las películas americanas, ¿no?», le pregunto. «No, más, tío, más, más. Yo recuerdo cosas terribles, que se me ponen los pelos de punta. [...] Yo sé que todo eso le afectó. Él no estaba centrado, hacía muchas pellas, andaba saliendo y entrando. Estaba como un paso por encima de todo el resto. Él padecía entonces un desapego familiar que hoy es norma, pero que antes era chungo. Era el primero que iba a los garitos de moda, le dejaban entrar en todos lados. No era violento en absoluto, al principio. Era un chico tranquilo. No salíamos a pegarnos, pero luego se convirtió en una manera de significarse. Y, poco a poco, él iba a otros sitios, ya no venía a nuestra casa, aunque nosotros sí íbamos a la suya, porque sus padres nunca estaban y tenía un casoplón importante, también. Le llamábamos, pero, en vez de quedar (según pasaba el tiempo), ya nos encontrábamos en los mismos garitos.

»Ya ahí sí empezó a tomar conciencia de que era una bestia, era una bestia... Se liaba a leches y se ponía a repartir y era el puto amo, el puto amo... Era una cosa brutal. Y, entonces, a partir de ahí se empieza a juntar con gente, digamos, que no pertenecía a nuestro ambiente, que era gente chungu. Nosotros teníamos nuestros límites porque nos acojonaban las broncas de nuestros padres, que nos echasen del colegio, etcétera. Ellos esos límites no los tenían. [...] Él se pensaba que era el amo del mundo, de manera inconsciente, por supuesto; con quince, dieciséis, diecisiete años. Loic era un tío muy generoso, que cuando te ibas a pegar, te apartaba y se pegaba él por ti, un tío con muy buen corazón, muy buena gente. Dentro de todo lo chungo que ya sabes y otras muchísimas cosas que no te puedo contar, porque son jodidas, te parecerá raro que sea buen tío. Él ha robado, ha realizado atracos, ha robado en casas de amigos, pero tiene cosas más jodidas en su haber.»

Loic me habla sobre las famosas noches de la Panda del Moco en Pacha a principios de los ochenta: «[Nosotros] parábamos en Pacha, en Oh! Madrid, en Taste...», Y mucha gente acabó mal con la coca: «La coca. La coca era barra libre de coca. Es que en Pacha... Algunos acabaron mal... Y eso que la coca hace cuarenta años costaba diez mil pesetas. Cuesta lo mismo la coca ahora que hace cuarenta años.»⁹

»En mi época el Pacha lo llevaba un tipo que nos compraba las joyas que robábamos, porque el padre era perista. Tenía un horno gigantesco en el que fundía el oro. [...] En mi mesa del Pacha podía uno ponerse una raya sin problemas. Eso sí, si veíamos a una gente ponerse una raya en la mesa de al lado se la quitábamos. Venían los camareros con las botellas y no pasaba nada. Teníamos pasta... Había una zona arriba en la que había mesas. No era VIP. No se podía bailar. Subían los viejos, las parejas. Nosotros teníamos la zona del fondo a la derecha. Siempre nos la guardaban. Aunque fueras a las cuatro de la mañana esa zona estaba vacía. No dejaban sentarse a nadie hasta que llegábamos nosotros. Entrábamos en Pacha y la gente se apartaba. ¿Como Moisés en el mar Rojo? Mucho era por la fama. Yo he ganado muchas peleas, no por ser mejor que el otro, sino por el miedo con el que venía [mi contrincante], que ya tenía media pelea ganada. Alguno era muy bravo... pero eso lo he usado mucho, lo he aprovechado mucho». «Pero, yo [también] me he ido mucho. Cuando he visto que el tema estaba complicado, me he ido. Soy bravo pero no soy gilipollas. Una vez vinieron a buscarme a Pacha unos de Conde de Orgaz [barrio pijo de Madrid], como doscientos tíos. Decían que había pegado a su hermano. Me fui por la puerta de atrás. No voy a pegarme con doscientos.»¹⁰

A., de nuevo: «Como ya he dicho, nos encontrábamos en los sitios. Por ejemplo, en Pacha él ya tenía su zona donde no se podía acercar nadie; podíamos acercarnos nosotros, porque lo conocíamos, pero es que la gente ni se atrevía a ir por ahí. Porque con la Panda del Moco no era ese rollo de que “miras a mi chica” y..., nos damos dos puñetazos y nos acabamos tomando una copa. No, no... [...] Él ya hacía boxeo, hacía full contact, y la gente que iba con él era gente, puff. ¿Sabes? De cuando estabas en el suelo rematarte y reventarte la cabeza contra la acera...

»Su zona en Pacha era la parte de arriba. Ellos controlaban desde arriba sus movidas, sus historias. Siempre iban con unas tías acojonantes y con mucho nivel, ¿no? De nosotros alguno también había que trapicheaba por ahí, y tal, alguno que le levantaba a algún camello lo que tenía y luego lo revendía... Pero eso ya degeneró y parte de esa gente se dedicaron luego a trapichear y a traficar, y acabaron todos... algunos muertos por sobredosis y por otras cosas...¹¹

»Con Loic teníamos mucha gente en común, pero su parte de amigos chungo, digamos, estaba como oculta. Tú ya lo veías, que estaban por encima... Que hacían cosas raras. Que estaban en un garito y, de repente, desaparecían; o que de repente no los veías en un mes porque se habían ido a no sé dónde y habían hecho tal... Ya planeaban cosas, y sin cabeza. Me refiero... Sin control, sin control ninguno. Que alguien les decía: “Oye, que me han robado la moto”. “¿Quién?!”, decían. Y se metían, yo qué sé, en un barrio superchungo, en la UVA de aquellos tiempos. Se metían en un sitio superchungo. Se iban este, el Judío, el otro... iban dos o tres, con dos cojones,

y se liaban y tumbaban a diez o doce, pero vamos, sin ningún problema, ¿eh? Espalda contra espalda, pim pam pum; se ponían a repartir y era de flipar, de flipar».

Le pregunto a A. si ha visto muchas peleas de la Panda del Moco:

«Sí, sí, claro, claro, joder... Sí, sí, sí. Yo recuerdo... que él [el Francés] tenía un navajazo que le metieron y luego fue al colegio y contó que había cerrado un cajón en la cocina y un cuchillo que sobresalía se le clavó. Cogían coches, iban por ahí, los destrozaban, los reventaban, los tiraban luego por un barranco. Yo recuerdo que solo fui una vez, y cada uno cogía un coche, y eran buenos, eran coches nuevos. Se ponían a dar vueltas y a hacer trompos con los coches robados. Eran cosas muy bestias, muy bestias. Muy por encima del nivel al que podíamos llegar nosotros.

»Por ejemplo, con armas de fuego a él no lo recuerdo, pero a sus amigos sí. Él era más de pegarse cara a cara, sin trampa ni cartón. Es que no le hacía falta, y ya le podías sacar tres navajas que es que le daba igual, ¡iba a por ellos! A mí me sacaban una navaja en un momento determinado y me echaba para atrás, él no, él se echaba para adelante.

»En ese ínterin, cuando pasamos de los dieciséis a los dieciocho, él empieza a hacer cosas que nos vamos enterando por detrás. Y hasta yo, que era íntimo, lo miraba con cuidadito... Él algún rollo mental tiene, es obvio, no sé explicarte... Todos tenemos unos límites, y sabemos hasta dónde podemos llegar y lo que arriesgamos, pero lo suyo era siempre vivir en el límite. Y sobrepasando los límites y yendo más allá. Y los retos cuanto más altos eran, más los afrontaba. Y por pasta no era, porque pasta tenía. Era gente de pasta.

»Luego, Loic era un tío de metro ochenta y pico, ochenta kilos, supermazado, guapete, atractivo, tenía un aire timidillo y eso a las tías les molaba mucho... ¹² Se enrollaba con la que le daba la gana... Loic despuntaba, tenía algo, tenía un halo. Porque había gente más guapa y más alta, y más pija, pero él tenía un imán, tanto para las tías como para las amistades, la gente quería estar con él. Y él se hacía de rogar un poco. Él, cuando llegaba al Pacha, no esperaba en la cola, ni en Jácara, ni en ningún lado. Yo creo que no ha hecho una cola en su vida. Contactaba con uno, con otro, no le daba miedo nada... conocía a los relaciones, conocía a los dueños de los sitios, en fin, tenía sus historias un poco paralelas... que no te puedo contar porque son temas demasiado fuertes. De atracos y robar coches no tengo ningún inconveniente, pero de otros temas no te puedo hablar».

«¿De dar palizas por encargo?», le pregunto, porque es algo de lo que mucha gente habla en referencia a la Panda del Moco. Él se ríe:

«Muchas cosas, tío. Si no te lo cuenta él, yo no te lo puedo decir...

»A la Panda del Moco nos los encontrábamos en el VIPS de paseo de La Habana. Los veías, pero no era gente con la que tú te pusieses a hablar... eran gente como más cerrada, que eran como tú, pero no eran como tú. [...] Loic se sentía a gusto y cómodo entre ellos y con nosotros se llevaba bien porque éramos muy amigos. Antes de su “transición” era una persona entrañable, cariñosa, incluso un poco introvertida, por el tema de su padre, que era un tema jodido, y con su

madre también. Su padre, por ejemplo, iba con una chica joven, algo menos normal entonces.¹³ El tema de la separación de sus padres no se puede obviar, porque le marca y porque fue un reto, representó un desafío que le llevó a intentar demostrar cosas a sí mismo, a su padre; un modo de hacerse valer. Y al sentirse un poco mal, por lo que veía en su casa..., reaccionaba. Tal vez tenía algo que ver con ese no miedo a hacer determinadas cosas.

»Al Judío y los demás los conocíamos a todos, pero ya te digo, era una gente que no te dejaban arrimarte, y hablaban de otra manera, de otra forma, de otras movidas, como con sobreentendidos entre ellos, con señas... no te hacían sentir cómodo. A nosotros no. Como mucho te tomabas algo con ellos y ya te pirabas. Porque es que hacían cosas que cuando te las contaban decías: ¡joder! Hostias, es que te acojonabas. Y al principio eran gilipollices. Te lo contaba uno, te lo contaba el otro...».

«¿Daban miedo?», le pregunto.

A.: «Sí, coño, sí, sí. Te lo digo, daban miedo. Porque, aunque nosotros también nos pegábamos prácticamente todos los fines de semana, ellos eran de otro rollo. Por ejemplo, yo recuerdo a uno que era Pepe el Bizco, que la tenía tomada con los taxistas y todo el santo día estaba inflando a leches a taxistas. Pero no era lo mismo. Ellos acojonaban. Yo, siendo tan amigo de Loic, sabía que no me iban a hacer nada. Pero cuando estabas cerca de la Panda del Moco decías: “Coño, es que no estoy tranquilo; no sé por dónde van a salir”. O estabas con ellos y, de repente, desaparecían. Y luego volvían a las dos horas, y volvían con otro coche, o volvían, yo qué sé, con otra ropa... Entonces, él estaba a gusto con nosotros, tranquilo, y hablando del colegio y de las tías, pero cuando llegaba esta gente era como gris, como turbio. Coño, que imponían: “Que estoy con Loic, pero ¿si se pira y me tengo que quedar con esta gente?”. Te daba como rollo...».

Le pregunto: «Se hicieron muy famosos, ¿no?».

A.: «Joder... puff, muchísimo, muchísimo. De hecho, tan, tan, tan famosos, que a lo largo del tiempo han surgido diferentes Pandas del Moco, ¿sabes? Para, digamos, otorgarse esa fama, que simplemente coincidían en que eran gente que controlaba mucho de artes marciales y que era del mismo ambiente, y que se dedicaban a pegarse. Pero no había nada más allá que los vinculase a la pandilla original. Y ha habido muchas Pandas del Moco después. Hasta entrados los años noventa, ha habido otras dos o tres. Esos eran mierdas, no eran nadie, esos eran ya gente de Carambuco, gente de Jácara, gente del Callejón, locales que eran como sus bases de operaciones, que eran sitios muy pijos. Pero era nada más que violencia física. Repartir leches, pero no había más. Nadie se metía en nada chungo, no había armas, no había navajas, no había nada. Era violencia por la fama

»Loic no hacía eso, aunque daba hostias para aburrir, pero para aburrir... Pero no se ensañaba, no, no... Él tumbaba a un tío, se daba la vuelta y se acabó. Muchos de los que estaban con él, en cambio, sí, eran, puff, cuidadito... Y la misma sensación que te digo yo podría decírtelo otra gente».

De algunos de la Panda del Moco dice: «Eran gente bien vestidita pero tú ya les veías en la cara que no eran niños de papá, que estaban un paso por encima, o quinientos pasos. O sea, que cuidadito. Y como los hubieses visto en alguna movida que habían tenido, ya... Y los propios porteros de las discotecas también les respetaban. De hecho, les interesaba en determinados sitios que estuvieran ellos, porque no eran horteras, no iban CB [de calcetín blanco], ni nada de esto. A los puertas les interesaba también por temas de seguridad, y porque si había peleas e historias, la Panda del Moco se metía y controlaban la seguridad de determinados sitios, ¿no?

»Hubo un momento que la cosa fue apagándose, porque la policía iba detrás ya, y fueron pasando los noventa hasta que se disolvió todo. Y se limitó a los imitadores de la Panda del Moco, que eran gente muy pija y disociada de la política, aunque simpatizasen. Eran muy violentos y eran niños de papá exactamente igual, pero menos serios».

«Los Mocos drogas consumían pocas. Sí consumían, pero pocas. Y, desde luego, caballo y tal, eso era casi imposible.¹⁴ Se sabía lo que cada uno consumía porque conocías a los camellos y conocías a gente, y cómo rulaban y cómo se ponían, ¿no? También es que en esa época había drogas, pero no había tanto como luego. La farla y tal se puso de moda después. Ya en los noventa. Tú veías a un tío con un porro y le metías un guarrazo en la mano para que tirara el porro, o se lo apagabas. Era más alcohol, muchísimo alcohol. Había una alita de mosca [coca de primera] muy buena cuando la traían los que la traían o el que se lo mangaba a los padres, porque también consumían. Pero no era un hábito. En los noventa sí era muy corriente».

Loic era buen boxeador y llegó a entrenar con José Durán, quien fuera campeón de Europa y del mundo en peso superwélter. Curiosamente, se había retirado poco tiempo antes de comenzar a entrenar al Francés, al que apodó Coraje, por su entrega y falta de temor en el ring. Loic llegaba del full contact. Según este, Durán era un tipo cercano y amistoso, aunque era de «sangre caliente». El gimnasio estaba en Vallecas, «donde el estadio de Rayo Vallecano». Aunque Loic no fuese muy bueno técnicamente, lo metió con los mejores.

Sobre otros gimnasios de la época, dice Loic que «los boxeadores de Ferroviario eran enemigos», también los de Entrevías. Durán se enfadaba con Loic porque no «pasaba hambre», y no se entrenaba. En una ocasión, Loic estaba entrenando contra otro boxeador del propio gimnasio y, tras sentir que su contrincante estaba haciendo trampas, le metió un «patadón en la cara», por lo que Durán subió al ring y «le metió una hostia con la mano abierta». Por entonces no usaban protección en los entrenamientos, porque, según palabras del Francés, Durán consideraba que el «casco es de maricones», y que además, «con el casco no ves». Loic: «El tipo decía que es “como chupar un caramelo con el papel... como follar con condón”».

Loic ha padecido desde niño un síndrome de déficit de atención e hiperactividad, una condición que le diagnosticaron ya de adulto y para la cual le recetan una medicación, que no se toma. En palabras de su amigo Luis Tejedor: «Al Francés le daba igual todo, era un auténtico peligro. Ahora le ves gordote, pero era un tío que imponía, francamente, al igual que el Judío, ¿sabes lo que te quiero decir?». En una ocasión dice Luis: «Yo me mosqueé con un tío, me iba a

pelear con él y el Francés se puso detrás, por si tenía cualquier problema, y me empezó a hacer gestos con la cabeza, como diciendo: “Dale con la cabeza”. Y realmente le di con la cabeza y, bueno, al tío le rompí la nariz y le partí los dientes. La pelea fue por una chica, creo recordar».

«Hubo una pelea en Aguacates [discoteca para pijos adolescentes cercana a la plaza de Gregorio Marañón] que lo cerramos tres meses.» «En la Moraleja otros chavales dejaron a unos encerrados —que ni siquiera eran de la Panda del Moco, eran acoplados— en la discoteca Saib y, entre cuarenta tíos, les pegaron. Yo recuerdo como venganza ir con el Francés a un colegio, entrar en clase delante del profesor y meterle una patada a uno que casi le arranca la cabeza. De hecho, en la Moraleja había gente que estuvo durante tres meses sin salir de su casa, por miedo a la Panda del Moco. A los tipos que habían pegado a nuestros amigos en la Moraleja fuimos pillándolos uno por uno, y fuimos dándoles una lección. Fueron cayendo todos, no quedó ninguno sano. Los que participaron en la encerrona no quedó ninguno sano.» Loic habla de hechos similares: «Yo he entrado en varios colegios a zurrar a la gente. He saltado la valla en el Cumbre, en el Santa Cristina... Para pegar a gente. Es que en esa época no había ni cámaras ni pollas. Era barra libre, tío. Zurrabas a un tío, te ibas y cuando venía la policía... ¡Es que ni venía la policía! Y si venía: “Yo no he sido”. Y ya está. ¿Quién te iba a decir que era yo? Se cagaban de miedo, sabíamos dónde estaban todos».

Luis Tejedor: «La Panda del Moco cogió mucha fama, todo el mundo los conocía, todo el mundo sabía de ellos. Llegaron a ser un referente en la noche».

Los Cobra Kai españoles: la Panda del Moco y el full contact

Una analogía muy interesante en referencia a la Panda del Moco es la que los identifica con los célebres Cobra Kai de la película *Karate Kid* (1984), analogía que oí por primera vez de la voz del periodista Gonzalo Altozano, aunque no necesariamente en relación con los Mocos, sino con otro grupo de pijos agresivos, algo más tardíos. Dicho lo cual, la analogía me pareció ideal a la hora de emplearla para referirme a nuestros protagonistas.

Karate Kid está parcialmente basada en hechos reales. En primer lugar, contiene elementos autobiográficos tomados de la vida de su creador, el guionista Robert Mark Kamen, quien recibió una paliza de unos matones en la Feria Mundial de Nueva York en 1964, por lo que comenzó a recibir instrucción en artes marciales para aprender a defenderse. Al parecer, su primer profesor, al igual que el senséi de los Cobra Kai, trataba de enseñarle karate con vistas a agredir y vengarse. No obstante, poco tiempo después cambió de profesor para formarse junto a un maestro japonés, discípulo del gran karateka Chojun Miyagi. Al llegar a Los Ángeles, Kamen recibió el encargo de escribir un guion sobre la base de un artículo de prensa cuyos derechos había comprado el productor Jerry Weintraub, sobre el hijo de una madre soltera que entrena hasta sacarse el cinturón negro para defenderse de los matones de su barrio. La síntesis entre ambas historias sirvió de base a este clásico del cine, que, por otra parte, tanta influencia tuvo también entre los pijos macarras españoles.

En el caso de la Panda del Moco, su dojo Cobra Kai particular fue el Gimnasio Biarritz (fundado en 1979), en la calle Biarritz de parque de las Avenidas, y su John Kreese particular (el malvado instructor de los Cobra Kai) era Ramón Gallego, experto en karate y full contact, aunque —claro está— mucho mejor persona que su contrapartida estadounidense. Como la misma Panda del Moco, los antagonistas de *Karate Kid* eran rubios, pegones, malvados y pijos. Si Johnny Lawrence, el líder de los Cobra Kai, era del barrio pudiente de Encino, en Los Ángeles, el Francés era del paseo de La Habana. Eso sí, la Panda del Moco fueron incluso anteriores a los Cobra Kai, puesto que ya estaban activos desde finales de los años setenta o principios de los ochenta. La influencia de Bruce Lee se hacía notar en distintos puntos del globo, y daba a luz grupos de jóvenes con características similares. Hay que decir, por otro lado, que los Mocos eran mucho más malos que los propios Cobra Kai, y que, con el paso de los años, generalmente vivieron vidas más exitosas que el propio Johnny Lawrence; aunque algunos pijos de esa época terminaron mal por el abuso de drogas y su implicación en negocios ilegales.

En el caso concreto de España, otra de las causas del auge del pijo malo y de su uso de

técnicas marciales en las calles está asociado, como ya dije, a la Transición, la pérdida de privilegios de los ricos en un Estado de Derecho democrático, y al miedo a cómo repercutirían las nuevas libertades en el bienestar de las personas con dinero.

El interés por el boxeo y las artes marciales de muchos pijos en los setenta hallaba entre sus motivaciones la autodefensa frente a las potenciales agresiones callejeras de las clases obreras, donde proliferaban grupos políticos como la Joven Guardia Roja, y a una mentalidad general de lucha frente al otro, que supuestamente trata de usurpar sus —hasta entonces— «derechos privados». En palabras del fotógrafo Alberto García-Alix para *Macarras*: «Por entonces aún estaban respaldados por lo que quedaba del régimen de Franco y también, hay que decirlo, tenían detrás a sus pudientes familias. Eran los cachorros fascistoides del régimen, chicos de Lacoste, y gimnasio, con el afán de pegar rojos, maricones y rockeros... Las artes marciales eran cosa de los Guerrilleros de Cristo Rey. Todos los grupos fascistas eran los que regentaban los gimnasios». ¹

En esos años los gimnasios eran lugares muy a menudo llevados por fascistas y pijos de familias franquistas, al tiempo que muchos matones y porteros de la época provenían de grupos de ultraderecha. Como dice Sabino Méndez, compositor de canciones pop y guitarrista de Loquillo, en una entrevista sobre esos años: «En esa época, al montar grupos, no le preguntabas a nadie su ideología política. Así, un día, en uno de los que monté, descubrí que el guitarra solista era de Fuerza Nueva. Me di cuenta cuando llegué demasiado pronto al local de ensayo y me lo encontré haciendo prácticas con *nunchakus*». ² No sería extraño que esta motivación política por prepararse físicamente para la lucha callejera alimentase la moda del boxeo y las artes marciales en el mundo pijo, ya desvinculada con el tiempo de toda conciencia política.

En este sentido, es digno de recordar una foto de finales de los ochenta que me mostró un pijo de la Panda del Huevo —sucesores de la del Moco— en la que, de varios amigos en una boda, la mayoría eran boxeadores o hacían artes marciales. La cosa fue como sigue: «[señalando con el dedo] El primero es uno que era boxeador, el segundo es otro que era boxeador y el tercero por la cola... [eran boxeadores] porque era un deporte sano y eran deportistas». Me enseña otra en la que aparecen otros amigos: «Pero ves que son gente bastante normal». Yo: «En apariencia sí». Huevo: «Y el que está a mi lado me da mucha pena porque... ese era un tío... yo no le conocía mucho... se llamaba Javier, Javichu. Ese apareció muerto en un maletero, a palos. Se debía dedicar al tráfico y debieron pillarle unos colombianos, o algo. Le conocía poco y me parecía un chaval encantador».

Lo que se originó como una estrategia política —el interés por la lucha y las artes marciales como medio de defensa— bien pudo sobrevivir por pura moda en tiempos posteriores. Como me comenta una fuente anónima: «Curiosamente, en aquella época a la gente le molaba mucho lo de pegarse. A la mínima surgía una pelea. A la gente le flipaba lo de pegarse».

Hay un detalle en todo este asunto que es sintomático. El hecho de que surgiese un grupo como los Cobra Kai en la gran pantalla en esos mismos años da a entender que a principios de los ochenta la figura del pijo matón experto en artes marciales representaba ya un arquetipo

global fruto de un interés creciente en las artes marciales gracias, principalmente, a la enorme influencia que tuvieron las películas de Bruce Lee a lo largo y ancho del mundo y, muy particularmente, su *Operación Dragón* (1973). Dicha película, que se estrenó seis días después de la muerte de su protagonista, supuso un éxito de alcance planetario. Realizada con un presupuesto minúsculo —al menos para las dimensiones hollywoodienses— de 850.000 dólares, recaudaría mundialmente 90 millones de dólares en 1973, y unos 350 millones en los siguientes 45 años. Gracias a ello, las películas baratas de kung-fu producidas en Hong Kong también se convirtieron en todo un «fenómeno cultural» a nivel internacional. Fue en 1974 cuando se lanzó el tema disco de Carl Douglas «Kung Fu Fighting», que vendió más de once millones de copias. En los cines de Nueva York llegó a haber en cartelera hasta treinta películas de kung-fu al mismo tiempo. Las que Bruce Lee realizó con la productora Golden Harvest de Hong Kong —mucho más baratas y de peor calidad que *Operación Dragón*— se reestrenaron y llegaron a ingresar casi cincuenta millones de dólares. Se sabe que Elvis vio *Operación Dragón* en innumerables ocasiones, e incluso llegó a iniciar la producción de su propia película de karate. Un cine de Irán la proyectó a diario desde su estreno hasta la revolución de 1979. Por otro lado, ya en los años ochenta llegaron a Europa del Este cintas VHS de contrabando con películas de Bruce Lee, y lo convirtieron en todo un símbolo de la resistencia frente al comunismo. Como afirma su biógrafo Matthew Polly: «Antes de la muerte de Bruce Lee, había menos de quinientas escuelas de artes marciales en el mundo; a finales de los noventa, a causa de su influencia, había más de veinte millones de estudiantes de artes marciales tan solo en Estados Unidos».³

En España esta nueva y abrumadora influencia se hizo notar, casi también de inmediato. Como ya recogí en investigaciones previas:

A finales de los setenta las artes marciales causan furor en España —de la mano de Bruce Lee—, como en tantos otros países, y los chavales se vuelven locos. Jota, un amigo del barrio de Cuatro Caminos nacido a mediados de los sesenta, me habla del grupo de amigos de su hermano mayor, el Orejas: «Cuando esta gente de Cuatroca [Cuatro Caminos] eran chavales se convirtieron en fanáticos de Bruce Lee. Los cines de la calle de Bravo Murillo, que eran cines baratos de reestreno, no hacían más que poner películas de artes marciales. Se llamaba sesión continua. Las películas (que proyectaban de dos en dos) empezaban a las cuatro, la segunda era a las siete y la tercera era a las diez. La gente veía dos películas seguidas. Los cines más modernillos (por ejemplo, el cine Espronceda en Alonso Cano) por la tarde ponían películas de Herbie el coche, *La bruja novata* (1971), y a las diez *La naranja mecánica* (1971), *The Wall* (1982). La película de Stanley Kubrick era de 1971, pero estuvo prohibida en España hasta 1975. Tras ver una película “ultraviolenta” como *La naranja mecánica*, no era raro que algunos de los espectadores saliesen de la sala con ganas de dar hostias». El Domí, un macarra de Lavapiés nacido en los primeros sesenta, también fue testigo de la nueva fiebre de las artes marciales: «En la calle Sombrerería había un gimnasio que se llamaba Dojo. En 1977 comienza a publicarse una revista de artes marciales del mismo nombre que cerraría sus puertas finalmente en 2007».⁴ Las películas de Bruce Lee propiciaron el surgimiento de innumerables gimnasios de karate.⁵

O, como me dice R., personaje de la zona de Cuatro Caminos: «Nuestro ídolo en aquella época era Bruce Lee... porque daba unas hostias como panes».⁶

De este modo, en el caso concreto de España, el uso de artes marciales por parte de los pijos de la época cuenta con dos motivaciones principales: el auge global de este tipo de disciplinas,

convertidas en toda una moda internacional, y una mentalidad general de lucha y hostilidad emanada de una nueva realidad material y social fruto de la instauración de una infraestructura democrática en contraste a la dictadura previa. Y, en el seno de dicho contexto, el full contact dominaría la escena.

Los orígenes del full contact se remontan a los años sesenta y setenta en Estados Unidos. En esos tiempos, algunos practicantes de karate y taekwondo estadounidenses sienten que, en sus competiciones —en las que los golpes tan solo se marcan y donde no hay un contacto físico pleno— no siempre gana el mejor, ni mucho menos. Por ello, deciden comenzar a realizar combates más realistas en los que los golpes sean completos y reales; una forma de comprobar, por otra parte, quién golpea con más eficacia y contundencia y, en último término, quién es de verdad mejor luchador. De este modo, las peleas no vendrían a decidirse por puntos, sino por la subyugación de un contrincante a manos de su oponente, al igual que ocurre en el boxeo, por ejemplo. Algunas de las primeras figuras del full contact fueron Chuck Norris, Bill Wallace, Benny Urquidez y Dominique Valera, este último el único no estadounidense. Valera es un luchador francés campeón del mundo de karate, quien, de hecho, sirvió de puente para introducir el deporte en España por vía de sus amigos Mariano Morante y Ramón Gallego.

Luis Tejedor: «En la Panda del Moco eran peleas, sobre todo eran peleas. No había quien se moviera que no se llevara un bofetón. En aquella época existía el judo y poco más, y Ramón Gallego, que tenía un gimnasio en Parque de las Avenidas empezó a dar clases de full contact. Pablo Full vino de Estados Unidos para hacer C.O.U. y llevaba un año y medio haciendo full contact. Y se le dio muy muy bien. Ten en cuenta que Pablo ha sido el preparador físico de boxeadores de primer nivel, o sea que es un tío muy preparado».

Como explica Pablo Full: «El full contact lo introdujeron en España Mariano Morante y Ramón Gallego. Había un gimnasio en Parque de las Avenidas donde estaba Ramón Gallego y entrenábamos todos a full contact. El gimnasio se llamaba Biarritz, en el número 1 de la calle Biarritz [sigue abierto]. Yo me fui a hacer boxeo para perfeccionar el puño porque el full contact emplea puños como en boxeo, piernas como en karate, pero no es como el kick boxing actual, que permite codazos y rodillazos... Entonces, me fui a perfeccionar la técnica de puño para ser más efectivo con el puño, y me quedé en el boxeo. Empecé a boxear amateur y luego me hice profesional.

»Cuando estaba la Panda del Moco en su máximo apogeo, estaba el boxeo superhundido. ¿Qué pasa? Que estaba empezando a ponerse de moda el full contact, que estaba siendo introducido en España. En aquel entonces, por ejemplo, no había culturismo, se estaba introduciendo también el culturismo en España. Estaban empezando todas las disciplinas. Y el boxeo siempre había tenido una tradición en España, pero en ese momento estaba bajo. [...] Mariano Morante y Ramón Gallego eran karatecas, vieron el full, y empezaron a practicar. En aquel entonces, a final de los años setenta, el full estaba muy fuerte en Francia, donde estaba Dominique Valera, también el americano Bill Wallace».

Dominique Valera, todavía vivo hoy, es también conocido en el mundo del full contact como «el Rey». Nació en Lyon, en 1947, en el seno de una familia española. En 1950 comenzó a practicar el judo y en 1960 se inició en el karate, algo sumamente novedoso por aquellos años. En 1970 quedó tercero en el campeonato del mundo de karate, celebrado en Tokio, y ganó el título mundial por equipos en 1972, en París. Tras ser descalificado en la competición individual de los campeonatos mundiales de karate (por un desacuerdo con el árbitro; según muchos de los presentes fue descalificado de manera injusta), celebrados en Long Beach en 1975, comenzó a importar el full contact a Francia. Antes de eso había entrenado con Bill Wallace en Memphis, uno de los grandes gurús del full contact y quien fuera guardaespaldas, instructor y amigo de John Belushi. La relación de Valera con España es estrecha, de hecho, llegó a dirigir a nuestro equipo nacional de karate. Valera cuenta con un extraordinario palmarés deportivo: entre karate y full contact suma 701 combates, 674 victorias, 17 derrotas y 10 nulos. En full contact cuenta con 18 combates profesionales, 14 victorias y 4 derrotas, además de 4 campeonatos de Europa y 2 campeonatos del Mundo. Hoy es noveno dan de la Federación francesa de karate, noveno dan de full contact y lidera su propio sistema, el karate contact, que unifica el Shotokan Karate con el full contact.

Hablo con Ramón Gallego, entrenador de algunos de los Mocos —entre ellos, Loic Veillard y Pablo Full—: «El full contact fue [un invento] americano. Fueron los americanos... Bill Wallace, Chuck Norris... los que sacaron esto. Como ya vimos, lo hicieron por diferenciarse del karate, donde no vale el contacto total y se gana por puntos. No siempre ganaba el mejor, y buscaron una forma de que el mejor preparado y el que pegara realmente más fuerte fuera el que ganaba el combate. Empezaron con unas guantillas así de caucho y unos botines en los pies, y después ya pasaron a los guantes de boxeo». «Dominique Valera es el franchute, que es el que lo introdujo aquí en España. Ha sido campeón del mundo de karate muchas veces y era uno de los mejores en artes marciales de Francia. Además, era de familia española. Él tenía un amigo aquí que era Mariano Morante, que era como si fuera su hermano. [Mariano] lo trajo aquí, dieron algunos cursillos. En 1979 se celebró el Campeonato de Europa [de full contact] aquí en el Magariños [recinto deportivo vinculado al Estudiantes localizado en el colegio Ramiro de Maeztu]. Fue, además, el rey [Juan Carlos] a verlo y todo.⁷ No sé si conocía él directamente al rey o no, pero el caso es que el rey estuvo en el Magariños.

»Yo empecé a recibir clases de karate de Yamashita, un japonés, en la calle Echegaray. Estaba de moda el karate. Era la época de *Kung Fu* (1972-1975) y empezaron a ponerse bastante de moda las artes marciales. Yo empecé a recibir clases de karate en el 75. En el 79 me vine a este gimnasio, que lo acababan de abrir otros dueños y empecé metiendo clases de full contact. [...] Éramos cuatro gatos, porque había poca gente que lo hacía. Pero luego me fui a la mili y cuando volví ya empezó un poquito más en serio. Y en el 81 se fueron los anteriores dueños y nos vendieron el gimnasio. Hicimos un cambio de gente. Yo aquí he llegado a tener más de ciento veinte personas haciendo full contact. El boom fue desde el 82 hasta el 93 más o menos.

Fue la época en que conocí a Pablo Full, al Francés, e hicimos muchos campeonatos. Se les daba bien, tenían muchas facultades: tenían elasticidad, tenían una buena pierna, los jodíos...

»En aquella época no teníamos federación e hicimos un departamento dentro de la Federación de Boxeo. Nos pusieron un pequeño despacho y desde ahí estuvimos durante seis, siete años, haciendo veladas, campeonatos de España. Todo lo que se hacía era sufragado sin recursos.»

Por su parte: «Yo he peleado con Benny Urquidez, con Bill Wallace, he participado en el Campeonato del Mundo, el Campeonato de Europa. De hecho, lo gané una vez».

Lo que algunos de los miembros de la Panda del Moco aprendían en el gimnasio lo empleaban luego en las calles. Sobre ellos y otros discípulos habla Ramón Gallego: «Yo aquí tuve bastantes chavales de discoteca. De llegar los fines de semana y se tomaban dos copas y a tortazos. No te voy a decir todas las semanas, pero casi. Estaban siempre... Estamos hablando de chavales de dieciséis, diecisiete, dieciocho años, que además eran fuertes y sabían pegar. Y en cuanto se tomaban dos copas, por cualquier tontería, empezaban la bronca. Algunas me las contaban y otras me enteraba por terceros, porque a través de este mundo conocía a muchos porteros de discoteca. De hecho, yo también trabajé de portero. Siempre me venían: “Joder, Ramón... a tus alumnos a ver si les dices que se controlen”. Hubo algunas cosas serias, de denuncias, de haberse pasado... Y han estado a punto de meterlos algunos meses entre rejas. Aparte, yo aquí tenía gente que manejaba bastante dinero».

Hablo con Alberto, amigo de Loic y director de Jácara, la mítica discoteca pija de Príncipe de Vergara: «Yo entrenaba con el Francés en el gimnasio de Ramón Gallego. Y bueno, es más, a mí me rompió la nariz un tío que pesaba treinta kilos más que yo, y el Francés... Yo era más joven, más pequeño y al Francés le pareció mal y le dio un correctivo, ¿no? Hay una serie de normas para cumplir en un gimnasio. Tú no te puedes aprovechar de alguien más pequeño. Entonces le dijeron al tipo que no, que se pegase con el Francés, que era de su tamaño. Todo desde el ámbito deportivo. Yo al Francés lo conocía del colegio Santa Cristina. Fue justo conmigo. Me defendió ante un tío que me rompió la cara. Me partió la cara literalmente. Me rompió la nariz y el maxilar superior. Un tío mucho más pesado que yo, ¿eh? Cogió el Francés y le dijo: “Ahora pégame a mí, que soy de tu tamaño”. Le dio tanta caña al tío que dejó el gym. El Francés... tenía unas patas y pegaba unas patadas... Era un animal. Sí, sí. Sobre todo, porque era muy ágil, muy flexible y manejaba muy bien las piernas. Como persona, ayudaba a todas las personas que se iniciaban en ese tipo de deporte y le tengo mucho cariño, claro».

Por su parte, el Italiano —otra de las figuras clave en la Panda del Moco— empezó practicando el taekwondo de niño en un gimnasio de la calle del Segre, en el barrio de El Viso. El Italiano no nació en España, pero llegó al país siendo un niño y se apuntó a recibir clases, según me dijo, porque las artes marciales, supuestamente, se consideraban una herramienta idónea para el autocontrol y para canalizar las energías y el ímpetu juvenil. Un efecto que, en su caso, no tuvo, según me dio a entender. Aunque nunca llegó a recibir clases de full contact, sí se pasaba por los gimnasios en los que sus amigos recibían clases para pegarse con ellos por pura

diversión. Para él y sus amigos era fundamental que hubiese contacto, puesto que, como ya hemos visto, en otras artes marciales, como en el taekwondo, los contrincantes tan solo marcaban sus golpes. El Italiano estaba más interesado en la descarga de adrenalina y las emociones fuertes que proporcionaba un deporte de contacto en el que los golpes fuesen reales.

Al igual que los Cobra Kai, algunos de los Mocos, como Loic, competían a nivel nacional sobre el tatami. Esos viajes servían de base a todo tipo de gamberradas y aventuras que vivían los jóvenes competidores. Loic: «Como quedé campeón de Castilla de full contact, me fui a Granada a pegarme con un tío, y el que tendría que haberse pegado conmigo era el campeón de Andalucía, pero no se presentó». Como carecían de recursos en esos primeros años, viajaban en el Opel Manta de Ramón Gallego y pernoctaban en casas de amigos: «Yo estaba en peso medio, creo que en unos 77 kilos. Y había un tipo de noventa y pico kilos, cuyo contrincante tampoco se había presentado. Y me dijeron: “Pégate con este”. Y digo: “Vale”. “Se trata de un tío igual de ágil que tú, pero con quince kilos más de hostias.” El tío me dijo al principio: “Oye, no te preocupes, sé que no eres de mi peso. No te haré daño, pero a mí no me jodas”. Yo dije: “No, preocúpate tú porque te voy a dar más fuerte”. Me contesta: “Pues te voy a reventar...”. Y yo le dije: “Tú pega, que yo pienso pegar”. Y salimos y nada más salir le metí dos hostiones, y ya el tío se cabreó. Me puso, macho... No me tumbó porque tiró la toalla mi entrenador, Ramón Gallego.

»Otro campeonato recuerdo que fui con un amigo cuyo padre era un importante empresario. Ese era amigo, pero no era de la pandilla. Ese no ha metido una torta en su vida. En realidad, no se vino al campeonato; ahora me acuerdo. Lo que pasa es que el día anterior me dio una especie de muestra de perfume que era un botecito de cristal, lleno de farlopa. Me dijo: “Te metes esto antes de la pelea...”. Y el día antes del combate, estábamos en una casa que pertenecía a uno de la Federación de full contact, o no sé qué... y me esnifé todo durante la noche. Y yo sin dormir. Cuando salí al combate me di cuenta de que no podía pegar. Pegué varios golpes al principio, los justos para que mi contrincante se cabreara. Me quedé rígido, con los dientes apretados, aguantando los golpes, sin poder golpear. Estaba como si me hubiesen dado con una corriente eléctrica; tan encocado y tenso que era incapaz de golpear. Estaba completamente agarrotado, con los dientes apretados y la posición defensiva... [risas]». Imagina su contrincante, lo que debía pensar... «No podía ni hablar, no me salían las palabras.⁸ Ramón Gallego tiró la toalla y pasé por un espejo para cambiarme en el vestuario y estaba negro, tenía la cara morada. No me reconocía.»

Los ochenta y el orgullo pijo

Para entender mejor la Panda del Moco sería necesario analizar el contexto en el que se movían, los tiempos que sirvieron de marco a sus actividades; es decir, los años ochenta. Se trata de una década paradigmática, los años del capitalismo boyante en los que la figura del pijo cobra una especial relevancia.

A pesar de hundir sus raíces en los setenta, la Panda del Moco es un producto típico de los años ochenta como representantes de lo que podríamos llamar los «nuevos pijos», empleando la expresión que sirvió de título a un reportaje fotográfico que realizó Miguel Trillo para la revista *Sur Exprés*, en 1988. El hecho de que se publicase un reportaje con semejante título y en tales fechas es sumamente significativo, pues pone de relieve cómo los pijos habían resurgido de sus cenizas —tras los años de la movida— bajo una forma renovada, más global, y aspiraban a recuperar un lugar central en el tablero de las identidades urbanas.

A pesar del boom consumista que supusieron los ochenta, el comienzo de la década estuvo marcado por una grave recesión económica mundial que afectó a gran parte del mundo occidental. Entre algunas de las medidas para mejorar la situación económica, tanto en Estados Unidos como en Gran Bretaña —dos importantísimas economías a nivel internacional— se dio un resurgimiento del *laissez faire* de Adam Smith en lo que ha venido a llamarse el modelo neoliberal, que trata de reducir la intervención del gobierno, reducir los impuestos y desregular los mercados bursátiles. Es por ello que los años ochenta representaron el gran boom del capitalismo, del consumo y de la financiarización de la economía, en la que la figura del yupi, por ejemplo, cobró una enorme relevancia simbólica y social. Ocurrió entonces que el mundo financiero, la bolsa y el mercado de valores fueron dotados de un nuevo glamur, del que habían carecido desde los tiempos previos al crac del 29. En los ochenta se contemplaba a figuras como Donald Trump y Michael Milken como los nuevos John D. Rockefeller o Andrew Carnegie, y se convirtieron en verdaderos símbolos de la década; una década nada contracultural, donde lo *mainstream* atenazaba lo alternativo. En Estados Unidos el gasto de la persona media aumentó un 30 por ciento de 1979 a 1995. De ahí que el periodista Tom Wolfe se refirió a los estadounidenses de los ochenta como «la generación del despilfarro», una actitud y enfoque que luego emularon otros países como España.

Los llamados *boomers*, aquellos nacidos entre mediados de los años cuarenta y los años sesenta, serán en los ochenta la generación más próspera de la historia, tanto en Estados Unidos como en España, y otros muchos países. A raíz de esto fue también la generación que más gastó,

con lo que contribuyeron a desarrollar el mercado de consumo más potente de la historia. Por otro lado, los consumidores de los ochenta se volvieron más sofisticados en sus gustos (una tendencia que comenzó en la década de 1960) y cosas como los automóviles europeos y la ropa de diseño se pusieron de moda en Estados Unidos. Hablamos de una década en la que el autointerés fue considerado una panacea que habría de salvar la economía mundial (de acuerdo con el dogma e ideal del *laissez faire* y la promoción de la iniciativa privada), en lo que sería una economía cada vez más globalizada.

Los ochenta representan, también, la gran era de los centros comerciales como espacio de socialización entre las generaciones más jóvenes; aunque su boom en España tiene lugar en los años noventa. De algún modo, esos años encarnan el triunfo del imperialismo cultural estadounidense, cuando las películas, la música y la comida norteamericanas vienen a dominar el consumo de otros países, entre los que se incluye España. Hablamos de un proceso de globalización cultural dominado por Estados Unidos.

La cultura de los ochenta es una cultura del yo que dotó al mundo del dinero y a los propios pijos de una nueva relevancia y estima social. Y el hecho de vivir en un «mundo material» —en palabras de Madonna— como nueva tendencia, trajo consigo otros efectos. Entre ellos podemos señalar una fuerte oposición al activismo político de los sesenta y setenta y, una reacción a la contracultura y al modernismo de la movida, cuyo verdadero pico acontece en el año 1980, como afirma Almodóvar en una entrevista con Pablo Lizcano en 1985: «La movida es una cosa que ya no se habla de ella. Quiero decir, no existe, no procede ya ese término. Tú sabes que el lenguaje va evolucionando, cambiando, y entonces *movida* es un término de ya hace muchos años, como *rollo* y cosas de esas, que ahora no se emplea... Curiosamente, ahora se está hablando mucho más de la movida que hace cinco años, que era cuando realmente existía. Y yo creo que es una cuestión de que los medios de comunicación verdaderamente tienen muy poca imaginación o tienen muy pocas cosas que contar. Y, entonces, ahora les ha dado a todos por hablar de la movida. Todo el espíritu de Malasaña y todo eso hace mucho tiempo que expiró».¹

La movida es un fenómeno propio de la Transición, no de años posteriores. Por vía del placer, el hedonismo y el consumo, el activismo político pierde todo sentido y pasa a existir, más bien, en un estado de latencia. La gran mayoría de los antiguos activistas sociales pierden todo sentido de resistencia política por vía del consumo, que opera a modo de narcotizante y satisface sus necesidades e intereses más acuciantes y primarios. Por otro lado, la nueva libertad existente en aquellos años —también una reacción dialéctica a décadas de dictadura— sirve para abolir toda forma de lucha o concienciación política, en términos de toda radicalidad que aspire a derrocar el sistema. Gracias al consumo y al bienestar, lo político pasa a un segundo plano.

En relación con lo ya dicho, pues, se da un proceso dialéctico de antítesis frente al modernismo y activismos previos y comienza a dominar la estética pija, como reflejo superestructural de la nueva realidad material-consumista. Esta nueva estética se impone por un proceso de normalización de la imagen de los jóvenes, algo más que visible en los anuncios y publicidad de

la época, en la que los modelos y referentes de la juventud visten con un estilo que hoy llamaríamos «normcore». La cosa, por esos años, no va de «ir de guay» o de ser moderno sino de ser pijo o, si acaso, normal. Es en estos años cuando surge lo que el fotógrafo Miguel Trillo llama «el orgullo pijo», puesto que los pijos a los que él fotografiaba decían abiertamente ser pijos y estar orgullosos de ello. La segunda mitad de los ochenta se convierte, así, en el reino del pijo, que domina el paisaje urbano y se imita en barrios obreros de toda la geografía española. En dicho periodo, mucha gente de barrio se disfraza de pija para molar, y también para ligar; puesto que se tenía a las niñas pijas por las más guapas.

A causa de esto, algunas de las diversas Pandas del Moco y otras pandillas de pijos canallas, como la Banda del Chicle, los Tigres de Jacará, los Marlborough o los Mantecos, incluyen en sus filas a gente que no pertenece a familias bien, sino que vienen de barrios menos pudientes. De hecho, esto queda reflejado, como ya se ha apuntado, en el tema «Hey, pijo» (1989), de MC Randy, verdadero hito del rap en España. Como me comenta él mismo en *Macarras interseculares*: «El hip hop era algo nuevo y la gente se te quedaba mirando, muchas veces, de modo burlón. De ahí sale mi canción “Hey pijo” [con DJ Jonco]: “¿Qué coño miras?”». «En torno a 1984 la hostilidad principal en mi zona [Vallecas] era entre heavies y pijos. Yo a los pijos los tenía cruzados. Llevaban pantalones pesqueros [zapatos castellanos] y tenían llaveros enormes de Snoopy y Mafalda. Con los años me percaté de que no eran pijos, ya que esta gente era de Vallecas. Era un quiero y no puedo. Imitaban a los pijos de verdad, pero no tenían dinero.»² Y como yo mismo digo en el referido libro:

Antes de que las tribus urbanas estuviesen sólidamente establecidas en Madrid, la aspiración de muchos era ser pijo. Como ocurre todavía a día de hoy en ciertas provincias —como vestigio de un mundo no globalizado—, lo importante no era ser guay o alternativo, sino contar con un estatus económico. Esto obedece a una lógica interna a la comunidad en la que las identidades globales son lo de menos y se aspira a ser una persona importante —por su estatus económico— en la jerarquía local. En poblaciones pequeñas, las personas relevantes son las que pertenecen a familias adineradas. Antaño, molaba más ser pijo que consumir identidades globalizadas como puede ser el rapero, el heavy, el rocker, el popero, el hipster o el trapero). Antes de la tiranía de los nuevos medios de comunicación, era más relevante lo local que lo global.³

Hoy, curiosamente, hemos dado la vuelta a la tortilla y son los pijos quienes imitan las estéticas de la pobreza, el chonismo, etcétera, proceso en el que han jugado un papel esencial artistas de música urbana como Rosalía o C-Tangana.

Hablaré ahora de todo un himno del llamado «orgullo pijo», que expresa en el plano estético-musical ese nuevo pijerío boyante. Se trata del tema «Soy pijo» (1990), de Poly C, canción respuesta al tema de MC Randy contra los pijos. La letra del tema dice lo que sigue: «Hey tío, te voy a contestar a tu movida que te va a asustar. De arriba abajo te estoy mirando, porque tú a mí me estás mosqueando. Te miro, te miro y a ti te lo digo, tú jamás podrás ser mi amigo, huele a porro y yo no he sido. Cógete el tren y vete a Vigo. Hey tío, yo soy pijo y nunca nada me va a pasar, porque yo soy un niño de papá y todo lo que quiero me lo va a comprar. Tengo coche, tengo moto, tengo piso tías y de todo. Y tú nunca tendrás nada, porque nadie te lo paga. Soy pijo,

¿y qué? Soy pijo, lo sé, soy pijo, ¿y qué? ¿Y qué le voy a hacer? Y de las tías no hablemos, que somos los únicos que las tenemos. Y con esas gafas de qué vas, si parece que te vas a esquiar. Con esa vitola y esa cadena, parece que vas de verbena. Y si esto que te digo te molesta, súbete detrás conmigo en la Vespa. Tú no te metes cosa fina, porque no tienes ni para una china. Sois tan ilusos que lo que os mola, solo es una litrona. Soy pijo, ¿y qué? Soy pijo, lo sé, soy pijo, ¿y qué? ¿Y qué le voy a hacer? Oye, niño hortera, vete de mi vera porque me he dado cuenta que te huelen las playeras. Y tu moda está pegando ya veremos hasta cuándo. Fíjate bien en lo que te digo, ponte los Levi's para ir conmigo. Escucha bien lo que te canto y no me lleves calcetín blanco. Oye, niño tonto, tanto palmear no pintes las paredes y ponte a estudiar. Y algún día conseguirás ir por la calle sin vestir tan mal. Soy pijo, ¿y qué? Soy pijo, lo sé, soy pijo, ¿y qué? ¿Y qué le voy a hacer?».

Gracias a una esforzada búsqueda, logré dar con Poly C, un verdadero mito del underground. Contacté primero con Silverio Calero, el productor del single. Silverio: «Poly-C es Hipólito Celis. A Poly lo conozco en Mallorca en el año 87-88, donde yo tengo una tienda de discos de importación. Me voy desde Valencia a Mallorca y abro dos negocios, vendo música a disc-jockeys, hoteles, discotecas... Allí, recorriendo discotecas, conozco en 1987 a Poly en una discoteca de las medianas-grandes en el Arenal. Creo que se llamaba Flash. Él era disc-jockey». Le pregunto si Poly era pijo. Silverio: «Era el más pijo de Mallorca. Cuando él llega de Santander a Mallorca, Santander es lo más pijo de España. Él llega con unos pelos, unos vestidos y una forma de comportarse, que era pijísimo. Pelo rubio rizado, pijo de marca, de diseño. Él iba de diseño propio, pero muy pijo. Diseño propio significa que tenía ideas propias. No era lo que decía la moda o El Corte Inglés. En la discoteca ya se encargaba de dar la nota y la daba muy bien. Era simpático, cachondo, festero. No llevaba el look inglés que nos llegaba por la música, no, él era pijo, eso te lo puedo decir. Era pijo moderno. No seguía las normas de Inglaterra, te digo que se salía de lo normal.

»Como había salido la canción de MC Randy, la de los madrileños, la de los chonis, pues él la oyó y me presentó un día en el despacho de Mallorca una maqueta grabada ya, con la base de ellos. Entonces, le hicimos nosotros otra base nueva para no ser copia. Su letra era una contestación a la canción de MC Randy “Hey pijo”. Como veinte mil copias se vendieron. Los disc-jockeys quisieron el disco para mezclar los dos, el uno de MC Randy con el otro de Poly C. Se vendían maxisingles a discotecas y, como teníamos una red de ocho mil discotecas en España, se vendieron un montón. La distribuidora de Impact Records, nuestra discográfica, vendía directamente a discotecas y a vendedores para discotecas. Teníamos en España veinte puntos de venta, tiendas especializadas para disc-jockeys. Grabando el álbum para los Bravo & Dj's, también en Impact Records, Poly C se vino con gastos pagados y grabó en el sótano de mi casa el “Soy pijo” y “Natalia”. Él vino con una Yamaha Virago que era de pijo, por supuesto. En el año 90 tener una Yamaha Virago era lo más de pijo».

Poly C: «Yo quería irme a Ibiza, pero había demasiada fiesta y dije “esto no”. En Mallorca

también había fiesta, pero diferente; más controlada, digamos. Más para mí, que me puedo desmadrar, pero sin llegar al extremo de Ibiza, que era la época de Ibiza boyante y dije: “Buff, qué va, yo aquí me pierdo”. También había fiesta, pero es que Ibiza era “todo vale”. [...] Yo soy de Santander, del centro, de la plaza de la Esperanza; en el puro centro. Santander siempre ha sido una ciudad muy muy pija, muy muy convencional, muy conservadora. En Mallorca pinchaba en una discoteca que se llamaba Flash, en otra que se llamaba Scorpions. Cada verano me cambiaba de sitio.

»Lo del “Soy pijo” fue una historia muy divertida. Yo he sido siempre muy americano, me gusta mucho la música negra, el soul, el hip hop, el funk... Pinchaba hip hop y, de repente, que entrara una moda de hip hop en español con la movida que salía de Madrid... a mí me encantaba porque era en español y se puede entender, con letras muy urbanas y muy buenas. Salíó una gente que se llamaban MC Randy y DJ Jonco. Me encantaba, la pinchaba, la rapeaba... lo que pasa es que yo, cuando curraba en discotecas, siempre hacía mucho show de micro, animación. Y siempre hacía un medio rap. Improvisaba sobre la base un rap o, si llegaba alguien conocido a la discoteca, le saludaba a modo de rap. Un amiguete mío me dice: “¿Oye, has oído esto?” [se refiere a “Soy pijo”] Y digo: “Hombre, claro que lo he oído”. “¡Coño! ¿Por qué no haces una cosa que sea la contestación?” Y dije: “Joder, tío, ¡qué buena idea!”. Entonces, estábamos en la cabina de un bar con unos amigos poniendo el disco de Randy, contestando frase por frase a todo lo que decía. Y ahí se escribió la letra. Esa letra la adapté a una base de “I’ve Got the Power”, de Snap!, que sonaba en la época. Entonces, yo lo cantaba en Mallorca y hacía mi show. Cantaba las letras de “Soy pijo” con la música de Snap!, ¿no? Y entonces Sivi (Silverio Calero) era socio de una tienda de música donde todos los Djs de Mallorca comprábamos la música de import, música muy fresca, muy rica. Era una tienda muy especial porque se llamaba Bajo Majo. Bajo de bajito y Majo de majete, ¿vale? Eran dos cachondos porque Sivi es bajito y ellos se presentaban y decían: “Hola, yo soy el bajo”. Y el otro decía: “Yo soy el majo”. Era muy divertido y te vendían música muy fresca, muy buena. Iba cada semana a comprar música import. Ellos tenían un sello en Valencia que se llamaba Impact Records y lanzaron a Paco Bravo, que también era un Dj de Mallorca, a Bravo & Dj’s. Estaba Paco Bravo, estaba Sebas (el que luego me hizo la música), un crío que con catorce tenía una delicadeza que te cagas para componer música; era un puto genio. Entonces, por parte de Sivi surgió la cosa de: “¡Esto hay que grabarlo!”. Y digo yo: “Claro, ¿cuánto cuesta grabar un disco?”. Era el año 90, con los precios de la época. Silverio contesta: “¡Un millón de pesetas!”. Digo: “Vale, yo no tengo un duro. Yo soy como un perro pequeño, perra que pillo, perra que jodo”. No ahorro nunca porque siempre lo gasto en algo. “Si apuestas por ello, prodúcelo y yo me llevo lo que corresponde en autores.” Y así se hizo la cosa.

»El caso es que coincidió el campeonato nacional de disc-jockeys de Bacardí Disco DJ (en el 90 creo que fue) con la firma del contrato. Yo gané aquí en Cantabria y luego fui a la final en Vigo. Estaba yo ese día en una discoteca donde se celebraba el evento y en el camerino firmo el contrato con Sivi, de Impact Records, que me acuerdo que el 50 por ciento de los derechos eran

para el sello y luego los dos 25 por ciento restantes eran para Sebas y para mí; pero de autores, no de la venta del disco. Lo grabamos en Valencia en la época de Fallas. Yo llego a Valencia, voy a grabar y, según me ve Sivi, me dice: “Oye, a la cama, que mañana a las diez tienes que meter voces en el estudio”. Yo digo: “Sivi, ningún problema. Parece mentira, que no me conoces, joder...”. Me quedé con un tipo de la compañía, víspera de Fallas y pim, pam, pim, pam... a las nueve de la mañana llegamos al hotel. A las diez de la mañana: “Oye, metes voces en el estudio”. Yo en el estudio me metí con el Sebas haciendo la música y estuve desde las diez de la mañana hasta las diez de la noche, mirando. Porque se estaban grabando todas las bases y yo entré a hacer las voces hecho una mierda. Y Sivi mosqueado, claro: “¡Joder, una hora de estudio es carísima! ¡Te dije que no salieras!”. Y yo: “Estoy en Fallas, ¿no voy a salir? ¡Es imposible!”. Luego ya metí voces, grabamos el “Pijo” y yo había preparado unas letras más, ¿no? Tenía un tema sobre la grúa, porque nunca aparco bien y se me lleva el coche la grúa. Era: “La grúa el coche me lo ha llevado, por tenerlo mal aparcado”. El de la grúa les gustó mucho, pero yo tenía una relación con una chiquilla a punto de romperse y estaba románticón, y un tiempo que estuve en casa de Sivi, tanto Sebas como yo, encerrados en una casa de Teruel del diez, hice una balada de rap. Entonces, grabamos esta balada rap llamada “Natalia”, y la metimos en la cara A del disco, que era un maxisingle. Llevaba el mismo tempo que “Have You Seen Her” (1990), de MC Hammer».

«Al publicar, pegó el “Pijo”. Llegó hasta el número veinte de 40 Principales, pero sin pasar por caja. ¿Sabes lo que te quiero decir? Sabes que 40 Principales funciona a base de poner taquilla: pones pasta y subes. Por simpatía llegó hasta el número veinte. Cuando yo trabajaba en 40 Principales, Sabina estaba vetado porque Sabina dijo: “No le doy un puto duro a 40 Principales”. Entonces 40 dijo: “No se radia un disco de Sabina”.

»En Málaga teloneé a Sinistro Total. Digo: “Sivi, ni de coña. Están todos los punkarras abajo. Que salgo ahí y digo “Soy pijo” y me van a pegar un botellazo que me van a reventar la cabeza”. Sivi: “¡Que sí, que esto es publicidad!”. Yo: “Sí que será publicidad para ti, hijoputa!”. Me negué. Tengo un recuerdo maravilloso de esa época, aunque no saqué un duro.

»Y luego esto de ir por ahí diciendo “Soy pijo” traía una serie de consecuencias, yo ya lo sabía. Y tenía movidas. Me acuerdo una vez en una discoteca que estaba con una tía y llega un nota y hay una parte de la canción que digo: “No me lleves calcetín blanco”. Porque entonces el calcetín blanco era muy hortera. Me dice el nota: “¡Mira, llevo calcetín blanco!”. Y yo estaba tomando una Coca-Cola en botella y estaba casi vacía. La agarré y dije: “Como me metas, te doy con la botella”. Y digo: “Mira, gilipollas: zapato negro-calcetín negro, zapato burdeos-calcetín burdeos”. Le miro el calcetín y lleva el símbolo de unas raquetas: “Eres muy hortera, chaval”. Y ya se quedó ahí la movida. He escapado en tablas de varias movidas. Yo estaba muy señalado, pero es que yo en Santander he estado muy señalado siempre. Trabajaba en la radio, trabajaba en discotecas. Ahora vas a una discoteca y los camareros son unos tíos que flipas de buenos, las tías están que se salen del mapa, pero es que en los ochenta el que destacaba por lo que fuera era el

disc-jockey, ¿por qué? Porque los camareros llevaban chaleco, pajarita y bigote. Y no había camareras. ¿Quién triunfaba, entre comillas? El disc-jockey, porque vestía más moderno, o el portero porque estaba más cachas. Además, yo trabajaba en la radio y Santander es una ciudad pequeña y hay mucho de: “¿Tú de quién eres?”. Yo estaba crucificado. Santander es la ciudad del “tuvo”, todo se basa en “mi padre tuvo, mi abuelo tuvo”. Eso es así, pero cada ciudad tiene lo suyo. Por eso me marché a Mallorca. Santander es una ciudad preciosa con una gente muy hija de puta y, entonces, me marché de ahí.»

Hablaré ahora de indumentaria. Sobre el asunto del calcetín blanco me dice A., amigo de Loic: «Los CBs [aspirantes a pijos que llevaban calcetín blanco] ahí [en Pacha] no entraba ni uno. Esos querían hacer como que eran pijos y esa gente a la propia discoteca no les interesaba para nada, porque las tías en cuanto los veían era: “¡Eh, un hortera, un macarra!”. Y dejaban de ir, y si dejaban de ir las tías se había acabado el negocio». En su *Teoría de la clase ociosa* (1899), Thorstein Veblen habla de un fenómeno similar cuando afirma: «Muchos caballeros de la vieja escuela se han visto obligados a notar con tristeza que en comunidades industriales modernas la gente de nacimiento inferior observa los modales y costumbres de las clases mejores». También: «Gustos, modales y hábitos de vida refinados son una prueba de hidalguía, porque la buena educación exige tiempo, aplicación y gastos, y no puede, por ende, ser adquirida por aquellas personas cuyo tiempo y energía han de emplearse en el trabajo». Veblen dice, también: «Toda clase envidia y trata de emular a la clase siguiente por encima de ella en la escala social, en tanto que rara vez se compara con las que están por debajo de ella ni con las que se encuentran en una posición mucho más alta que la suya».

La gente de la Panda del Moco solía llevar New Balance, Levi's y camisetas Caribbean, de producción autóctona madrileña. Estas camisetas eran representativas del nuevo pijo, más internacional, y se convirtieron en un símbolo de estatus. Hablo con el dueño y creador de la tienda y marca, quien vivió los años setenta y ochenta, cuando se introdujeron las estéticas norteamericanas en España. Su tienda continúa abierta: «Yo nací en el año 53 y cuando yo era pequeñito el skate no existía todavía en España. El primer skate que sale en España lo patenta Sancheski, Skis Sancheski, de Irún. En el año 1966. Yo lo que pasa es que mi padre patinaba con patines normales en el Retiro. Él fue quien me aficionó un poco al tema de las ruedas. Entonces, me regaló unos patines, con correas y ruedas de aluminio. Los antiguos, antiguos, antiguos. Lo que ocurre es que yo veraneaba en el País Vasco. Y entonces ahí empecé a surfear, muy jovencito. Y había una tienda en Biarritz, que se llamaba Jo Moraiz, donde veo los primeros patines modernos, que era un Chicago transparente, con ruedas también transparentes. Y, bueno, lo veo en el escaparate y no le presto mucha atención.

»Lo que hacíamos nosotros aquí en Madrid era comprar rodamientos en el Rastro, pero de camión, grandes, y nos hacíamos unos artilugios que les llaman carrilanas. Poníamos rodamientos a cada lado con clavos para que no se moviesen⁴ y nos bajábamos por la calle Huertas y la calle Espartero, nos tirábamos con esos aparatitos. Íbamos sentados. Luego, cuando

me hice más mayor, me fui a Deportes Todo, que era una tienda que había en la calle Preciados. Y ahí veo el primer monopatín, que es un Sancheski. Y como yo surfeaba en verano pensé: “Esto tiene que funcionar”. Y me lo compré. Y, como yo vivía cerca del Retiro, pues me empecé a tirar con él por la calle Huertas, por la calle Academia. Las ruedas que llevaba eran de caucho y los rodamientos eran de bolilla. Eso sería el año 67, 69, más o menos. Y ahí se me rompe el rodamiento. Me voy a Deportes Todo a pedir repuestos y me dicen que no tienen repuestos. Entonces, me voy a la Cámara de Comercio, les pido la dirección de Sancheski, me dan la dirección de Sancheski en Irún, les mando una carta y me mandan repuestos. Y me dicen: “La próxima vez que te pase, vas a Deportes Todo, se lo dices, que nos los pidan y te los venden ellos”. Y ahí queda la cosa. Bueno, resulta que yo me apunto también a hockey y mis padres viajaban porque eran comerciantes de mobiliario y hacen ferias. Iban a Londres, iban a Nueva York y me traen todos los aparatitos que encuentran.

»A principios de los setenta tengo la posibilidad de irme a Estados Unidos y me voy a Berkeley, en California. Entonces, cuando estoy en la residencia de estudiantes, el primer día que bajo a la calle, me veo que pasa un tío con un monopatín, macho, que no hacía ruido, que giraba, que iba a una velocidad espectacular; que era todo lo contrario a lo que yo había visto en Madrid. Y me voy corriendo detrás de él, le paro y le digo: “Oye, ¿dónde te has comprado el patín?”. Entonces, mi padre me había dado dinero y yo tenía pagado el alojamiento, la universidad y el desayuno, pero las comidas y las cenas pues no las tenía pagadas. Entonces, sin decirle nada, me pulo la pasta que me dio y me compro dos monopatines brutales: un Hobby Flex y un May Flix. Y eso ya es la repera. [...] Y, bueno, vuelvo a Madrid. Yo estudiaba Derecho en la Complutense y hacía artes aplicadas y artísticas en la calle Palma. Por entonces empiezo a patinar por Nuevos Ministerios en AZCA, en el Windsor, en los bajos de AZCA, que estaban sin abrir. Y entonces la gente me empieza a preguntar: “¿Y este patín? ¿Y este patín?”. Entonces, me pongo en contacto con los fabricantes, con los americanos. Y empiezo a importar, a traerme monopatines de Estados Unidos. Yo quedaba con la gente los domingos y el padre del niño me decía: “Oye, que quiero este patín”. Yo le tomaba nota y le decía: “La semana que viene te lo traigo y me lo pagas”. Y, bueno, así empecé. Y, como eso empezó a crecer tanto, yo tenía en aquella época un Seat 133, de los que llevaba el motor atrás y el maletero iba delante. Y yo llegaba con el maletero lleno, quedaba con la gente y hacía la venta. Y, como eso empieza a crecer, yo tenía un amigo que se llamaba Paco Cimarra, que era esquiador y tenía la tienda Cimarra en la calle Claudio Coello y antes en la calle Arenal. Y le digo: “Oye, Paco, como tu padre tiene un negocio. ¿No sabrás dónde puedo pillar un local pequeño para abrir una tienda de skate?”. Y me dice: “Nada, nada, no te metas... El problema es brutal, a mi padre le va mal la tienda... Pero bueno, habla con él y a lo mejor llegas a un acuerdo”. Total, que hablo con el padre, y el padre muy visionario (que murió con ciento cinco años, o así) me hizo lo que hacen ahora los centros comerciales: me alquila un *corner* dentro de la tienda. Me dice: “Tú haz lo que quieras, menos competir con los artículos que vendo yo”. Él vendía productos de esquí, golf y tenis, ¿vale? Entonces, instalo el

cacharrito ahí y me pongo a vender. Pero como yo seguía estudiando, solamente abría unos días por la tarde. Y en aquella época mi mujer actual era mi novia y ella estudiaba Psicología en la Autónoma. Total, que empezamos a abrir y la tienda empieza a crecer, empieza a crecer, y había colas en la calle Claudio Coello esquina con calle Columela. Entonces, le digo a mi novia: “Nos dividimos, que yo por la tarde estudio. Yo abro por la mañana y tú por la tarde”. Y, entonces, empezamos a abrir muchos días jornada completa. La tienda empieza a crecer, a crecer, a crecer, y ya empezamos a abrir más días. Y entonces, de repente, la tienda de Cimarra iba mal y cierra. Y me ofrece la tienda entera. Pero como yo en aquella época no tenía un puto duro, no cojo el local entero; que luego me arrepentí. Y cogí un local que tenía 170 metros y empecé a pagar setenta y cinco mil pesetas de alquiler al mes. En la calle Columela estaba el taller de las costureras que hacían los trajes de esquí a medida. Bueno, y ahí empieza mi historia, en el año 75. Y ahí empieza a funcionar la tienda, brutal, brutal, brutal y empezamos a ser creadores; creamos moda, ropa y complementos. Importamos las primeras zapatillas Vans, aunque también teníamos unas zapatillas nuestras de cuadros; introducimos en el mercado lo que es la mochila, que no existía; introducimos lo que son los plumas de calle, no los de la montaña, que los hizo Pedro Gómez; introducimos los forros polares. Bueno, y seguimos con el negocio en todo lo que era deporte de deslizamiento. Y ya, a partir de ahí, empezamos a tener a muchísima gente. Se organizaban colas, porque la tienda era muy pequeña y no entraban más de unas treinta, cuarenta personas, y entonces cuando se llenaba poníamos a una persona en la puerta y salían dos, entraban dos, salía uno, entraba uno...

»En esa época las tiendas, un poco, marcábamos las tendencias y ahora son los teléfonos móviles. Ahora ya las tendencias no las marcan las tiendas. Antes íbamos a las ferias, seleccionábamos la mercancía, y la traíamos con una ilusión brutal. Porque nuestro escaparate era lo que es un móvil ahora, ¿vale? La gente iba al escaparate a ver las últimas novedades. A partir de ahí nos pusimos muy muy muy muy de moda. Marcamos tendencia. Las camisetas de manga corta por entonces no se usaban. En aquella época la gente utilizaba las camisas Meyba y la gente más pijita, digamos, llevaba el polo Lacoste o Fred Perry. Las camisetas no se utilizaban, se utilizaban solamente como camiseta interior (de la marca Ocean, en blanco) o las de la mili, que eran blancas. Y nosotros empezamos a vender las camisetas de manga corta, con dibujos surferos, dibujos muy floreados con colores chillones, y todo eso lo introducimos nosotros.

»Yo no he inventado nada, no. Yo quise montar una tienda pequeña de skate como las que había en Estados Unidos, que eran tiendas que no tenían más de diez metros cuadrados. Eran enanas. Pero me veo obligado a coger un local más grande y a introducir más cosas. No meto solo skate, meto skate, meto roller, meto windsurfing, meto snow (cuando sale el snow), meto tablas de surf, meto skimboard, meto cometas acrobáticas, meto bodysurf. Todo lo que es, un poco, deporte-moda americana, pero no deporte base, nada de béisbol, ni fútbol americano. Todo lo que es deporte playero o de tiempo libre. Importo ideas de Estados Unidos. Cuando estuve en

la Universidad de Berkeley vi que la gente no llevaba carteras. En España llevaban carteras de cuero, como las que llevan los ministros ahora. Y ahí llevábamos los libros. Te hablo de mi juventud, que tengo sesenta y nueve tacos. La mochila no existía. Entonces cuando yo estoy en 1973 en Estados Unidos y veo que todos los estudiantes llevan mochila, yo empiezo a fabricar mochilas aquí, en España. Me cuesta un poco porque no había nailon en todos los colores. Lo mismo que las fundas de surf y de skate, que en el año 75 me las hacía la mujer de Gonzalo Campa, que era un chico que abrió una tienda similar en Santander, en el 73. La mujer nos las hacía a mano y el nailon lo traíamos importado de Inglaterra. Yo voy trayendo lo que veo.

»Cuando yo estaba en Berkeley todo el mundo llevaba camisetas de surf. Camisetas con bolsillo, en aquel momento. Que ahora el bolsillo no se lleva. Pero hubo una época en la que nosotros introdujimos el bolsillo y se llevaba mucho. Ahora ha vuelto un poco la camiseta corta con bolsillo. Hacía dos viajes cada año a Estados Unidos para participar en las ferias, una en la costa oeste y otra en la costa este. Y hacíamos lo que hace el móvil ahora, traíamos todas las tendencias, todas las novedades y las poníamos en nuestro escaparate. Nuestro escaparate en aquella época, no es que yo lo diga, es que era tendencia. Nos venía gente muy famosa. Pues, no sé, recuerdo a Miguel Bosé venir cuando se llevaban las camisetas de manga corta, que él las remangaba hacia el hombro. Esas nos las compraba en blanco, porque no había camisetas.

»El nombre lo tomamos... Una vez que fui a montar el negocio hablo con gente de mi familia y les decimos: “Vamos a montar una tienda muy surfera, muy californiana, muy de playa”. Entonces cogimos un planito, un mapamundi y vamos mirando playitas, islas y tal. Entonces, vimos lo de Caribbean Sea y dijimos: “Oye, ¿por qué no esto?”. También barajamos el nombre de alguna isla. El diseño de las letras lo hago yo. Los colores son del arcoíris, que hoy están asociados al mundo gay, pero que en aquella época no se asociaban al mundo gay en absoluto. Y mantenemos el diseño desde que montamos la tienda.

»El antiguo local lo dejamos porque el edificio fue remodelado y nuestro espacio pasó a ser un garaje. Pasamos del barrio de Salamanca, que dicen, a Salamanquilla; al barrio de Salamanquilla. A la parte de Ayala al final en el número 110, cerca de Manuel Becerra. Estamos entre Conde Peñalver y calle Alcántara.

»Yo patinaba mucho. Ya sabes que el primer skatepark que se hizo público en España fue el del Parque Sindical que ahora es el Parque Deportivo Puerta de Hierro. Fue el primer skatepark y lo hicimos los patinadores. El Parque Sindical cedió los terrenos, el resto lo hicimos nosotros. Se hizo un club en el que estaba el músico Javier Corcobado, Erizonte [Julián Sanz Escalona], y esta gente. Íbamos todos los domingos, todos los fines de semana, y, luego, salíamos mucho. El skatepark lo enterraron porque no daba negocio, decían que daba problemas, que si la gente hacía botellón... El tema de siempre. Y como rentaban más las pistas de paddle, pues han hecho pistas. Lo bueno es que lo han enterrado y creo que va a pasar lo mismo que pasó con el primer skatepark privado de España, el skatepark Arenys de Munt (1979), en Barcelona, que hace unos

años lo han desenterrado. A lo mejor, cuando yo me muera, mis hijos o mis nietos ven cómo desentierran ese skatepark en Puerta de Hierro.

»La mala suerte que tuvo el dueño del skatepark de Arenys de Munt fue que abrió en 1979 y el skate sufre una crisis brutal en el mundo (sobre todo en Estados Unidos para luego contagiarse a todos los demás países) en el año 80, cuando desaparecen casi todos los skateparks en Estados Unidos y el skate desaparece, o se queda en standby, pero muy en standby. El dueño de Arenys de Munt entierra el skatepark, excepto algunas piscinas que llena de agua para dar de beber a los animales y ahora lo han desenterrado.

»Pedro Gómez hace un plumífero de alta montaña y con colores base: marino, rojo y azulón. Entonces, ¿yo qué hago? Primero corto las mangas y las hago desmontables, para que se convirtieran en chaleco, que eso lo veo en Estados Unidos. Porque se usaba mucho lo que es el chaleco de plumas. Yo recuerdo en Berkeley por la mañana que había niebla y la gente venía a clase con el chaleco del plumas porque hacía fresco. Y, en vez de usar ese plumífero tan gordo, que era de alta montaña, lo hacemos más reducido, con menos pluma —pluma natural de ganso— y luego meto colores. Meto un rosa, que nadie hacía plumas en rosa; meto los azules claro; meto los grises; y mezclo colores de mangas. Eso ya lo hago yo. Eso no lo había visto en Estados Unidos, eso se me ocurre a mí».

Le pregunto por si esos plumas los robaban luego en las calles colindantes a la tienda. «Claro, exactamente. Yo me acuerdo de una época que tuvimos problemas porque venían chavales muy jovencitos a la tienda. Y tuvimos bastantes casos, que los esperaban a la puerta en la zona de Claudio Coello, cerca del metro, y les sacaban la navaja y les decía: “Dame lo que tengas en la bolsa, dame el plumas”. Al final yo hice varias denuncias, pero claro, la policía me dijo: “Ahí no podemos estar vigilando”. Entonces yo a los chavales cuando eran muy pequeñitos, de diez, doce, catorce, quince años, les decía: “¿Adónde vais ahora?”. “Vamos para el metro”, contestaban. Y yo les decía: “No vayáis para el metro. Mejor bajad hacia la calle Serrano que hay más gente”. Y algunas veces los acompañaba hasta la boca del metro. Eran cosas caras, que costaban caras en esa época. Te estoy hablando de un plumífero que costaba entre dieciocho y veinticinco mil pesetas, los nuestros.

»También había robo de monopatines. Llegaban cuatro chavalines, de quince o dieciséis años, que venían y decían: “¡Que me des el patín! ¡Que me lo des y me lo llevo!”. Y otros me decían: “¿Me dejas ver el patín?”. Y salían con el patín corriendo y desaparecían. Claro, yo en aquella época tenía dieciocho años, veinte.

»La escena de skate callejero en Madrid empezó en Recoletos, no en la plaza de Colón. Se patinaba en la calle Recoletos, desde el Café Gijón hasta Colón. En la plaza de Colón estamos hablando de principios de los noventa. El problema es que cuando se hace la plaza, empiezan a echar a la gente porque molestan al teatro que hay abajo [hoy Teatro Fernán Gómez]. Y entonces empiezan a no dejar patinar. Hoy en día están más permisivos. También patinaba mucha gente en

la plaza donde estaba el Hard Rock Café [en la hoy plaza de Margaret Thatcher]. También patina la gente bajo el Puente de Juan Bravo [en el museo al aire libre Chillida].»

De este modo, comprendemos de dónde surge una de las prendas típicas en la indumentaria de muchos de los Mocos. También nos percatamos de cómo la estética skater asociada a los deportes de deslizamiento, tan vinculados a las identidades cool de los noventa, se la apropia el mundo pijo; cuyos integrantes son los únicos que pueden permitírsela. Eran los pijos quienes primero visten marcas playeras como la española Caribbean, pero también otras extranjeras como O'Neill, Quiksilver, Rip Curl, Rusty, etcétera. Entre estas marcas destacará Powell Peralta, fundada por el skater Stacy Peralta, y cuyos modelos de camisetas Bones —de la Bones Brigade, de Tony Hawk, Steve Caballero y demás— los llevarán también los bakalas malos de los noventa. En Madrid fue la Panda del Moco la que primero equiparó este tipo de marcas a conductas, violencias y patrones callejeros.

El gran golpe

Como ya vimos, algunos de los integrantes de la Panda del Moco se dedicaron a actividades ilegales, entre las que cabe incluir robos de todo tipo, de tarjetas de crédito, coches, en viviendas, locales o incluso en entidades bancarias. No obstante, fue el robo en una casa habitada de la zona de La Florida, barrio de lujo en las inmediaciones de la carretera de la Coruña, lo que supuso el fin de la primera Panda del Moco, aquella en la que destacaron figuras como el Judío y el Francés, amigos inseparables. Aunque el robo tuvo lugar en julio de 1983, los amigos fueron detenidos y juzgados años después. Tras su arresto, otros líderes destacarían entre los jóvenes conocidos como la Panda del Moco, el Italiano entre ellos. En sus propias palabras, el periodo en que este se identificó con los Mocos y llevó el estilo de vida señalado fue de unos diez años, desde finales de los años setenta hasta finales de los ochenta.

Para comprender la realidad del barrio de Chamartín y la delincuencia asociada al propio distrito —que representaba el feudo de la Panda del Moco—, es interesante recurrir a un artículo del domingo 3 de abril de 1983 publicado en *ABC* bajo el título «Chamartín: Desvalijadores de pisos a gogó». Dicho texto habla del distrito de Chamartín, y su vida oculta, ofreciendo un buen retrato de la zona desde la perspectiva de lo subterráneo e ilícito. Hace referencia tanto a «un buen porcentaje de iraníes antijomeinistas [que] se encuentran en el distrito de Chamartín» dedicados al «tráfico de heroína», como a «niños mal de casas bien» que se dedican a robar en la zona, algunos de los cuales son, sin duda, Mocos. Según este texto de María Dolores Martínez y Ricardo Domínguez, «policialmente, Chamartín es el distrito monstruo en el que viven cerca de un millón de personas», y es la «zona, al menos en buena parte, en la que abunda el alto nivel», aunque, por lo visto, «la crisis económica también le dio su mazazo y muchas economías quedaron tocadas del ala. En definitiva, no hay un duro —dicen—, ni aquí ni en el polo opuesto, como podría ser la barriada del Huevo, en Entrevías». Y prosigue: «Pero hay que seguir manteniendo el tipo. Y seguir viviendo, por lo menos en apariencia, como siempre. Y aquellos bienes que se formaron hace tiempo corren serio peligro, pues la zona es propicia para el “palanquetazo” y también para la estafa, para la utilización de la tarjeta de crédito robada o falsificada, para la entrega del cheque sin fondos, para el negocio sucio en manos enguantadas de blanco». «Hasta la prostitución que antaño fue “elegante” ha descendido en la llamada “Costa Fleming”. Ya no son las muchachas alegres para el ejecutivo. Ahora, la conocida calle podría definirse como un asilo-hospital de viejas glorias. Las más jóvenes cruzaron la gran calle, la Castellana para ser más exactos, y hacen la carrera en Capitán Haya y aledaños a la espera del

hombre adinerado que se hospeda en elegantes hoteles.» «¿Peligro para el noctámbulo?, más bien poco. Puede que su coche sea un objetivo del “chorizo” o el radiocasete que lleve dentro del vehículo. Pero la luz —las calles son amplias y bien iluminadas— hacen desistir teóricamente al delincuente.» «Es todo esto, en apariencia al menos, Chamartín, distrito en el que han proliferado los *top less*, establecimientos en los que muchas camareras ganan lo suficiente como para vivir opíparamente, mantener una familia y permitirse muchos lujos. Sin embargo, también muchas de ellas han caído en las redes de la dependencia de la heroína y tienen que gastar diariamente 20.000 pesetas o más para suministrarse un gramo.» «Son muchos los casos que se tramitan diariamente en la Comisaría del distrito: desde el simple robo por el procedimiento del tirón o la “sirla” callejera hasta la estafa de gran calibre, pasando por la reyerta matrimonial, por la intoxicación por barbitúricos, por el accidente de tráfico mortal en la avenida de América, o por el escándalo entre pandillas juveniles en un club rockero.» En la zona «abundan los apartamentos habitados por prostitutas y también por estafadores que operan a niveles internacionales. Los pisos de “niños de papá” de juerguistas profesionales tampoco escasean, siendo frecuente que en más de uno de ellos la diversión pueda terminar en trágicas consecuencias, principalmente por el abuso del alcohol y la droga, que fue adquirida en barriadas mucho más pobres, pero en las que los estupefacientes no son muy difíciles de adquirir en determinados establecimientos de bebidas. Y nos referimos concretamente a Vallecas». «El distrito de Chamartín estuvo particularmente castigado por ladrones de pisos colombianos hace unos tres años. Esto hizo que la Policía tomara serias medidas en el asunto y fueran constantes las detenciones de estos “apartamenteros” (como se les conoce en Sudamérica). Su lugar ha sido ahora ocupado por delincuentes nacionales y alguna que otra gitana a las que no se les resisten las puertas. Incluso con el pretexto de limosna aprovechan la situación para entrar en la vivienda mientras el caritativo inquilino va a buscar el monedero.» «El tirón desde la motocicleta es muy frecuente y suele producir en muchas ocasiones graves heridas a las víctimas que, en un acto reflejo, han asido su bolso con fuerza, siendo arrastradas durante unos cuantos metros por la acera o la calzada. Quizá una de las zonas más castigadas por este tipo de delitos sea la avenida de Alfonso XIII, por cuanto la vía de escape para el delincuente es fácil, debido a su proximidad a la M-30. Tampoco sería de extrañar que algunos de estos “tironeros” se tratara de niños mal de familias bien que necesitan caprichosamente dinero para pasar el fin de semana, invitar a “su niña” y, de paso, comprar “chocolate”. La gasolina para las motocicletas de estos muchachos no es tampoco problema: si “papá” no les da dinero para ella, la sustraen tranquilamente durante la noche del depósito de un coche con un tubo de goma. Evidentemente, son malos estudiantes, pero la ley de los vasos comunicantes se la saben a las mil maravillas.» «La noche no se acaba en Chamartín hasta bien pasadas las cinco de la mañana. Junto a la calle de Doctor Fleming, en un club, se reúnen los rezagados y las prostitutas que no hicieron mucho dinero y que aún tienen el humor de ponerse a bailar al son de las rumbas flamencas en compañía del macarra, que lo único que desea es “arañar” el tiempo hasta que comience el alba. Y si logra ligar puede que termine en

determinados establecimientos de la carretera de Burgos o la de Castilla invitando a esa mujer desconocida a unas sopas de ajo. Y, al final, lo más probable es que se vaya a su casa. Sin más.» «Zona de dinero, sí, pero asimismo de fuertes contrastes: aún quedan chabolas por la zona alta de Hortaleza [en lo que sería el Pinar de Chamartín]. Es lugar mal iluminado, de descampados, donde no suelen ocurrir muchas incidencias delictivas. Son lugares en los que se puede encontrar el coche robado al que poco a poco han ido despojando de sus accesorios y ruedas. Sin embargo, parece que las gasolineras son en estos puntos blanco predilecto de maleantes que, a altas horas de la madrugada y con el pretexto de repostar combustible, posiblemente a un vehículo sustraído, le dan un susto de muerte al empleado de turno con una recortada.» «Hortaleza, y más exactamente su UVA, cobija a un buen número de marginados y maleantes que a veces suelen causar menos problemas a la Policía que esos delincuentes de “guante blanco” que tienen su campo de acción en la zona noble y que actúan a unos niveles tales e inmersos en unas redes que son muy difíciles de dismantelar. Y es posible también que sus golpes de índole económico nos hagan tambalear.»

Por otra parte, para mejor entender cómo se roba en una vivienda privada no está de más atender a las palabras del célebre criminal Jacques Mesrine. Tomamos el testimonio y descripción de uno de sus robos de su autobiografía, *Instinto de muerte* (1977):

Paul y yo habíamos comprado dos patas de cabra y un gran destornillador. Comimos en un bistró y bebimos licor de más, quizá para sentirnos más relajados —un primer golpe es un poco como la primera chica: sabes lo que se supone que debes hacer, pero no sabes si podrás llevarlo a cabo. [...] Habíamos decidido elegir un lugar arbitrario en un vecindario lujoso de París. Íbamos bien vestidos, y nada en nuestra conducta revelaba lo que teníamos en mente hacer. Para hacer todo más creíble, yo portaba un gran ramo de flores. Si nos pillaban en la escalera del edificio, sería más fácil justificar nuestra presencia. Nos figuramos que los porteros serían nuestros principales enemigos. Yo había escrito en un papel varias direcciones y números de teléfono. Si nadie cogía el teléfono, solo teníamos que subir, encontrar la puerta y romper la cerradura. Habíamos elegido la casa de un carnicero. No era posible que estuviese a la vez en su casa y su carnicería. Nadie cogió el teléfono. Nos dirigimos al edificio y pasamos por delante del apartamento de la portera, ni siquiera nos vio subir. [...] Paul y yo estábamos relajados; nada nos asustaba en ese momento. [...] «Ve a esconderte», le dije. «Voy a llamar a una puerta cualquiera para descubrir en qué piso vive el tipo.» [...] Una anciana abrió la puerta. Sí, me había equivocado. ¡Había llamado a la puerta que no era! El señor Morel, el carnicero, vivía en la cuarta planta, a la izquierda. Tras disculparme, le di las gracias por la información, y caminé hasta el cuarto piso con Paul. [...] Puse mi oreja en la puerta para escuchar. Nada. [...] Había dos puertas en el descansillo. Decidimos llamar a la puerta que estaba frente a la del carnicero. No teníamos el valor para derribar una puerta si había vecinos alrededor. No hubo respuesta. Llamamos a la puerta del carnicero. Tampoco hubo respuesta. Silencio total. [...] «Bueno, chaval, pongámonos manos a la obra, ¡pásame esa pata de cabra!» [...] Bajo la presión de la pata de cabra, la puerta no resistió mucho. Pero el jaleo que armó me hizo temer que se enteraría todo el edificio. Esperamos, nuestros corazones a punto de explotar, pero después de un momento nos dimos cuenta de que nadie había reaccionado en los demás pisos. Tan pronto como entramos, supimos que habíamos dado en el clavo con nuestro primer trabajo. Quizá la suerte estaría de nuestra parte. Exaltados por nuestro éxito, vaciamos y saqueamos todas las habitaciones sin dar importancia al ruido que estábamos haciendo. No pude reprimir un emotivo «joder» cuando descubrí un fajo de billetes y joyas valiosas en el cajón de uno de los dormitorios. Paul, por su parte, se hizo con varios artículos de valor que apiló en una maleta que descubrió en el propio lugar. Habíamos permanecido ahí una buena media hora, saqueando. No había manera de que nos llevásemos todo lo que habíamos encontrado. [...] «Venga, larguémonos. ¡Buena cosecha! Ve tú primero con la maleta y el ramo de flores. Yo iré detrás de ti. Si te para la portera, dile que viniste a visitar a tu sobrino el carnicero; y que luego volverás porque no había nadie en casa. Dará por hecho que sois familia.» [...] Todo

salió de maravilla. De vuelta en casa, evaluamos el botín. Para ser nuestra primera vez, habíamos tenido suerte. Nos habíamos ido del lugar con más de dos millones (4.000 dólares de la época), además de joyas, algunas monedas de oro, y estatuillas, sin contar varias chucherías cuyo valor desconocíamos.¹

Volviendo a la Panda del Moco, la vida aventurera del Francés y el Judío seguía su curso acelerado a mediados de los ochenta. Y, entre delito y fechoría, en ocasiones realizaban acciones heroicas que beneficiaban a otros. En agosto de 1984, el Francés (junto con el Judío) salvó la vida de una mujer y sus hijos en un espigón de una playa de Marbella. Como reza un artículo del periódico *Marbella* del 23 de agosto de 1984 al que yo he tenido acceso físico: «Dos jóvenes veraneantes protagonizaron días pasados un acto, que puede considerarse heroico. Ellos... salvaron la vida a una madre y sus dos hijos pequeños cuando aquella intentaba matarlos y matarse en el espigón de la playa de Puente Romano. A pesar de las dificultades del terreno, las olas y de la falta de ayuda de los allí presentes, lograron su objetivo». Este acto heroico contribuyó a que nuestro protagonista, el Francés, obtuviese un indulto del ministro Belloch, del que tendría necesidad años después. Recibió, además, una medalla de plata de parte de la Sociedad Española de Salvamento de Náufragos. En palabras del Francés: «Salvé a dos chavales en Marbella a los que la madre los quería matar. Por lo visto, la madre se quería separar y suicidarse, y quería matar a los chavales también. Tiró a sus hijos pequeños al agua. En el lugar había policía, gente, y nadie ayudaba. Me tiré al agua, y primero saqué a la niña. Eso lo aportamos para el indulto por el robo en la casa, y eso nos sirvió. Yo era muy impulsivo, hacía cosas sin pensarlas. Y cuando se juntan varios así, pues la cosa puede estallar». Loic apareció luego en los periódicos junto a un amigo que no había participado realmente en el rescate. Su verdadero compinche había sido el Judío, que por entonces no podía aparecer en los periódicos. Por eso fue sustituido por un tal Laurent. Loic me comentó, por otro lado, que justamente ese verano él y el Judío habían atracado una sucursal del Banco Hispano, suceso que aparecía en el mismo periódico que había alabado su rescate en la playa marbellí.

Fue uno de tales «golpes» el que le pasaría factura. A., compañero de Loic en el Liceo Francés, me habla de ello:

«Benidorm, junto con Ibiza, era de los sitios más de moda para veranear, y recuerdo un verano, con dieciocho añitos, que Loic aparece con un Golf recién compradito, *fully equipped*. Salía con la niña más guapa de toda la cala, una chica guapísima, con su tabla de windsurf, todos los días comiendo por ahí. Hostia, macho, era demasiado nivel. “No, el coche es alquilado; la tabla también es alquilada”, decía. Y, claro, es que acababan de dar un palo importante y se habían llevado no sé cuántos millones cada uno, que era muchísimo dinero entonces. Si no recuerdo mal, eso fue un palo en una casa, en un chalet de un conocido, además. Si no recuerdo mal, ¿eh? Porque hubo muchos. Ellos robaban bancos, cajas, hacían encargos... Luego estuvo metido en temas de muy alto nivel que no te puedo contar.

»Yo creo que ellos robaban por afán de aventura y por demostrar cosas, porque es que no lo necesitaban. Luego ya ocurrió algo que para nosotros fue legendario. Empezó a correr el rumor

de que le habían metido en la cárcel, y corría de boca en boca, por todos los ambientes, por todos los sitios, que el padre le había sacado. Se decía que les habían metido con sus New Balance, su ropa de marca, que estaban ahí en el patio, se les acercaron para robarles la ropa y que estos se descojonaban. Y se pusieron ahí, pim pam, pim pam, y pegaron a los que les querían robar. Sé que hay verdad en eso.² Luego se decía que, tras la fuga, se había metido en el ejército francés. Hay una base de realidad en todo esto. Todo el mundo estaba hablando de Loic.³ A estas alturas de la vida todo el mundo habla de él, todo el mundo le recuerda. Y yo te aseguro que, si algún día tienes un apuro, tienes un contacto, pero vamos... excelente, tío. Buah. Pero para lo que quieras... Porque es muy muy muy buen amigo; muy leal, tío. Pero mucho, mucho».

En un testimonio totalmente independiente, Loic me habla del robo en la casa de La Florida, de su arresto y de cómo unos delincuentes comunes trataron de atracarles en la propia cárcel:

«Hicimos tonterías, el Judío y yo, muchas. De hecho, a mí me cayeron cuatro años y medio de cárcel, con dieciocho años, por atracar un sitio. Era una casa. Fuimos los primeros en entrar en una casa habitada en España. No sabíamos que estaba habitada, joder. Fue en La Florida, en la A-6 [un barrio adinerado de Madrid]. Cuando vimos que había gente nos piramos. Nos pillaron siete u ocho meses más tarde, por uno que se chivó. Pero les robamos. Se dieron cuenta a las dos horas. Hay un ruido y de pronto baja [gente] por las escaleras. Era gente mayor». «Cuando nos llevaron al calabozo de Plaza de Castilla tuvimos una pelea con unos gilipollas que me querían robar las New Balance. Estábamos en calabozos separados, pero en el comedor, comen todos juntos. “¡Vaya zapatillas tienes!”, me dijeron. Como tenía pinta de pijín y pinta de tonto... Le metí una tanda de cojones.» «Menos mal que nos pillaron porque teníamos pensado atracar un furgón. O sea que habría sido mucho peor. Si no me pillan ahí a lo mejor hago otra tontería y... ¿sabes? Estábamos todo el puto día. Me iba la marcha... Mis padres estaban separados y yo hacía lo que me daba la gana. Estaba enfadado con el mundo, como le pasa a los adolescentes. Estaba todo el día de peleas.»⁴

Me explica todo el asunto más en detalle: «Conocimos a un chaval que era hijo de un tío importante. Y el chaval empezó a decirnos: “Oye, que yo tengo casas para robar”, y tal, y tal... Y nos ofreció una casa en La Florida que nos dijo que era de unos tíos suyos, o algo así. Que se habían ido de vacaciones, que no había nadie y que él tenía la llave. Fuimos el Judío y yo, pero no era lo que dijo. Entramos, pero había gente dentro y salimos escopetados de ahí. Y al chaval le enganchamos. Lo metimos en una furgoneta, y el tipo se asustó tanto, que nos propuso robar en su casa, como compensación. Y lo hicimos, la robamos. Y, además, fue fenomenal. También era por La Florida, la casa. Le dijimos que no nos llamase, que en unos dos meses repartiríamos el dinero. Pero al final metió la pata. Metió la pata y cantó. [...] En la casa habíamos robado mucha pasta, muchísimas joyas. Una maleta entera. Con esas joyas íbamos luego a la casa de una relaciones de Pacha, que vivía con la novia del Judío, que era guapísima. Y luego íbamos con otro relaciones de Pacha, y lo que era bueno se lo vendíamos. Porque el 80 por ciento que se supone que era de oro, no lo era. Fuimos al pantano de Entrepeñas para llevar lo que no era oro,

¿vale? Y lo tiramos en el pantano. Con la pasta que sacamos, yo me compré una tabla de windsurf».

En abril de 1985 las cosas se torcerían para los Mocos. Fue en ese mes que tuvo lugar su arresto y entrada preventiva en prisión. «Si el palo fue en junio, o en julio, pues uno o dos años después llamó la policía al telefonillo. Aunque yo ya estaba avisado por el Judío. El primer detenido fue el Judío, luego yo y luego el relaciones de Pacha. Él también fue detenido, por receptar, por receptación. El relaciones este tenía a alguien con un horno grande que fundía las joyas, y demás.»

Curiosamente, en el periodo que va desde su arresto al desarrollo del proceso judicial, el padre de Loic decide que este realice pruebas psiquiátricas que incluyen un test de inteligencia. Teniendo en cuenta que siempre había sacado muy malas notas y había sido un cabra loca, su padre tiene la esperanza de que su hijo demuestre tener un nivel de inteligencia muy bajo, algo que serviría de eximente en el juicio. Cuál fue su sorpresa cuando sacó un IQ de 136, una verdadera proeza. Según el propio Francés: «Esa sería la prueba que hizo mi padre para demostrar que yo era tonto y así evitar pena de cárcel. Cuando vio los resultados mi padre se llevaba las manos a la cabeza y decía: “Pero ¿cómo es posible!?”». Muy al contrario de lo que hoy diría un padre. Se trata de una diferencia cultural y sociológica que separa a los padres actuales de los de antaño. El padre actual es mucho más narcisista y se identifica con su hijo, sobre el que proyecta todo tipo de talentos y capacidades especiales. El sueño de todo padre actual es que su hijo sea superdotado, no así en tiempos anteriores. Antaño, padres e hijos vivían en conflicto y separación. Se consideraban unos a otros, respectivamente, entidades ajenas. En la mayoría de los casos, «los hijos lo hacían todo mal» y «los padres eran unos gruñones». Con el advenimiento del padre posmoderno, del padre *cool*, padres e hijos tienden a identificarse unos con otros. Es por ello que, naturalmente, los padres aspiren a que sus hijos sean superdotados, como reflejo de su propio valor personal.

Una vez detenidos el Judío y el Francés, la Panda del Moco original dejó de existir, aunque otros continuasen con la tradición.

Pablo Full: «Cuando nosotros estábamos medio fuera de la onda, había muchos que siguieron la estela: el Judío 2, el Piraña, el M. Que iban por ahí diciendo que eran la Panda del Moco, pero la Panda del Moco era el Francés, el Judío, el Italiano, los hermanos S., etcétera. Todos estos posteriores como los Miami eran otro perfil... Nosotros éramos niños que lo hacíamos porque nos hacía sentir bien la adrenalina, la aventura... Nosotros éramos peleones, éramos macarras pegones. En Madrid nos conocía todo el mundo, era acojonante. Llegábamos a Pacha y todo el mundo acojonado, llegábamos al Callejón y: “Esos son la Panda del Moco”. Todo el mundo se quería hacer nuestros amigos, también las tías: “¡Mira estos!”».

Es en junio de ese mismo año, 1985, cuando Loic se fuga de la cárcel de Carabanchel con la excusa de una revisión médica e ingresa en el ejército francés, más concretamente, en el batallón

de los Cazadores Alpinos. Me habla de su experiencia en el ejército francés tras fugarse de España:

«Yo tengo la mala suerte de que en España soy el Francés y en Francia soy el Español. Mi padre me decía: “¡Ahí en el ejército sí que te van a inflar a hostias!”. Llegué a Francia y en un mes empecé a repartir, también. Yo me acuerdo la primera noche que llegué. Yo llegué a Francia metido en un maletero, para escaparme de España. Me deja mi padre en un cuartel de Cazadores Alpinos de Bourg-Madame. Dormimos en un hotel y, por la mañana, entro. Yo era español, y para ellos España era Marruecos. Y, nada más entrar, empecé mal. A la hora de desayunar me pongo en la cola y veo que pasan adelantándose a mí cantidad de negros. Pasaban los negros y estábamos todos los blancos en la cola para desayunar. Yo no entendía por qué pasaban ellos primero. Y le pregunto a un chaval: “¿Y estos por qué pasan?”. Y me dice: “Pasan porque nadie se atreve a decirles nada”. Por lo visto, eran minoría, pero eran fuertes juntos. A veinte en bloque nadie les tose. “Se cuelan”, me dice el otro. No dije nada. A la hora de la comida, me pongo el primero, tengo hambre, y pasan otra vez los negros. Y paro a uno y digo: “Oye, ¿adónde vas?”. Se puso a hablar alto y yo le dije: “Tú no pasas, tío”. Y llamó al jefe de ellos, que se llamaba Dudu, o algo así. Era un tío con fama y me saca una navajita. Le inflé a hostias ahí, hasta tal punto que me metieron tres días en el calabozo. Pum, pum, pum, en tres segundos estaba el tío comiendo suelo. Comiendo suelo y desmayado. Vino la Policía Militar a arrestarme, pero, en el fondo, les gustó, les gustó mucho lo que hice. [...] Además, había un campeón de karate que era un teniente jefe o algo así, muy importante. Nos pusimos a hablar y, total, que quedamos un día y nos pegamos en modo competición. Nos metimos una paliza entre los dos... El karate era más de marcar, mientras que el full era más efectivo. Un tío de full que lleva un año revienta a un tío de seis años en karate. Para empezar, está acostumbrado a recibir. Le caí de puta madre. Yo me hice con el cuartel, hacía lo que me daba la gana».

Durante esos años, Loic tenía prohibido volver a España, aunque él retornaba a menudo, en realidad, cuando le daba la gana, algo que enfurecía a su padre. Sin embargo, no fue hasta 1995 que, tanto Loic como el Judío, obtuvieron el indulto definitivo gracias a la intervención del ministro socialista Belloch. Al leer el indulto tal y como aparece en el BOE, da la impresión de que Loic nos oculta algo. Según el texto, ambos Mocos fueron detenidos y condenados por llevar a cabo un robo con fuerza. El BOE que hace referencia al indulto, a fecha de 17 de octubre de 1995, afirma que Loic fue condenado «como autor de un delito de robo con fuerza... a la pena de cuatro años, dos meses y un día de prisión menor... por hechos cometidos el mes de julio de 1983». El texto es el que sigue:

Visto el expediente de indulto de don Loic Veillard, con los informes del Ministerio Fiscal y del Tribunal sentenciador, incoado en virtud de exposición elevada al Gobierno, al amparo de lo establecido en el párrafo segundo del artículo 2.º del Código Penal, por el Juzgado de lo Penal número 24 de Madrid que, en sentencia de fecha 9 de junio de 1993, le condenó, como autor de un delito de robo con fuerza en las cosas, a la pena de cuatro años, dos meses y un día de prisión menor, con las accesorias de suspensión de todo cargo público y derecho de sufragio durante el tiempo de la condena, por hechos cometidos en el mes de julio de 1983; a

propuesta del Ministro de Justicia e Interior y previa deliberación del Consejo de Ministros en su reunión del día 21 de septiembre de 1995, Vengo en indultar a don Loic Veillard la pena privativa de libertad pendiente de cumplimiento, a condición de que no vuelva a cometer delito durante el tiempo de normal cumplimiento de la condena. Dado en Madrid a 21 de septiembre de 1995. JUAN CARLOS R. El Ministro de Justicia e Interior, JUAN ALBERTO BELLOCH JULBE. ⁵

Un texto exactamente igual en nombre del Judío fue emitido ese mismo día. Según Loic, fue su padre quien logró el indulto gracias a sus contactos de alto nivel. A pesar de lo cual, la primera Panda del Moco ya había dejado el terreno libre a otros grupos en su estela. Digamos que el prototipo fundamental del pijo malo había quedado fijado ya gracias al Judío, el Francés, el Italiano y sus amigos. El Italiano seguiría liderando a algunos de los «Mocos primigenios» hasta finales de los ochenta, pero los imitadores no dejarían de emerger, unos detrás de otros.

Los sucesores: otras Pandas del Moco o grupos similares

Así pues, la Panda del Moco fue un grupo de amigos, al que se sumaron muchos otros, que estableció una especie de tradición o tendencia y se convirtió en un referente que muchos otros chavales quisieron replicar. Comenzaron a surgir otras Pandas del Moco y grupos similares con otros nombres. La primera y más importante de estas pandillas fue la Banda del Huevo, que, a pesar del nuevo nombre, a menudo se confundió con la Panda del Moco original, entre otras razones porque contaba con el hermano pequeño del Judío (al que llamaremos Judío 2).

Tras leer mi libro *Macarras interseculares*, una persona relacionada con ellos se puso en contacto conmigo y me facilitó información valiosa. La Banda del Huevo estaba compuesta por gente de diversa extracción social. Su área de mayor influencia era el barrio de Pinar de Chamartín, al norte de Madrid, y su momento de gloria, los últimos ochenta y primeros noventa.

Informador anónimo: «Nosotros éramos los Mocos de tercera generación que llamas [en tu libro *Macarras*]». «¿Por qué los llamaban la Banda del Huevo?», pregunto yo. «A mí me contó un colega: porque una noche habíamos estado en el Boguey, un pub que había en General Perón esquina con calle Orense. Fuimos a cenar algo y a la vuelta caminando por la calle dijimos: “Vamos a ponernos un nombre”. Y uno dijo: “Si los otros son los Mocos, pues nosotros somos la Banda del Huevo”. Fíjate qué tontería. Pero fue así de simple todo, de cachondeo y sin ningún motivo. Aunque luego todos decían que si eran del Moco. Era una época que fueses donde fueses todo estaba lleno de miembros de la Panda del Moco y de campeones mundiales de full contact.»

Uno de los del Huevo era Javi Lacoste. Otro entrevistado, que quiere permanecer en el más absoluto anonimato, me habla de él: «El Lacoste fue mi vecino desde los seis años en el Pinar de Chamartín. Es mala persona y mira que yo le quería... El Lacoste era del Pinar y acabó yonqui. La gente le tenía terror. Tiraba de cuchillo y era un extorsionador de niños... Los ponía a vender costo, etcétera. No era pijo, en realidad. Su padre era portero en una casa. Se metieron con él mucho toda la vida. Tenía muchos complejos. Estudió un tiempo en el Santa Cristina. Su padre era una buenísima persona, pero falleció hace ya muchísimos años». Pregunto: «¿Se notaban mucho las diferencias de clase social con el Lacoste?». Responde: «Imagino que eso también le afectó psicológicamente. Por ejemplo, el año que estaba en el Santa Cristina le llamaban el Lefas. Porque llegó el imbécil un día y dijo: “Yo sé una cosa que vosotros no sabéis: lo que es la lefa”, y con el nombrecito que se quedó. Iba bien vestido. Tenía un complejo de inferioridad.

»El Lacoste siempre andaba tirando de navaja. La típica puñaladita de poner el dedo para que no entre toda la navaja. Pero tú imagínate que eres un chaval y que te hacen dos veces eso en una

pierna, te pones a sangrar como un cerdo, pues te acojonas. El Lacoste tenía cara de malo y sabía intimidar. Se ponía mucho... Al Lacoste le sentaba muy mal, eso depende de cada persona. Recuerdo que le encantaba fumar cocaína, pero en nevado. Luego no sé si se pasaría a la base... Era ponerse, ponerse, ponerse y luego ponerse malo.

»No era un psicópata. Te lo digo porque no era realmente valiente como lo son los psicópatas, que les importa todo un comino. Pero escrúpulos cero, eso sí. Y le gustaba mucho el dinero, pero en el fondo era un cobarde».

Le pregunto si está molesto con él. «Hombre, si eres amigo de un tío desde los seis años... Te metes en líos exclusivamente por echarle una mano; haces la vista gorda con cosas que moralmente no te gustan nada; te lo encuentras tirado, todo puesto a la salida de los garitos, lo metes en el coche y te lo llevas a casa; te pegas más de una vez por defenderle... Y luego él pasa de ti, pues no tengo buen recuerdo de él.»

Otro entrevistado: «El Judío 2 tenía madera de líder, como su hermano mayor. Y eso que era mucho más joven que nosotros. Le sacábamos tres años, pero tres años en esa época se notaban mucho. Lo que pasa es que no le tenía miedo a nada, era como su hermano. Pero su hermano mayor era más frío...». Entre la gente de la Banda del Huevo estaban «el Judío 2 y el Javi Lacoste, el Cigüeño, M. y D. [dos hermanos también judíos], el Bombono [porque tenía una Vespa naranja], etcétera. La mayoría de estos no eran traficantes y extorsionadores, simplemente que a veces tenían la mano suelta. El Cigüeño era un caballero, era alto, fuerte, guapo. Le llamaban así porque tenía nariz de gancho. Era muy amigo de los Italianos. El D., que era del grupo, trabajó en el Presto de puerta, con el boxeador Alfredo Evangelista. Era un after que había en la calle Agustín de Foxá.

»Mucha gente de la época paraba en el Presto, luego le cambiaron el nombre y lo llamaron Touch. También paraba todo el mundo en Ortega y Gasset, en el Taste. Luego se llamó Flix. Todos los sitios en los que parábamos quedaban relativamente cerca para alguien que se desplazaba en moto. También parábamos en un bar que se llamaba el Carrio, detrás del antiguo Jumbo [hoy un Alcampo], por la zona de Pío XII. Estaba detrás del Chuli, en la colonia de chalets. El Chuli era un chiringuito donde paraba mucha gente del colegio Santa Cristina, donde paraban muchas niñas. Justo al lado de la piscina del Jumbo».

Le pregunto si había neonazis por la zona en su época: «Nosotros con nazis íbamos poco, recuerda que teníamos muchos amigos judíos. Si aparecía un tío con una esvástica, eso molestaba mucho. Los nazis de antes iban muy bien arreglados, con los abrigos Loden, delgaditos. [...] La gente vestía Levi's 501, New Balance 1300, que nos sacaban de la base americana, gafas de sol Vuarnet, camisetas surferas... También llevábamos chaquetas de borrego.

»El Judío 2 provocaba a los seguratas de los VIPS y quedaba con ellos a la salida cuando cerraran y se pegaba siempre con todos ellos... Y era un puto niño. Tendría quince años como mucho. Siempre se dijo que la mejor manera de no tener problemas con el Judío 2 era no tratar

con él. Había judíos en el grupo porque tenía amigos judíos que fueron a la Estrella Toledana, que era un colegio judío que había en la Moraleja».

Según Luis Tejedor: «Yo trabajé muchos años con el Judío 2 y era como el hermano mayor. Era un tío que medía un metro noventa, que tenía un brazo como mi pierna, ¿sabes lo que te quiero decir?».

Una fuente anónima de Twitter me comenta: «Uno de la Banda del Huevo intentó robarle las gafas o la chaqueta a un colega mío y acabaron haciéndose amigos porque mi colega se defendía. Mi colega luego se hizo un mítico del Frente Atlético. Al ver que mi colega era un bravo como ellos, el otro se quiso hacer amigo de él».

Pregunto a mi fuente por los pijos malos de la época: «Era un tipo de pijo que pusieron de moda los Mocos primigenios. Luego hubo muchas generaciones de tipos similares. El otro día pensaba en unos niñatos que los llamaban la Banda del Chicle, que paraban en Freddo Freddo, una heladería en calle Padre Damián. Eran muy chavalitos, eran unos niños. Esos se dedicaban a robar motos, me parece. Luego había dos gemelos que vivían en mi barrio (Pinar de Chamartín) y tenían fama, que uno decía que era de los Miami y tal». Dicho eso, según mi entrevistado, estas pandillas no eran grupos cerrados: «Tú te ibas a un sitio, por ejemplo, y te ibas a tomar algo y un conocido te pedía ayuda porque unos se habían metido con él, y ya estaba liada... O llegabas a un local con una novia y te encontrabas a tus amigos a palos y te metías entonces sin saber ni cómo ni por qué. [...] Siempre estaban los que daban la cara y luego una serie de buitres detrás para patear a las víctimas. Eso era muy típico de la Panda del Moco, por ejemplo. Luego se repetía el mismo esquema... Tú date cuenta la cantidad de gente que uno podía conocer en Pacha en un momento dado un sábado por la noche si tenía un lío. cuarenta o cincuenta personas y no te estoy exagerando.

»En el Flix pinchaba Pepo, que luego creo que estuvo pinchando en el Radical y esos sitios. Luego había otros bares: el Babia, en la calle Galileo; el Kitsch, que era una discoteca también de la calle Galileo que la llevaba Tino Casal; el RKO, etcétera. Por entonces empezaban también los afters en Madrid: el Planta Baja; otro after aquel que había en la plaza de los Cubos que ahora mismo no me acuerdo su nombre [New World].

»Yo recuerdo en Pacha que, como ya te conocían, solo se pagaba la entrada la noche de fin de año porque la recaudación era para los empleados. Normalmente llegabas, te metías y se acabó. Al Judío 2 se le daban bien las chicas, también a su hermano mayor. A esta gente se le daba bien las mujeres porque eran gente muy segura de sí misma. Y cuando tú estás muy seguro de ti mismo, eso se expresa en todas las facetas de tu vida: en el trabajo, en las chicas, en todo. Es así.

»La Panda del Huevo eran los pequeños del Moco. Paraban en el Boguey cuando los Mocos habían parado en el Look. A los Mocos todo el mundo les tenía terror. Pero cuando se hablaba de los Mocos, no son los Mocos, sino, en muchos casos, los que iban con los Mocos».

Del Judío 2 me cuenta una anécdota graciosa una de mis fuentes anónimas. Me habla de «códigos de honor entre chungos». Por lo visto, hubo «un accidente de motos en la calle Costa

Rica esquina Víctor de la Serna [barrio de Hispanoamérica], en el que chocaron el Judío 2 con N. S. [malote de Look], ambos damnificados por el choque. Cuando ya se disponían a zurrarse se reconocieron [sin los cascos] y prefirieron darse la mano y ayudarse a levantar del suelo los respectivos vehículos [Vespa y Yamaha 250 cc]». «También hubo un duelo al amanecer, que no se sabe si es una leyenda urbana. Se dice que el Judío 2 se citó con P. S. (militar, paraca) en el Parque de Berlín para combatir y dirimir así quién era el más fiero luchador de Chamartín. Al parecer quedaron en tablas y bastante maltrechos los dos.»

Máscara de Hierro, mítico pijo pegón de los noventa, tuvo sus broncas con el Judío 2: «De la Panda del Huevo el chungo era el Judío 2, que era el que pegaba. Y C., que la ETA cogió a su padre y lo mataron de la manita suya cuando era un niño. Era gente de grupos políticos de extrema derecha. [...] Los de la Panda del Huevo se aprovechaban mucho de los chavales. El Judío 2 me dio una de las pocas tundas que me han metido a mí. Porque pegué al Oveja, a uno de su grupo, y dijeron: “Decidle al Máscara que volverán las oscuras golondrinas” [risas]. Me encontré al Judío 2, me preguntó mi nombre y dijo: “Vente conmigo, que vamos a hablar”. Yo tenía diecinueve años y él veintipocos. Vino uno de ellos corriendo y el Judío 2 me dio un puñetazo. Entonces, vino un amigo mío que era el campeón de España de full contact y le metió una curra que te cagas. Pero, eso sí, me metió el Judío 2 una hostia que llevaba yo un chicle en la boca e hizo el chicle, ¡clac! Y se quedó pegado en la pared, que fui a cogerlo y dije: “¡Hostia!”. Te lo juro tío».

Keko [nombre falso] era el típico «pijo canallita» que vendía pastillas y conocía a todo el mundo. Le llamo y me cito con él. Mientras hablamos fuma porros de hierba sin parar. De tanto fumar se ha creado una portentosa tolerancia, no parece que le suban ya los porros. Empiezo a grabar: «Parábamos en el Pan y Bollos en calle Costa Rica 28, donde iba la gente del colegio Cumbre. Al callejón que hay ahí al lado lo llamaban la Abuela. Nosotros parábamos en la Abuela. Nosotros nos movimos en varios parques de toda esa zona y al final acabamos en un parque que estaba ahí en la Abuela y creamos nexos con otros grupos de otros parques de la zona. Estaba el parque de las Hormigas, que estaba por Víctor de la Serna. En el parque del Santa Marca había una gente que nosotros llamábamos los Corner People, porque se ponían en una esquina y parecían muy americanos y se quedaron con ese nombre».

Antaño la vida social se canalizaba a través de los parques. Cada grupo se adhería a un terreno o parque concreto donde se reunía a diario para charlar y fumar porros, ante todo. Hiciese calor, lloviese o hiciese frío, la gente se juntaba en el parque; un hábito asociado a jóvenes sin suficiente dinero como para socializar exclusivamente en bares y restaurantes. Quizá hoy las redes sociales e internet han sustituido la tradicional función del parque, aunque sigue habiendo espacios públicos de socialización, como es natural. Keko conoció todos los parques y grupos de la zona: «Yo soy del 70, y del Moco conocía al Judío 2, que en realidad era de la Panda del Huevo. Ese aparecía por ahí con el Javi Lacoste. Había dos con el mismo mote. [El Lacoste del Huevo] era el más chungo de los dos. Yo los conocí porque había un chaval en mi barrio al que

llamaban el Millones y empezaron a intentar chupar todos de él. Y él también se relacionó con los pijos malos del Freddo Freddo, una famosa heladería de Madrid que cuenta con varios locales en la zona: uno en Costa Rica 28 y otro en Padre Damián 15. Luego, en El Viso, había un parquecito que llamábamos el Quesito, que está casi pegado al paseo de La Habana. Ahí se movía un tal Yusti, el Leguina, el V. Luego el V. fue la pareja de la Reina de la Coca.¹

»Luego estaba el parque de las Barras, que ese estaba pegado al Bernabéu, que había otro grupo que se ponía ahí. Luego estaba otro parque... ¡El Roto! El Roto estaba en calle Víctor de la Serna. Luego yo conocía a la gente que paraba en los parques del instituto Santa Marca; el Plácido [nombre falso] y estos. El Plácido llegó de Galicia en el 91 con su familia a la zona donde vivía yo con mis padres, en calle Príncipe de Vergara, y, nada más llegar, me robó la bici. Mi madre habló con él y me la devolvió. Yo me hice colega de él y hacíamos trapicheos de tripis. Yo solo tenía que coger el ascensor para subir a su casa. Su padre era un tipo formal que iba siempre con muchos papeles, como superdesastre; su madre no sé qué le pasaba; su hermana está un poco flipada... Luego al Plácido ya se le fue... Las que liaba el Plácido eran impresionantes. Estampó el coche contra un bar. Pero era un buen tío, ¿eh? Muy generoso, espléndido con sus amigos...

»El Javi Lacoste, de la Panda del Huevo, era un poco encabronadillo... A nosotros nos vinieron a extorsionar un poco por un chaval que soltaba mucha pasta, que paraba con nosotros, el Millones. Y venían y decían: “¡A ver, el reloj este que me habías prometido a mí!”. El Millones este robaba y los otros como que le protegían,² una cosa muy rara. Era un chaval que de repente apareció por ahí y no sabíamos de dónde sacaba el dinero. Porque él se lo ganaba. Haciendo trapis, robaba. No era nada pijo, su padre era como muy macarra. Y no sabemos si el chaval entraba a robar en oficinas o tal... Con trece años, todavía ni salíamos. Íbamos a la pista Rolling de la estación de Chamartín, a tomarnos Coca-Colas. Luego empezó a consumir jamaro [heroína], también, y al final ya no sé qué fue de ese hombre. Ese se movía por el Freddo Freddo también. Pero desapareció muy rápido. [...] El tío iba con los del Huevo, y tal. Pero nos llevaba por ahí... Veinte tíos cenando, invitados. A uno igual lo puteaba. A ese, a lo mejor, no le ponía Coca-Cola... El tío con trece años ya robaba tanto que tenía para invitar a todos. Le llamaban el Millones».

Yo replico: «¡Se lo daría su padre!». Keko: «Que no, que no. ¡Si su padre también le pedía! Nunca supimos muy bien si le culeaban o de dónde sacaba la pasta. Y el tío se pervirtió. De las Coca-Colas en el Rolling se pasó a la zarpa [coca] y luego no sé si al jaco, ¿sabes lo que te digo? Con los malonies ya... Y al final el pibe se quemó y desapareció del mapa. No sé si acabó en la cárcel.

»Uno de la Panda del Huevo tenía unos tubos de escape en la moto, no sé si eran Arrow, que tenían un sonido característico, que tú oías el tubo de escape desde lejos. Y cuando ya se iba a meter por la esquina donde estábamos nosotros en la calle Chile, nos preparábamos. Ahí había una especie de murete de ladrillo, que era el típico sitio de encuentro. Y ahí, cuando le oíamos

venir, empezábamos a esconder los relojes que nos había dado el Millones para que no nos los quitasen. Llegaba y le decía al Millones: “¿Dónde está el casco Freddy Spencer que me has prometido!”. Freddie Spencer era un motociclista famoso de la época. “¿Dónde está?!”. No nos pegaba, pero nos atemorizaba. Y a alguno, si le vacilaba, le marcaba. Estaba muy fuerte, esos estaban hartos de entrenar. Hacían full contact. Nos quedamos todos como medio en fila, tú, casi en formación, ¿sabes? A uno lo respetaba porque conocía a su primo. A ese lo ponía a su lado y decía: “¡A ver, los demás!”.

»Hay uno de esos de la Panda del Huevo o asociado que acabó bajándose a los poblados de la droga, estuvo en la cárcel y fue un poco yoni [en referencia a su consumo de heroína o cocaína]... Pero mola un montón, muy majo. Eran gente del Pinar de Chamartín e iban por la discoteca Flix».

Del Millones se habla mucho pasado los años, lo mismo que de otras anécdotas del barrio de Chamartín, donde este vivía. Una fuente anónima me habla de ello: «El Millones o Milloneti creo recordar que se llamaba D. (no estoy seguro). Era un tipo poco agraciado físicamente y contrahecho, caminaba con los pies hacia fuera, arrastrándolos torpemente. Antes de conseguir y repartir tanta pasta, pasaba por ser un chaval muy tímido y solitario, sin criterio estético definido ni pandilla. Jugué con él al fútbol y al baloncesto a principios de los ochenta en una cancha que había al final de la calle Colombia. Más tarde esas circunstancias cambiaron y pasó a tener una corte de seguidores interesados y protectores chungos a los que soltaba mucho dinero en efectivo y hacía regalos caros. Le doraban la píldora, lo llevaban a sus zonas de influencia (Pacha, Jácara, etcétera), le presentaban a tías buenas y después, a su espalda, se reían de él tildándolo de jincho, chacho, tolai, puterillo o chapero. Por entonces ya vestía el uniforme oficial de pijo chungo.

»Uno de esos seguidores y “amigo” era P. M. (ya fallecido hace años en un accidente de escalada), también sus hermanos C. M. y J. M. Por ellos (vecinos y colegas míos) supe de las andanzas y generosidad del Milloneti. Los cuatro coincidimos alguna vez en el pub Soccer (entre calle Costa Rica y calle Nicaragua) echando partidas de billar. [...] Especulaciones (ninguna certeza) sobre el origen de su fortuna: 1. El dinero a espuestas se lo daba su padre para apaciguar el sentimiento de culpa que sentía tras el divorcio. 2. Se lo robaba directamente al padre cuando se quedaba en su casa. 3. Era chapero. 4. Robaba en un almacén mercancía de lujo que luego vendía o regalaba. 5. Camello. [...] Desapareció sin previo aviso y algunos dijeron que lo había trincado la pasma, otros que fue víctima de un ajuste de cuentas, que murió, que su familia se lo llevó de Madrid para sacarlo del ambiente pernicioso en que se movía... En fin, teorías sin confirmar.

»El Millones era un chacho: el pobre o paleta que intentaba pasar por pijo, pero sin ropa de marca. Un imitador fallido. En vez de Levi's vestían vaqueros Jesús. Náuticos baratos, abrigos tipo plumas pero de guata. Un quiero y no puedo. El equivalente actual a los canis, pero sin ese orgullo de ser canis.³ Vivía en el barrio de Nueva España, en la calle Drácena o cerca. Cerca del colegio Cumbre y de la calle Colombia. Daba mucha pena observar desde fuera esa

sobreexposición y explotación de la que si él era consciente prefería asumirla para no perder su estatus y su sensación de por fin ser aceptado».

Otro informador de la época: «El Millones era un idiota. Le sacaban 50.000 o 100.000 pesetas de la época a la semana, no te exagero. Anda que no le habrá sacado dinero el Lacoste. Creo que él lo robaba de algún sitio y luego se lo robaban a él por idiota. Extorsión pura y dura. Eso debe ser por el 87, 88. Qué barbaridad de chorro de dinero, macho, a mí no me gustaban esas cosas y nunca le pedí nada. Recuerdo que el imbécil se me puso tonto un día precisamente por eso y le tuve que dar un bofetón en el Flix, porque me faltó el respeto. Por bueno y no pedirle pasta cuando todo el mundo se la sacaba. Rápidamente me llegó el Lacoste: “Tronco, que me jodes el negocio”.

»Vivía ahí detrás del Cumbre y había competiciones a ver quién le cogía antes para sacarle todo el dinero. Así todos los días. Supongo que acabaría mal. Puede ser que alguna historia rara tuviera con el padre. El Lacoste decía que el padre era vigilante en un sitio y robaba, o a lo mejor robaba el hijo, yo qué sé... Pero parecía que el padre y él estaban asociados. De todas formas, la cantidad de dinero era muy grande... muy muy grande lo que le sacaban. Eso sí, la extorsión al Millones fue durante una época, luego creo que se acabó. Al final no le daba dinero a mucha más gente, solo a dos. Lógicamente, se escaparía. No le dejaban vivir, su casa la tenían cercada.

»Paraba en unos recreativos en la plaza donde acaba la calle del Cumbre y corta con Pío XII. No sé de dónde salió, pero era el hombre del momento, todo el mundo lo buscaba... Más bien era un chaval desamparado, descerebrado y al que le gustaba ponerse.

»Por esa época se puso de moda saltar la valla del Retiro tras el cierre del parque y montar emboscadas entre distintas tribus urbanas. En una de las veladas más memorables, varios pijos soltaron las barcas de remos y organizaron una batalla naval en medio del estanque. También consiguieron abordar y arrancar el bote de recreo a motor. [...] N. S. contaba con mucha gracia que “de repente un heavy me cayó de un árbol y cuando iba a defenderme el tipo me pidió fuego porque había perdido el mechero allá arriba”. No siempre los encuentros eran tan amistosos, predominaban las peleas».

Sobre la antigua Estación Sur de autobuses (Palos de la Frontera, Arganzuela), mi fuente me habla de droga, pederastia y sicarios de alquiler: «Era un entorno sucio, decrépito y peligroso. Había muchos carteristas, navajeros, quinquis y yonquis terminales. En los cuartos de baño se traficaba con droga y sexo (raro era que no te ofreciera dinero algún viejales homosexual por una paja o mamada, les importaba poco la edad que tuvieras). Corría el rumor de que se podía contratar entre los buscavidas que la pululaban a sicarios para dar palizas. Inaugurada en 1971, cerró en 1996». También en esos años había luchas entre «gitanos versus pijos»: «Había batallas campales entre ambos grupos con palos, piedras, navajas y escopetas de perdigones en el Parque de la Quinta (frente a las chabolas), Metro Avenida de la Paz. Los ganadores se paseaban por el barrio (Avenida de Alfonso XII, Ramón y Cajal, Pintor Ribera) pegando gritos y golpes al mobiliario urbano, alardeando de su victoria y dominación. Hasta la siguiente reyerta en la que

perdían. Los vecinos asustados cerraban ventanas, bajaban persianas y llamaban a la policía. En la Bodega Bética (calle Sauce) se congregaban muchos de los intervinientes en los periodos de paz, todos pillaban y consumían las mismas sustancias allí.

»En las fiestas del Parque de Berlín se juntaban distintas tribus urbanas que tras beber gratis en las casetas se liaban a hostias, sobre todo fachas, punkis, pijos y rojos antifascistas. Era habitual la presencia de cantantes y actores famosos vecinos del barrio y militantes del partido o del sindicato CC. OO. También ellos se ponían de todo y los camellos hacían su agosto.

»Algunos sucedáneos de la Panda del Moco eran la Banda del Pollo (lapo): pijos de los colegios Santa Cristina, Cumbre y Hermanos Corazonistas. Tenían más estética que pegada: motos chulas, ropa de marca muy cara, suspenso en todas las asignaturas. También Los Tortas: repartían bofetones al azar por la calle y al que se les encaraba lo apalizaban sin compasión. Iban de barrio en barrio para evitar las denuncias y reconocimientos». Entre las armas caseras que usaban algunas de estas pandillas estaban: «La agarradera de plástico blanco de los buses EMT (se retorció la tira de cuero que la sujetaba a la barra horizontal superior hasta que esta cedía hasta quedar un puño americano rudimentario), mecheros dentro del puño, llave sobresaliendo entre las falanges, porra extensible, faca, destornillador de estrella. También se falsificaban los abonos de transportes y los DNI para entrar en las discotecas». Por lo visto otro pijo mítico era «el Chico Guays. El Chico Guays fue un niño pijo del barrio de la Estrella de los años ochenta que siempre vestía a la última y tenía Vans cuando en Madrid solo las encontrabas en Caribbean».

Luego estaba «el Guarro y los gigolós»: «El Guarro o El Vicente, en calle Juan Bravo esquina Príncipe de Vergara, era un local vetusto y minúsculo regentado por su anciano dueño. Se bebía en las aceras y la mediana del bulevar, botijos de Mahou y cubatas DYC muy baratos (25 pesetas los primeros). También rulaba el chocolate y la coca (en nevaditos). Un poco más abajo en dirección al paseo de la Castellana estaba el discopub Green y unos metros antes un garito lujoso de gigolós para señoras ricas del barrio de Salamanca. Más de uno se cruzó con su madre o abuela en la travesía del Guarro al Green.

»También estaba el Kwai, calle Fernando VI. Las peleas entre pijos chungos que bajaban de Pacha, Bilbao, Tribunal, Malasaña y los punkis eran antológicas, pero siempre fuera del local: ambas tribus respetaban y apreciaban mucho a Constante y al pobre alcohólico que recogía los cascos de la calle y los metía dentro.⁴ [...] Constante era el dueño del Kwai. Un tipo grande, ya mayor, calvo, fuerte. Asturiano, trabajó en la mina de joven. Tenía la voz muy grave, hablaba alto y bromeaba mucho, era socarrón. Las “pechugas de Villaroy” eran los cubatas baratos con whisky de la marca Doble V, una roca de hielo partida a mano y un chorro escaso de Coca-Cola. Había un cartel colgado tras la barra con ese nombre, el precio y la foto de unas tetas (las pechugas, nada sutil). Constante tenía un cangrejo que ponía sobre la barra y emborrachaba con ginebra o vodka para disfrute y risas de los parroquianos.

»En la plaza del Marqués de Salamanca había un garito de ambiente surfero con música

californiana de los sesenta al que eran asiduos los rockers y también los mods, que los esperaban en la puerta con sus vespas y las cadenas en ristre. Se llamaba el Beach Boys y no transmitía tan buenas vibraciones como las canciones de ese grupo sugerían.

»Yo recuerdo un pijo macarra que tenía la costumbre de afanar motos en barrios obreruzos. Se explicaba el tío como sigue: “Yo robo a los pobres para dárselo a los ricos. Soy Hood Robin”. Gracioso era, el cabroncete».

Muchos miembros de este «conglomerado» de pijos canallas paraban en parques que iban desde el colegio Cumbre, en calle Costa Rica, hasta el Pinar de Chamartín, es decir, que ocupaban el distrito de clase media, media-alta de Chamartín. Manoteras es un barrio colindante con el referido Pinar y existían relaciones entre grupos de dichas zonas vecinas a pesar de las diferencias de extracción social (siendo Manoteras más pobre). Para ilustrar el contagio cultural que nutrió a mucho del pijerío macarra de los ochenta y noventa, señalaré que en la calle Jazmín se construyeron, a mediados de los años ochenta, unos famosos edificios de realojo para población gitana (muy reconocible por los capirotes metálicos de colores que coronan sus estructuras) conocidos entre mucha gente como «Los Picos». De hecho, dichas viviendas de protección oficial vinieron a ser conocidas en los años ochenta como «El Bronx de Manoteras».

En cuanto al Bronx, los propios vecinos de la zona rechazaron la integración de antiguos pobladores de las chabolas cercanas. En palabras de un artículo de *El País* con fecha del 4 de octubre de 1984:

Los presidentes de las comunidades de vecinos de las viviendas de protección oficial y promoción pública de los edificios 23 al 37 de la calle del Jazmín, al final de la calle de Arturo Soria, en Madrid, han advertido al Ayuntamiento de su oposición rotunda a que una serie de familias de raza gitana que ahora ocupan unas chabolas situadas en las inmediaciones de sus bloques se instalen en las viviendas sin adjudicar por el MOPU (Ministerio de Obras Públicas) que restan en los mismos. El concejal Jesús Espelosín, responsable del área de Urbanismo e Infraestructuras Básicas, advirtió ayer que los gitanos, como cualquier otro ciudadano, tienen los mismos derechos que los payos.⁵

Si el centro de reunión de los Mocos era el VIPS de paseo de La Habana, los del Huevo se reunían en el Troncomóvil, un parque del Pinar en calle Jazmín 3.

Amigo de los Huevos: «En el parque del Troncomóvil había una excavadora que pintaron como un juguete, cuando el parque estaba mucho más oculto de la mirada que ahora.⁶ Siempre paraban ahí. Como no había móvil, bajabas al parque y esperabas. Se juntaban veinte personas, fumando canutos y bebiendo cervezas. [...] El Pinar de Chamartín se dividía en fases. Una primera fase la construyeron primero, y luego una segunda fase. Las fases eran como comunidades de propietarios. En el 70 o el 71 se construyó mi fase, que era la segunda fase; la otra es un poco anterior, de finales de los sesenta. Y la gente del Pinar paraba en el parque ese del Troncomóvil. Era donde sacabas el perro, te fumabas un canuto, era donde quedabas con la novia, era como un sitio de reunión. Entonces había muchos jóvenes, había muchas generaciones. Había hermanos, que del mayor al pequeño había siete años de diferencia. Recuerdo a uno con un Land Rover del padre tirando del freno de mano por esas calles de noche

que casi lo volcó. Había vecinos que se cabreaban y le tiraban macetas». Pregunto: «¿El Pinar estaba aislado?». «Arturo Soria, por ejemplo, estaba cortada. Tú ahora que bajas por Arturo Soria hasta el nudo de Manoterías, eso no existía, eso eran chabolas todo. Eso era como el Bronx primigenio. Uno, si se quedaba sin batería en el coche, lo soltaba por la cuesta de Arturo Soria hacia abajo. A la zona del Bronx primigenio ni los autobuseros se atrevían a bajar porque los atracaban.

»El nudo de Manoterías, San Chinarro, etcétera, todo eso no existía. En Pinar de Chamartín acababa la ciudad. Era como aparece en la película de *La semana del asesino* (1972) que comentas tú [en *Macarras interseculares*]. Eso es el Pinar. ¿Tú te acuerdas de que se ven los bloques de pisos frente a las chabolas? Pues así era.

»Desde que eras niño bajaban gitanos que te querían quitar la bicicleta, y tú no querías. Estaban pegados ambos barrios. Estaban los bloques y una calle más abajo eran chabolas, que muchas de ellas eran casas bajas, de estas de cal, encaladas, como de pueblecito. [...] En tiempo había chabolas y luego hicieron las viviendas de protección oficial. Eso es el Bronx. Son los edificios que tienen las cosas raras en la parte superior. Eso es lo que llamábamos el Bronx. Arturo Soria se cortaba antes, bastante más arriba. A los gitanos los realojaron ahí. Lo típico de la época, que si se llevaban las tuberías, que si tenían cabras en los pisos... Eso fue a principios de los ochenta. Yo conocí al Costras, de la zona, que me pareció un tipo amable. Luego había uno que era el J., del que se contaban muchas historias. Contaba la leyenda que le habían robado una moto o tenían una deuda con él y fue a meterle un tiro en una pierna al tipo y se equivocó de puerta, de casa. Se referían a ellos como los de Manoterías o los del Bronx.»

Mi informante me habla de la coexistencia en un mismo espacio geográfico entre grupos sociales tan disimilares material y culturalmente: «Antes del Bronx había chabolas, pero donde yo vivo, en Pinar de Chamartín, también había chabolas. Vamos, casas bajas. En toda esa zona del Pinar de Chamartín, hacia Manoterías y hasta Hortaleza, había casas bajas. Eso aparece en *La semana del asesino*, de Eloy de la Iglesia, y eso es el Pinar. Y la casa donde está el asesino era la típica casa baja de aquella época. Vivía gente de pueblo, también, inmigrantes. Extremeños, andaluces.

»Había uno al que el Judío 2 le pillaba siempre la moto, y vino un día diciendo que se la habían robado. Y nos subimos cuatro en un coche y bajamos hacia las casas bajas. En el Golf GTI del colega. Y salimos del coche, y, de repente, miramos hacia las ventanas y ya se veía como alguna escopeta. Y dijimos: “Vámonos de aquí... vámonos para arriba”. [...] De pequeño te robaban los Madelman [pequeños muñecos articulados fabricados entre 1968 y 1983] y te pegabas con los gitanos. Entonces no les tenías miedo, ¿sabes? Como estabas habituado a ver gitanos toda la vida. A lo mejor hacíamos guerras de tomates con unos gemelos gitanos, de una familia que todos eran muy rubios, toda la familia. Tenías pequeños conflictos, pero sí que se podía convivir. [...] Luego había una época que hubo unos billares por aquí en el Pinar, bueno, unos recreativos. Y ahí paraban también.

»Yo tuve un amigo que era de Villa Rosa, barrio de Hortaleza, que se odiaban con los del Bronx. Tuvieron una pelea y fueron a buscarles a Villa Rosa, a un bar donde estaban. Y hubo un muerto.⁷ [...] En el Bronx metieron gente del Querol y Valdevivar. Eran barrios de casas bajas que estaban rodeando el barrio». Korki, otro entrevistado del barrio de Hortaleza me dice: «Ahora lo llaman Disney World, porque lo pintaron todo. El Bronx era antes de la reforma aquella. Se decía que por ahí pasabas y volvías en calzoncillos a casa».

Entrevistado anónimo: «Javi Lacoste hizo la EGB en un colegio que se llamaba el Joaquín Turina. Era un colegio que estaba en el Pinar, en la primera fase esta de la que te hablo, donde también iban los gitanillos del Bronx». Este era otro foco de interacción entre gentes de diversas clases sociales y etnias, que pudo avivar el instinto macarra de la población pija del barrio. El Colegio Joaquín Turina estaba en la calle Arturo Soria 332. La escuela estaba a escasos 400 metros del Bronx, y en el núcleo mismo del Pinar de Chamartín, dos zonas diametralmente opuestas en términos socioeconómicos. A sus aulas asistían tanto payos como gitanos, de clase media y de clase obrera, o incluso marginal. «Ahí era donde iban los gitanos. Pues ahí supongo que habría más movidas porque ya tienes la convivencia con ellos diaria, ¿no? Y se harían colegas, sí. [...] A Lacoste, que fue a ese colegio, lo que le pasó es que lo tenían hartado y cuando creció un poquito y se hizo un poco más grande, pues sacó la mala leche. Él tenía mucha amargura metida dentro, mucha...⁸ Físicamente, era de estatura media baja, lo que pasa es que tenía cara de loco porque se le marcaban mucho las ojeras. Además, padecía de grandes jaquecas, no sé si de ponerse tanto de coca.

»En la Puerta de Alcalá había un bar que se llamaba el Café Independencia, o algo así. O el Bar Independencia. Y ahí hubo una época que uno de los hermanos Mazingher, no sé cuál,⁹ porque eran iguales, trabajaba de puerta. Y me acuerdo que estaba yo dentro y me vino y me dijo: “¿Conoces al Javi Lacoste?”. Y le digo: “Sí, claro que le conocemos”. Me contesta: “Como es amigo vuestro, yo te digo que nos ha robado un coche y nos lo tiene que devolver”. Y el Lacoste paraba con otro que era el Ovejo. Y les dije, cuando los vi en el parque del Troncomóvil del Pinar de Chamartín: “Pero ¿qué habéis hecho que se me ha acercado este?”. Y el Lacoste contestaba: “¡A mí qué me tienen que decir estos a mí!”. Y yo pensando: “Vosotros veréis”. “Es asunto vuestro.” Al final no pasó nada, no sé. No sé qué pasaría.¹⁰

»El Ovejo era también cabroncete en esa época. El Lacoste y el Ovejo, el Lacoste y el Ovejo. Iban siempre juntos. [...] El Lacoste no robaba coches, que yo supiera. Pero algo tendrían que ver con el coche. El Lacoste se dedicaba a la extorsión y las drogas. Acojonaba a los chavales y los ponía a vender en los parques.

»El Lacoste luego se fue unos años a América, de espalda mojada. El Lacoste era muy mala persona. Yo le conocía desde hacía mucho, pero él sabía que si en un momento dado me hartaba, le daría un bofetón. Sabía que a mí se me caza mejor con miel que con hiel. ¿Sabes lo que te digo?»

Sobre la conexión de Lacoste con el Parque de Berlín de la que hablo en *Macarras*

interseculares me comenta: «Tú date cuenta que está todo pegado. Este, por ejemplo, iba al Santa Cristina, y el barrio de Colombia está muy cerca del Santa Cristina, son cinco minutos en moto. El Parque de Berlín está al lado. Es que todo está al lado. [...] Este se hizo malo cuando empezó a juntarse con el Judío 2 y cuando empezamos a tener alguna bronca en los garitos. Cuando se hizo más fuerte no dejaba que la gente le vacilara como antes. Luego empezó con el consumo de drogas. Dejó de estudiar y, cuando no tienes nada que hacer, no tienes novia y encima no haces deporte... pues él se pasaba el día en la calle. [...] Yo sé por chavales más jóvenes que ponía a vender a la gente. Él jugaba con la intimidación. Cuando tenía una discusión se quedaba mirando con cara de malo o le metía un par de bofetones al tío. O sea, era un maestro de la intimidación. Este jugaba bien sus cartas.

»El Judío 2 era “miedo cero”, tenía un elevado concepto de sí mismo, era más un psicópata de manual. El Lacoste era malo, pero no tenía ese valor, o ese tirar p’alante que tenía el otro. El Lacoste era más de intimidar a un chaval con la navajita en la mano, para meterle la puntita. A mí eso me parece una cobardía.

»Nosotros tuvimos una época que había peleas todos los fines de semana en el Boguey. Lo de las extorsiones a chavales yo las sé porque me las han contado. A lo mejor llegaba a los chavales y decía: “¡Tú me tienes que vender esto!”. Así ampliaría negocio, ampliaría su zona de influencia.

»El Ovejo, como ya he dicho, era uno que durante una época fue socio del Lacoste. Hacían sus cosas. Se movían siempre juntos. Era un tipo de buena posición social. Ese tuvo su época mala y luego se dedicó a sus cosas. Le llamaban el Ovejo porque era rubio y tenía sus rizos [risas]: “¡Tú, que pareces una oveja! ¡Ovejo!”. [...] Paraban en el bar La Abuela, que hoy son Los Barriletes [en calle Costa Rica 15]. Luego estaba el Carrillo. Había una pequeña colonia de chalets ahí detrás de lo que era el Jumbo, que es ahora un Alcampo, por la calle Madre de Dios. Lo derribaron. Era un chalet antiguo, que era un bar, tenía un patio. Tú imagínate lo bien que se estaba ahí. El patio era un sitio como un club privado. La gente iba ahí a jugar al mus, a fumarse los porritos, a quedar con la novia. [...] Cuando leo tus libros me parece que tú encasillas mucho: una gente de una zona, otra gente de otra zona. Pero la gente se movía de una zona para otra».

Un suceso legendario tuvo lugar en Pacha entre los hermanos pequeños de dos de los Mocos más prominentes. Los llamaremos el Italiano 2 y el Judío 2. El primero arrancó un trozo de oreja al segundo en una pelea: «Cuando el lío famoso de la oreja... Fue porque el Judío 2 le estaba siempre pidiendo la moto, bueno “pidiendo” la moto a un chavalito, a un pijito de estos que tenía una GSX o algo así. Y un día el Italiano 2 le dijo que no. Y ahí empezó.

»El Italiano 2, igual que estaba muy mal de la olla, era muy dado a defender a la parte más débil, ¿sabes? [...] Yo me eché una novia en Barcelona y me acuerdo que entraba con ella en el Pacha. De esto que acabas de empezar una relación. Y, de repente, empiezo a oír: blum, blum,

blum, blam. Blum, blum, blum, blam. ¿Te acuerdas de las escaleras estas que había en el Pacha? Rodaban los dos dándose de golpes. Mi novia flipando. Y viene uno y dice: “Es que tal... Lo mato, ¡la próxima vez lo mato!”. Luego a los dos minutos se viene el otro (como los dos eran amigos míos): “¡Me cago en su puta madre, que es que lo mato!”. Luego llegamos arriba. Que estaba el Javi Lacoste, el otro, con hielo para el Judío 2. Y aparece el Italiano mayor, y aparece el Judío mayor. Total, al final llegaron a un acuerdo y dijeron: “Mira, que se arreglen entre estos, que están sonados”. Y posteriormente fue cuando la tuvieron en el parking del Oh! Madrid. En el Oh! Madrid había un parking inmenso en el que había unas peleas... Ahí fue cuando se engancharon... Se empezaron a currar. El Judío 2 lo consiguió tirar y el Italiano 2 estaba en el suelo gritando: “¡No hay dolor! ¡No hay dolor!”. Luego, en una de esas, el Italiano 2 le arrancó al otro un trozo de oreja. Le hicieron la cirugía, pero si le miras de cerca, le falta un poco del lóbulo de la oreja. [...] El Italiano 2 es inmenso. Además, nunca retrocede, tampoco. O sea, que el otro se encontró con la horma de su zapato».

Luis Tejedor, amigo de los Mocos, tiene su propia versión de los hechos: «En Oh! Madrid hubo una famosa pelea entre el hermano pequeño del Judío y el hermano pequeño del Italiano. El Judío 2 sacó un puño americano y el Italiano 2 sacó una navaja. Y uno de los mayores les dijo que no, que hay unas normas. El Judío 2 era más grande, pero el Italiano 2 peleaba mejor. Este cogió al Judío 2 y le arrancó, de un bocado, media oreja. Y se la escupió en la cara. Ahí sí estaba yo».

Informante anónimo: «Lo de la oreja fue en el Oh! Madrid. Esa discoteca tenía un parking, tenía una pizzería. Tenía una zona con unos billares, luego había una pista de baile, chicas monas. Estaba en el kilómetro 8 de la carretera de la Coruña. Estaba de moda. Entonces se hacía tourné de garitos. Cogía el coche, me iba al Flix, me tomaba una copa, luego de ahí me iba a otro lado. Pero veías a la misma gente en los mismos sitios, siempre. Por eso cuando tú acotas tanto, eso no es así. No es real, es muy de laboratorio.¹¹ Cada uno iba por su cuenta. Por ejemplo, una cosa que me gustaba mucho es que a tal hora podía encontrar a tal persona en el Pacha, a otra hora en otro lado a otros. Tenía la maravillosa ventaja de que no existían móviles, porque no querías que nadie te encontrara porque no te apetecía y, cuando querías ver a alguien, te acercabas a donde estuviera».

Según el Italiano, hubo una segunda pelea relevante entre los hermanos pequeños de los Mocos. En ella, de nuevo el Italiano 2 logró la victoria agarrando del cuello al Judío 2 y asfixiándolo hasta que este perdió el conocimiento. Cuando el Judío mayor vio que su hermano pequeño tenía los ojos en blanco se lanzó a separarlos para dar por concluida la pelea. El Italiano malinterpretó este gesto como un abuso contra su propio hermano y se enfadó con varios de los presentes. Cuando llegó al lugar —una vez concluida la pelea— y vio a un amigo del Judío 2 (Javi Lacoste) presionando una bolsa de hielos sobre la cabeza de este, lo primero que hizo fue «darle un bofetón» al enfermero improvisado. Luego se dirigió al Judío y a otros presentes a gritos, enfadado por lo que él creía había sido una intervención injusta. En ese instante el Judío

calló. Como me dijo el Italiano, «no porque tuviese miedo, porque miedo no tenía», sino porque prefirió esperar a explicarse en otro momento. Otro día, cuando el Italiano estaba en su coche a las puertas del VIPS de paseo de La Habana, el Judío golpeó la ventanilla y le invitó a salir: «¿Estás ahora más tranquilo o sigues enfadado?». El Italiano salió del coche y el Judío le explicó que no había intervenido en la pelea para favorecer a su hermano, sino únicamente para darla por zanjada al ver que su hermano pequeño se había desmayado.

La Panda del Huevo de finales de los ochenta contó con mucha notoriedad. Pero llegó un momento en que cualquier grupo de pijos malos era confundido con la Panda del Moco. Así lo atestigua un artículo de Carlos Fresneda para *El País*, del 16 de enero de 1987, que transcribo en su totalidad:

Varios jóvenes afirman haber sido objeto de agresiones a las puertas de la discoteca Pacha, en la calle de Barceló, 11, por parte de un grupo de unas seis personas. Los agresores —de unos 20 años— emplearon nudillos metálicos y bates de béisbol. Uno de los afectados, R. F. V., de 32 años, ha permanecido una semana internado, como consecuencia de los golpes recibidos el 5 de enero.

J. M., de 26 años, fue también agredido en la misma noche y relata así los hechos: «Todo empezó con un incidente entre un amigo mío y un desconocido en el interior de la discoteca. Ambos salieron a la calle a indicación de una persona que afirmó formar parte del equipo de seguridad de la discoteca». «El portero no permitió que mi amigo volviera a entrar», continúa J. M., «a pesar de haber pagado 2.500 pesetas. Cuando salimos a la calle unos cuantos amigos para interesarnos por él, nos encontramos con seis personas, algunas de ellas con bates de béisbol, que empezaron a golpearnos».

En total fueron seis los heridos, según J. M. Varios de ellos fueron asistidos de contusiones, cortes y lesiones leves en centros hospitalarios próximos. R. F. V. fue el que salió peor parado. Ingresó en la noche del 5 de enero en la clínica de La Concepción, donde se le diagnosticó un fuerte traumatismo craneal. El herido abandonó el hospital una semana más tarde.

Un caso parecido ocurrió un mes antes. B. U., de 27 años, se encontraba en la puerta de Pacha con unos amigos cuando se acercó una chica a pedir fuego. Poco después, según su testimonio, un joven que se hacía pasar por el acompañante de la chica les increpó y forcejeó con ellos. «Al instante aparecieron otros cinco o seis», añade B. U., «y se liaron a puñetazos con todos nosotros. Algunos llevaban en las manos *nudillos* metálicos. La policía vino poco después y los agresores se dieron a la fuga. Tres de nosotros quedamos maltrechos. El portero de la discoteca contempló todo y no movió un dedo».

Un responsable de la discoteca, que se negó a facilitar su nombre, señaló: «El local es ajeno a todo lo que pase fuera de sus puertas. Tenemos constancia de que se ha producido alguna pelea, pero siempre fuera del local. No tenemos nada que ver con este asunto».

Los agredidos afirman que los responsables del local «conocen a los autores de estos hechos». B. U. señala que «son clientes habituales y se dedican a provocar a la gente». «Ya ha habido alguna que otra pelea en el interior del local», añade. Esta versión ha sido confirmada por visitantes asiduos de Pacha, que afirman que provienen de la panda de El Moco, famosa hace unos años en el ambiente por las peleas entre pijos y macarras. «Tienen entre 17 y 20 años, visten de lo más pijo y van por ahí provocando y con ganas de pelea», afirma una joven que oculta su nombre.

Al preguntar a Pablo Full si los agresores del artículo fueron los auténticos Mocos, me dijo que no era posible, que ellos jamás habrían esperado a alguien fuera de un local con bates de béisbol y puños americanos, que ni usaban armas ni operaban con tanta premeditación. Al preguntar a otro informador vinculado a la Banda del Huevo, este me contestó que tampoco

fueron ellos: «El artículo es del 87, pudo ser mucha gente. El Pacha entonces estaba lleno de malotes...».

De Jácara a Áttica: del pijo malote al bakala chungo

Un dato que quizá no sepas: existe una relación directa entre la figura del pijo malo y el futuro bakala chungo, que reinaría durante la segunda mitad de los años noventa. Aunque estas identidades son híbridos surgidos a partir de diversas tribus, está muy claro que el bakala de los noventa —macarra paradigmático de la década— debe mucho a los pijos pegones, herederos de los «Mocos primigenios», como los llama mi amigo e informante. De algún modo, esos bakalas futuros serían los CB de los que me habló A., de los SULM: gente de barrio que imitaba a los pijos y que, finalmente, se apropió los rasgos identitarios del pijo de los ochenta, pero en la década siguiente.

Podemos encontrar un claro ejemplo de la estética del pijo malo, muy similar a la del bakala macarra de los noventa, en la película de Eloy de la Iglesia *El Pico II* (1984), cuando el protagonista, encarnado por José Luis Manzano, se pone a trapichear en la plaza del Dos de Mayo vestido con una camisa, jersey y gafas de sol. Aun cuando se trata de una escena de principios de los ochenta, esa misma estética salpicaba las calles a finales de los noventa. El bakala de los noventa fue, en gran medida, una síntesis de los nazis de Barcelona y los pijos de Madrid. Y no solo eso, sino que la música bakalao ¹ llegó a dichas ciudades, en muchos casos, gracias a los pijos que veraneaban en el Levante y luego volvían a Madrid tras las vacaciones. El pijo malo se convirtió en una figura urbana muy visible en aquellos años. Básicamente, se puso de moda entre los niños de papá el ser matones o traficantes, y muchos de ellos acabaron muy mal; varios desaparecidos, fugados o asesinados.

Podemos contar con tres o cuatro rasgos identitarios del pijo de los ochenta que sirvieron para identificar a los bakalas macarras de los noventa: el plumas Pedro Gómez, las zapatillas New Balance, el Golf GTI, camisetas de skate Bones y la música bakalao. Este fenómeno de apropiación está vinculado a un proceso de abaratamiento de los productos de consumo que, originalmente, eran exclusivos, pero que con el paso del tiempo se hicieron más que accesibles a segmentos poblacionales más amplios. El Pedro Gómez era un producto de lujo hecho a medida, que luego fue más accesible gracias a la introducción en el mercado de marcas que lo producían en masa; las zapatillas New Balance, cuando salieron a principios de los ochenta, eran una novedad también cara; el Golf GTI era el típico coche de niños pijos a escala internacional —tal y como aparece, por ejemplo, en la película *Can't Buy me Love* (1987), en la que los niños ricos del instituto se mueven en un Golf blanco descapotable—, que luego compraron muchos bakalas, principalmente de segunda mano; y el bakalao, inicialmente, era una música accesible para

aquellos que viajaban a Valencia para irse de fiesta o durante las vacaciones, formas de experimentación que en los ochenta no estaban al alcance de todos.

De alguna manera, el bakala macarra de los noventa era lo que coloquialmente llamaríamos «una copia barata» del pijo peleón, tan en boga durante los ochenta y la primera mitad de los noventa. Iniciemos una ronda de entrevistas para explicar este fenómeno.

Una de las míticas discotecas de pijos —algunos de los cuales acabaron metidos en la escena del bakalao— fue Jácara, en la calle Príncipe de Vergara. Alberto Jácara fue quien llevó la discoteca en sus años dorados, y es un gran conocedor de la noche pija de aquellos años: «Yo inauguré Jácara. Estuve de director de tarde durante cinco años, ¿vale? Yo creé un equipo de relaciones públicas. Metíamos a lo mejor un viernes mil quinientas o dos mil personas, cuatro mil un sábado y mil quinientas un domingo, ¿no? Yo soy del barrio de Jerónimos, de calle Alfonso XII, 10. Yo primero iba al Colegio del Pilar, y del Colegio del Pilar pasé al Santa Cristina, en calle Comandante Franco. Y a partir de ahí, empiezas a salir con quince años, y empecé a salir por una discoteca que se llamaba Aguacates. Y, a partir de Aguacates, me empecé a meter en el mundo de las relaciones públicas. Entonces, de Aguacates pasé a otro sitio que se llamaba... ni me acuerdo ahora... Estaba en la calle Príncipe de Vergara. Y entonces terminé... Contactaron conmigo y me ofrecieron abrir una discoteca grande en Madrid, en Príncipe de Vergara. Eran 4.000 metros, y tal, y a través de un maître con el que había trabajado, me ofrecieron la posibilidad de crear un equipo de relaciones públicas y montar una macrodiscoteca. Sobre todo, enfocada a gente joven, ¿vale? De siete a diez de la tarde. Y así lo hicimos. El espacio anteriormente había sido un cine, el cine Mola. Príncipe de Vergara antes era la calle General Mola. Abrimos Jácara en el año 86. El nombre de la discoteca viene de un término en español que es *jacarandoso*, que significa alegre y desenvuelto.²

»El dueño era un poco peculiar. Se llamaba P. S. Luego, fue una sala de conciertos muy importante en Madrid. Por ahí pasaron, desde David Bowie, James Brown, hasta todos los grupos de pop español, ¿vale? Y la verdad es que sí fue importante por la noche en cuanto a los conciertos musicales que había y, aparte, en cuanto al movimiento de gente joven. A mí me hizo una entrevista en su día Andrés Aberasturi en TVE1, en un programa que tenía por la tarde, junto con el catedrático Gustavo Díaz Palos [probablemente se refiera a Fernando Díaz Palos] de la Universidad Complutense y un cura sobre cómo se divertía la juventud madrileña en aquella época. Por Jácara han pasado cientos de miles de personas. Ha sido un poco un icono de las primeras discotecas de muchísima juventud madrileña. Eran gente de quince, dieciséis años, y en cinco años (1986-1991) pasaron varias generaciones.

»En el año 86 hicimos una inauguración, con mi equipo de relaciones públicas... En principio había dos equipos, porque había una especie de selección de equipos dentro de la dirección, ¿sabes? A ver quién funcionaba mejor. Me eligieron a mí, y yo absorbí al otro equipo, ¿no? Y por mi equipo han pasado personajes de todo tipo, desde el presidente de una importante multinacional tecnológica norteamericana, que fue programador nuestro de conciertos, hasta

gente que se metía en mundos complicados y acabaron asesinados. Había de todo. Teníamos muchas puertas de emergencia que se abrían, camareros muy profesionales y un equipo importante de seguridad».

Alberto me habla del relaciones públicas que acabó asesinado: «Eso es una persona que se metió en el mundo de las drogas y era un colaborador de Jácara. Se metió en ese ambiente, y en un momento dado desapareció. Pero eso fue ya tras cerrar la discoteca, ¿eh? Chema, bueno, se metió en un mundo malo y lo acabó pagando con la vida, ¿no? Hay gente que se mete en temas de drogas a través del mundo de la noche.

»Nuestro equipo de seguridad lo llevaba José el Pibe. Es una persona que tenía un gimnasio en Carabanchel con un equipo de profesionales estupendo que lo que hacían era apaciguar cualquier altercado que hubiera y, sobre todo, impedir el consumo de drogas dentro del local. A esta persona la contrató la dirección de la sala. [...] Con niños de quince o dieciséis años, que iban de malotes, el Pibe les hacía ver que no tenían posibilidades [risas]. Imponía mucho, y sus hombres imponían también, pero no eran agresivos, ¿sabes?». Le replico yo: «Era un portero, digamos, de lujo, de puta madre». «Exactamente», me contesta. «Y luego, también es verdad que cuando había conciertos de heavy metal y había broncas pues también sabía meter caña, ¿sabes?

»Ten en cuenta que nosotros ahí manejábamos gente joven muy pija. Gente del barrio de Salamanca, de buenos barrios de Madrid. Por la noche la discoteca no funcionó porque dejaban entrar a todo tipo de... O sea, no definieron muy bien el perfil de la clientela.

»A la Panda del Moco yo los conocía a todos. Eran famosos. Ellos iban más a Pacha y a sitios por paseo de La Habana. [...] En Jácara yo sé que había alguna banda de niñatos en su día, pero vamos, no recuerdo a los Tigres de Jácara [por los que yo le acabo de preguntar]. A lo mejor les han cambiado el nombre, porque sí había un grupillo de chavales, más rebeldes, pero yo creo que tenían otro nombre [probablemente, los llamados Mantecos].

»Nosotros, por ejemplo, organizábamos en carnavales una carroza por la Castellana, ¿sabes? Las carrozas del Ayuntamiento de Madrid. Nos llevábamos una discoteca portátil, que llevábamos ahí todo lleno de niñas, ahí cantando.³ Luego había un relaciones públicas que se llama Ramón Bailón, que era el ídolo de las niñas. Bailón era su apellido de verdad. Así tipo *Top Gun* (1986), morenito, esquiador. Luego tuvo un accidente de esquí, se arrancó un brazo, y, bueno, ya en el hospital... le atendieron en el Ramón y Cajal e iban cuarenta niñas a visitarle por la tarde, y tuvieron que darle un toque en el hospital. Era el terror de las nenas. Decían: “Ramón Bailón, te queremos mogollón”. Había auténticas manifestaciones de niñas con él, vamos, de coña.

»Yo trabajé en Jácara por la tarde, luego en las terrazas de Castellana y luego en Pacha, por la noche. Eso era a los veintidós años, con veintisiete acabé quemado. Las terrazas de Castellana eran superchulas. La Terraza España tenía arena blanca. La época de las terrazas fue una época muy buena en Madrid. Había terrazas desde Colón hasta Gregorio Marañón. Desde Recoletos hasta Emilio Castelar. La primera terraza de ese estilo que se montó en Madrid fue Castellana 21.

En aquella época en Madrid se salía todos los días. Sí es verdad que jueves, viernes y sábados ya salías hasta más tarde porque después de las terrazas te ibas a una discoteca, generalmente Pacha, ¿sabes? Las terrazas eran muy divertidas y estaban hasta arriba de gente. Y había atascos un martes. Salía todo el mundo. Todo eso se lo cargó el alcalde Gallardón. Un dato curioso es que la mayoría de los aparcacoches de las terrazas eran policías municipales. Policías municipales que se sacaban un dinero extra en las terrazas. Había una especie de connivencia con la policía municipal (que tenía compañeros ahí trabajando) y los aparcacoches. La policía no multaba a los que aparcaban en doble fila porque los aparcacoches eran colegas de trabajo.

»Luego había carreras de motos, hacían caballitos, un poco los exhibicionistas, con sus motitos grandes. Tú imagínate en la Castellana un montón de terrazas, ¿sabes? Y lleno de gente. La gente ahí se exhibía, ¿no? Hacían carreras y caballitos. Ahí se mató gente. El hermano de una amiga mía, por ejemplo. Porque la Castellana de aquella época era una discoteca al aire libre. Y la gente salía y se exhibía, con sus motos y sus cosas.⁴ [...] Antes del boom de las terrazas de Castellana, había una en Juan Bravo que era de dos hermanos que se llamaban Ascen y Domingo. Y yo creo que fue la primera, enfrente de Green. Ahí era como una extensión de Green. Los del Moco se movían mucho por Castellana 8, porque ahí estaba gente de Pacha.»

Le pregunto cómo terminó su periplo en Jácara, que cerró en 1991 y cuyo local ha seguido cerrado hasta el día de hoy. Si uno pasa por ahí puede ver todavía la palabra «Jácara» en su fachada: «Por un lado, los vecinos se quejaban por los conciertos. Y luego el dueño se portó muy mal». Me cuenta que una persona en la dirección del Jácara despidió a Ramón tras perder el brazo esquiando porque «ya no puede trabajar aquí». Así que lo demandaron y ganaron el juicio. «Nos mandó a una gente para darnos un “masaje” [masaje de hostias]. Nos mandó unos matones, y resulta que los matones eran amigos míos. No te puedo decir su nombre. Era gente que estaban trabajando y funcionando en aquella época, ¿no? Entonces, ¿qué pasa? Que esos tipos me llaman a mí, indignados, y me dicen: “Oye, Alberto. Que me ha llamado este tío para hacer esto”. Entonces le amenazaron a él: “Oye, como le pase algo a Albertito, la has cagado”. Fue así, ¿eh? Yo me descojoné. Ganamos el juicio y se reconoció que trabajé ahí cinco años sin seguridad social. Y ahora estoy reclamando que esos cinco años aparezcan en mi vida laboral, que no aparecen. Y yo tengo la sentencia del juicio. Fui al juzgado y fue cachondo porque una de las secretarías del juzgado se acordaba de mí porque era cliente de Jácara. Y entonces me dice: “Joder, Alberto”, y tal. “Tú eras este. Yo paraba con el grupito este que éramos pequeñas”. La gente te recuerda y mola porque se lo han pasado bien.»

Le pregunto por las diferencias entre el mundo pijo de aquellos años y la actualidad: «La gente es más pija ahora que antes. Yo creo que la gente antes se buscaba más la vida y tenía menos cosas. No sé, la sociedad es hoy mucho más de consumo. Hay más tonterías, más móviles y la gente se muere por tener lo último. Antes tenías la cazadora, las zapatillas —las New Balance, las Nike—, la moto CBR. De hecho, se mataron muchísimos con esas motos».

Keko, que sigue fumando porros de marihuana como un descosido mientras hablamos en su

casa, me habla de sus experiencias en Jácara, al tiempo que me explica la transición que se dio desde el pijerío tradicional hasta la escena del bakalao: «En la discoteca Jácara no había malonies [se refiere a malotes]. Ahí estaban los Mantecos, que luego dieron el salto al Áttica. Ellos paraban en los Billares Castelló, en la calle Castelló, del Barrio de Salamanca. Había uno que fue Dj del Áttica; estaba el J.; estaba el J. Luis; estaba el Pink Panther, que le llamaban así porque era rosa, era muy blanquito de piel. Eran unos chavales que eran unos niñatos, pero que luego con el rollo de las pastillas subieron un poco más de nivel muy rápido. Los Tigres de Jácara, esos de los que me hablas, creo que tenían algún vínculo con los billares Castelló.

»En aquella época estaba la estética de las New Balance y el Pedro Gómez. Los pantalones de pitillo de la época. Y nos íbamos sumando al rollo del bakalao que venía de Valencia. Había como varios sitios que ya estaban aquí en Madrid: el Voltereta, el Specka, etcétera. También estaba el Saratoga, donde los cines Ideal, que ahí paraban los Mantecos. En los bajos de Aurrerá había una tienda de discos muy inicial que es donde empezaron a traerse las cosas de Valencia. Estamos hablando del 85, del 86. Pasaron de los calcetines de rombo y los pitillos con camiseta hawaiana de Caribbean a rollos un poco más malonies, con las New Balance y el rollo Pedro Gómez. El Pedro Gómez ya estaba cotizado. En el 86 o por ahí lo que cotizaba era el Pedro Gómez, flipas. Eran pijos con Pedro Gómez y New Balance, ya eran macarrillas, canallas.⁵

»La marca Pedro Gómez la ha comprado el Zape, un colega. El dueño de la marca Pedro Gómez [es decir, Pedro Gómez] era amigo del padre de un colega y el Zape este le compró la marca. Las New Balance que se llevaban eran el modelo 1300, que era mítico.

»En la zona del Parque de Berlín apareció Juan el del Bull [Terrier] y sus colegas durante una época. Con estos nos fuimos un viaje a Valencia en el 89 o por ahí. Fuimos al Barraca o a cualquier discoteca de estas. Nos fuimos por ahí y volvimos al día siguiente. [...] En esa época en calle Galileo estaba el Babia, un barecillo, donde había gente que vendía pastillas».

Daniel Lacamara, pijo de la época: «Los Mantecos eran Luis, Raúl, Jorge. Paraban en los billares de Castelló. Les llamaban los Mantecos porque eran de mantequilla y los del Moco [en realidad, los del Huevo] les llamaban los Mantequilla porque se ponían a llorar en el momento que les agarraban del pescuezo. Les llamaban los Mantequilla y se quedaron con los Mantecos. Fue por uno que se puso a llorar... Como habríamos hecho todos cuando uno de los Judíos te da un tortazo. Porque había robado una moto o tenía la moto de un colega de ellos. No sé por qué era, pero siempre era por esas cosas. Robaban motos y hacían de todo. Pero lo hacíamos todos, estábamos todos escapados de casa. Éramos chavales de diecisiete, dieciocho. Hicieron un reportaje que se llamaba *Los nuevos pijos* en el que aparecíamos. Robábamos motos y se las vendíamos a uno que tenía una tienda y las usaba en circuitos hasta que las reventaba. Había épocas en que los Mantecos estaban escapados de sus casas, dormían en portales y robaban motos y coches, de alta cilindrada. Cosas gordas. De hecho, en una foto del reportaje de *Los nuevos pijos* salimos con una Honda Hurricane robada en el VIPS de Lista y uno tiene en la mano una pieza con la que robábamos los Opel Kadett GSI. Era un coche que salió sin sistema

de seguridad. Todo esto fue así hasta que tuvieron una persecución dos de los Mantecos a manos de la policía».

De los Mantecos me habla también Máscara de Hierro, pijo boxeador: «Estos robaban motos. Pero eran un nivel mucho más flojo que los Mocos».

Keko: «En el Voltereta te encontrabas con Miguel Bosé, con el Tino Casal. El Voltereta era un local muy gay al estilo New Wave. Es decir, que el rollo gay siempre ha estado muy vinculado a la electrónica. Luego el Voltereta degeneró porque se hizo bakala. La movida guapa termina en el 92... Ya empezó el Overdrive, el Radical... El New World estaba en la plaza de Cubos, y el Voltereta estaba abajo, estaban al lado. [...] Había un garito que molaba mucho, en el inicio de todo el tema bakalao en Madrid, de nombre Público [que luego fue el Coppelia]. Y estaba el Voltereta, el Ketal. [...] La última época del Áttica ya no molaba tanto. Y empezaron a abrir garitos en el Corredor de Henares y ahí la cosa empezó a degenerar mucho. El Overdrive, de paseo de Extremadura, degeneró también». Un amigo de Keko cuenta: «Nosotros fuimos un poco herederos de la movida. Aunque no la llegamos a pillar en directo. Pero en los primeros garitos que íbamos sí que había gente de la movida. En el Kitsch ese, en la calle Galileo, el Tino Casal estaba todas las noches que íbamos».

Keko: «Nosotros saltamos del Jácara, de ir con los pantalones pesqueros, con los calcetines de rombos, con las zapatillas Victoria, rollo U2, de pringaillos por la tarde... a los tripis, porque no había otra cosa. Y, de repente, había ya un movimiento de electrónica al cual nosotros nos acoplamos, que era lo del Voltereta y el New World. Toda la movida esta venía de Valencia. [...] Los Mantecos, en ese momento, empezaron a coger el rollo de las pastillas, fueron de los primeros. Y ya se posicionaron un poco. Pero eran relativamente pringaos». Otro amigo de Keko suelta: «Cinco mil pesetas pagué yo por mi primera pastilla». Keko: «El Kyoto, un bar cerca del Pacha, era donde empezó la Alicia, que vendía LSD. La tía iba con sus New Balance. También había un moro que era el Djamel. La tía esa fue pionera. Al principio no había pastillas ni había nada. En el 83, 84, 85, nos comíamos tripis. Los primeros pedos fueron con LSD.

»Empezó la música electrónica de repente: “Oh, esto cómo mola”. Y había un movimiento que estaba emergente, pero ya en el 92, 93, degeneró. Una de las primeras tiendas de discos que había del estilo era Disco Rollo. Que se ponían a pinchar ahí. Ahí iba el gilipollas del grupo musical Fan DI Kaox». Otro añade: «Sí, todo el mundo dice que es un gilipollas, nadie lo soporta». Keko: «Ese es un pringao. Ese es un soberbio que hay, que tuvo un grupo... [risas]. El grupo de este copiaron a grupos belgas que había por entonces. La estética y todo. Pero es una puta mierda de grupo».

Los Tigres de Jácara era otra banda de pijos malotes de los ochenta. De ellos me habló por primera vez el ilustrador Iván Solbes. Me dijo de ellos que eran los típicos pijos rubios, chulitos, con motos TZR. En un principio, nadie sabía de dónde salía el nombre de «Tigres», aunque lo de

Jácara se explica solo. Informador anónimo: «Los Tigres de Jácara... uno de ellos me dio en la cabeza con una pitón de moto. Estaba el Patata y otro con ojos azules que estaba más loco que una cabra. Luego estaban los de Mirasierra, el Rulo, y los del laguito de la Moraleja. Había tantas bandas de pijos... A los Tigres les llamaban así porque tenían motos TZR de 80 y llevaban la pegatina de un tigre. Había uno que era un chulo y le llamaban el Tigre».

Máscara de Hierro: «[Los Tigres de Jácara] eran una banda de pijos que había y una vez tuvieron movida con nosotros, y había un pibe que era un hijoputa. Le metí con el puño americano y le abrí la cabeza porque había pegado a dos amigos míos y vi que el tío iba a por mí. Me fue a meter una hostia y le hice, ¡pumba! Y ya se acabó la movida. Los Tigres de Jácara habían ido todos al mismo colegio y eran pijos. Iban en sus motos a Jácara, iban mucho a Graf. De hecho, en Graf fue la movida». Otros dicen de los Tigres de Jácara que eran una amalgama de gente de la zona de López de Hoyos y la peor área del barrio de Hortaleza. Otros afirman que eran del barrio de la Estrella.

Otro grupo de pijos malotes de la época eran los Marlboro. De ellos me habló Javier Menéndez nada más conocerlo, mientras viajábamos juntos a Plasencia para recibir el premio Pop Eye: «Conocí y traté a los Marlboro. Se reunían en un bar de mala muerte que había detrás de la calle de Orense, donde aparcaban sus Vespas y Vespinos, y pedían minis de cerveza. Luego iban a la discoteca Look, en AZCA (la segunda Look, porque hubo una antes, también en AZCA), a dos pasos de allí. No fueron tan fieros como los miembros de la Panda del Moco, pero tuvieron su pico de popularidad entre los habituales de esa discoteca y otras afines. A los Tigres de Jácara no los conocí, pero debieron de llamarse así porque tenían su cuartel general en la discoteca Jácara, en la calle de Príncipe de Vergara, un templo del pijerío de los ochenta. Las otras bandas que citas, ni puta idea».

Entrevisto a un antiguo estudiante del Colegio de los Jesuitas, en la plaza de Duque de Pastrana: «Yo este ambiente lo viví del 85 al 90. En esos años no había botellón. Entre mis trece y mis dieciocho años. Yo cuando no tenía un duro, con quince años, me tomaba un Mataosos: una copa de brandy y caña de cerveza. Con eso ya no tenías que tomar nada más. Todos asociábamos la Panda del Moco al Judío 2. Estos, todos eran del Santa Cristina. El Judío 2 era un tío grande. No llegaría a uno noventa, pero estaba en forma. Boxeaba, o sea que te abría la cabeza. La primera vez que oigo hablar de la Panda del Moco yo debía tener trece años, y estábamos en la plaza del colegio. Algunos de un par de cursos mayores que yo se habían metido en algún lío, ellos ya iban en motos... Alguien dijo que venían los del Santa Cristina a pegarse. Y yo me puse en la valla del colegio a mirar. Y aparecieron, macho, catorce en un Land Rover con cadenas y los de los Jesuitas salimos todos... cuerpo a tierra. Y eso me dejó impresionado, en plan: “Joder, estos tíos, qué malotes son”. No sabía ni quiénes eran. Me acuerdo de las cadenas, se me ha quedado grabado en la cabeza. Además, iban subidos encima del Land Rover. Era un

Land Rover con barras o algo así. Fue muy impactante. Tenían esa fama de pegones, de ser los jefes de Pacha. Ahí había uno al que le llamaban el Lejía. Era un tío calvo, de esos que no tienen ni cejas, ni nada. Con esa cara tipo Dertycia⁶ que daba un poco de miedo. Decía una leyenda urbana que tenía la frente de platino y que iba con pipa.

»Los que dominaban discotecas como Jácara eran chavales de dieciséis o diecisiete años, con carisma, guapetes, con moto y que trabajaban como relaciones... Esos eran los superguays. Los más malos eran los del Santa Cristina, el Cumbre y el Éfeso, sin duda. Todos los que cateaban, pero venían de familias bien iban a esos colegios privados para que los aprobasen. También en la Sierra había movimiento, en Navacerrada, Becerril... Y había una pandilla del Pinar de Chamartín que mangaba motos. Si te mangaban la moto, es que estaba en manos de los del Pinar. En esa época la moto de moda era la Honda MBX Hurricane. La llamaban la Churri».

«La zona de Conde de Orgaz era claramente un núcleo de pijos algo más macarras», probablemente debido a la cercanía con barrios como el Poblado de Canillas. «En Arturo Soria había una discoteca, que era Die Maüer, aunque pronunciado Dimauer, que era algo más cañera.⁷ Era el 92. Había más mezcla de clases sociales y tribus que cuando ibas a Pacha, pero era gente normal. Ponían música electrónica más cañera. En esos años nadie llevaba zapatillas para salir. Si no llevabas zapatos, no entrabas en las discotecas. Llevábamos, sobre todo, náuticos. También estaban los zapatos Castellanos que se compraban en la tienda de Castellanos de la calle Hermosilla. Hubo una época que ibas a la tienda de El Igloo para comprar un Pedro Gómez y te daban un año de lista de espera. Porque se hacían a medida. También estaban las camisetas Banana Republic.»

La primera vez que algunos oyeron la palabra *bacalao* para referirse a un tipo de música, no podían creerlo. Uno de la Banda del Huevo: «Bacalao antiguo del principio lo recuerdo en el Flix, el sitio de Ortega y Gasset. Es el primer sitio en el que yo oí bacalao. Me acuerdo que estaba con el Lacoste y me dijo: “A este tipo de música la llaman bacalao”. Y yo le contesté: “¿Cómo le van a llamar bacalao a un tipo de música?”. Pero también llamaban así a música siniestra tipo Joy Division. El primer bacalao eran cosas como Anne Clark, y su canción “Our Darkness”, de 1984. Pero la primera vez que oí el término fue en el Flix y recuerdo que me lo dijo el Lacoste porque yo pensé: “Qué tontería está diciendo este chaval”. Esto que te digo fue en el 83, 84 más o menos. Ya ponían tecno en Madrid. Y posteriormente llegaron los Front 242, etcétera».

El escritor Montero Glez me comenta algo similar: «Yo la primera vez que escuché bacalao en una discoteca fue en Nacional 3. Era de un conocido que estaba en la facultad. En la Facultad de Periodismo, en el bar nos juntábamos mucha gente de Publicidad, de Comunicación Audiovisual, de Imagen y Sonido. Pues él estudiaba Publicidad. Era un tipo de derechas, claro, y siempre estaba de guasa conmigo porque yo siempre he tenido una marcada inclinación política de izquierdas. Siempre estaba de guasa, pero era una guasa simpática, ¿no? Una de las veces me dijo que estaba montando un bar que estaba por Cea Bermúdez. El Nacional 3 se llamaba el bar.

Fui una tarde, no estaba ni abierto. Sacó unos discos que la galleta del disco era blanca. No tenían nombre esos discos: “¿A ver qué te parece?”. Tum, tum, tum. Y yo digo: “¿Esto, tío? ¿Tú vas a abrir un bar con esta música y piensas que aquí va a venir gente? Si esto es como estar metido en una obra. Es como pagar por estar metido en una obra... ¡Esto es horrible!”. Y él: “No, no. Esto va a funcionar, esto va a ser la hostia, el bacalao”. Y yo: “¡¿Bacalao?! ¿Esto qué cojones es?”. Y me fui. “Pero esto ¿cómo va a funcionar?” Pues sí, tío... Eso sería el 85, 86». ⁸

Aunque algunas personas se mostrasen incrédulas ante el éxito de estos nuevos sonidos, lo cierto es que en los años noventa la música electrónica arrasó, ya fuese entre clases medias, altas u obreras. Había en los ritmos electrónicos algo ancestral que permitía una identificación entre unos y otros en la pista de baile. Se lograba por vía de la música y el éxtasis o MDMA una comunión entre los presentes, una forma de trascendencia ritual que resultaba más inmediata y eficiente que cualquier otra técnica o ejercicio espiritual tradicional. De este modo, la escena electrónica tuvo funciones puramente hedonistas, pues proporcionaba placer a muchos jóvenes, pero, a su vez, tuvo otras funciones sociales y espirituales, pues abrió formas de comunicación inconsciente, ciertas «puertas de la percepción» por vía de las cuales la gente pudiese explorar realidades y estados de ánimo que la sociedad tecno-racionalista parecía haber vetado por su intrínseca naturaleza «desencantada», como diría Max Weber. Por otro lado, bailar durante horas es un clarísimo ansiolítico, cuyas bondades tanto físicas como psicológicas no son para nada despreciables, algo que bien sabe quien haya participado de esta forma de baile semi-ritual. Bailar en esas condiciones suponía una descarga sumamente saludable en muchos sentidos.

Hablo con Óscar Nuño, pijo que conoció a los primeros «pijos-bakalas» —como muchos entrevistados de la época los llaman— ⁹ de ese momento de la llegada del bakalao a Madrid. Digamos que el pijo-bakala es el eslabón perdido y puente entre el pijo malo y el bakala chungo: «Yo conocí a la Panda del Moco [del Huevo, en realidad] porque nos pegábamos. Yo era del SEK, el San Estanislao de Kostka. Yo soy del 69. Nos encontrábamos principalmente en Pacha, o en el Flix. En el SEK había algunos muy malos. Estaba la Banda del Calamar, que luego se llamaron Los Culebras; la Banda del Pope; los Wolverines de Majadahonda. Había mucha gente que se dedicaba al tráfico. Al lado de nuestro colegio, cerca de la calle Santa Isabel, había una tasca de toda la vida. E iba un tal Zoilo, iban boxeadores y traficantes. Nosotros éramos niños que íbamos con uniforme, del SEK. Y el sobrino de uno de ellos, el B., estuvo en la Operación Nécora... Ha estado dos veces en la cárcel. Tiene ese gen de gánster. Luego hay otro que era el Ch., de la Banda del Lechugo. Esos eran los que manejaban ciertas discotecas. Controlaban a todos, a los camareros, al encargado, eran los reyes de ahí. Yo recuerdo al Lechugo, llegar a un after en Luchana, una cola de la hostia... Tú has visto *Uno de los nuestros* (1990), ¿no? ¿Recuerdas el plano secuencia ese famoso que entran en el local por detrás? Yo eso lo he vivido con el Lechugo, una cosa... se mete por las cocinas, todo el mundo saludándole.

»En Pacha hay un subterráneo. Eso antes tenía un telón, como era un teatro... Una vez, en mitad de la sesión tiré del telón, se cayó y tuvieron que parar la sesión, y llega la seguridad y nos

metieron por unos subterráneos en Pacha para echarme la peta. Está lleno de pasadizos. Como el Cock y el Museo Chicote.

»De mi colegio han cogido a algunos por tráfico internacional de drogas. Esta gente fue famosa del 89 al 94, 95, esos eran los que mandaban con el tema de las pastillas a tope. A mí me han contado de rumanos o rusos que llegan cuando estás cerrando el garito, te llevan a tu casa y te ponen un serrucho en el cuello; o de una tía que se tira de un séptimo piso porque hay una redada. [...] Luego, esa gente que se dedica al tráfico de drogas y cosas por el estilo no acaba muy bien, ¿no? Uno que le robó la moto a mi hermano, apareció con cuarenta puñaladas dos meses después en el Retiro.

»En la calle San Ildefonso unos del SEK montaron un bar que se llamaba Los Muchachos. Todos ahí tenían mucha relación con el Levante, con Alicante, Valencia y demás. Por el veraneo, como la mayoría de los madrileños. Gracias a esa relación comienzan a traer mucha electrónica desde la Comunidad Valenciana. Ahí empiezan a pinchar. Era un bar que era una tapadera... Se vendía. Era gente de estética pija, muy pija. Luego los bakalas son los que se apropian elementos pijos. En los ochenta los pijos llevaban los Roc Neige y Pedro Gómez. En los noventa los bakalas se apropian las New Balance y de los plumas, y la joden. Las New Balance dejan de molar [risas]».

Le pregunto si en los ochenta se veían muchos pijos que iban de malotes con su Pedro Gómez: «Sí, se robaban mucho, además. En los ochenta había pocos Pedro Gómez. Molaban mucho, lo que pasa es que tardaban dos o tres meses en hacerte un plumas de esos. Eran muy caros, y las New Balance costaban diez mil o doce mil pesetas. Entonces se robaban mucho. Un Pedro Gómez era un elemento muy valioso. Un pijo de mi colegio robaba Pedro Gómez a la peña, de estrangis, en el Pacha. Y luego pasaba que te encontrabas con un colega y decía: “Ese plumas es mío”. Porque es que eran piezas únicas. Por el color. La gente llevaba puños americanos. A mí me han dado dos veces con un puño americano».

A finales de los ochenta y principios de los noventa muchos pijos malotes se hacen bakalas, al igual que los bakalas imitan la estética pija de la época. De esta nueva síntesis identitaria contamos con ejemplos concretos. Un caso son aquellos chavales del bar Los Muchachos, que venían del SEK y se metieron en la escena del bakalao: «En la calle Orense estaba el Specka, ¿no? Ahí iban los de Los Muchachos, el Pope... Esos eran los reyes del Specka. Estos de Los Muchachos se hacen muy bakalas. Todos estos que tienen esa influencia más del Levante... Eran la Banda del Pope, que al principio estaban con Los Culebras. Luego se separan». Sobre la razón de ser del pijo chungo me dice: «Mi hermano ha vivido sobre todo en Montealina, Pozuelo. Es una urbanización de esas muy exclusivas. Hay gente muy chungu en el mundo pijo. Mis hijos han ido a un colegio público, tío. Yo soy de Majadahonda y he llevado a mis hijos a un colegio público, porque yo quiero que se relacionen con gente normal. En el mundo pijo hay más problemática, tío. A la mayoría no les hacen ni puto caso en su casa, hacen lo que les sale de la polla, algunos tienen acceso a armas, manejan dinero y se aburren. Por ejemplo, mi generación:

yo creo que el índice de divorcios era más alto en mi colegio privado en comparación con un colegio normal. Personajes por Pozuelo y Majadahonda hay... jodidos, muy jodidos».

Otro pijo más joven de la zona de Pozuelo, Majadahonda y Boadilla me comenta: «Yo dejé el colegio con quince años. Me echaban de todos lados. A mí me afectó, sobre todo, la desestructura familiar que había, ¿sabes? Y el consumo de cocaína que empezaron a tener mis padres. Mi madre tenía una discoteca en casa, en la que hacía muchas fiestas. Mis padres en su discoteca hacían fiestones de cientos de personas, llegaron a cobrar entrada. Con trece años le abrí la caja fuerte y le robé medio kilo de coca. Y me puse a venderlo y a consumir. Por entonces, mi mejor amigo era el mayor pieza de la zona. Ya no puede entrar en España. Él vivía en Majadahonda, pero en la zona de chabolas, ¿sabes? Casas bajas. El padre se dedicaba a las peleas de perros. Yo me acuerdo del padre, que partía los kilos enfrente de nosotros y decía: “Lo que caiga, para vosotros, niños”. Mi colega era el ladrón de lanza térmica número uno a nivel de España, para abrir cajas fuertes; y de butrones. Era el quinqui *number one*, pero se vestía de pijo y venía con nosotros. A este lo conocí en uno de los colegios a los que iba en Majadahonda, que venía a robar a los chavales y yo le planté cara y nos hicimos colegas. Robábamos motos y coches para destrozarlos, robábamos en casa... Pero cuando ya esperas a gente en la puerta del casino para robarles... porque has estado dentro para ver quién gana... Él tenía pistolas, etcétera, y yo ya me separé de él».

Una vez más, vemos que la violencia es un aglutinador social, que crea vínculos y relaciones. Las pandillas más famosas se forman en torno a la violencia, es el medio más eficiente a la hora de conformar una pandilla. Ocurre a menudo que dos o más futuros integrantes de un grupo se conocen peleando uno contra el otro: si ambos demuestran coraje, eso se transforma en reconocimiento y respeto. Una persona puede cumplir dos funciones básicas en un ecosistema violento: la de explotado o la de aliado. Si uno demuestra que está dispuesto a pelear, abandona de modo inmediato el rol de víctima para pasar a ser un activo apreciado, un amigo.

En el tema de las artes marciales, me dice Óscar Nuño: «Creo que influyó la película de *Karate Kid* (1984), que era de nuestra época. Tú ves *Karate Kid* y los malos... ¿quiénes eran? Los que iban con las motos... y esas cosas. Nosotros nos identificábamos con esos, no con el pringao del protagonista». «A mí los de la Panda del Huevo no me molaban mucho, me parecían unos gilipollas, si te digo la verdad. Esos eran un mito más que otra cosa, porque luego no eran para tanto. Había rumores... ya sabes, que repartían hostias. Yo como he estado cerca de ellos, tampoco me han parecido tan peligrosos. La gente que los veía desde fuera decía: “Joder, te van a matar”. También es que éramos muchos, cuando íbamos a Pacha. Una vez tiramos a un tío por el hueco de la escalera.» «La sede de Solidaridad Española, partido que montó Tejero, estaba justo debajo de nuestro colegio. Cuando no ibas a clase, ibas a la sede y a poner banderitas por todos lados. Yo haría eso de los catorce a los dieciocho. Nosotros hacíamos todos full contact. Había gente que iba al colegio con pistolas. A mí me molaba el rollo, mucho. Era divertido. Comprábamos mogollón de... no dinamita, pero lo que hubiese más potente de petardos y se lo

tirábamos a la policía en manifestaciones. A un periodista del *Diario 16*, un 20-N que nos estaba haciendo fotos, fuimos a por él y le quitamos el carrete. Yo recuerdo la gente muy acojonada. Íbamos todos en motos, con las banderas, los pelos para atrás, las gafas de sol, los guantes, eso acojonaba a la gente. [...] Luego me echaban del colegio por cosas de estas. La montábamos en clase, cantábamos el “Cara al sol” en clase. Mi abuelo había sido guardia civil y mi padre era productor de cine. Ahora la gente del cine es de izquierdas. Mi padre era de Fuerza Nueva.»

Volvemos con Keko: «Había un bar que era un chalet, detrás del Jumbo de Pío XII, donde paraban los mensacas, que se llamaba el Carrío. Había un poquillo de trapicheo. Había un sitio similar que era la Bodega Bética en calle del Sauce. Luego estaba el Abel, un bar que estaba en Arturo Soria, ese fue mítico. Otro chalet. Era un bar normal, pero en vez de estar debajo de un local estaba en una zona de chalets y la propia parte baja de chalet era el bar. Eran bares en zonas residenciales. Y en el Abel hubo también un grupo: el Valero, el Topi... Y era de malonies, el Abel. Que se dedicaban al trapicheo muchos. [...] Hubo uno, José Tomás [nombre falso], que se lo cargaron hace muchos años. El tío tenía cien kilos de zarpa, o algo así, y lo cogieron... No sé si fue el hermano de la novia colombiana, o algo así, le extorsionaron, tú, y apareció por Colmenar con la cabeza taladrada, con todas las uñas arrancadas... que le habían torturado, ¿sabes? Y los colegas desaparecieron con toda la mercancía, escapando de los colombianos. Ellos sabían dónde estaba la mercancía y se la quedaron y desaparecieron. El José Tomás era un mítico de la calle Ibiza o por ahí. Era de los pijos que movían en los años noventa. Que empezaron a tratar con colombianos, ¿sabes? Iban cuatro pijitos con los polos, con los Ralph Lauren, con el jerseyito. No eran chungos, pero movían.

»De la Panda del Huevo todos pillaban droga a la Tetas. [...] Luego había otro potente, colombiano, que vivía aquí con su padre y vendía zarpa. Era buena gente. Era el profesional de la venta. Era una familia normal, como empresarios. Era colega y todos le cogían los kilos a él, o al padre, tú... La escama esa... Tenía un producto muy bueno. Todos los personajes del mundillo le conocen. Ahora está en la cárcel, creo.

»En esa época, de los ochenta y noventa, estaba muy normalizado coger un kilo de coca y moverlo. Y te fiaban. Eran los hijos de los pijos, los pijos que no querían estudiar. Muchas veces eran gentes de clase media, sin más. Luego estaban los superpijos, que esos ya no movían, pero les molaba tontear con los canallas. Si trapicheabas, conocías a todos los pijos que consumían. En esa época los más top eran los que movían. Mover era guay, como que molaba. Y a las pibas eso les molaba, los que funcionaban.

»Yo sé que uno al que llamaban el Gordo robó una moto al que no debía y le pusieron colgando de las piernas de un puente de la M-30. La moto MBX era mítica, mítica, mítica. Los pijos iban con la MBX. A mí me regaló el Millones una Vespa. Se la dejé a mis hermanos porque me fui al ejército y se la robaron. Yo fui voluntario especial, tres años, en el ejército. Recuerdo que cogía el fin de semana entero en la época del Áttica... Y recuerdo que venía desde Canarias y ni siquiera avisaba a mis padres de que venía.

»Los pijos que traficaban no eran malos, simplemente movían. Pero bueno, ya tenían un estatus de malos, ¿sabes? Luego estaba la moda de quitar las cosas, de volcar las drogas a los camellos. Había uno muy famoso que se dedicaba a eso. Y otro, que era boxeador. Esos eran paleros. Uno de estos era vecino de un colega. Se convirtió en un temerario que le daba igual meterse con quien fuera. Pero siempre iba con gente, y al final iría con armas. Tampoco era un tío tocho ni nada; un personaje indeseable donde los haya. [...] Unos de este palo le dieron cien gramos de sal a un amigo mío y, encima, cuando se lo encontraban por ahí le querían pegar. Por si acaso, ¿sabes lo que te digo? Gente amoral. Aunque casi todos estos están arrepentidos, porque tienen hijos y por la edad, porque los viejitos como que ya ven la vida de otra manera. Algunos iban pegando por ahí a los maricones, a pegar a los travelos al Puente de Juan Bravo. Te daban un bofetón en un garito por la cara. Y ahora están superarrepentidos de haber hecho esas cagadas».

Le digo que sabe mucho de este mundillo y me contesta: «No, es mi barrio. Si es lo que ha habido en esa época...».

«Otros centros neurálgicos de este fenómeno, aparte de los parques, eran los billares. En esa época, los chavales empezaban en los billares. Y de ahí salió el grupo de Atocha, esos eran fuertes. El José Luis, el Muertes, el Tumbas, el Pope, esos molaban... Esos entraron en la movida bakalao, y esos eran chungos... Eran de Atocha, de Aluche, no lo recuerdo... de Madrid Sur. Eran muy famosos.»

El amigo de Keko interviene mientras este se hace otro porro de hierba venenosa: «Paraban en la taberna de Atocha. Y José Luis era de aquí del barrio. Había otro que era el Nani, que ese molaba mucho, así con tatuajes. Era de Aluche, uno aquí con bigote, que flipas. Pero luego no se metía con nadie. Había gente que se hacía respetar, pero no porque iban dando palizas tampoco, ¿sabes? Eran gente que se dedicaban a una movida dentro del hampa. Como los hermanos Peña Enano, que eran de los Miami. El Nani iba mucho con el Acero, uno de los Miami que murió en un accidente de coche con un Ferrari en el Retiro.¹⁰

»Luego estaban los Argentinos, que eran S. y F. y paraban en el Áttica. Y luego había un portero negro que molaba un montón, que le llamaban el Tyson. Molaba porque iba a su rollo, los Argentinos iban más de malonies. Los otros intimidaban mucho y el Tyson también, pero era muy avanzado para la época. Era un negrillo ahí que se ponía a hacer dominadas a última hora ahí en el techo, agarrado de un hierro en la pista; se ponía a hacer dominadas ahí el tío. Los Argentinos se hicieron un mito del Áttica, pero luego ya se reciclaron.

»El Lechugo y el Pitu eran unos de Vallecas que eran muy fuertes. Son como unos mitos. También iba con ellos el McKeyhan. Eran una especie de guardia pretoriana del Lechugo este. Era un tío de Vallecas, muy sencillo... Molaba mucho el Lechugo.

»Un portero muy malo se dice que, una vez, en su casa, se empezó a emparanoiar, se empezó a emparanoiar... dándole ahí a la coca. Empezó a oír un ruido... Y abrió el tabique de pladur con el vecino, tú... Por un ruido. Llegó la policía, imagínate... Le detuvieron con un montón de zarpa

ahí en casa. No sé qué habrá sido de ese hombre. Sé que a su inquilino le subió luego por la ventana. Tenía a uno alquilado en una casa de su propiedad y fue y subió por la ventana». «¿Porque no le pagaba?», le pregunto. «¡No! Porque se rayó, tú», me dice. «¡Qué miedo!» [risas] «Había un portero de toda la vida que se llamaba Juan Carlos, que ese molaba un montón. Estaba en el Voltereta de portero. Luego estuvo en el New World. Era uno con gafillas, tú, que daba unas hostias al parecer increíbles. Pero era muy sencillo, muy normal, no era nada macarra. [...] Luego estaba el Racha, un garito que había después del Fun Factory, que era un tugurio enano, en los pasadizos de AZCA, en calle Orense 24. ¿Donde el Specka? Había mucha lumi, mucha puta... Era como por la mañana, ¿sabes? Salías del Fun Factory e ibas para allá, tú. El Fun Factory tuvo su época, también. Era un rollo más de pastel, no tan chunda, chunda... Música más dance, las cantadas... Los pijos malonies también iban ahí.»

Killer B, uno de los Color Power —pandilla de raperos negros de los primeros noventa— me habla de pijos chungos: «Sí, conozco a la Panda del Moco... Los Dalton, toda esa peña. Los Dalton eran una banda de pijos malos que te cagas, de la época del Parador de Moncloa, del Keeper. Dos de ellos eran hermanos. Realmente eran como los Dalton. Eran malos que te cagas, ¡pero que flipas! Y eran pijos. Además, uno de los negros que iba con ellos era el Moiche. El Moiche es un mítico, a ese tienes que entrevistarle, sí o sí. Toda la cara tatuada. Ese mulato es increíble. Supermajo. Ese tío tiene unas historias muy increíbles, también. Moiche ha sido portero del Áttica. Los Dalton eran una banda de pijos de los primeros noventa, del 90 al 93. Los Dalton, ibas a pegarles y salías tú cobrando. Porque eran más macarras que tú. De aquí a Roma. Y, luego encima, venía la policía y nos detenía a todos y ellos salían libres, porque la mitad de ellos eran hijos de guardias civiles, empresarios de no sé qué... Te estoy hablando de pijos de la Moraleja, pero eran jodidos de la hostia. Los Dalton eran dos hermanos y dos amigos inseparables, los cuatro. Pijos de Privata, Levi's, Lacoste, New Balance. Y malos no, lo siguiente. Daban de hostias con porras, con cadenas, llevaban puños americanos... te apuñalaban y decías: “¿Pero estos, tronco? ¡Si son peores que los del barrio!”. ¿Sabes? Llegabas ahí para achantarles, en plan: “¡Yo soy del barrio!”. Sacaban una porra extensible y decían: “¡¿Tú, del barrio?! ¡Venga, ven, ven... Ven aquí!”. ¡Si eran más jodidos que los jodidos! Ibas tú de macarra a darles de hostias, ¡y te daban a ti! Estos eran del Barrio del Pilar y algunos de la Moraleja».

Según mi amigo Fernando Porres, los Dalton eran de la calle «San Francisco de Sales. Alguno iba al Decroly, colegio de pijos malotes». Según Juanma el Terrible, sin embargo, eran de Quintana, «hijos de un ejecutivo de Iberia».

Killer B: «De pijos malos tengo unos cuantos, tengo unos cuantos. ¡Y mafiosos de la hostia! Y, a día de hoy, siguen siéndolo. Hace poco, además, vi a uno de ellos. Este es el rey de la hierba. Todos los rumanos, todos los kosovares, todos los búlgaros que vienen aquí a comprar hierba por toneladas, lo hacen a través de este chaval. Porque aquí es donde este tráfico es más fácil. Porque aquí, si te cogen con un cultivo, casi ni vas a la cárcel. Si eres cultivador y tienes cuarenta kilos de hierba en tu casa, y solo eres cultivador, no te ocurre prácticamente nada.

Multas, escándalo vecinal y poco más. Pero, en París... En Francia vas a la cárcel diez años, en Londres vas veinte. [...] Este pibe, te digo yo, es el capo de la movida. Su padre es no sé quién y vive en la zona más antigua de un barrio ultrapijo, donde están las casas añejas del barrio; donde están las mansiones. Ahí es donde vive toda la alta alcurnia de nuestro país». Le pregunto si da miedo el tipo: «¡Qué va! ¡Si son pijos! Te digo que el señor de la casa, a lo mejor, era vizconde y su nieto es un mafias que flipas, ¿sabes? Como en la época de las pastillas. En los noventa los que movían las pastillas de verdad eran el F. y otra gente. Se trataba de unas pastillas amarillas, que llevaban su sello. Este era un pijo de la puta hostia, de ahí de El Viso. Esa peña pija de mierda, de repente, eran los chungos que te cagas. Porque tenían acceso al dinero —para hacer laboratorios—, acceso a buenos abogados, contactos en los altos rangos de la policía. Con esa peña no jodes. No puedes joder con ellos». En este sentido, el nepotismo, el «enchufe» y los privilegios favorecen a los ricos también en el mundo de la delincuencia.

Killer B. prosigue: «Luego, los chicos de barrio, que no tienen nada, quieren ser como ellos. Entonces, dan más la cara por ellos que por su amigo del barrio de toda la vida. Hay gente chungu de barrio que le está chupando la polla a un pijo de mierda, porque quiere llegar a ese estatus. Quiere vivir en la Moraleja, cree que algún día será como él, y nunca lo será.

»El F. yo creo que acabó mal porque tenía asuntos con los Miami y estuvo metido también en el asesinato del abogado aquel. Al final ha tenido problemas, porque cuando empieza a haber muertos, en este país la cosa cambia bastante. Tuvo problemas con el Tribunal Superior. Cuando hay muertos empiezan a hacer aguas como las ratas. De repente se cambian de camisa, se peinan, y: “Ya no te conozco”, “Yo soy el nieto del conde de tal... Yo a este señor no lo conozco de nada”. Este F. paraba en el Morocco, era asiduo todos los días del Bali Hai. Tendrá ahora cincuenta y tres, cincuenta y cuatro. Era superpijo, venían en unas motos que flipas».

Para terminar este capítulo contaré de nuevo con el testimonio del escritor José Ángel Mañas, que vivió de primera mano el boom del bakalao ya en los primeros noventa: «Yo tenía veintipocos y [en mi bar] ¹¹ había un tipo que aparece en mi libro *Ciudad rayada* (1998), al que llamo Kaiser. Y este y sus amigos eran todos pequeños bakalas, que eran del New World de Cubos. Eran malotes, malotes pijos. Venían a nuestro bar porque el hermano pequeño de uno era un bakala, y estos empiezan a entrar... Y yo recuerdo que cuando llegaba el Kaiser cambiaba el ambiente. Tenía una pipa y era un chavalito joven. Yo recuerdo que el Kaiser y sus amigos estaban siempre hablando de los Miami. El Mulero era su puto ídolo. En esa época recuerdo, también, que estaban lo que llamábamos los enanos rabiosos, gente que era muy joven y había empezado a tomar pastillas demasiado pronto y se habían quedado pequeñitos. Para ellos el ser rockero era una cosa antigua».

¿Qué fue de la Panda del Moco?

En general, la vida no ha tratado mal a los representantes de esa época primera y dorada de la Panda del Moco. Ayudó, claro está, que muchos de ellos viniesen de familias con recursos y contactos, lo que favorece el éxito empresarial y profesional de casi cualquier persona. Aun aquellos que se han dedicado a asuntos ilegales, como el tráfico de drogas, parecen haber tenido buenas aptitudes para ello y han contado con la suerte de su parte. Incluso aunque estén hoy en busca y captura —caso antes comentado—, no han sido detenidos y parece que no lo serán,¹ si es que se hallan en países que carecen de acuerdos de extradición con España (al menos 121 países, entre los que se encuentran las excolonias británicas, holandesas y francesas del Caribe, por ejemplo). Si uno cuenta con los recursos necesarios, bien puede irse a vivir a las Bahamas y esperar a que prescriban los delitos cometidos, un plan que no parece precisamente desagradable, y hemos de recordar que los delitos de tráfico de drogas prescriben en periodos de entre quince y veinte años.

Aunque la Panda del Moco permaneció en el imaginario colectivo de cierta generación de madrileños, muchos de ellos pijos, su mito estaba de capa caída, entre otras razones, puesto que nadie había hablado de ellos sobre el papel; siendo el libro, realmente, el formato que mejor permite recrear la memoria colectiva, al menos en comparación con la pura oralidad.

Y fui yo, precisamente, quien recuperó a la famosa pandilla del olvido, principalmente, por la fascinación que dicho grupo ejerció sobre mí y a causa de mi particular interés en la mitología urbana, las bandas callejeras y el mundo pijo de los ochenta. Desde la publicación de algunos de mis libros y artículos de prensa, la Panda del Moco obtuvo una nueva prominencia que ha hallado manifestaciones en el ámbito de los medios de comunicación, los mundos literario y audiovisual. Figuras como el Francés, por poner un ejemplo, han adquirido cierta fama, como lo demuestra un artículo del 18 de abril de 2021, publicado por *El Español*. Aquí lo transcribimos por entero:

‘EL FRANCÉS’, EL EXCONVICTO AMIGO DE LA CÚPULA DE VOX QUE BUSCA PRUEBAS PARA ELIMINAR A DISIDENTES

Se llama Loic, vive en Madrid, tiene vínculos con la mafia y un largo historial delictivo. «Todo lo hago en mi nombre, no en el de Vox», dice a este diario.

Cuando Juan Antonio Morales se convirtió en una persona molesta para Vox en Extremadura, alguien intentó contratar a una agencia de detectives para sacarle fotos rodeado de putas y cocaína y destruirle política y personalmente. A cientos de kilómetros de ahí, en el municipio madrileño de Galapagar, a Cristina Gómez le pasó algo similar. También se convirtió en una voz incómoda para el partido y alguien la denunció por consumir cocaína delante de sus propios hijos. Con esa denuncia cayó también su amigo Miguel Abolafia, que

habría llegado a concejal al correr la lista y al que acusaban de unos comportamientos aún más graves con los hijos de Cristina.

En los tres casos, ese ‘alguien’, hasta ahora misterioso, es siempre la misma persona: Loic Veillard, alias *el Francés*. Se trata de un exconvicto que creció en las peleas callejeras del Madrid de la movida y que actualmente tiene vínculos con una mafia búlgara que intentó apoderarse de la noche de la capital. Ahora, también se dedica a realizar trabajos sucios para purgar la disidencia interna de Vox y es amigo de Víctor Sánchez del Real, fundador y número tres de la formación liderada por Santiago Abascal.

Contaba el director de cine Rodrigo Sorogoyen que mientras escribía el guión de *El Reino*, la película protagonizada por Antonio de la Torre que desentraña el fondo de las corruptelas patrias, había muchas cosas reales que había dejado fuera por inverosímiles, porque podía parecer que el guionista se estaba viniendo arriba. La de Loic Veillard es una de esas historias de *thriller* político fantasioso que, sin embargo, es cien por cien real.

Nacido en Marsella el 17 de diciembre de 1964, Veillard es hijo de un militar francés y pasó su juventud en Madrid. Ahí, entre los 80 y 90, fue fundador de la mítica Panda del Moco, un grupo de jóvenes acomodados adictos a las artes marciales que se movía por la discoteca Pacha y aterrorizaba las calles a base de palizas, robos y tráfico de drogas. Eso le llevó a acabar en la cárcel de Carabanchel, pero se fugó, aunque fue indultado gracias a que había logrado salvar a unos niños que iban a ahogarse en la playa.

Ahora, pasa los días como empresario —tiene varios negocios dedicados desde al alquiler inmobiliario al comercio por mayor de aparatos electrodomésticos— y es dueño de un local en Las Rozas alquilado a una empresa de prostitución. Algunas de esas empresas las ha tenido con un socio peculiar, Ivo *el Búlgaro*, un viejo conocido de la Policía madrileña.² Y, en medio de esa ecuación, aparece Vox.

«Soy de derechas pero no soy de Vox, soy antiextremista porque soy judío. Antes votaba a Ciudadanos pero, visto lo visto, ahora votaré al PP. Todo lo que hago, lo hago en mi nombre, no en el de Vox», explica el propio Loic Veillard en conversación telefónica con EL ESPAÑOL. Sin embargo, aunque echa balones fuera, los vínculos con el partido de Santiago Abascal son indiscutibles.

Cuando intentó destruir a Juan Antonio Morales, en octubre de 2019, llamó al detective presentándose como intermediario del partido. «Este hombre está en un partido de... se ha pasado a Vox y está jodiendo mucho y queremos [...] lo que quiero es sacarle de la política, y más de Vox. Tengo que sacarle de ese partido», comenta al detective en una grabación a la que ha tenido acceso este diario. «Mi objetivo es hacerle fotos cuando está con la puta y metiéndose coca si es posible. Tan sencillo como eso. Si puede ser antes de las elecciones, ya sería bordarlo. Es una cosa interna y está haciendo mucho daño», añade en el audio.

El caso de la concejala Cristina Gómez, que tuvo lugar el pasado otoño, se ha parecido mucho. Según múltiples documentos judiciales a los que ha accedido este diario, Loic declara, en presencia de un juez y con la obligación de decir la verdad, que antes de denunciar a Gómez llamó a Víctor Sánchez del Real y que fue el mandatario de Vox quien le mandó poner la denuncia junto a José Hidalgo Serrano, un alto cargo del partido que actualmente ejerce como jefe de seguridad.

La cuestión de Vox y sus desavenencias con cargos y representantes locales ya da para largo. Desde que el partido empezó a crecer, en 2019, ha multiplicado sus frentes ante miembros que denuncian pucherazos, presiones y muy malas praxis para quitarse de en medio a cualquier voz crítica, por pequeña y minúscula. Así, líderes regionales, concejales en pequeños ayuntamientos y demás cargos denuncian constantemente acosos por parte de la dirección nacional, siempre pasando de lo político a lo personal. Ya lo definió Juan Manuel Martínez Ayala, concejal de la formación en Sanlúcar de Barrameda (Cádiz), cuando dijo que «Son peor que la mafia calabresa. En Vox no hay voz».

La Panda del Moco

La vida de Loic Veillard comienza en Marsella en 1964. Su padre era piloto militar destinado en Costa de Marfil y, cuando fue a nacer, su madre decidió que lo hiciera en Francia por la mayor seguridad del sistema sanitario. Tras un tiempo en el país galo volvió a África y la familia, adinerada pero absolutamente desestructurada, cayó en Madrid. Ahí comenzó sus andanzas de joven en la delincuencia, detalles que desgrana sin ningún tipo de problema en el libro *Macarras interseculares* del escritor Iñaki Domínguez, que explica los

distintos grupos urbanos violentos de la capital en la época, y en el que Veillard figura sin su nombre real, bajo el alias que se ganó en sus tiempos mozos: *el Francés*.

Así, pasó por varios colegios adinerados de la capital, como el Santa Cristina y el Liceo Francés, de los que le echaron, y montó junto a dos amigos una banda violenta que pasaría a conocerse como la Panda del Moco. Se trataba de un grupo que tenía mucha mística a su alrededor; le han salido filiales desde entonces y la gente creía, por su absoluta presencia en boca de todos, que era una especie de leyenda urbana como la de la Mano Negra. Pero existió y *el Francés* fue uno de los primeros, un fundador.

Según el relato de Domínguez, en ese Madrid de los 80 Veillard se dedicó a robar coches que luego tiraban por un barranco, a atracar gasolineras, a traficar con drogas, a poseer armas (y a enseñarlas más de la cuenta) y a meterse en peleas. En esas, se relacionó con *El Jaro*, mítico delincuente quinqu español cuya vida quedó plasmada en la película *Navajeros*. Pero uno de sus atracos, en una vivienda, a Veillard le salió mal y fue condenado en 1993 por robo con fuerza. Acabó en la cárcel de Carabanchel y asegura que se escapó en una revisión médica. Pero fue indultado en 1995, según figura en el BOE.

Para ese indulto ayudó una acción que protagonizó en Marbella, unos años antes, en 1984. El 23 de agosto de ese año, tal y como está recogido en la hemeroteca, Veillard salvó a dos niños y a una madre de morir ahogados. Según el relato, la madre intentó suicidarse matando con ella a sus hijos para no dejarlos con el padre y ahí apareció él para rescatarlos a todos. Eso contribuyó a que el ministro Juan Alberto Belloch, de Justicia e Interior con Felipe González, le otorgara el indulto y recibió una medalla de plata de parte de la Sociedad Española de Salvamento de Náufragos.

Ahora, ya mayor, casado [se acaba de divorciar en 2022] y con cinco hijos, a Veillard le sigue yendo la marcha. Las pruebas que le vinculan a los trabajos sucios de Vox en propiedad de este diario dan prueba de ello. En su declaración ante la Guardia Civil, tras la denuncia a la concejala del partido, es testigo protegido de la Unidad de Droga y Crimen Organizado (Udyco) y de la Unidad de Delincuencia Económica y Fiscal (Udef) y tener matones a sueldo que son «personas de su confianza, que no son sicarios, pero que si tienen que pegar un tortazo, lo pegan».

Uno de los delincuentes más famosos con los que se le ha relacionado es Ivo *el Búlgaro*. Este diario ha encontrado dos empresas de la que ambos han sido propietarios y, el pasado 16 de febrero, el diario *El Mundo* publicó una noticia sobre Ivo en la que se contaba que tenía policías municipales de Madrid a sueldo. En la fotografía, con la cara pixelada, aparece un hasta ahora desconocido Veillard, agarrado por el hombro por el búlgaro y tomando unas copas con los agentes.

La Unidad de Delincuencia Especializada y Violenta (Udev) está investigando desde hace más de un año una trama de agentes de la capital, presuntamente corruptos, por actuar en convivencia con el clan de Ivo, una mafia búlgara que controla la seguridad de los bares de copas de la ciudad. De nombre real Beyhan Memzi Rafi, es un viejo conocido de las autoridades por el caso de ‘Los Rompecostillas’ —en el que hubo un secuestro y lesiones— y el caso del ‘Clan de los Búlgaros’, que intentaron apoderarse de toda la seguridad de los locales de la noche madrileña.

Ivo y Loic se conocen porque ambos son vecinos de Las Matas y, ahí, reside también un ilustre vecino: Víctor Sánchez del Real, número tres de Vox y uno de sus principales líderes, siempre en la sombra, pero que, por ejemplo, dirigió la campaña andaluza de 2019, en la que Vox obtuvo parlamentarios por primera vez. Sánchez del Real reside en la urbanización de Las Rozas desde 2002 y entró en contacto con Loic porque los hijos de ambos iban al mismo colegio, según explica *el Francés* a este diario. A partir de ahí, la historia sigue haciéndose aún más surrealista.

El último «trabajo»

El pasado mes de junio, en plena desescalada, quizás lo recuerden, se empezaron a estilar las caceloradas de parte de una ciudadanía tendiente a la derecha ideológica. Empezaron en la calle Núñez de Balboa en Madrid y, poco después, pasaron a Galapagar, a las puertas del chalé que comparten ahí el entonces vicepresidente segundo, Pablo Iglesias, y la todavía ministra de Igualdad, Irene Montero. En todo ese tejemaneje de escraches con la bandera patria, aparece Cristina Gómez Carvajal, concejala de Vox en Galapagar y a quien Montero denunció ante el juzgado de Instrucción de Collado Villalba por coacciones y acoso diario en su domicilio.

El 10 de junio Vox abrió un expediente de expulsión contra Gómez Carvajal. No fue solo por el acoso a la

familia Montero-Iglesias sino también porque, en Twitter, difamó al ministro del Interior, Fernando Grande-Marlaska. «Apúntate a la cola de Marlaska que también le ponen los niños jovencitos», y «¿A ti qué te va más, lamer coño o comer polla? Me han dicho que Marlaska anda como loco reclutando voluntarios», son algunas de las perlas que dejó en la red social. Carvajal se empezó a convertir en una figura incómoda dentro del partido, pero su expulsión quedó en nada. Por un tiempo. Hasta que, unos meses después, estalló todo.

La mañana del 13 de octubre de 2020, un conocido de Cristina se presentó ante el cuartel de la Guardia Civil de Galapagar y la denunció. La acusaba de consumir cocaína de forma reiterada delante de sus hijos, todos ellos menores. Y denunciaba también a Miguel Abolafia, militante que habría llegado a concejal tras correr la lista, por unos hechos aún más graves respecto a los hijos de ella. El partido de Santiago Abascal la expulsó en el momento y sacó pecho por la rápida actuación, acusando a Podemos de impedir que se investiguen los abusos a menores en Baleares. Lo que Vox no decía es que aquel que puso la denuncia es nuestro protagonista, el viejo amigo de Víctor Sánchez del Real, Loic Veillard, alias *el Francés*.

En el atestado de su declaración ante la Guardia Civil, al que ha accedido EL ESPAÑOL, Veillard comenta que acudió el fin de semana anterior, el del 10 de octubre, a una fiesta en casa de Cristina, que es pareja de otro amigo suyo al que conoce «desde hace un par de meses». Ahí, la acusa a ella de consumir cocaína delante de los niños y a Abolafia de unas cuestiones más graves que no se van a reproducir en este reportaje por tratarse de menores.

En su posterior declaración en el Juzgado de Primera Instancia e Instrucción número 6 de Collado Villalba, y tras recordarle el juez que tiene obligación de decir la verdad, Veillard cuenta que, después de estar en casa de Cristina hizo lo siguiente: «Llamó a un amigo suyo de Vox, el tercero nacional de Vox, que le pidió 24 horas para decirle algo. A las 2:00 de la madrugada llamó al Centro especializado y, luego, a las 4:00, llamó a Víctor Sánchez del Real, diputado por Badajoz, que a la media hora le llamaron y le dijeron que tenía que denunciar, pero que a ver si su hijo podía contactar con los niños, y su hijo contactó por redes sociales...», y sigue.

En su declaración también reconoce él mismo ser consumidor de cocaína, tener «un matón», «haber sido condenado por varios delitos» y que es testigo protegido de la Udyco y de la Udef. Y, de nuevo en el atestado, se recoge que «el denunciante quiere dejar constancia de que acude a presentar la denuncia junto a José Hidalgo Serrano, miembro del partido político Vox, el cual es director nacional de seguridad, ya que ha creído conveniente acudir con él debido a que Doña Cristina y Don Miguel son miembros del mismo partido».

Esa denuncia sirvió para expulsarlos a todos del partido de Santiago Abascal. Se acabó así la incomodidad que suponía la concejala díscola. Cabría pensar que, independientemente de su pasado y de sus intenciones, Loic Veillard es de nuevo un héroe por salvar a los niños igual que hizo en Marbella. Sin embargo, el pasado 15 de diciembre, el juzgado de Collado Villalba decretó el sobreseimiento provisional y el archivo de las actuaciones porque «de las diligencias de investigación practicadas (exploración de menores, testificales y declaraciones de investigado con asistencia letrada) se considera que no exista indicio alguno de la comisión del delito denunciado».

«Putas» y «coca»

El ataque contra Cristina Gómez y Miguel Abolafia no es el primero que Loic Veillard hace para beneficiar a Vox y ayudar a borrar del mapa a su disidencia interna. Unas prácticas similares fueron las que usó contra Juan Antonio Morales, candidato de Vox a la Junta de Extremadura en mayo de 2019 y al que el partido también quería quitarse del medio por ser molesto para sus intereses.

Morales fue víctima de un intento de extorsión. Alguien —ese alguien que siempre es Veillard— llamó a un detective privado en Extremadura para ver si podía pillar a Morales con «putas y metiéndose coca», tal y como se puede oír en la grabación a la que ha tenido acceso EL ESPAÑOL. En las elecciones de mayo de 2019, Morales consiguió menos del 5 por ciento de la barrera del voto para entrar en la Asamblea extremeña y, a partir de ahí, comenzó una cacería. Y como no se iba por las buenas, optaron por las malas.

En la grabación, Loic se hace pasar por intermediario de Vox y se puede oír como quiere fotografías del político con la droga y las prostitutas para «publicarlo, sacarlo en redes y que se pire de Vox» porque «está jodiendo mucho». «Lo que queremos es... quiero sacarlo de la política», cuenta, y añade, «si puede ser antes de las elecciones sería bordado, está haciendo mucho daño, es una cosa interna».

Morales acabó enterándose de esta jugada y lo puso en conocimiento de la Secretaría General que dirige

Javier Ortega Smith, de la Vicesecretaría de Organización y también del Comité de Garantías. Pero nadie le contestó. No es ninguna novedad que los dirigentes de Vox críticos denuncien presiones y malas praxis por parte de la dirección nacional, pero el paso de Loic Veillard es un nuevo escalafón que afecta no sólo a lo político, sino también a lo personal. El detective rechazó el encargo porque Veillard no era una persona legitimada para pedir un trabajo así.

«Es cierto que llamé al detective», reconoce *el Francés* en conversación con este diario. «Pero yo y por mi cuenta, dije, vamos a averiguarlo, por un negocio que quería montar», explica. ¿Y lo de los concejales de Galapagar? «Es que yo vi cosas... y me importa un pijo que la tipa sea de Vox», elude. Y sentencia: «Pero yo todo lo hago en mi nombre, no en el de Vox».

—Dice Víctor Sánchez del Real que ustedes no son amigos.

—Hombre, nos conocemos del colegio. Sus hijos y los míos iban al mismo cole y somos muy amigos. Entiendo la cagada que he hecho y que diga que no somos amigos.

Lo cierto es que el artículo no tiene desperdicio, pero si el lector creía que lo había visto todo, en realidad la vida de Loic da para mucho más. De hecho, se ha visto envuelto en actividades delictivas varias. Entre ellas, ha sido traficante de armas:

«Yo vendía mis armas sin guía. Cualquier pistola... las pistolas que tengo legales van con guía. Igual que tú tienes un DNI, el arma tiene su guía. Mira, ha habido un mercado en España de mucho coleccionista. Antes la gente coleccionaba armas. Y cuando rompían las pistolas, troquelaban las pistolas. Troquelar una pistola significa que rompes el cañón haciéndole un agujero. Significa que, si tú disparas, como no hay compresión, ¡pua! Estalla el cañón. Eso se hace para inutilizar el arma. Pero, claro, hecha la ley, hecha la trampa. En Beasáin, en País Vasco, hay una fábrica donde compras unos tubos de cuatro y pico metros de largo, de 9 milímetros, 45 milímetros, 22... Los compras y los troceas. Y, luego, un buen tornero te fabrica el cañón directamente. Le quitan el cañón a las armas de coleccionistas, que a veces tenían cien y doscientas y trescientas pistolas, que están sin registrar, porque como están inutilizadas...». «Y hace siete u ocho años cambió la ley. Los coleccionistas tienen que rendir cuentas de todas las armas que tienen, que antes no hacía falta. Y, a lo mejor, tienen un tope de veinte armas que pueden poseer legalmente, por tanto, les sobran doscientas. Y, entonces, ¿qué han hecho? Venderlas. Yo compraba esas armas y me ponía en contacto con torneros para arreglarlas. Las compraba a doscientos euros y las vendía a dos mil; 1.500, 2.000 €. Una metralleta M60 a 6.000 €, 5.500 €. Esa me costaba mí 400, 500 €» «Cambias el cañón y funciona. Además, cuando viene de un coleccionista es nueva, sin registrar por ningún lado y, encima, sin fiambres. No viene de poblados donde las han estado usando. Yo cuando vendía las armas decía: “Mira, si te para la policía puedes decirles que te le he vendido yo”. Como diciendo: garantía de que no esté usada antes, que es lo que le importa a la gente, porque no quieren comerse el marrón de un delito o asesinato ajeno. Yo tengo contacto con todos los coleccionistas de Madrid.»

«¿Quién te compra las armas?», le pregunto. «Bandas, mercheros. Las usan y las tiran. Yo tengo un amigo que es un alto cargo francés. Él se dedicaba a destruir todo el sobrante material del ejército: CETMES, las Star de 9 milímetros, las Purito o Astra 3000; pistolas muy famosas españolas. La Purito se llama así porque parece un puro, el tubo es redondo. Esta es el arma preferida de los mercheros.» «Cuando el Ministerio del Interior francés hacía los sub-lotes, hace

catorce o quince años, le entregaban a mi contacto dos toneladas de armas. Se calculaba por peso. A lo mejor había medio purito y tres puritos enteros, entre las dos toneladas de armas. El ministerio decía: “Aquí hay 7.000 kilos de material desechable militar”. Cogíamos de esos 7.000 kilos, yo robaba siete u ocho coches, los aplastábamos y devolvíamos 7.000 kilos de pistolas destrozadas, que eran coches. Las pistolas me las quedaba yo. Íbamos a pachas. Rescatábamos cuarenta CETMES y cuarenta pistolas.» «Mi contacto es un crac, me mandaba a mí los manuales suyos para fabricar bombas, manuales que le han recuperado a ISIS, de cómo fabricar bombas caseras. Es mi amigo, se “pone” conmigo... [risas] ¡Es un alto cargo de una organización internacional muy importante!»

«Hay mucho mercado. Los gitanos compran muchísimo, los mercheros, también. Los mercheros en Madrid son siete mil y todos llevan armas, y las usan; luego las tiran al pantano y necesitan otra. De hecho, no daba abasto con ellos.» «Yo tuve un problemilla con un cliente una vez porque me engañó: le di una pistola y me la devolvió. ¡Nunca se devuelve una pistola! ¡Nunca! “La pistola te la doy y te la quedas.” Me la devolvió y metió la pata el cabrón. No le dije nada porque no quería acabar a tiros con él. Voy a esperar a que salga su hermano de la cárcel. Me devolvió la pistola con la excusa de que no funcionaba. Eso es mentira, ¡funcionan siempre!» «De este modo, puede haberla usado y pedir la devolución del dinero o que se la cambien por otra, como en el Corte Inglés, solo que la pistola ahora está marcada puesto que, probablemente, el cliente en cuestión haya cometido algún delito con ella.»

Como podemos comprobar, Loic se ha relacionado estrechamente con mercheros, de los cuales afirma: «Son los más jodidos. Como se la lías te pegan dos tiros y se la suda. Eso son clanes en los que manda la sangre». Pero también suele relacionarse con otros personajes interesantes, como un conocido clan muy peligroso del sur de Francia, donde vivió una temporada hace unos quince años. Loic: «Yo conocía a un tipo en un pueblo perdido del sur de Francia al que llamaban Toro. Y Toro me debía tres mil o cuatro mil euros. Toro tenía una tienda de coches de lujo. Y ahí conocí a los del clan que llamaremos [los Cholos]. Dos de ellos ahora están en la cárcel. Yo vuelvo a llamar al Toro y no me pagaba. Y me dice que los Cholos le debían dinero y que, si yo se lo cobraba, me quedaba con lo que me debía y más. Que luego ya haríamos cuentas. Entonces me fui a la barriada donde viven en Marsella, que en la entrada tiene un control de policía. Paso el control de policía y, luego, dentro hay un control, pero de los propios Cholos. Estaba teniendo una discusión con ellos cuando tuve la suerte de que salió uno de los que había conocido donde Toro. Yo le digo que quiero que me paguen. Los tíos me llevan a su casa y me dicen que Toro ya había cobrado y que él me pagará lo que me debe. Llegamos donde Toro y los mercheros le traían un paquete grande de perico. Y le digo que me corte un cacho para pagarme lo que me debía. El paquete costaba unos treinta mil euros, y Toro me debía solo cuatro mil. El Toro me dijo que, si lo abría, no lo quería, que él lo vendía todo junto, por kilos. Si lo rompía no lo podía vender. Me dijo que lo vendiese yo, me quedase la parte que me correspondía y que le diese el resto. Era como quitarse el marrón de venderlo. Y me lo quedé yo.

No le di ni un puto duro. Me lo comí todo. Y él no sabía que yo estaba asociado con los Cholos. [...] Yo les vendí a los Cholos dos pistolas y un rifle, con silenciador, a cinco mil euros, más o menos. Y las probamos ahí, en su tienda de coches, que está muy aislada, en un pueblo perdido.

»Un mafioso enemigo mío, que antes había sido mi amigo, para desacreditarme con los Cholos, invitó a Toro a nuestra antigua discoteca y una amiga suya la lio con Toro, se hicieron novios formales. E hicieron que Toro y otros dijeran a los Cholos que yo era un chivato de la policía, y que yo era un chota y demás. Los hermanos se lo creyeron porque, en un momento dado, les detuvieron y creyeron que era yo. Pero eso fue más tarde. Entre medias, a los Cholos les caí muy bien. Me invitaron a una boda, fui el único payo invitado a la boda de la sobrina de uno. Y me vienen un día y me dicen: “A mi padre lo han matado”. Fue el clan enemigo, de la ciudad de Nimes. Son tres hermanos y una hermana. Y la hermana se lio con uno del clan enemigo. El padre prohibió esa boda. Como prohibieron la boda, la hermana encargó la muerte de su propio padre. Total, que el novio de la hermana y su padre acribillaron al padre de mis amigos. Y los arrestaron y metieron en una cárcel francesa que es la única donde no hay mercheros. Una cárcel a la que los mercheros no tienen acceso. Y si hay una orden de muerte, el clan ha de matar, sí o sí. Es más, si no mata a un tío que está condenado por ellos, al que matan es a él. Da igual si luego te pillan la policía. Si te pillan vas a la cárcel y luego “nos ocupamos de tu familia”. Una orden de muerte es muy seria entre esa gente. Entonces, los Cholos me dicen: “El único payo del que nos fiamos es de ti. Necesitamos que mates a este tío. Si es posible, al hijo y al padre. Sabemos que eres un tío serio, que tienes contactos y conoces gente...”.

»Por esa época yo vendía armas a dos delincuentes muy famosos. A esos les vendí unos fusiles AR-15. Tras dárselas me dijeron que de las cinco que les vendí, una no funcionaba. A veces la gente le pone un papelito para que no funcione y yo se lo quité y demostré que funcionaba perfectamente. En ese momento uno de estos mafiosillos se convirtió en mi enemigo, sin yo saberlo. Y a estos les pregunté: “¿Vosotros sabríais cómo cargaros a un tío en la cárcel?”. Y me dicen que sí. El precio ofrecido por los Cholos es de sesenta mil euros. Se pagan treinta mil por adelantado y treinta mil cuando esté hecho. Hablan de matarlos por envenenamiento. [...] Los Cholos me dijeron que les diese yo el dinero, pero ahí fui muy listo. Les dije que se lo diesen ellos, porque yo no quería que pensasen que me había quedado con su dinero, en caso de que los mafiosos estos no cumpliesen su parte del trato. Y yo no sabía entonces que P. y S., los dos a los que propuse el asesinato, estaban compinchados con mi enemigo mafioso. Fíjate qué lío. Los primeros treinta se los dieron a estos delante de mí. Pero P. no sabía que eran un famoso clan. Ellos lo que decidieron fue quedarse con los treinta mil y que, si alguien iba a salir mal, pues iba a ser yo. En ese momento mi enemigo mafioso empezó a decir que yo era confidente de la policía. Si se quedaban los treinta mil, mi enemigo mafioso podría deshacerse de mí, puesto que sería mía la culpa y era yo el único que tenía contacto con los Cholos. Entonces, cuando P. y S. se quedaron el dinero y no realizaron el encargo, los Cholos me llamaron: “Oye, que queremos verte. Tenemos un problema contigo”. Yo no tenía ni puta idea de por dónde iba el tema.

»En ese mismo momento S. me contesta a un wasap, cuando llevaba un mes sin contestar y me dice [reproduzco aquí el intercambio de wasaps]»:

Loic: Hola, necesito que nos veamos ya. Cuando estás en Madrid?

S: Te voy a contar la verdad.

Nosotros lo que estamos es muy preocupados contigo.

Apenas nos viste fuiste a ver a la policía.

Que te hemos hecho para que quieras entruyarnos.

Sabemos muchas cosas de ti. Y cada vez más feas. Hoy por hoy tenemos hasta un dossier de inflexiones dadas por ti y tu número de informador [de la policía].

Lo veo muy feo.

Loic: ????

Me estás tomando el pelo??

Déjate de chorradas, no sé de dónde te sacas eso amigo pero es una jilipollez.

Que dossier ni que chorradas son esas?

S. manda fotos de unos documentos en los que Loic aparece relacionado con la policía, pero no como informante. Loic, de hecho, ayudó a arrestar a unos estafadores de los países del Este, algo que aparece en la prensa.³

Loic: Jajaja. Eso es de la medalla que me dieron por unos kosovares que me querían estafar!!

S. No es la información que tiene mi amigo.

Loic: El amigo que te haya liado me suda la polla. Lo que te he dicho es verdad. Leete el periódico!

S. Es mejor que estés avisado.

En ese momento S. bloquea a Loic, escaqueándose del encargo que este le había hecho. S. es un tipo que aparece en la prensa a menudo como peligroso delincuente junto con otros nombres muy conocidos y temidos. Trata de intimidar a Loic como técnica de autodefensa, llamándolo chivato —para apropiarse los treinta mil euros sin cumplir su parte del trato—, pero aun así el Francés sigue insistiendo en hablar con él.

Loic: «Querían matar dos pájaros de un tiro: quedarse el dinero y que yo cargase con las culpas. Pero yo todavía no sabía que estaban compinchados con mi enemigo el mafioso». Mientras tanto, los Cholos presionan a Loic porque los asesinos de su padre siguen en la cárcel, perfectamente protegidos y ya han pagado treinta mil. Loic les ofrece quedar en su propia zona, pero ellos se niegan. Deben quedar en un bar de la zona sur de Marsella. Loic: «Yo pienso: “Me

van a matar”. Pero fui. Los Cholos creían que yo estaba compinchado con P. y S. para quedarme los treinta mil a cambio de nada. Llamé a un amigo que tengo en la policía y me dice: “Loic, te van a matar. Te acompañamos”. Y digo: “No, mejor voy solo”. Llego al bar. Me siento, me hacen cambiar de bar dos veces. Y al final me siento en un sitio y aparece el Cholo principal. Había cantidad de mesas, gente sentada y una mesa vacía en el centro. Nos sentamos y me dice: “Mira, Loic. Que sepas que te doy una oportunidad para que te expliques porque te tengo cariño y mi madre te ha cogido cariño y me has demostrado por el hecho de estar aquí hoy que eres legal, porque si no llegas a venir... Hay una cosa que decía mi padre: Un tío, si da la cara, o está loco o va con la razón. Y tú no estás loco, hermanito. Eso sí, hay una carta que dice que eres confidente de la policía”. Yo le contesto: “¿Quién te ha dado esa carta?”. “Eso no te lo podemos decir”, me responde. “No puede ser que se me acuse y no me dejéis defenderme”, digo yo. Finalmente, se dan cuenta de que estoy diciendo la verdad y les explico que mis enemigos me la querían jugar. Y ya me creyeron. Mi amigo el Cholo me dijo: “Ahora vamos a por ellos”. Y ya, al irme, me dice: “Joder, vaya cojones tienes para venir aquí solo”. Y yo respondo: “Bueno, yo no vengo solo, vengo con Lola”. Yo llevaba siempre una Colt 1911 del calibre 45, un pistolón, y cargaba con ella en una funda de raqueta de pádel en la que ponía LOLA. El merchero me responde: “¿Tú te crees que eso te iba a salvar?”. Yo respondo: “Hombre, tú contra mí...”. Y me dice: “¿Tú contra mí? ¡Chavales!”. Y se levantan los cuarenta tíos que había sentados en las mesas de alrededor. Todas las mesas de alrededor eran suyas, y cada uno de ellos iba armado. “¡Os podéis marchar, chavales!”. Y se levantan las cuatro mesas de tíos, que se van riendo. El Cholo: “Matarte no, pero un par de tiros en la pierna sí te habrías llevado”.

»Al final ocurrió que los Cholos se enteraron de que el padre y el hijo del clan enemigo iban a salir de la cárcel de permiso porque tenían una cita con su abogado no sé dónde, y se los cepillaron ahí. Fueron dos de ellos donde el abogado a esperar a que estos dos salieran, ¿vale? Salieron e iban con la hermana de los asesinos, la que se había enrollado con el del clan contrario. Y uno de los asesinos prometió a su madre no matar a la hermana. Cuando salieron, bajaron del coche, apuntaron y mataron a los dos. Y la hermana cuando dispararon dijo: “¡Sé que eres tú!”. Y le bajó la mascarilla a uno de ellos, que era su propio hermano. Y el hermano me dijo: “La habría matado, pero le di mi palabra a mi madre”. Ya sabiendo que les iban a pillar, porque sabían quiénes eran, se fueron. Y están en la cárcel ahora mismo, cumpliendo condena por matar al novio de la hermana y al padre».

Para terminar, diré que, cuando creía haber acabado el presente libro, un domingo salió en la prensa una noticia. Me llamó el periodista y amigo Gonzalo Altozano. Por lo visto, *El Mundo* había publicado un reportaje a dos páginas sobre uno de los protagonistas de este libro. Se trata de un texto del 28 de mayo de 2022, escrito por el periodista Andros Lozano, titulado: «El narcopiloto invisible del Atlántico es ‘el Judío’ de Madrid»:

Cae, tras 20 años de vuelos impune, el ‘narcoseñor’ de los cielos que ha pulverizado todos los récords del tráfico aéreo de cocaína. Su tapadera: que con sus dos avionetas llevaba medicinas a África para una ONG. Un

caso único. Para muchos, un kamikaze. Tiene 57 años. Empezó robando 14 millones y conduciendo sin carné.

Transcribo el artículo casi por entero:

La caza de ‘el Judío’, el ‘narcoseñor’ de los cielos... QUE ABRIÓ UN PUENTE AÉREO DE LA COCA ENTRE EUROPA Y SUDAMÉRICA. Aunque es madrileño, le apodan ‘el Judío’... Empezó pilotando aviones de mercancía. Luego llevó médicos hasta África. Al ser detenido, llevaba dos décadas cruzando el Atlántico cargado de cocaína. El último vuelo valía 11,3 millones. Los investigadores llevaban años queriendo cortarles las alas. Tenía su base de operaciones en un pueblo de Toledo, desde donde volaba con los sistemas de identificación apagados hasta pistas clandestinas en mitad de Sudamérica.

Tras estas palabras introductorias, el artículo comienza propiamente:

David Amar decide perder altitud cuando divisa, desde el interior de la cabina de su avión, la pista de aterrizaje abierta en mitad del frondoso bosque que rodea Alta Floresta, un remoto pueblo del centro de Brasil donde unos poderosos narcotraficantes han creado su propio aeropuerto. Amar, casado, padre de dos hijos y con un bonito chalet en el barrio madrileño de Aravaca, vuela como un fantasma. Necesita que no lo detecte ningún radar. La vida, y la fortuna, le van en ello. Hace horas que ha apagado el equipo de identificación de su aeronave, una Pilatus PC-12/45 de fabricación suiza. Puede transportar hasta nueve pasajeros y cargar hasta 1.500 kilos. Sólo lo ha activado para identificarse cuando se aproximaba al espacio aéreo de Brasil. Luego lo ha vuelto a desconectar. Su avión es capaz de aterrizar en caminos cortos, sin asfaltar, de aproximaciones casi suicidas, como el que tiene a sus pies. Desde las alturas, ese aeródromo clandestino no es más que una raya amarillada que asemeja una fina cicatriz en un inmenso paisaje verdoso y agrícola.

Al tomar tierra en aquella pista ubicada en un punto casi inaccesible por carretera del estado brasileño de Mato Grosso, Amar apaga el motor, se despoja de sus cascos, baja la escalerilla de su avión y estrecha la mano de un par de hombres que se han acercado a recibirlo. Algo más apartada, hay numerosa gente armada que custodia los alrededores de la instalación. El trayecto ha sido largo. Más de 7.500 kilómetros... Lo acompañan otros dos españoles. Gente de confianza. Su copiloto, Manuel López, y su mecánico, Pablo María Lana. Los tres han partido desde el aeródromo privado de Casarrubios del Monte, en Toledo, donde Amar tiene alquilado un hangar desde el que opera su empresa, Heliword. Con ella se dota de apariencia de legalidad al ofrecer vuelos privados internacionales —como un aerotaxi— y de carga de mercancía. David, Manuel y Pablo sólo han hecho una escala técnica para repostar en Guinea Conakry, en la costa oeste de África.

Tras haberse apeado los tres del avión, varios hombres comienzan a rellenar con placas de cocaína dos dobles fondos abiertos en la aeronave del madrileño. Así, hasta ocultar 388 paquetes de un kilo con un perico de una pureza del 84 por ciento. O lo que es lo mismo: 11,3 millones de euros del codiciado polvo blanco que se esnifa hasta en el último recodo del mundo. Horas después tocará volver a Europa con la mercancía a bordo. No cobrará menos del 10 por ciento del montante total, dicen quienes conocen ese mundo. Y de nuevo él, el invisible señor de los cielos español, tratará de que nadie lo detecte en otro de sus vuelos kamikazes cruzando el Atlántico —se piensa que es el enésimo en sus dos décadas de trayectoria—. La leyenda hecha realidad. La constatación de que existe un puente aéreo de la coca, con ida y vuelta, que une Suramérica con Europa. Sólo los narcos mexicanos se atrevieron antes a hacer algo similar, aunque en distancias menores. Desde el sur de México hasta los pueblos más meridionales de EEUU no hay más de 3.000 kilómetros. En los años 80 y 90, Amado Carrillo se hizo un hueco de oro entre los traficantes de la cocaína que Colombia exportaba a los gringos. Él, un pionero, con su propia flota de aviones, entre los que contaba varios Boeing 727, inundó de cocaína al vecino del norte. Pero no fue tan osado como para cruzar el gran océano...

Ahora, mucho después de aquello, un español que de crío empezó conduciendo coches sin carnet y robando 14 millones de las antiguas pesetas, conseguía pulverizar todos los registros del tráfico aéreo de dama blanca. Su nombre llevaba dos décadas apareciendo de vez en cuando en las investigaciones que la Guardia Civil y la Policía Nacional hacían a otros narcos, pero nunca fueron capaces de vincularlo a ninguna organización.

Amar, tipo listo, incluso se relacionó durante un tiempo con una ONG que trasladaba fármacos y médicos a distintos puntos de África para tratar a enfermos de zonas remotas. Era otra forma de aparentar quien no era en realidad. Una tapadera. «Será que me estoy haciendo mayor o lo que sea, pero el cuerpo me pide que necesito

ayudar...», decía él en un vídeo promocional de Alas Solidarias, la organización no gubernamental que contrató sus servicios y con la que durante un tiempo voló hasta Malí, el Sáhara...

Todo se vino abajo hace tres meses, cuando el narcopiloto invisible se dejó ver en Madrid. Llevaba documentación de identidad falsa cuando se presentó en la embajada de México para hacer una gestión administrativa. Las alarmas saltaron al comprobar que sobre su verdadera identidad, la de David Amar de Juan, un señor de 57 años, pesaba una orden internacional de detención. Un juez canario lo reclamaba por uno de sus vuelos transoceánicos cargado de cocaína. El único que, gracias a la pericia de un guardia civil, le consiguieron detectar. Y comenzó su cuenta atrás.

Su historia no tiene parangón. Tan sólo se acerca a ella la del argentino Eduardo Juliá, abogado y piloto de aviones que en 2011 fue detenido en el aeropuerto de El Prat, en Barcelona, al aterrizar con su jet privado cargado con 944 kilos de coca boliviana. La justicia española lo condenó a 13 años de prisión. Fue extraditado para cumplir la pena en su país.

El artículo habla de los años del Judío en la Panda del Moco y del famoso robo en un chalet:

22 de julio de 1983. David Amar, de 18 años, idea un plan con dos amigos [uno de ellos siendo Loic] para robar en la casa de uno de ellos. Un año antes, siendo todavía menor, ya lo han arrestado conduciendo sin carnet y con matrícula falsa. Pero esta vez quiere dar un buen golpe: cuando la familia de la vivienda se encuentre festejando la boda del hermano mayor de uno de sus dos compinches, ellos aprovecharán para acceder al inmueble. Su amigo les entregará la llave de la puerta principal. Lo que roben se lo repartirán entre los tres.

El plan del robo, al principio, sale perfecto. David y otro chico [Loic] se llevan de la casa de su amigo varios joyeros, una escopeta Benelli de caza y una carabina para tiro deportivo. Lo vendieron casi todo. Se embolsaron 14 millones de pesetas (al cambio, unos 84.000 euros actuales, aunque una fortuna en aquel momento). Pero la Guardia Civil abrió una investigación. Acabó dando con los ladrones. El Juzgado de lo Penal número 24 de Madrid, en una sentencia a la que Crónica ha tenido acceso, condenó a David Amar a cuatro años, dos meses y un día de prisión.

Un golpe de suerte le acabó librando de la cárcel. El 21 de septiembre de 1995, 12 años después de aquel robo, lo indultó el por entonces ministro de Justicia, Juan Alberto Belloch, que formaba parte del Gobierno de Felipe González. David Amar, nacido el 15 de octubre de 1964, estaba a punto de cumplir 31 años. Ya se había formado como piloto. Llevaba ejerciendo siete años. Su vida transcurría llevando aviones de mercancías por todo el planeta.

Abril de 2009. David Amar lleva 21 años pilotando aviones. Ha sido instructor de vuelo en varias escuelas y ha trabajado para DHL o Spanair. Acaba de suscribir un contrato con la ONG Alas Solidarias para usar sus aviones con el fin de trasladar a médicos españoles hasta África para ayudar a personas enfermas.

Sus aeronaves servirán para evacuar a enfermos hasta instalaciones hospitalarias o para llevar a los sanitarios hasta lugares remotos y con difícil acceso por tierra. A los dirigentes de la ONG les cuenta que conoce el continente ya que con su empresa también se dedica a trasladar piezas de aviones a otros países cuando los aeroplanos sufren averías. Deciden confiar en él. También en su mecánico, Pablo María Lana, que forma parte del grupo que comienza a realizar dichos vuelos solidarios. [...]

En 2016, varios grupos policiales de la lucha contra el narcotráfico en España iniciaron de manera independiente investigaciones en torno a la organización de David Amar. Dos de ellos fueron el Equipo de Delincuencia Organizada y Antidroga (EDO) de Madrid, perteneciente a la Guardia Civil, [y] el Grupo de Respuesta Especial para el Crimen Organizado (GRECO) de la Costa del Sol, de Policía Nacional. Estuvieron un año tras él. El Judío, «un gran narcotraficante», llevaba sonándoles demasiado desde principios de siglo. Su nombre, su apodo, su cara, aparecían en boca de otros traficantes y en reuniones con sospechosos. Pero aquellas pesquisas no dieron frutos y se abortaron. [...]

La campana sonó el 22 de marzo de 2019. El Pilatus C-12/45 con matrícula EC-JXM les emitió una señal. Estaba sobrevolando Surinam —la antigua Guayana holandesa bañada por el mar Caribe y muy próxima al norte de Brasil—. David había activado el sistema de identificación porque se encontraba en su espacio aéreo. A los pocos minutos, tras abandonarlo, el piloto volvió a desactivar la señal. Era el vuelo de ida hacia aquella pista de aterrizaje clandestina de Alta Floresta.

Cuatro días después, los investigadores volvieron a detectar el avión cerca de Fuerteventura. Los agentes

del EDOA, que sospechaban que se podría tratar del viaje de vuelta, movilizaron a los compañeros del aeropuerto de la isla. Los investigadores pensaban que querían hacer escala para repostar y que luego continuarían hacia el aeródromo de Casarrubios, donde se distribuiría después la droga para su consumo en la península

Al tocar tierra, a bordo del avión iban David, Pablo y Manuel. Pero a simple vista no llevaban droga. Como los agentes no tenían autorización judicial para hacer un registro exhaustivo, les pidieron un teléfono de contacto y la dirección del hotel en el que iban a hospedarse. A la mañana siguiente, el juez autorizó una inspección fiscal de la aeronave. Los agentes hallaron 388 kilos de cocaína oculta en varios dobles fondos. Cuando fueron a detener a los tres españoles, habían desaparecido.

Se cobijaron en Lanzarote, adonde llegaron en ferry. Durante días se escondieron en un cobertizo de aperos del campo. Durmieron en colchonetas, comieron latas de conservas. Hasta que el 6 de abril Pablo María Lana salió de aquel escondite para pedir ayuda a un conocido en la isla. La Guardia Civil lo detectó y lo apresó. Cuando los agentes registraron el cobertizo encontraron la documentación falsa con la que se movían. Pero no había rastro ni del piloto ni del copiloto. Se piensa que huyeron por África y que, al menos David Amar, pasó un tiempo en Israel.

En febrero de 2021, el mecánico de aviones Pablo María Lana, de 52 años, fue condenado a nueve años de prisión y al pago de 65 millones de euros de multa, según la sentencia a la que Crónica también ha tenido acceso en exclusiva.

Justo un año después, el 19 de febrero pasado, Amar era detenido en la embajada de México con documentación falsa, confirman fuentes de la Fiscalía. A los tres días ingresó en prisión provisional. Después de años de viajes fantasma entre ambos extremos del Atlántico, ahora el horizonte más probable para él pase por estar entre las cuatro paredes de una celda durante un largo tiempo. En tierra firme. Recordando que durante años fue el narcoseñor de los cielos.

Conclusión

A mediados de los años noventa la fiebre del pijo malote amainó hasta desaparecer casi por completo, al menos en su dimensión colectiva, como arquetipo cultural de amplia potencia. Esto puede deberse a muchas razones. Por un lado, las modas tienden a desactivarse necesariamente, un fenómeno cultural no puede contar con el máximo vigor para siempre; por otro, como señalaba A., «estábamos muy protegidos todos. Entonces, el contexto era importante. Venías de donde te sientes protegido. Porque luego ya en los noventa eso se acabó, ya la policía te inflaba a porrazos igual, por muy pijo que fueses, y se te quitaban las ganas de hacer el gilipollas. Pero como pijo, en años anteriores tenías la sensación de que podías hacer lo que te saliese de las pelotas porque tu papá siempre iba a sacarte de la movida». Es decir, que una de las motivaciones básicas que potencia la existencia del pijerío canalla desatado (esto es, la supuesta amenaza de las clases bajas que surgía con la muerte de Franco y el muy real privilegio con el que contaban y que acabarían por perder) desaparece una vez la democracia española está más asentada y la mayoría de los pijos mencionados, de hecho, pierden muchos de sus privilegios; a su vez, la tensión dialéctica entre clases sociales y la despolitización de clase propiciada por el nuevo estado de cosas, la difusión de las fronteras entre barrios más y menos pudientes (por ejemplo, debido al incremento del precio de la vivienda y a la congelación de los sueldos, los tradicionales barrios de clase obrera los ocupan ahora gentes de muy diversa extracción social), etcétera, provocan una distensión de la hostilidad entre identidades urbanas; también está la desaparición gradual de las tribus urbanas, entre otras muchas causas, que hacen del pijo chungo una figura cada vez menos relevante en el imaginario colectivo y la realidad social de los entornos urbanos. Es cierto que hoy existe la figura del pijo, o persona proveniente de entornos protegidos, que se disfraza de macarra por razones puramente estéticas, algo impulsado por la eclosión mainstream de la música llamada urbana (Rosalía, C. Tangana y otros), del trap, el reguetón y demás, y del mundo de la moda y el estilismo, pero se trata de un macarrismo simbólico activo tan solo en el ámbito de la imagen; un fenómeno similar y análogo al majismo del siglo XVIII, en el que se dio un acercamiento entre las clases más privilegiadas a los usos y costumbres del pueblo llano. Dicho fenómeno fue predominante en Madrid y fue etiquetado, también, como moda goyesca.

Dicho esto, y a pesar del nuevo estado de cosas, el mito de la Panda o Banda del Moco permanece, como lo hacen los mitos: por medios inconscientes y subrepticios, difícilmente explicables. Sabemos que en los últimos tiempos han aparecido numerosas referencias

mediáticas a grupos de menores que hacen maldades y actúan con violencia en diferentes poblaciones españolas. Ya se trate de una pandilla de Meco o de otra de Orcasitas, se les conoce por el mismo nombre: la Banda del Moco. Hace un par de años saltaba la noticia de un grupo de menores que casi matan a una chica de dieciséis años a golpes, al tiempo que grababan la agresión (detalle que denota una infinita estupidez). Por lo visto, ya habían actuado del mismo modo en la zona de Meco en ocasiones anteriores. Por otro lado, hace más o menos un año saltaron a los periódicos los actos vandálicos de otra pandilla de menores, también conocidos como la Banda del Moco. Por lo visto, estos chicos del barrio de Orcasitas se dedican a quemar furgonetas, contenedores, toldos y parques infantiles al completo. Aunque también desatornillan las canastas de baloncesto en instalaciones públicas, estos chavales parecen ser, ante todo, un puñado de pirómanos.

El nombre de ambos grupos pervive en el imaginario colectivo por vía de una tradición difícilmente rastreable, puesto que tales jóvenes, si es que se autodefinen con dicho nombre (o si lo hacen sus amigos o los propios periodistas), muy probablemente desconocían a la Panda del Moco de la que hemos venido hablando aquí e incluso en el caso de nuestros protagonistas, cabe reseñar que la leyenda de la Panda del Moco existía ya con anterioridad a los años setenta y ochenta. Dichos mitos, sin embargo, se caracterizan por su poder para renovarse, para encarnar la representación simbólica que flota en el aire, o, más bien, en la conciencia colectiva, desde tiempo atrás. El mito se nutre de sujetos vivos para perpetuarse en el imaginario colectivo. Desde aquellos días de 1979 o 1980, no obstante, la Panda del Moco más relevante en la mitología urbana española sería un grupo de pijos malos que pasarían a los anales de la historia madrileña, y su nombre reverberaría todavía en tiempos sucesivos a través de las calles.

Notas

1. Un caso de esto lo hallamos en un célebre discurso de la política del PP Bea Fanjul en 2021. En él, hace chistes y dice cosas que no sintonizan en absoluto con el público. Entre otras joyas afirma: «¿Sabéis lo de más vale malo conocido que bueno por conocer? Eso es Ayuso». Básicamente ha dicho que la líder de su partido en Madrid es mala, y no se da cuenta hasta haberlo dicho. Luego hace un chiste: «No me mates Carromero», referencia al incidente en el que Ángel Carromero, también del PP, tuvo un accidente de coche en el que murieron dos personas y él fue condenado por homicidio imprudente a cuatro años de cárcel, no es la broma más apropiada. Aparte de que el discurso es improvisado, Fanjul no está borracha, como dicen algunos, sino que tiene un acento pijo propio de un ambiente adinerado concreto, y no se ha visto obligada a aprender los códigos básicos de conducta normalizada a lo largo de toda su vida, es decir, los códigos de la mayoría, puesto que siempre ha progresado en la vida gracias al apoyo paterno y familiar. Es así como ha superado sus estudios, ha conseguido buenos trabajos y se le ha adjudicado un puesto político. Es, por tanto, alguien que vive en su propio mundo, un mundo que la mayoría de las personas desconocen y no entienden.

2. Jean-Paul Sarte, *Saint genet. Actor and Marty*, George Braziller, 1963.

3. Iñaki Domínguez, *Macarras interseculares*, Melusina, 2020.

4. *Ibid.* Citado en José Deleito y Piñuela, *La mala vida en la España de Felipe IV*, Alianza Editorial, 2008 (1948), pp. 151-153.

5. James Boswell, *Life of Johnson*, Oxford University Press, p. 1217, 1980 (1791).

6. Era tal el estatus de Dillinger, que su cadáver fue expuesto para el público como ocurrió en el caso del Che Guevara, cuyo cuerpo se expuso en Vallegrande, tras ser fusilado.

7. Juan José Echeverría, «Procesado un nieto del conde de Romanones por su presunta implicación en el atraco al Banesto», *El País*, 3 de julio de 1986.

8. Norman L. Farberow, *The Many Faces of Suicide. Indirect Self-Destructive Behavior*, McGraw-Hill, 1979.

9. René Girard, *The Scapegoat*, The Johns Hopkins University Press, 1989 (1982), p. 169.

10. Iñaki Domínguez, *El expiador. Vida y obras de Charles Manson*, Melusina, 2019.

11. Juan Antonio Vallejo-Nágera, *Locos egregios*, Editorial Dossat, 1979 (1977), p. 29.

12. Hablamos de una disfuncionalidad que las propias riquezas pueden exacerbar, pues el dinero a menudo permite excusar conductas inexcusables en el caso de familias y personas con menos recursos.

13. Iñaki Domínguez, *Macarras interseculares*, Melusina, 2020.

14. *Ibid.*

15. Puede que J. se refiera al fin de la Revolución Argentina que dio pie a la llegada del tercer peronismo porque la dictadura de Videla tuvo lugar en 1976.

16. Pacheco fue miembro de la Banda de los Ojos Negros, pandilla predecesora de otras muchas que llegaron después, como los Miami o la propia Panda del Moco.

17. Es cierto que la heroína, originalmente y como tantas otras drogas, la consumía gente con dinero y contactos en el extranjero.

18. Rafi Escobedo era un niño bien que cumplió condena por el asesinato de los marqueses de Urquijo, según el propio sumario «solo o en compañía de otros». Oficialmente, se suicidó en la cárcel, aunque según diversos médicos forenses fue envenenado con cianuro y luego colgado en su celda.

19. En la época, muchos dueños de discotecas de música electrónica cortaban el suministro de agua en los baños para obligar a los clientes a comprar consumiciones, algo particularmente necesario cuando uno consume éxtasis y baila frenéticamente durante horas.

1. Es precisamente a esto a lo que hace referencia Kiko Matamoros al hablar de que ciertos pijos «creían que iban a ir a la Guerra Civil otra vez. Se habían preparado para combatir al comunista, “que nadie vaya a quitarnos lo nuestro”».

2. De 1983 a mediados de los noventa fue relevante un grupo político neonazi conocido como Bases Autónomas (BB.AA). Su insignia, un círculo atravesado de una cruz y repetido por las calles de Madrid en cientos de pegatinas, era sumamente familiar. Realizaban grafitis, cometían actos de vandalismo y atacaban a minorías étnicas. También publicaban los periódicos clandestinos *Cirrosis* y *¡A Por Ellos!* Se les consideraba uno de los grupos más peligrosos de la capital, germen de las bandas violentas de skins en España.

3. Se trata de un barrio muy macarra (el Poblado Dirigido de Canillas) y una colonia de ricos (el Parque Conde de Orgaz).

4. Según Wikipedia, la Joven Guardia Roja «es la organización juvenil del Partido Comunista de España, independiente en lo organizativo y autónoma en lo político. Actúa dentro de la línea estratégica y el programa del PCE, en cuya elaboración participa aportando la perspectiva juvenil. Se define como una organización política juvenil de clase, democrática, revolucionaria, republicana, laica, feminista, internacionalista y ecologista. Edita la revista *Agitación*. Su himno se llama *La Joven Guardia*. Su origen se remonta a 1921, como resultado de la unión de las organizaciones juveniles comunistas vinculadas al Partido Comunista Español (fundado en 1920 por las Juventudes Socialistas) y al Partido Comunista Obrero Español (fundado en 1921 por militantes escindidos del PSOE). Actualmente está integrada en la Federación Mundial de la Juventud Democrática».

5. Loic me cuenta otra anécdota cómica que le ocurrió hace unos años: «Me encantaba una tienda de camisas que se llamaba Omar Sharif, al lado de la Puerta de Alcalá. Un día voy a recoger unas camisas, voy con el coche, aparco a cien metros, voy a la tienda, cojo mis camisas y me vuelvo para el coche. Y cuando llego, hay un tío multándome. Y le digo: “Pero ¿qué haces?””. Y el otro me dice: “Te pongo una multa, que llevas aquí media hora”, y tal. Y yo: “Pero ¿qué dices? Si acabo de llegar, ni siquiera he estado cinco minutos”. Y el otro: “¿Qué te crees, que soy idiota?”. Empezamos a discutir y le doy una hostia a su libreta, que se le cae. Y empieza a salir gente a apoyarme: “¡Sois basura del Estado!””. Era cuando acababan de poner los parquímetros en Madrid. “¡Hay que pagar hasta para aparcar!” “¡Cabrones!” Y se asustó tanto el tío que cogió y se piró. Y todos ahí: “¡Victoria!”, “¡Qué hijoputa el tío!”, “¡Son unos caraduras!”, y tal. Y entonces saco las llaves para abrir el coche y que el coche no abre. Y digo: “Qué cosa más rara”. Miro dentro del coche y veo una silla de bebé... Y resulta que no era mi coche, era uno igual que mi coche. Me dio vergüenza enfrente de todos y dije: “Me voy a comer algo, ¡que se joda el tío este!”. Y mi coche resulta que estaba en la calle de al lado».

6. En realidad, Juan Ignacio González fue asesinado en la calle Antonio Acuña, n.º 19, no muy lejos de Goya, 43.

7. Las palabras de A. recuerdan a la célebre serie de Netflix *Élite*. Muestra algo muy parecido, pero hoy en día, y es un ejemplo para los jóvenes que también aspiran a esa invulnerabilidad. Quizá en la serie hallemos otro hito, mucho más actual, en el desarrollo histórico de la figura simbólica de la que la Panda del Moco representa uno de sus estadios.

8. Hay que resaltar el hecho de que la calle General Perón está en una zona fronteriza entre el barrio de Santiago Bernabéu (Chamartín), más pijo, y el área de Tetuán y Bravo Murillo, más popular.

9. Como ya dije en *Sociología del moderno*, los elementos conspicuos o distintivos de consumo crean constelaciones identitarias que nos sirven para apropiarnos una identidad y relacionarnos con otros. Unas zapatillas Nike pueden no decir demasiado, pero unas Nike, un polo Lacoste y unos Levi's ya representan una constelación (o conjunto unitario de elementos) identitaria, en este caso pija. En términos de moda, la constelación es una proposición u oración no verbal sintetizada que las personas sometidas a un sistema dogmático de pensamiento interpretan como cierta. Aquel que sigue una moda sin duda se somete a un dogma de interpretación.

10. Con el tiempo, acabó tornándose un símbolo de bakalaero macarra.

11. Iñaki Domínguez, «La vida al límite del Jaro», *El Mundo*, 28 de marzo de 2022.

12. Iñaki Domínguez, *Macarras ibéricos. Una historia de España a través de sus leyendas callejeras*, Akal, 2022.

13. Un caso similar relativo a lindes sustentadas en estatus socioeconómico es el del famoso Kung-Fu, al que Joaquín Sabina dedicó una canción con ese mismo nombre. El Kung-Fu fue un delincuente juvenil arrestado por primera vez a la edad de once años. Al ser de Canillejas, una de las zonas en las que solía robar era la Alameda de Osuna, barrio adinerado situado en el límite con Canillejas. Su banda también daba tirones, rompía escaparates para llevarse los contenidos de las tiendas —el llamado alunizaje— y atracaba establecimientos y a personas. Muchos vecinos de la Alameda decían sentirse aterrorizados por la Banda del Kung-Fu, y se formaron batidas y patrullas de vigilancia ciudadana para defenderse de sus robos e intimidación. No cabe la menor duda de que el Kung-Fu y sus amigos eran bien conocidos en la Alameda de Osuna. Hay que decir que Sabina también dedicó una canción al Jaro, «Qué demasiao», lo que le convierte en un trovador de las «hazañas» y hechos de estos modernos bandoleros, representante del folclore o mitología popular de los tiempos posteriores a la Transición. La Panda del Moco también formaría parte del referido folclore callejero, aunque como representantes del mundo pijo.

14. Iñaki Domínguez, «La vida al límite del Jaro», *El Mundo*, 28 de marzo de 2022.

1. Iñaki Domínguez, *Macarras interseculares*, Melusina, 2020.

2. Esta gente no eran ningunos mindundis. Según un artículo de *El País* de noviembre de 1984: «Juan José Molina González, [fue] acusado de dirigir en enero de 1979 el asalto a la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense de Madrid, a consecuencia del cual resultaron varios alumnos heridos de bala». No cabe duda de que los de la Panda del Moco echaron coraje al asunto, y de ahí que su nombre se tornase legendario en las calles de Madrid desde entonces.

3. Iñaki Domínguez, *Macarrismo*, Akal, 2021.

4. Hay quien dice que VIPS representa la primera cadena que opera a modo de «tienda de conveniencia» (o bazar abierto hasta altas horas de la noche) en España, donde comer, comprar libros y demás artículos, pero eso no es cierto, puesto que antes del VIPS estaban los *drugstores* (donde también se vendían libros, comida y estaban abiertos toda la noche).

5. Este tipo de degradación no es rara en el mundo pijo. Tenemos otro ejemplo de boca de un informador anónimo: «Durante un tiempo vino una moda de Nueva York [en cuyos bares se] cogían enanos y se lanzaban contra una diana. Al enano se le envolvía como esas pelotas de felpa que tienen agarre sobre determinadas superficies, ¿sabes? Pues un poco así, pero con enanos. Fue una cosa verdaderamente delirante. Sí que hubo dos o tres locales [en Madrid]. Te da la risa porque es inevitable, pero es muy degradante, claro. Conste, y no es broma, que cuando se cerró aquello y se prohibió, los enanos que trabajaban ahí se quejaron, ¿eh? Porque les habían jodido el tinglao. Pero bueno, era una salvajada, claro».

6. Iñaki Domínguez, *Macarras interseculares*, Melusina, 2020.

7. <Easyespañol.org>.

8. Dicha moda fue el golpe maestro de una campaña de *marketing* perpetrada por Ray-Ban. El modelo Wayfarer, conocido en la mente colectiva como propio de los ochenta, en realidad se crea en los cincuenta, más concretamente en 1952. Su forma se inspiró en la parte trasera de un Cadillac, esa especie de aletas con las que cuentan ese tipo de coches. Las llevaron John F. Kennedy, Audrey Hepburn en *Desayuno con diamantes* (1961) o Cary Grant en *Con la muerte en los talones* (1959). Los modernos de los ochenta ya eran retro y reproducían estéticas de décadas pasadas. Las ventas de este modelo comenzaron a declinar en las décadas de los sesenta y setenta. Sin embargo, con el estreno de los *Blues Brothers* en 1980 la cosa empezó a cambiar. En 1982 Ray-Ban firmó un acuerdo con una empresa de Product Placement para vender subliminalmente productos que aparecen en películas. Entre 1982 y 1987 las Wayfarer aparecieron en más de sesenta películas y programas televisivos cada año. Estas gafas aparecieron en películas como *Risky Business*, *The Breakfast Club*, y series como *Miami Vice* (1984-1989) o *Luz de luna* (1985-1989). También están presentes en la película de John Carpenter *Ellos viven* (1988).

9. Tom Cruise se convirtió en todo un referente del mundo pijo a lo largo de los años ochenta con películas como *El color del dinero* (1986), *Top gun* (1986) o *Cocktail* (1988). Era una figura muy presente en revistas para niñas y adolescentes como *Súper Pop*, por poner un ejemplo.

1. Los Franceses eran una pandilla callejera de rockers que solían parar por Malasaña. Algunos de sus integrantes y asociados más llamativos eran el François, Fats, el Kung Fu, el Valiente, Berry, etcétera.

2. En el caso de la célebre casaca roja inglesa del siglo XVIII, el uniforme fue diseñado con la intención de visibilizar a la soldadesca británica, creando, a su vez, temor en el enemigo al cubrir el tejido rojo la sangre de los combatientes: era un uniforme de camuflaje, en tanto que aspiraba a camuflar las heridas de los soldados y, por ende, su mortalidad.

3. Iñaki Domínguez, *Macarras interseculares*, Melusina, 2020.

4. *Ibid.*

5. *Ibid.*

6. Como dice Loic: «¡Nos hicimos virales!». Todo ello antes de internet, como es natural. Podríamos denominar a los Mocos como *influencers* de los ochenta.

7. Estos relatos y excesos son muy reales, y son este tipo de agresiones salvajes las que distinguen a los pandilleros y macarras más famosos de los demás. Pongamos por ejemplo otra narración anónima e independiente de la previa, ya relatada, sobre un miembro de la Panda del Moco: «Recuerdo a uno de su grupo, que era muy grande, coger a un tío del cuello y darle cabezazos contra una especie de barandilla de madera. Yo pensaba que lo iba a matar». O en palabras de otro entrevistado: «Los Mocos primigenios dieron una paliza al hijo de un político que casi lo matan».

8. De Pablo me habla Luis Tejedor: «Pablo Full vino de Estados Unidos haciendo full contact, que en aquella época no lo hacía nadie. El Francés se metió luego a hacer full contact, nos metimos todos. El Francés, un gran amigo, me enseñó muchísimas cosas. Me enseñó el primer cabezazo que di, que lo di por impulso suyo, explicándome cómo hacerlo y cómo no hacerlo».

9. La conexión del Judío con grupos más pudientes era, claro está, su vínculo con el mundo judío, tradicionalmente asociado al sector empresarial y de los negocios.

10. Cuanto más reducida sea una comunidad o grupo social, mayor será su solidaridad frente «al otro».

11. Sobre estas vibraciones que proyecta el Judío me han hablado otras personas. Alguien relacionado con Loic el Francés me comenta: «Tiene una mirada inquietante».

12. Iñaki Domínguez, *Macarras interseculares*, Melusina, 2020.

13. *Ibid.*

1. En las fotos que me ha mandado el Francés aparecen muchas de las personas que uno se puede encontrar en los reportajes de *Equipo de investigación* que tratan sobre narcotráfico, discotecas y corrupción. Es decir, que hay pruebas más que fehacientes de que se mueve en círculos de delincuencia y corrupción de alto nivel. Yo mismo he podido corroborar el 90 por ciento de lo que me ha contado gracias a otras muchas fuentes independientes, aparte de recortes de prensa, registros del BOE y documentos de todo tipo. Como me aseguró un pijo de la época que había leído alguno de mis libros y artículos sobre la Panda del Moco: «Todo lo que te dice el Francés en el libro es verdad». Por otra parte, cuando publiqué un artículo para *Vozpópuli* sobre la Panda del Moco, un amigo cuyo tío estuvo vinculado con el grupo me envió un pantallazo en el que este decía: «Coño!!!! ¿Este artículo de cuándo es? No lo cuentes, pero habla de dos peleas en las que estuve yo personalmente, la pelea contra Primera Línea y la de los bajos de AZCA contra rockers... y dice más apodos que sí existieron y existen... y habla de un tal Nervios, que también existió y de Dominique Valera, que fue campeón del mundo de full contact... No sé si será Loic (el Francés) el informador... pero la información es buena...».

2. Iñaki Domínguez, *Macarras interseculares*, Melusina, 2020.

3. Naturalmente, esta historia me la ha corroborado Carlos, la «víctima» del Piños. Decir que Carlos no es ninguna hermanita de la caridad, sino un joven traficante muy temido en las calles de Madrid entre la gente de su generación y edades menores. Entre los matones y delincuentes, el factor edad es muy importante. Como ocurre en el caso de los hermanos, los delincuentes nacidos antes suelen contar con una ascendencia psicológica sobre los que son más jóvenes que ellos. Es raro que un criminal más mayor tenga miedo de uno más joven, incluso aunque haya sido víctima suya y, por supuesto, siempre existan las excepciones.

4. Bibas es un apellido judío, de origen sefardí.

5. La OAS (Organización del Ejército Secreto) se formó en la España franquista en 1961 como respuesta a un referéndum para la autodeterminación de Argelia celebrado el 8 de enero de ese mismo año por De Gaulle. Curiosamente, esta organización contaba con un ala formada por judíos argelinos. Muchos miembros de la OAS vivían en España puesto que Franco les apoyaba y protegía frente a la presión de la policía francesa. Dicho trato de favor se sustentaba, naturalmente, en afinidades ideológicas.

6. Como me cuenta José Antonio Lisbona: «Aquí había varios generales y varios dirigentes que habían creado la OAS que estaban, digamos, protegidos por el régimen y que no podían ir a París porque estaban perseguidos por De Gaulle. Una relación era la de encontrar refugio y, desde España, organizar el pequeño terrorismo que tenían contra el FLN en Argelia. La segunda es que el paso de material, de explosivos, de Francia a Argelia estaba más perseguido y vigilado, entonces vía España se transportaba dicho material a Argelia por la frontera de Marruecos; estoy convencido de que sí, de que la OAS metió armas y explosivos para sus militantes a través de la frontera marroquí».

7. Según un pijo de la época, el Lolo, los centros educativos más llenos de pijos canallas eran tres. «Había un triángulo: Éfeso, Santa Cristina y Cumbre. Éfeso estaba en El Viso, al lado del hoy Fiat Café; el Cumbre estaba al lado del bar Carrión; el Santa Cristina estaba en la terraza del Jumbo [hoy Alcampo] de Pío XII. Cuando fuimos a selectividad con los del Santa Cristina, aprobaron solo el 30 por ciento. Recuerdo que alguien tiró un cóctel molotov cuando entrábamos al examen de selectividad.»

8. Resulta curioso que A. emplee el término *turbio* para describir a la Panda del Moco, pues es un adjetivo utilizado por muchos otros que supieron de la referida pandilla. Como me dijo uno de los primeros informadores en mi investigación para *Macarras interseculares*: «Algunos de ellos eran judíos. Tenían algún vínculo con el franquismo, quizá con Fuerza Nueva. Y eran judíos... Esos eran lo más turbio del mundo. Que da miedo. Gente mala».

9. El Francés me contó cómo en la noche de fin de año de 1986 a 1987, alguno de los Mocos hicieron un «1987» sobre la mesa del salón con rayas de cocaína.

10. Iñaki Domínguez, *Macarras interseculares*, Melusina, 2020.

11. Sobre este fenómeno me habló el Kabra, de la zona de la calle Colombia, para mis primeras investigaciones: «Uno de estos quiso pegarme por veinte duros y el tío llevaba unas zapatillas de diez mil pelas de la época. “¿Y éste?”, pensé yo. Manejaban pasta... Pero en esa época había mucho pijo que aparentaba serlo, aunque bien podrían haber volcado la ropa que llevaba». «Esos también volcaban drogas a la gente. Pero eso, al principio. Luego varios de ese grupo se hicieron yonquis de farla, de basucos [cocaína fumada].»

12. Conozco a Loic desde hace unos años y he de decir que ese aire tímido no lo he visto por ninguna parte. Pero, ya se sabe, la timidez, sea mucha o poca, se pierde con la edad. Como dijo Aristóteles en su *Ética a Nicómaco*: nadie alaba a un viejo por que sea tímido.

13. Según Loic, su padre aparecía con su coche en el Santa Cristina, pero no para ir a recoger a su hijo, sino a una compañera adolescente con la que tenía una relación. Él ahora parece tomárselo a risa, pero siendo un chaval joven, el tema no resultaría tan gracioso.

14. Aunque es cierto que algunos Mocós posteriores, de pandillas que emulaban a la original, sí acabaron metidos en el tema del caballo.

1. Iñaki Domínguez, *Macarras interseculares*, Melusina, 2020.

2. [Álvaro Corazón Rural](#), entrevista a Sabino Méndez, *Jot Down*.

3. Matthew Polly, *Bruce Lee. A Life*, Simon & Schuster, pp. 477-480, 2019 (2018).

4. Además de *Dojo* estaba la revista *Cinturón Negro*.

5. Iñaki Domínguez, *Macarras interseculares*, Melusina, 2020.

6. *Ibid.*

7. Valera se proclamó campeón. Se decía que Juan Carlos era gran admirador suyo. Se sabe que el rey Juan Carlos practicaba el karate junto a su cuñado, el rey Constantino II de Grecia, que llegó a ser cinturón negro. Juan Carlos fue, de hecho, una importante pieza a la hora de introducir las artes marciales en España, y en particular el karate. Como reza un artículo de *Vanity Fair*, del 1 de agosto de 2020: «El karate estaba aún desaconsejado en nuestro país considerado violento por la ideología franquista, pero ya empezaban a asentarse algunos maestros del arte marcial y el príncipe que se preparaba para reinar lo practicaba. La fotografía que ha compartido la esposa del príncipe Pablo de Grecia no es, de hecho, la única que deja constancia del amor del emérito por el karate.» En 1978 se creó la Real Federación Española de Karate, que contó con sesenta y cinco mil afiliados.

8. Un efecto típico de la coca más pura es que uno apenas puede vocalizar, se queda como agarrotado por una especie de ansiedad que inhibe la acción.

1. Entrevista de Pablo Lizcano a Pedro Almodóvar en *Autorretrato*, RTVE, 1 de enero de 1985.

2. Iñaki Domínguez, *Macarras interseculares*, Melusina, 2020.

3. *Ibid.*

4. Se trata de una especie de cajón con ruedas o kart rudimentario.

1. Jacques Mesrine, *Death Instinct*, TamTam Books, 2014 (1977).

2. Esta historia, como tantas otras, la corroboran varios testigos independientes.

3. A su vez, A. me habla de cómo confundían a Loic con el Francés, de los Franceses, una famosa banda de rockers violentos que paraban por Malasaña: «Era curioso porque había muchos malotes y le confundían con el Francés, de los Franceses, que era un rocker. Pero esos estaban metidos en historias de otro estilo. Yo creo que no llegaban al nivel del Loic y estos».

4. Iñaki Domínguez, *Macarras interseculares*, Melusina, 2020.

5. BOE, núm. 248, de 17 de octubre de 1995, p. 30261. <https://www.boe.es/diario_boe/txt.php?id=BOE-A-1995-22662>.

1. Se trata de Ana María Cameno, a quien, según *El País Semanal* del 28 de agosto de 2015, «le decomisaron 300 kilos de cocaína listos para ser distribuidos por varios puntos de la geografía española, dos millones de euros en efectivo y el equipamiento íntegro del que iba a ser el laboratorio de coca más grande de toda Europa». Hay un reportaje sobre ella de *Equipo de investigación*.

2. Este es el clásico mecanismo mafioso: extorsión a cambio de protección.

3. En esos años, como señalamos al hablar del «Hey, pijo» de MC Randy, la gente sin recursos no estaba orgullosa de su condición de barrio (como sí ocurre hoy en día), sino que trataba de aparentar ese pijerío, que era lo que se llevaba.

4. Siniestro Total tiene una canción sobre este mismo bar titulada «Vámonos al Kwai» (1985).

5. «Vecinos de la calle del Jazmín se oponen a la entrega de pisos oficiales a familias gitanas», *El País*, 4 de octubre de 1984.

6. Un texto de internet habla del parque: «En el parque infantil situado en el centro del conjunto se colocó un viejo tranvía con la inscripción “Pinar de Chamartín” en su placa identificativa, así como una de las primitivas apisonadoras que se utilizaron para urbanizar los terrenos, una vez despojada de sus elementos mecánicos, como una atracción más para los niños. El tranvía duró solo un par de años, pero la apisonadora, conocida popularmente como “troncomóvil”, estuvo en el parque hasta mediados de los años noventa, fecha en que fue retirada por razones de seguridad. Varias generaciones de chavales jugaron hasta entonces en la original atracción». <<https://es-academic.com/dic.nsf/eswiki/1297720>>.

7. En realidad, eso tuvo lugar en el bar Trébol, ubicado en el Poblado de Canillas.

8. En palabras de Keko, otro personaje de la época: «Yo tenía nexos ahí con los del Pinar [de Chamartín], eran buenos chavales. No eran como los de Manotas, que Manoterías ya está al lado, pero no tiene nada que ver... Unos personajes que no veas».

9. Gente de Primera Línea de Falange. Él se refiere al Búfalo, con el que pude hablar del asunto.

10. Búfalo, uno de los hermanos Mazinger, me ofrece otra versión: «Eso fue mi coche. Y no es que robasen mi coche, es que me abrieron el maletero y se llevaron un jersey y cuatro chorradas. Y, al día siguiente, volví a dejar el coche en el mismo sitio, sobre el paso de cebra. Y estamos en la terraza y de repente veo a un grupo de cinco o seis que se ponen a mirar el coche y se acercan al maletero, otra vez. Y salimos corriendo detrás de ellos. Ahí no pillamos a ninguno».

11. Naturalmente, las necesarias categorizaciones antropológicas para crear un tratamiento teórico no casan del todo con la experiencia humana, mucho más fluida.

1. A lo largo del texto emplearemos el término *bakalao*, con K, siempre y cuando hagamos referencia a la segunda fase del fenómeno del bakalao, a partir del 93 aproximadamente. Para la fase anterior, que va de los años ochenta hasta 1993, hablaremos de *bacalao*, con C. La K fue introducida principalmente cuando la Ruta empezó a degenerar y el bakalao se convirtió en la música macarra por antonomasia.

2. La definición de la RAE es la que sigue: «Romance alegre en que por lo regular se contaban hechos de la vida airada» o, en otra de sus acepciones, «Junta de gente alegre que de noche anda alborotando y cantando por las calles». El nombre proviene del «malhechor, rufián, valentón», lo que hoy llamaríamos macarra. La entrada de Wikipedia afirma al respecto: «Los personajes solían ser delincuentes, pícaros, chulos, guapos o gente del mundo del hampa. Destaca el agudo humor y el dominio de la jerga de los bajos fondos (germanía o jerigonza), que provocaba la hilaridad con crítica social. También era propio un tono especial al cantar, el tono “de jácara o de jacarilla”, característico de esta composición. Algunos de los personajes que se caracterizaban como “jaques” o chulos fueron Cortaviento, Pedro de Castro, Cantarote, Montilla, el famoso Maladros, “padre fundador” de jaques, Escarramán y la Méndez, la famosísima pareja creada por Quevedo, etcétera». Como vemos, la fascinación con el mundo de lo marginal no es nueva ni mucho menos.

3. El escritor Javier Menéndez Flores me dice que en aquellos años era común ver bailar a las niñas pijas con sus polos Lacoste del revés (con el famoso cocodrilo a la espalda) y las manos en los bolsillos de sus Levi's 501, una especie de baile ritual propio del pijerío de los ochenta.

4. Óscar Nuño, pijo asiduo a las terrazas de la Castellana, me dice: «La mejor terraza era la que estaba debajo del puente de Juan Bravo. Era el garitón, íbamos todas las noches. Ahí iban todos los pijos malos de los que te he hablado. Yo me acuerdo que esos veranos me paraba a mí la policía con la moto, y me conocían: “Tú, Óscar, ya puedes...”. Sabían hasta mi nombre. Me habían parado por saltarme el semáforo, por ir en dirección prohibida».

5. Recordemos que esa indumentaria es la propia del bakalaero chungo de la segunda mitad de los años noventa.

6. Famoso futbolista argentino, sin pelo.

7. Estaba ubicada en lo que había sido el cine Ciudad Lineal. El nombre se traducía al español como «el muro», en referencia al Muro de Berlín. Abrió en 1992 y, en principio, iba clientela pija o, al menos, de estética convencional. Con el tiempo se convirtió en un templo de los bakalas chungos.

8. Hay que tener en cuenta que en esos años ya había recopilatorios de esta nueva música. Un ejemplo son los: *Bacalao MIX 1* (1986) y *Bacalao MIX 2* (1987).

9. Iñaki Domínguez, «Como español, el bar lo es todo: es como un ágora, un lugar de intercambio de ideas», entrevista a José Ángel Mañas, *Ethic*, 20 de abril de 2022.

10. Manuel Moreno, «Un Ferrari se estrella a 150 kilómetros por hora en el túnel de Alfonso XII y mueren sus dos ocupantes», *ABC*, 7 de enero de 2004.

11. Mañas montó un bar con el dinero que sacó de su *Historias del Kronen*.

1. O al menos eso creía yo hasta el 29 de mayo de 2022, como luego veremos.

2. En palabras de Pablo Full: «Los Miami, algunos de ellos, se fueron a la parte de Andalucía y Marbella, y supongo que tendrían contacto con ellos, pero los Miami nunca estuvieron con nosotros. Los que sí tienen relaciones con gente antigua de la Panda del Moco son los Búlgaros [alias los Rompecostillas]».

3. *El Mundo* de Cataluña del 17 de diciembre de 2004. Y también «He traído el dinero; ven solo», *El País*, 21 de abril de 2006, <https://elpais.com/diario/2006/04/21/madrid/1145618661_850215.html>.

La verdadera historia de la Panda del Moco. Los pijos malos que aterrorizaron Madrid
Iñaki Domínguez

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© 2023, Iñaki Domínguez

Derechos de publicación acordados con Trisha Telep, The Rights Factory

© del diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño

© de la ilustración de la cubierta, Mari Fouz

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.ariel.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2023

ISBN: 978-84-344-3648-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!

